BAILANDO CON FUEGO



ELISABETH GILMORE

BAILANDO CON FUEGO



ELISABETH GILMORE

©Elisabeth Gilmore 2026
Corrección y maquetación: BellGGcorrecciones @bell_ggcorrecciones
Imagen de portada creada por Canva
Diseño de portada: Servicios editoriales Letras del Alma



Imágenes del interior creadas por Elisabeth Gilmore, Canva y PicsArt

ISBN: 978-84-09-81503-6
Depósito legal: DL GI 77-2026

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Si quieres escuchar la banda sonora de la novela a la vez que vas leyendo, escanea este código QR de Spotify y disfruta de la experiencia:


SCAN ME
SCAN ME
SCAN ME
SCAN ME

Somos todo si nos arriesgamos, y nos convertiremos en nada si no lo intentamos.

Para aprender a bailar tienes que seguir los pasos sin mirar atrás. Sé valiente, déjate guiar y danza esa melodía al ritmo que marque tu corazón.

(Elisabeth Gilmore)

PRÓLOGO

Tina, la mujer fuerte y luchadora

Hoy me he despertado guerrera. ¿Sabes esos días en que tu cuerpo pide luchar con uñas y dientes por aquellas injusticias que ve o que oye? Puede que no sirva de nada, que te agotes del esfuerzo y ni siquiera te miren cuando hablas, pero si no lo intentas, si no descargas tu frustración, no te quedas contenta.

Llevo varios días insistiendo en que estoy harta de hacer algo que no me gusta, pero parece que hablo con la pared, porque nadie me oye cuando expreso lo que siento; ni siquiera me ven. Pero de hoy no pasa. Me niego a vivir una vida que no quiero, que no me gusta. Y no, no tengo la regla. No son las hormonas, más bien la impotencia, la que chilla desesperada desde el fondo de mi ser. Es frustrante que te digan que pides mucho o que lo quieres todo.

Es mi vida, mi sueño por lo que quiero luchar. Aquí no puedo, no hay empleos, pero en la ciudad sí. Sin embargo, todo son negativas: que si ya me pasé muchos años allí estudiando; que ahora toca ganar dinero en vez de gastarlo; que si patatín, que si patatán. Y digo yo, ¿para qué estudié? ¿Para qué me formé? ¿Voy a tirar esos años a la basura?

Por Dios, que fueron cinco años de mi vida; cuatro de grado y uno de máster, y desde este pueblucho perdido en medio de ninguna parte, trabajando de camarera en un restaurante de carretera, no voy a lograr nada. Bueno, sí, pasar desapercibida.

Pero mis padres no lo entienden, para ellos la única palabra que importa es: «dinero», y las únicas que oyen, son: «trabajo o matrimonio». Mientras no encuentre un marido que me mantenga y

me dé hijos, debo trabajar, no soñar con vivir en otro mundo cuidando los hijos de otros.

No, no vivo en la época medieval ni soy una granjera indefensa, aunque sea lo que parece. Vivo en el siglo XXI, en una granja de vacas, caballos y ovejas, y mis padres están chapados a la antigua. Su fin es que me case con el que les reparte el pienso o, si soy algo ambiciosa, con el dueño de la gasolinera que hay en la entrada a la población. Me dejaron completar mis estudios, porque había una maestra que se jubilaba en la escuela de la localidad de al lado y era un buen puesto de trabajo, pero lo cubrieron antes de acabar el máster, y por mucho que he solicitado vacantes en la zona no hay ninguna disponible.

Por eso, cuando sonó el teléfono ayer con esa bendita noticia, no lo he dudado ni un instante. Me he despertado al amanecer, y después de cargar mi maleta en el coche, he arrancado el motor sin mirar atrás. No me he despedido de nadie, ni siquiera de mis dos amigas. ¿Para qué? Sé que cuando descubran que me he ido, lo primero que harán será preguntarles. Y, la verdad, tampoco es que ellas me vayan a echar mucho de menos, dado que hace semanas que no nos vemos y, si no las llamo yo, podríamos estar meses sin hablarnos.

Sí, esta ha sido mi vida hasta ahora. De cine, ¿verdad?

He dado muchas vueltas a esta decisión antes de tomarla. Tengo veintiocho años y ya es hora de vivir mi vida a mi manera, como la canción de Frank Sinatra, pero en mi propia versión; y ni mis padres ni mi hermano lo podrán impedir. Soy adulta, responsable y tengo dinero ahorrado. Ya no quiero discutir más sobre el tema, sobre lo que he de hacer con mis sueños. Si no lo entienden, no es mi problema. Llevo más de tres años trabajando, barriendo hasta la última propina para cumplir mi objetivo, y mira tú por dónde, hoy es el gran día. Ese en el que tanto esfuerzo y sacrificio, en el que tragar tantos comentarios inapropiados de gente que solo te mira como si fueras su criada, merecerá la pena.

Es lo que siempre he deseado tener. Un piso en la ciudad, un buen trabajo, cero preocupaciones, salud, dinero, tal vez amor; amigos para lo bueno y lo malo; poder. Sí, ¿por qué no? Lo quiero

todo, y si no lo puedo tener, al menos estaré en un lugar donde habré luchado por ello, donde habré tenido alguna posibilidad, por ínfima que sea de conseguirlo.

Una hora más tarde llego a un cruce de caminos que me lleva a la autovía. En otras circunstancias, me preguntaría: ¿playa o montaña? En esta, sé dónde debo ir. Así que suspiro y me voy en dirección hacia la brisa del mar. Me dirijo a esa playa maravillosa que a veces inunda mis sueños, esa donde encontraré al amor de mi vida entre olas de fuego; el que con una mirada me atrapará y con un roce de su mano me hará suya para siempre. Un hombre sencillo y sincero, que me hará soñar de día con los ojos abiertos y disfrutar de noche obligándome a cerrarlos de puro gozo, pero, sobre todo, que me escuchará y me amará por encima de todas las cosas. Sonrío al imaginármelo. ¿Existirá ese hombre?

* * *

Después de una hora y media conduciendo, el concierto que hay en mi estómago es tan grande que no oigo la canción de Sergio Dalma, la de *Sonríe porque estás en la foto*. Veo un restaurante de esos que hay en los puentes de la autopista y me detengo a desayunar. El tiempo pasa y me envalentono, el café hace su efecto y el subidón me hace regresar al coche con más entusiasmo del que ya tenía.

Dos horas de trayecto sin descansar, y suspiro al ver los edificios, el tráfico intenso de la ciudad. La selva de asfalto llena mi retina al tiempo que la voz de Freddy Mercury y su banda Queen, me grita *Don't Stop me Now*. Tarareo y muevo las manos sobre el volante mientras, muy poco a poco, me dirijo a mi destino.

Me lamento por unos segundos al no haber sido más precavida al imaginar el tráfico de la gran ciudad. Si lo hubiera pensado bien, habría buscado un piso en las afueras. Sin embargo, soy Sagitario, un signo de fuego, impulsiva por naturaleza, y como tal actúo.

Aparco en zona azul y pago lo que me pide el dichoso aparato. Miro el reloj; son las doce de la mañana, la hora justa en que he quedado con la casera del edificio, la que he llamado con la voz

temblorosa pero decidida, cuando me tomaba el café esta mañana. La mirada se me va a la altura, mi nuevo hogar se supone que es el sexto piso; el último.

Sonrío. Es antiguo, pero tiene un gran balcón, aparte de unas buenas vistas de la ciudad. Claro que también del bloque de enfrente, que está bastante cerca.

Me encojo de hombros, si ese es su único defecto, lo soportaré, ya que la parada del metro está a cincuenta metros y la del autobús aún menos. La ubicación es ideal para moverme por la ciudad sin necesidad de usar el coche. Además, veo una cafetería *vintage* muy mona a pocos metros de mi portal, que está comprando en mi mente muchos números para ser mi lugar favorito a partir de hoy.

—Hola, guapa. Tú debes ser Tina, encantada. Yo soy Antonia, la que te cobrará el alquiler cada mes. Soy de la vieja escuela, por lo que no quiero que domiciliéis el pago, prefiero llamar al timbre de la vivienda cada primero de mes, así chafardeo cómo está y me cercioro de que sois buenos inquilinos. —Su boca se agranda formando una sonrisa maliciosa, pese a tener cara de bonachona.

—Interesante —digo mientras subo los dos escalones que llevan al pasillo del ascensor.

—Tengo dos pisos en esta comunidad y dos en la de enfrente, conozco a la mayoría de las personas que viven en esta calle, y tiene doscientos números. —Arqueo las cejas, sorprendida, ya que eso es mucha gente. Aunque con el desparpajo que gasta, tampoco me extraña—. Ah, y trabajo en la carnicería que hay en la esquina, así que no tendrás problemas para encontrarme si necesitas alguna cosa.

—Genial —digo con timidez—, porque yo no conozco a nadie. —Abre con la llave mi futuro hogar, y la luz que entra por la ventana me deja muda. No tiene cortinas ni estores, lo que hace que el comedor sea muy luminoso. Y las vistas, como preveía son…, espectaculares.

—Eso no durará mucho, ya verás. Con tu edad y tu físico, no estarás mucho tiempo sola, te lo digo yo. —Se ríe mientras va abriendo puertas y explicando lo que debo saber del apartamento, que, con sus setenta metros cuadrados, está decorado con mimo.

Fantaseo mirando a través del cristal todas las viviendas que diviso desde esta altura. Parezco una diosa; no por mi belleza ni mi alargada estatura; tampoco por mi fuerza, pero sí por mi posición. Desde aquí arriba se ve a todo el mundo: las tiendas, los vecinos, las personas paseando por la calle… Me pregunto por los sueños de cada inquilino, si los habrán cumplido o si vivirán una vida conformista, hasta que la dicharachera mujer que me acompaña interrumpe mis pensamientos.

—Tranquila, en un par de días harás migas con muchos de ellos. Sin ir más lejos, en la puerta de al lado vive una joven de tu edad, más o menos, que trabaja en la cafetería de abajo —dice la señora creyendo que mi silencio se debe a la melancolía de ser nueva en la ciudad. Nada más lejos de la realidad, pues no es melancolía lo que siento, sino felicidad—. Es muy simpática, aunque no tiene mucha suerte con los hombres. Eso o una puntería muy mala, que también puede ser.

Se me escapa la risa. No solo conoce a *to quisqui,* también está al tanto de su vida amorosa. Madre mía, se parece a Lola, la peluquera de mi pueblo, que si la apuras mucho te cuenta hasta las canas nuevas que le salieron a la vecina en el último mes.

—Me gusta el piso, es muy cálido y acogedor —digo cambiando de tema. Mi mirada se dirige a la cocina, que a pesar de ser estrecha tiene mucha encimera y armarios.

—Pues lo mejor es el dormitorio: la cama es enorme, cómoda y con un montón de cojines a los que abrazarte.

—Suena bien.

—Me encanta abrazarme a ellos. A mi marido es imposible porque ronca demasiado, así que me he acostumbrado a dormir con cojines y creo que cualquier nuevo inquilino puede tener mis mismas necesidades, de ahí que veas tantos en el sofá y en la cama. —Se ríe al decirlo y luego se tapa la boca, como si hubiera confesado un secreto de Estado.

Me cae bien la mujer, pese a que la conozco desde hace cinco minutos.

—Es precioso. Todo el conjunto en general, y no es muy caro. Mañana comienzo en un nuevo empleo, y si todo sale bien, podré

pagarlo sin problemas —digo orgullosa de mi decisión, pues uno de los motivos que me llevó a dar este gran paso, fue que me llamaron hace dos días diciendo que había una vacante disponible de mi especialidad, en un colegio de Barcelona.

Llevo apuntada tanto tiempo para que me llamen y no lo han hecho, que cuando lo hicieron, casi me da un infarto, así que después de que mi corazón volviera a su ritmo normal, me lie la manta a la cabeza y aquí estoy.

No pensé en decírselo a mi familia, me habrían enumerado decenas de motivos por los que no debería venir, y hasta es posible que me lo hubieran impedido como si fuera una niña de diez años, castigo incluido. No. Me niego a continuar con una vida que no me gusta, que no la quiero ni disfruto, en un pueblo que me ahoga. Por lo que cuando estuve lo suficientemente lejos y pude respirar hondo, llamé al anuncio de: «Se alquila apartamento» que tenía marcado desde una hora después de aceptar el puesto de maestra. No sabía si me gustaría, pero estaba cerca de la ubicación del colegio en el que, a partir de mañana, empezaré a ejercer de mi profesión; la que siempre he querido ser.

La mujer sonríe al verme tan entusiasmada, mientras me da las llaves de la vivienda y me deja el contrato de alquiler que debo rellenar y firmar. Antes me había visto con la libreta, escribiendo mis dudas de todo lo que necesito saber sobre el contenido del piso: como dónde está toda la ropa de hogar, el menaje y cómo funcionan los electrodomésticos, sobre todo, la lavadora que tiene más años que yo.

—Pasaré en media hora a por los papeles, tengo que ir a ver a otro inquilino. Aunque sea de la vieja escuela, no soy tonta y tengo un seguro. Si ocurre algo…

—No ocurrirá, puede estar tranquila —aseguro sin dejar que acabe la frase—. Tenga, los dos meses de alquiler que me ha pedido de anticipo.

Se va y me voy hacia los ventanales de nuevo, sin duda es lo que más me ha gustado del piso. Veo la gente caminar de un lado a otro; hombres hablando por teléfono, casi chillando; mujeres en videollamada mientras andan apresuradas; niños que cruzan la

carretera sin mirar; taxistas que hacen sonar el claxon porque unos transportistas les han adelantado con la furgoneta, y han estado a punto de provocar un accidente.

Mi nueva vida comienza hoy en el estrés de esa selva de asfalto, deseando que llegue mañana para colarme entre esas personas que no saben vivir sin correr.

Es entonces, cuando unos movimientos me llaman la atención, justo en el ventanal que tengo delante. Un piso de las mismas características que el mío, pero una altura menos. Pocos metros de distancia nos separan, y la imagen de un torso masculino, musculoso, desnudo y sudoroso me deja con la boca abierta.

—Por el amor de Dios, ¿de dónde ha salido ese hombre?

Está de espaldas. No veo su rostro, solo unas piernas duras y bien marcadas. La espalda ancha de hacer barras, y me imagino, que de golpear el saco de boxeo que tiene colgado del techo. Observo embobada cómo hace los ejercicios hasta que, un tiempo que no sé definir después, se levanta del suelo, se seca con una toalla que hay apoyada en una silla y se va hacia lo que supongo, es el cuarto de baño. Suspiro como una quinceañera frente al chico más guapo que ha visto en su vida.

—Si esas son las vistas que voy a tener cada día, además de las de la ciudad, creo que voy a disfrutar más de lo que pensaba. —Una risilla tonta se me escapa y me pongo colorada de pensar lo que pienso, y que, por supuesto, no os voy a contar.

Está claro que voy a soñar a lo grande, que voy a ir a por todas, que mañana será un gran día y que voy a conseguir todo lo que me proponga. Se acabó la mujer que hacía lo que le decían los demás, que agachaba la cabeza con cada cosa que le ordenaban. A partir de ahora yo llevo las riendas de mi vida, ni mis padres ni mi hermano; yo.

¿Por qué?

¿Y por qué no?

No es avaricia si luchas por ello.

No es codicia si te lo ganas.

No es soberbia si no haces daño a nadie, si no pisas por encima de la gente para llegar a tu meta, solo es supervivencia. Vivir tu vida

como quieres vivirla.

Solo tenemos una, ¿no? Pues yo pienso vivirla.

1
A través del cristal

Seis meses más tarde…

Tina, la vecina indiscreta



—Vamos, nena, despierta. ¡Son las dos de la tarde! —Mi insoportable amiga grita tan alto que me expulsa de mi erótico momento en brazos de mi musculoso desconocido.

Coge el pico de la sábana y la echa entera hacia atrás, dejándome como se suele decir: con el culo al aire, sin mi hombre perfecto y muerta de frío. Regruño. Me quejo con múltiples sonidos ininteligibles, de esos que podrías hacer en algún juego de mímica y que tus compañeros jamás adivinarían.

—Ni hum ni leches. Vamos, que llegamos tarde al restaurante y hemos quedado con mi jefa y su mujer, así que me niego a ser impuntual porque te hayas quedado toda la noche mirando a tu adonis a través del cristal.

—Nooo. No quiero ir.

En serio, estaba en ese mágico instante en que su boca rozaba la mía, sus fuertes brazos me agarraban para no caerme, pues alguien sin ningún motivo me había empujado y estaba a punto de perder el equilibrio. Cruzamos miradas y acercó su rostro unos centímetros más al mío. Fue tan romántico… Los dos estábamos con camisetas ajustadas de manga corta, sudando con lo que imaginaban nuestras mentes.

Joder, un minuto más y lo hubiera logrado. Lo hubiera besado, aunque solo fuera un sueño. Pero no, mi irritante vecina me despierta en el momento más inoportuno para fastidiarme, para que ni en un miserable sueño pueda tener una relación con el hombre perfecto. Porque por mucho que lo niegue, mi vecino no tiene ningún defecto.

—Me lo has prometido, Tina.

—No es cierto. ¿Por qué tengo que comer con una pareja tan empalagosa en mi día de fiesta? —protesto con ganas, hundiendo la cabeza en la almohada.

—Porque te lo pedí hace una semana, dormilona. La última vez que quedé con ellas, fui yo sola y me trajeron a un amigo para emparejarme con él. Fue una auténtica pesadilla deshacerme de esa lapa.

—¡Qué exagerada!

—¡Horas, Tina!, ¡tardé horas! —Recuerdo cuando me lo contó y se me escapa la risa.

—Pobre hombre, solo quería ser tu amigo.

—Y una mierda. ¿Sabré yo lo que quería, si no paraba de decir lo guapa que estaba, lo bien que me lo pasaría con él y lo mucho que le gustaba? Si tenía el brazo más largo que el inspector Gadget. —Me giro para poder reírme a gusto, o me atragantaré con mis carcajadas y no podré ir porque me tendrá que llevar al hospital—. Y tú, como eres una excelente vecina y muy comprensiva, me vas a acompañar sin rechistar a la dichosa comida mensual.

—Está bien. —Ruedo los ojos—. Menudo día de fiesta, espero que al menos luego me acompañes a comprar, tengo la nevera vacía.

—No te quejes, que aún te queda el domingo. Venga va, mueve ese culo tan redondito que tienes.

Lo hago. Lo muevo poniéndolo en pompa, pero sin cambiar un centímetro de mi posición, recreándome en los movimientos. Me tira la almohada y se pone con los brazos en jarra.

—¿Me estás provocando?

—Tú eres cruel conmigo despertándome de esa forma para ir a comer con unas personas que he visto dos veces, y que son insoportablemente sosas, pues yo soy cruel contigo haciéndote rabiar.

—No me tientes o llamo al vecino cachas, y le digo que estás colada por él. —Me amenaza con el dedo índice y señala el piso de enfrente, que ahora está vacío.

—No es cierto, solo aprecio el paisaje que se ve desde mi ventana. Tú, si pudieras, también lo harías.

—Eso no lo voy a negar. Lo miraría un ratito, incluso me haría unas palomitas para disfrutar mejor del espectáculo, pero no me quitaría horas de sueño ni iría medio zombi al trabajo por él. Los hombres, por muy guapos que sean, no merecen tanto espacio en mi mente.

—No he estado toda la noche, y en mi defensa diré que iba sin camiseta y estaba viendo la película de *Lo mejor de mí*. Sabes que estoy enamorada de James Marsden desde *27 vestidos,* así que la vi con él. O tal vez desde antes, puesto que Cíclope siempre tendrá un hueco en mi corazón.

—Eso quisieras tú, estar pegadita a tu vecino de enfrente. Pero no, sigue estando todo en tu cabecita porque os separan dos muros de hormigón y unos veinte metros de distancia. Y nena, mientras que no te enamorases de ese actor por ser el príncipe de *Encantada*, vamos bien. —Pone cara de asco, muy dramática ella.

—Me da igual lo que digas, yo puedo soñar con quien quiera. Tanto James como Tom Hardy, incluso con mi hombre misterioso, ya que ninguno de ellos puede hacerme daño en mi mundo.

—De todas formas, es un puñetero actor tanto uno como otro, y esa es una excusa de mierda para esconder que te has colgado, como la bombilla del techo, de ese hombre enigmático, que, estando

tan bueno como está, apenas sale de su apartamento más que para ir a trabajar, la cafetería y el supermercado. —Alza los brazos de forma exagerada—. Reconócelo, es rarito. Si hasta puede que sea un psicópata.

—¿Un asesino? ¿Lo estás diciendo en serio? Pero ¿le has visto la cara? —La miro como si le hubieran salido dos cuernos en la cabeza y un rabo en el culo.

—¿Qué pasa, que los guapos no matan a nadie? A lo mejor las mata a polvos.

—¿Tienen que ser mujeres las víctimas? —gruño por la tontería que acaba de decir.

—Desconozco su orientación sexual. Aunque tienes razón, por cómo se cuida el cuerpo, puede que sea gay o bisexual y los mate a polvos a todos. No lo descartaría —añade tan pancha, tocándose con el dedo índice y el pulgar la barbilla pensando en su descabellada teoría.

—Sí, claro, y luego soy yo la de las películas. Puestos a filosofar, a lo mejor es un estríper. De ahí esos turnos tan raros que tiene.

—No sé yo; no trabajaría un lunes o un martes.

—A lo mejor sí.

—¿Y si es un bombero pirómano, el cabrón que provoca los fuegos? Al menos, a una que yo me sé. —Se ríe de su ocurrencia.

—Eres idiota.

—Seguramente. Pero no puede ser que te tires la mitad de las noches espiándolo tras la ventana como una neurótica. Eres profesora de niños de ocho años, por Dios, ¿qué ejemplo les estarías dando si se enterasen? Si los padres o la directora del centro supiesen que su maestra favorita, la nominada a más dulce y atenta del curso, se pasa las horas observando a un hombre en silencio. Seguro que sabes hasta la pasta de dientes que usa.

—No. No la veo desde aquí, pero sí que no le gusta la Coca-Cola, que solo bebe Woll-Damm, agua y alguna copa de vino tinto, muy de vez en cuando. Que hay noches que tiene pesadillas y se despierta sudando, que le gusta leer, el *rock* duro, la ópera y la pasta italiana. Aun así, si tiene que pedir comida al restaurante del final de la calle, elige siempre paella, entrecot o canelones, y cuando

la señora Eugenia le trae garbanzos, se chupa los dedos como un niño de cinco años.

—¿Ves lo que te digo? ¡Estás obsesionada! Esta noche salimos, aunque tenga que llevarte a rastras.

—Tampoco exageremos. A veces estoy barriendo o limpiando y lo veo haciendo sus ejercicios, igual que la mayoría de los vecinos del bloque. No es que él se tape mucho, y si le importase que lo vieran, pondría cortinas. Así que no seas melodramática.

—Lo que tú digas, pero si estuvieras bien servida no lo buscarías al llegar a casa o mientras limpias. Necesitas echar un polvo y dejarte de paranoias, que pareces una monja de clausura. Dale alegría a ese cuerpo, Tina, que eres joven y se te va a pudrir de no usarlo.

—¿Y tú qué sabes si lo uso o no?

—Solo te has liado con un tipo desde que te conozco, y no acabasteis la noche, porque entre cubata y cubata, el muy cerdo se fue con otra.

—Por Dios, ¡si hasta llevas la cuenta! —Resoplo. Si ella supiera mi historial…—. Sinceramente, estoy muy bien sola. Y sí, me gusta entretenerme con ese hombre misterioso que parece estar igual de solo que yo, pero créeme, ninguno de los dos estamos tristes. Tal vez la gente tan social y divertida como tú, no lo entienda. Sin embargo, algunos humanos no necesitamos compañía cada noche.

—Es verdad, tú con el «Manolo» en una mano y la vista puesta en el sofá de enfrente, ya no necesitas nada más. Pero cariño, te aseguro que las mangueras reales son mejores que las imaginarias, aunque el resto del cuerpo no esté a la misma altura.

—Marga, a veces lo que te hace falta no es sexo, es que te abracen o te escuchen —rebato con rabia—. Lo único que echo de menos de vez en cuando, son los abrazos que me daba mi madre con los dedos contados, o mis amigas cuando se apiadaban de mi mala suerte. Esos que en determinados momentos te calmaban un ataque de ansiedad en un minuto y que ahora solo lo consiguen mis peques.

—¿Y el desconocido lo hace? ¿En dónde, en tus sueños? Vamos, Tina, estás desvariando. Te estás volviendo loca aquí encerrada, solo

sales para tomar café, comprar y cruzar el pasillo que nos separa para venir a verme.

—Eso no es cierto.

—Estos meses he descubierto a una persona risueña, divertida y honesta, no me cambies ahora. Si te gusta ese tío, ve a por él, pero no lo pongas en un pedestal porque no es un Dios, es un simple mortal.

—Está bien, tú ganas. Esta noche salimos y te demostraré que no estoy loca, que no se me está yendo la olla porque me guste mirarlo a escondidas e imaginar que es un hombre dulce como el caramelo, romántico y con un buen corazón, como debería ser cualquier adulto razonable con dos dedos de frente.

—O sea, un sueño. Me recuerda a aquel clásico de Hitchcock y me dan escalofríos, la verdad. Piénsalo detenidamente y me darás la razón. Imagínate que se enterase la directora del colegio: adiós, señorita Tina, a tres meses de que acabe el curso.

—¿Y quién se lo va a decir?; ¿tú? Porque de otra manera no veo cómo se iba a enterar. —Marga, mi mejor amiga, rubia con el pelo rizado y espeso. Alta, guapa y con un cuerpo de escándalo que sabe aprovechar muy bien con esos *outfits* que me lleva, a cuál más provocativo y original, me coloca la ropa encima de la cama mientras hablamos—. Y, para que lo sepas, no estoy nominada a nada. Me llevo bien con mis alumnos, me respetan y me quieren. Eso no es nada extraordinario; debería ser normal.

—Ya, pero no lo es. Hay profesores de primaria que son más rancios que el vinagre, que parece que estén estreñidos.

—Recuérdame por qué tengo que ir a esa comida contigo. Total, nos conocemos desde hace seis meses y solo somos vecinas.

—Y un cuerno. Soy la única en esta ciudad que te aguanta, además de Antonia y Manu, pero ellos no cuentan; una es tu casera y el otro habla la mayor parte del tiempo solo o con su amigo invisible.

—No es menos raro que tú, que hablas con tu tortuga de casi medio siglo.

—Y encima antipática. Chica, lo tienes todo.

—Mira quien fue a hablar.

—¿Yo? Si no fuera por ese culito y esos ojos grises tan raros como tú, te quedarías como dice mi abuela: «Para vestir santos». Sin embargo, para eso estoy yo aquí, para alegrar tu vida, pese a que me dejes plantada a veces por un desconocido que no sabe que existes.

—Ya estamos otra vez. Salgo contigo todos los fines de semana a caminar por el parque de la Ciudadela, y alquilamos unas bicis para dar vueltas como un mono todo el domingo. Aun así, nunca estás contenta.

—Eso no es salir. Va, vístete que llegamos tarde. —Bajo los hombros, por mucho que me queje no me va a servir de nada—. Y, por si eso fuera poco, me debes un favor muy gordo, así que deja de gruñir por lo bajini. ¿O ya no te acuerdas?

—No sé de qué me hablas —intento esquivar el tema y voy a prepararme un café con la mitad de la ropa puesta.

Si me viera mi guapo desconocido en este momento con el pelo alborotado, andando descalza por la casa, con los ojos pegados, pese haberme echado un litro de agua en la cara, y bostezando como un león en medio de la sabana africana, saldría corriendo despavorido pensando que soy la loca de la colina.

—De una mañana de primavera, en la que cierta señorita vio a su hombre ideal, el príncipe que moja sus sábanas en sueños en la cafetería, y me suplicó que me sentara con ella a conversar. Don perfecto se había sentado en la mesa de al lado y la había mirado al pasar. Perdón, no la había mirado, le había atravesado el alma con sus ojos verdes. Tan verdes como un campo de fútbol donde te encantaría jugar con sus pelotas.

—¡Qué bruta eres, capulla!

—Soy sincera.

—Y luego dices que no sabes por qué los hombres no repiten una cita contigo. ¡Si cada vez que abres la boca sube el pan!, lo raro es que aguanten tres horas.

—De momento ninguno se ha quejado de mi boca, precisamente. —Me guiña un ojo y me coge la chaqueta a la vez que da golpecitos con el dedo en su muñeca, instándome con ese gesto a que corra.

—Que sí, que ya voy, pesada. —Ruedo los ojos y me acabo de abotonar la blusa—. Con respecto a ese día que dices, lo tuve tan cerca que casi nos rozamos. Me puse nerviosa, lo reconozco, pero no me dirás que, en persona, a pocos metros de ti no es aún más atractivo.

—Seguro que, como el noventa y nueve por ciento de los tíos buenos, es un gilipollas. Todos los guapos lo son. A lo mejor tiene una verruga en el culo.

—No la tiene.

—¿Le has visto el culo? —Se pone la mano en la boca simulando su espanto—. ¡Qué calladito te lo tenías, guapa! Pues la tendrá en la punta. ¿También se la has visto? —Arquea una ceja y me da golpecitos en el hombro, provocándome.

—No, siempre sale de la ducha con una toalla, pero a veces se le cae y se le ve el culo. Sobre todo, cuando se agacha a cogerla. —Se me escapa una risilla tonta y me pongo colorada como un tomate. Joder, es que es recordarlo y mi cara ponerse como un árbol de Navidad; de todos los colores con el sofoco que me entra.

—Pillina, si seguro que hasta sabes a qué hora se va a la ducha.

—No lo sé, petarda, ya te he dicho que hace turnos raros, que hay días que está en casa y luego otros que hace turnos dobles. No tengo ni idea de qué trabaja —aclaro cogiendo la dichosa chaqueta, peinándome un poco con la mano y pellizcándome las mejillas frente al espejo del recibidor, para que ese rubor que me ha subido antes se mantenga un poco más, y no parezca Blancanieves.

Sí, tengo el pelo negro, la piel más blanca que la cal y me gusta pintarme los labios de rojo. Por esa razón, mi hermano me apodó Blancanieves. Desde entonces, intento ponerme morena en cuanto el sol de marzo comienza a brillar; el problema es que este año aún no ha hecho acto de presencia con tanta lluvia.

Cojo las llaves, Marga me espera afuera después de apretar el botón del ascensor. Me giro con disimulo y concentro la mirada en ese rincón que conozco tan bien, buscando su silueta unos metros más allá del cristal. Mi vecino entra a su apartamento en este justo momento. Una sonrisa tímida asoma en mi cara cuando creo por un

instante que la suya se dirige hacia mí, y por inercia, o por una alucinación mía, lo veo sonreír.

Una sonrisa grande, de medio lado que hace que mi corazón salte a la comba. Casi no oigo mis pensamientos con el ruido que hace.

Parpadeo y sigue ahí, igual que yo, hasta que un empujón me hace moverme.

¿De verdad hemos cruzado las miradas?

2
Noche de fiesta

Tina, la vecina soñadora



Oigo voces conversando a mi lado, sin entender muy bien lo que dicen, mi mente se ha quedado al lado de la puerta de mi apartamento. No sabría decir el tiempo que he pasado en sus ojos, si un segundo o un minuto, cuando ese hombre de pelo castaño, labios gruesos y ojos verdes se ha quedado clavado en mi retina como un puñal en el pecho y me ha dejado sin aliento.

Ha sido real, no lo he soñado. Nos hemos mirado de verdad como si estuviéramos acostumbrados a hacerlo, como amigos que hace años que no se ven y se reconocen; solo ha faltado alzar la mano para saludarnos.

Qué guapo estaba, aunque iba todo de azul marino. Debe tener otras virtudes, porque la de elegir la ropa no es una de ellas.

Sonrío pensando en ese detalle. Marga me mira y niega con la cabeza, sabe que no me río de la conversación, pues es tan sosa que ni con un karaoke la animarían. En poco tiempo, se ha convertido en alguien especial en mi vida; ella y Eva, la otra maestra de tercero con la que converso la mayor parte del recreo. A menudo

salimos juntas al acabar la jornada, porque nos hemos quedado en alguna reunión de padres o corrigiendo exámenes y, aunque Marga no lo crea y se piense que solo salgo con ella y Manu, nos hemos ido a tomar algo para despejarnos un rato.

Eva sí está casada con un bombero, que no es pirómano, que es muy simpático y a veces la viene a buscar. No muchas, pero las suficientes para que a mi compañera se le ponga cara de boba. Están enamoradísimos, con lo cual, mi idea sobre el hombre perfecto no es tan desproporcionada.

Andrés es romántico, dulce, agradable a la vista y muy atento con su mujer. Es cierto que llevan tres años casados, que están en esa etapa del matrimonio en que todo es maravilloso, pero si vieseis cómo se miran; cómo acaban las frases del otro; cómo se conocen y se ríen de los chistes malos que solo entienden ellos o la complicidad con la que se dicen las cosas. Ni en mis padres la he visto.

En realidad, no conozco a ninguna pareja como ellos. Aun así, me demuestra que existen. Puede que sea difícil verlos o que muchos estén pillados, pero no es mitología ni cuentos chinos, *haberlos hailos,* y yo anhelo uno.

La comida se acaba, gracias al cielo, y nos vamos a comprar lo necesario para poder pasar la semana sin morirnos de hambre. Mi vecina come a veces en la cafetería, pero yo no tengo esa suerte y, si no me preparo la comida el día anterior, hago dieta. El problema es que, si adelgazo más, tendréis que mirarme dos veces para encontrarme.

—Necesito proteínas, me voy a la sección de la carne —le digo a Marga pensando en un buen filete de ternera, dado que según los expertos tiene muchas.

Tarareo la canción que suena por los altavoces, la de *Desconocidos* de Mau y Ricky, Manuel Turizo y Camilo. La jodida es pegadiza. Puede que hasta bailable, si supiera bailar. Cargada con dos bandejas de carne de ternera y una de pollo, con dos paquetes de jamón york y dos de jamón serrano, además de tres cartones de leche, me doy la vuelta para ir hacia el carro que comparto con mi amiga, cuando se me mueve la torre que he hecho y casi se cae. Al bajar un poco la vista, mis ojos se van hacia un culo firme e

imponente, que al moverse marea. Sigo en línea recta hacia arriba y los músculos de su espalda, parecen estar subrayados en la camiseta que…

Espera, ¿qué? No puede ser.

Pues sí, lo es.

Ay, madre. Vete, Tina, que no te vea.

Y me voy. Acelero el paso sin mirar atrás. Bueno, solo un poquito y, cuando estoy a punto de irme hacia la siguiente estantería, justo en la esquina lo miro. Ahí están esos ojos verdes otra vez instalándose en mi mirada.

¿Estaré alucinando? A ver si me sentó mal la cena de anoche y veo las cosas que mi imaginación quiere ver, por eso ahora estoy viéndolo parado frente a la sección del pollo, mirándome como si fuera yo la cena y no esa carne que tanto come.

Llego apurada al carro y con un sofoco que, nada más dejar las bandejas, me hace abanicarme. Marga me mira boquiabierta.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Tócame la frente. —Lo hace—. ¿Tengo fiebre?

—Lo que tienes es una tontería encima que no te aguantas. Si pretendes escaquearte de nuestra noche de fiesta, lo llevas claro. He invitado a Manu, Corina y Ruth, y sabes que tienen el valor y la fuerza para llevarte en brazos desde casa hasta la sala de fiestas. Así que menos cuento, Caperucita.

—Nooo. No quiero escaparme de nada. Es que…, déjalo, da igual —desisto en darle la explicación por mi comportamiento, ya que es muy probable que no me crea, que piense que estoy aún más tarada todavía. O peor, que salga a buscarlo y nos presente.

No. Me niego a hacer el ridículo en medio del supermercado. Ni hablar. Además, seguro que tiene novia. No se lo he dicho a Marga, pero los primeros meses venía una mujer a verlo. Una rubia con su sempiterna sonrisa, que lo abrazaba como yo quisiera hacerlo, quedándose más tiempo del que se quedaría una simple amiga con la cabeza apoyada en su pecho. Y a él no parecía disgustarle mucho.

No recuerdo exactamente su cara, pero sí la complicidad que había entre ellos. Así que, Tina, deja de suspirar por un hombre ocupado, un desconocido que no estará disponible, que seguirá

siendo ese hombre ideal en tu mente, pero que fuera de ella es inalcanzable. Como esa estrella que miras cuando empieza a oscurecer, la única que resalta más que las demás en el cielo, que la ves al despertar cuando está amaneciendo y desearías tocarla algún día. No obstante, hay sueños que son tan ambiciosos que nunca llegan a cumplirse.

—Ya estoy.

—Yo también. Mira, esa caja está vacía, aprovechemos.

Media hora más tarde estamos separando la compra y decidiendo el vestido que nos vamos a poner en unas horas.

—Voto por el blanco. En la discoteca resalta como veinte luciérnagas juntas de noche, en medio de un prado.

—Yo prefiero el azul turquesa, quizás cante menos teniendo en cuenta las luces de los focos. No es que no quiera que me vean, es que no soy una gogó de discoteca.

—¿Y si te pones el último que te compraste? Tiene un buen escote, es rojo y aún no lo has estrenado.

Lo medito un instante. Es el más largo de todos los que hemos nombrado, aunque es verdad que al ser de tirantes y cintura alta me sube mucho el pecho, pronunciándolo más todavía. Sí, estoy muy delgada, pero como diría mi hermano: «Tengo unas buenas domingas». Un poco neandertal, pero así son los hombres de mi familia; de la época del Pleistoceno. Por eso me fui, porque pese a que no soy una mujer muy reivindicativa, tengo claro que no soy sumisa, que no quiero ser la criada de nadie, que solo deseo ser yo, con mis defectos y mis virtudes.

No me considero la mujer más valiente del mundo, soy más bien tímida e insegura, pero he estado tantos años con la cabeza agachada, que ahora solo deseo levantarla, alzar el mentón y decir: «Aquí estoy yo»; al menos en lo que se refiere a vivir, trabajar y cumplir objetivos. En los temas de hombres, ya mejor me callo, mi experiencia es escasa y nefasta.

—De acuerdo.

—Por fin, creí que te había comido la lengua el gato —dice, mofándose de mí al ver al gato de la señora Eugenia; la del bajos segunda, ronroneando cerca de nuestros pies. El minino se pasea

por el edificio como si fuera suyo, desde la azotea hasta el subterráneo.

—Nos vemos en una hora.

Entro, coloco la comida entre la nevera y los armarios de cocina, y luego me voy directa a la ducha; hoy pretendo alisarme el pelo y ponerme un kilo de maquillaje para tapar las ojeras. Voy a parecer una estrella de cine, y como tal voy a entrar en la pista de la mano de Ruth; la diva del *sex-song*. Cada vez que la veo actuando se me cae la baba con la sensualidad con que lo hace. Deja a los hombres y mujeres con la boca abierta durante toda la actuación, y al final aplaudimos tanto, que cualquier noche habrá un derrumbamiento en el local.

La última vez quería enseñarme a bailar bachata, pero necesitaría un milagro para que mis dos pies izquierdos le hicieran caso. Eso o unos zapatos de acero, para no acabar coja en cinco minutos.

Llega la hora. Echo un vistazo al piso, me recoloco las tetas frente al espejo del recibidor y le mando un beso a la mujer que tengo delante, pues está cañón.

—Si no ligas esta noche, no lo harás nunca. Es eso lo que quieres, ¿no? Una noche de fiesta, sexo y alcohol. —Sonrío a mi reflejo, sin tener muy clara mi afirmación.

Mi mirada se desvía unos metros, a un comedor parecido al mío, al dormitorio, a la cocina, pero no veo a nadie. El timbre suena y, tras abrir la puerta, mis pensamientos salen tras ella.

—¿Preparada para romper la noche?

—Preparada. —O eso creo.

3
La llama nunca se apaga

Rafa, el vecino de enfrente



No hay bombero que se precie que no sepa apagar un incendio. La práctica hace al maestro, y yo llevo seis años haciéndolo. No voy a decir que sea un experto, pero no se me da mal, me gusta, conozco el protocolo y no me asustan las llamas por muy altas que sean. Al contrario, me encanta el peligro, y si con mi esfuerzo y mi experiencia salvo vidas, la recompensa es muy gratificante, además de un auténtico subidón de adrenalina.

Desde que decidí ser bombero el fuego siempre ha sido mi amigo, hasta ahora, que me quemo por dentro cada vez que la veo pasearse medio desnuda por su apartamento, con una tarrina de helado en la mano, un café con leche o cualquier bebida que agarre para ponerse frente a la ventana a observar las vistas de la ciudad. Si ella supiera, que cuando no mira, yo la observo a ella…; que cuando cierro los ojos, lo último que veo es su cara, y al despertar, busco su silueta en la distancia.

Mis amigos dicen que estoy mal de la cabeza; que soy un iluso; que es como todas. Sin embargo, no la han visto reír a carcajadas

con la película de *Dos tontos muy tontos,* o maldecir cuando se caga una paloma en la repisa y tiene que sacar medio cuerpo para limpiar el manchurrón. Es tan guapa como natural, tan impredecible como inoportuna.

Hace casi seis meses que me di cuenta de que ese piso había sido alquilado de nuevo, cuando vi dos tangas rojos y un sujetador negro colgados de una cuerda muy fina bailando con el viento para secarse. Me sacó una sonrisa pensando en la imprudencia de esa mujer por colocar esas prendas ahí, pues lo más probable era que desaparecieran entre los edificios o se colaran en otro balcón en cuestión de minutos.

Entonces apareció cantando *Living la vida loca* de Ricky Martin, y al que dejó colgado fue a mí. Se meneaba de una forma arrítmica, sin compás, como una auténtica desquiciada. Cerró la ventana, y al igual que una ráfaga de aire se fue mientras yo me quedé inmóvil, alelado con su imagen en mi retina.

Estuve tres días sin poder quitármela de la cabeza y cuando lo conseguí, vinieron otras mucho peores: más sensuales, divertidas, incluso grotescas, pero sobre todo, naturales; sencillas; reales. Días, semanas, y cada vez se iba llenando más el álbum de fotos de mi memoria, tanto que me volví adicto a ellas.

Y así sigo desde ese bendito día.

Debido a mis turnos de veinticuatro horas, tengo mucho tiempo libre que dedico a terminar mi grado de Historia del Arte en la universidad a distancia, y por ello paso mucho tiempo en casa. Ella, en cambio, no llega a la suya hasta las siete de la tarde. No sé de qué trabaja, pero tiene una rutina muy marcada y siempre hace lo mismo. Se descalza, mira tras la ventana un minuto, se suelta el pelo y se va a la ducha.

A veces me pregunto qué mira con tanta intensidad, porque es lo primero que hace cuando suelta las llaves en el recibidor, como si se fuera a acabar el mundo si no lo hiciera o estuviese deseando hacerlo desde hace horas. Incluso algún día he salido de mi escondite, una de las columnas que separan un habitáculo del otro, y con disimulo mientras hacía ver que leía o miraba el móvil, he observado la ilusión en su mirada.

Hasta a veces he dudado de si me miraba a mí. Absurdo, ¿verdad?

Lo sé, es lo que tiene hablar contigo mismo, que tu mente te juega malas pasadas y te hace creer en películas de ficción donde tú eres uno de los protagonistas. O tal vez sean buenas, porque por un segundo me lo creo y mi pulso se acelera, me pongo a tono con ese pensamiento que me hace sudar un instante. El problema es que luego reacciono y la libido se estrella contra el suelo, al comprender que solo es una quimera, una ilusión, un castillo de naipes que en cuanto respiras, se deshace delante de ti.

Aun así, no puedo dejar de mirarla.

A lo mejor sí estoy loco. Puede que me esté obsesionando con ella y la esté idealizando en mi mente. Quizás no sea tan especial como mis sentidos creen, aunque mi cuerpo no responda igual que con las demás. De hecho, está deseando verla cada día y cuando no puede hacerlo, la extraña. Me he acostumbrado a su agenda y procuro adaptarme a ella, vivir cada minuto a su lado en la distancia. Como cuando después de la ducha mira un rato las redes sociales y luego se prepara la cena. A veces estamos los dos viendo películas o leyendo a la misma hora.

Por la posición del edificio, mi sofá queda detrás del suyo, por lo que me es fácil espiarla sin que me vea. Unas veces está viendo programas en la televisión; otras leyendo, y otras con cuadernos o folios repasando. Quizás corrigiendo o tal vez estudiando como yo.

Por fortuna, doy gracias a mi decisión de no poner cortinas ni estores y de tener esas luces de bajo consumo, que hacen que pueda verla sin reparo y leer sin miedo a dejarme medio sueldo en el recibo de la luz cada mes.

Cobos dice que necesito un psicólogo porque me he comprado unos prismáticos para verla mejor. Eso o un buen revolcón. Pero es que la última vez que me convenció a una cita doble, casi me duermo de aburrimiento.

No es que no fuera mi tipo, es que no conectamos en nada. Ella lo único que hacía era hablar de su familia, de sus gatos y de un perro callejero que había adoptado; de la paz en el mundo y de lo cruel que era la vida. Casi me pongo a llorar con ella.

Sí, lo que leéis. Acabó llorando.

Después de esa noche prefiero elegir yo a mis citas. Me entenderéis, ¿no? Que conste que yo los comprendo a ellos, sé que debo salir y airearme, que nuestro trabajo es muy duro, pues igual que salvamos vidas, también las perdemos. No obstante, nunca he sido de los que le gustan jugar con el sexo opuesto.

No. No soy gay. Me gustan las tías más que a cualquiera de mis compañeros, solo que no soy de los de un rollo de una noche. Mi alma es clásica como una buena ópera o la balada roquera más desgarradora. Soy raro; puede, pero me gusta conversar, saber los gustos de la persona a la que le voy a dedicar mi tiempo. Me excita sentir cómo se eriza la piel de una mujer con mi contacto, no solo follar. El «aquí te pillo, aquí te mato» te desahoga sí, pero ya está. Al rato te sientes vacío, frío, como si no hubiera ocurrido nada. Y eso para mí es frustrante. Ya lo viví un tiempo y la soledad que viene después pesaba más que el cemento armado. Necesito algo más. Si comienzo algo espero que dure, si no, prefiero no empezar. Deseo a alguien que me caliente la cama y el corazón, el cuerpo y el alma. Pero ¿quién va a querer una relación seria con un bombero?

Y no, no quiero que me digáis que todas las mujeres sueñan con uno, porque una cosa es soñar y otra vivir con él. Estar siempre preparado por si suena el teléfono y te dan una mala noticia; sea porque te has roto algo o porque has salido herido en una emergencia. Y la opción más improbable, pero no imposible: que te llamen en mitad de la noche porque hay un aviso de alerta 5. Y si no, que se lo digan a Cobos o a Valdés. El primero, va por el segundo divorcio, y el otro no pasa de la cuarta cita; a la que dice dónde trabaja, sus ligues salen corriendo. Respuesta: «Me lo paso bien contigo, pero no quiero complicaciones». El único que se libra es Andrés, que pisó una mierda cuando conoció a su mujer, ya que los dos siguen enchochados desde entonces y no parece que vaya a cambiar en un futuro.

Así que, desde mi perspectiva, ni me molesto en buscar a alguien que no voy a encontrar. El dilema es cuando aparece frente a ti, y no puedes evitar mirarla, que se te caiga la baba cuando baila mientras limpia y ordena su casa, o cuando hace esas muecas tan raras con la

cara al hablar por teléfono. Esa mujer no sabe el poder que tienen sus movimientos.

—Vamos, tío, estás empanado. ¿No oyes la sirena?

—Sí, sí. Voy. —Me pongo la chaqueta, el casco y la mascarilla en el cuello y me subo al camión; hoy me toca conducir a mí.

—¿Sigues pensando en esa chica?

—No.

—Claaro. ¿Por qué no te acercas a ella? Sabes dónde vive, a la cafetería que acostumbra a ir, prácticamente conoces todos sus gustos culinarios y alguna vez la has visto comprar en el supermercado. Entonces, ¿por qué no le entras? A lo mejor cuando converses con ella no te gusta su voz o tiene una risa estridente y chillona, de esas que te hacen dar tres pasos atrás.

—Ya he escuchado su voz, y es de lo más… —respondo acordándome de aquel día en la cafetería, cuando conversaba nerviosa con su amiga.

Uf, casi me empalmo allí mismo al oírla. Menos mal que iba en chándal y los pantalones me iban anchos, que si no hubiera hecho el ridículo más grande de mi vida.

—Sensual, provocativa…, igual que toda ella. Pues chico, solo veo dos opciones: O te arriesgas y te lanzas a por esa mujer, o la olvidas y te vienes con nosotros de fiesta esta noche.

—¿Después de veinticuatro horas de guardia? ¿Estás loco?

—¿Qué mejor forma de celebrarlo que con cerveza y mujeres? Venga va, tienes cuatro días para descansar, no fastidies.

—Tengo que ir a comprar comida, mañana está cerrado.

—Pues ve y te paso a buscar a las nueve, nos da tiempo de sobras. —Resoplo porque no me apetece nada, si bien entiendo su postura, ya que siempre rechazo su invitación.

—Está bien, tú ganas. Esta noche soy todo vuestro.

4
Miradas

Rafa, el vecino que duda



Alzo una mano con resignación y detengo el camión, hemos llegado a nuestro destino: una vieja casa a cuatro vientos en una calle cortada, con muy pocas casas alrededor de la misma antigüedad.

Al bajar, una mujer de unos cincuenta y tantos años nos grita que su vecina no le contesta, que habían quedado hace media hora para ir a caminar, y que sabe que está en el interior, aunque no le abre la puerta. Cobos pica al timbre, luego da unos golpes con el dorso de la mano en la puerta para identificarnos, mientras Valdés y yo damos un rodeo a la casa. Miramos tras el cristal de las ventanas con la esperanza de encontrar a la señora, buscamos una puerta trasera por la que entrar o algún acontecimiento extraño que pueda haber sucedido. Hasta que la veo tirada en el suelo de la cocina.

—La tengo. Está tendida en el piso inconsciente —informo por el *walkie* a mis compañeros—. Al fondo, todo recto a la izquierda. No parece que haya nadie más, por lo que sugiero un mareo espontáneo debido a la presión arterial o un escape de gas, ya que está en la cocina.

—Entramos —ordena el capitán—. Cobos directo a por ella; Valdés ayuda a Cobos; Ruiz, mantente a la espera en tu posición por si hay que entrar por la ventana. Señora, por favor, quédese con mi compañero —le dice a la vecina que está al borde de un ataque de nervios, e imagino que Alonso la está reteniendo.

Después de forzar la puerta para entrar, acceden al interior, comprueban el pulso de la mujer y el motivo del incidente: una fuga de gas que solucionan al instante cerrando la válvula anterior a donde está la fuga. Extraen a la mujer del habitáculo y la llevan hasta donde están los sanitarios, que en unos minutos consiguen que reaccione y que su pulso vuelva a la normalidad. Después de revisar su posible nivel de intoxicación de CO2 tras el suceso, deciden trasladarla a Urgencias para que la examinen. Mientras tanto mis compañeros y yo, alejamos el círculo de curiosos que se ha formado a nuestro alrededor, con respeto y buenas palabras.

—Entonces, a las nueve te paso a buscar. No te arrepentirás luego y nos dejarás tirado, ¿verdad?

—Tienes mi palabra —continuamos con la conversación que habíamos dejado a medias al tiempo que hacemos una barrera con nuestros brazos, para que la gente no traspase el espacio entre la ambulancia y la paciente.

—Genial. Nos pasaremos por el bar de mi hermana primero, así mato dos pájaros de un tiro: voy a verla, que hace tiempo que no hablamos, y ceno gratis. Luego podemos irnos de copas a una sala que hay cerca a ver si pillamos cacho.

—Tú mandas. —Sonrío por su poca imaginación a la hora de hacer planes.

—¿En serio? ¿Harás lo que yo diga?

—Según lo que pidas. No pienso cambiar de bando por mucho que me supliques —bromeo negando con el dedo y se ríe.

—No, tío, yo no voy por ahí, pero conozco a alguien que… —Lo fulmino con la mirada y sus carcajadas me dejan medio sordo.

Intento controlar las mías que amenazan con salir, pero no quiero darle el gustazo. No lo consigo, y nos pasamos el trayecto de vuelta a la estación, riéndonos con las posibles mujeres con las que nos podemos tropezar esta noche.

Terminado el turno, nos duchamos y nos ponemos la ropa de bonito. Una vez en la calle, cargamos las mochilas en el maletero de nuestros coches, y nos despedimos con una de esas conversaciones absurdas de machos ibéricos, dispuestos a descargar feromonas en esas hembras que desearían tener entre sus brazos y también entre sus piernas; otra cosa es que lo consigan.

—Me voy a pedir una rubia para cenar y otra para bailar, y si se tercia…, espero que también me caliente la boca como la primera.

—La rubia de cenar es fácil, aunque yo la prefiero tostada y con mucha espuma; la de bailar ya…, no sé yo. Con el tacto que tienes con las mujeres, te veo bailando con la columna —se mofa Alonso de Valdés.

—Pues yo hoy me voy a decantar por las pelirrojas, una así con cara de muñequita pecosa, pero con unas buenas caderas a las que agarrarme por si me caigo —bromea Cobos—. ¿Y tú, Ruiz? —Ese soy yo; Rafael Ruiz.

—Yo las prefiero morenas, alegres, no muy maquilladas y que me hagan reír. Si ves alguna me avisas. —Le guiño un ojo y se ríe.

—Esta noche promete.

Arranco el motor y en quince minutos estoy aparcando frente a mi edificio, cojo un par de bolsas para comprar las cuatro cosas que necesito y no tardar mucho en el proceso, ya que es sábado a última hora y no creo que haya mucha gente. No puedo evitar mirar hacia su ventana, a estas horas suele estar apoyada en ella leyendo o escuchando música.

A la mente me viene el momento en que he pasado por el apartamento sobre la hora de comer, cuando hemos venido a una manzana de aquí porque un señor mayor se había olvidado las llaves dentro de casa, y no tenía otras. No hemos tardado mucho, simplemente hemos forzado la puerta para que pudiera acceder a su domicilio. Como estábamos cerca le he pedido permiso a mi sargento para subir un minuto a casa, y tal y como he abierto la puerta la he visto; estaba a punto de marcharse. Creo que hasta hemos cruzado la mirada un segundo y he sonreído por inercia. Menos mal que me he quitado la chaqueta del uniforme, que iba de

manga corta, porque me he puesto a sudar como si estuviera en medio del desierto.

O por nervios; no sabría explicar muy bien el motivo.

Los mismos que tengo ahora, que estoy yendo para la caja y una extraña sensación me invade. No es angustia, pero me tenso. Sin venir a cuento, se me seca la boca y me sudan las manos. Miro a un lado y a otro y no veo nada extraordinario, hasta que me giro, veo esos hermosos ojos grises delante de mí y me quedo anclado en ellos. No respiro, no me muevo por miedo a que sea una ilusión y desaparezca.

Por un instante, creo que se sonroja y sonrío, pero un carraspeo ronco y torpe me devuelve a la realidad. Miro hacia abajo, una viejita me da un toque en el brazo para que me mueva y cuando alzo la mirada de nuevo, ese ángel de mirada gris se ha desvanecido. La busco con los ojos y ya no está.

Parpadeo de nuevo intentando explicar lo que no sé si ha sido una alucinación, mi deseo de verla a todas horas, o un breve contacto con ella desde la distancia, cuando esa adorable mujer —o quizás no tanto— se acerca a mí y me suelta:

—Hijo, hasta yo con mis ochenta y ocho años voy más rápida que tú. —Mira la cinta transportadora, mi mano y la comida, después se ríe y me lanza otra pulla—. Mirando no consigues lo que quieres, pero si se lo dices…, tal vez te lo dé.

Meneo la cabeza negando lo que oigo y lo que veo. Es surrealista porque no sé de qué me habla: primero, se mete conmigo, y luego me aconseja. ¿De qué? ¿A qué se refiere?

¿Qué tengo que decir y a quién?

Salgo pitando de allí. Miro la hora y cinco minutos más tarde estoy en la puerta de mi edificio. Mi querido amigo, puntual como siempre, me espera de brazos cruzados.

—Dejo la comida y bajo.

La cena es larga, aunque más divertida de lo que me esperaba, dado que la hermana de Cobos es una delicia; no solo por lo dulce que es, sino porque se puede hablar de cualquier tema con ella, que entiende de todos: incendios, deportes, sociedad, y por supuesto, mujeres; tema principal de esta noche.

Nos despedimos de Carol con la promesa de volver otro día y a las once estamos en la puerta de la sala de fiestas. El gracioso de mi amigo ha decidido que vamos a bailar salsa, bachata y cualquier género que podamos pegarnos bien al cuerpo de nuestro ligue, además de demostrar nuestras amplias dotes de bailarines. De algo tiene que servir esas horas de descanso cuando no estamos entrenando o limpiando el equipo y la estación, pero, sin embargo, estamos de guardia, por lo que no podemos salir de ella.

Unas veces nos da por cocinar, otras por jugar a juegos de azar y otras por bailar. Yo le enseñé a Andrés y, ahora, cada vez que quiere seducir a su mujer o convencerla de hacer algo que no quiere hacer, le prepara una noche con velas y música. Tres bailes más tarde, la tiene comiendo de la palma de su mano. Cada vez que me lo explica, agradeciéndome hasta el infinito las clases gratuitas, me río y lo celebro con él. Ojalá yo tuviera a alguien a quién convencer de algo, con un baile de esos que te inundan de sensaciones, a cuál más placentera.

Entramos, echamos una ojeada al ambiente; que he de decir que es bastante bueno teniendo en cuenta que la noche es joven todavía, y nos acercamos a la barra para pedir la primera copa.

Quince minutos más tarde, tras varias conversaciones absurdas y, aun así, muy divertidas, mis amigos comienzan a cargar sus armas y apuntar a sus presas. Yo, animado por el ambiente, les sigo el juego.

—A tus diez hay una rubia bastante interesante, y a tus doce un grupo de amigas con ganas de tirar la caña a ver si pescan algo. Si quieres morder el anzuelo… —indico jovial, viendo su ansiedad por comenzar con esa diversión de la que lleva hablando todo el día.

—No. No vas a quedarte aquí mirando como un vulgar *voyeur* mientras los demás frotamos la cebolleta. —Niega Cobos con la cabeza, aun deseando hacerlo—. Me espero, no tengo prisa. Esta noche, o salimos todos a la pista o ninguno.

—Entonces, espera cinco minutos a que termine mi ron con cola. Necesito alcohol en el cuerpo para perder la vergüenza.

—Joder, Rafa, que tienes más de treinta años, no fastidies. ¿No te da miedo el fuego y sí una mujer?

—No es lo mismo. Y no es miedo lo que me dan algunas. —Le guiño un ojo y coge aire para no soltarme una de las suyas.

—Hemos venido a divertirnos y, con algo de suerte, desahogarnos —señala Valdés—. Sonríe, tío, esa sonrisa tuya provoca incendios, así que utiliza tu manguera para apagarlos.

—Os estoy diciendo que no me dan miedo, capullo, pero al igual que al fuego, les tengo respeto. Prefiero vigilar el entorno unos minutos y así reaccionar con inteligencia ante el peligro, y anticiparme a lo que pueda pasar.

—No te vas a adentrar en una construcción en llamas, solo vas a tontear con una mujer, y si te gusta, terminar la noche entre sus piernas. Vamos, cabezota. Olvida a la morena con otra que se le parezca. —Cobos me da una palmada en el hombro, bebo un buen trago de mi vaso y lo sigo a la pista.

Las luces giran y giran, la música de Karol G & Tiesto aumenta la temperatura del ambiente con su canción *Contigo*, y yo me quedo en medio de la pista sin saber qué hacer ni para dónde tirar. Hay bastantes mujeres y hombres bailando, muchos de ellos al acecho buscando el momento de atacar. Yo sigo dudando de si empezar a bailar o de acercarme a alguien, cuando un golpe de culo me da en la pierna, me giro y el resto del cuerpo cae sobre mí al perder el equilibrio con el tropiezo. Está de espaldas, y, aun así, un aroma a melocotón me nubla el sentido, aspiro el olor y rozo con mi boca el cabello oscuro mientras mis manos se apoyan en sus codos.

Un segundo, tal vez dos, pese a que a mí me parece que se ha detenido el tiempo en su sonrisa; en ese giro espectacular en el que he pasado de tenerla pegada a mi cuerpo a veinte centímetros de mí; el espacio suficiente para constatar que es ella: mi obsesión con piernas, y un vestido rojo que me hierve la sangre.

Sí, lo habéis adivinado: mi pirómana particular; la que enciende con un pestañeo el fuego que me quema más noches de las que puedo contar. Esa llama que no se apaga dentro de mí desde que la vi por primera vez, y que en este momento está más enardecida que nunca.

—Lo siento. Yo… No te he visto —me dice con un rubor electrizante, tanto que me noquea un segundo.

Nuestras miradas se mezclan, y se funden acto seguido haciéndonos temblar. Mis ojos bajan a sus labios, que parecen igual de resecos que los míos porque los dos nos los humedecemos.

«Piensa, Rafa. Es ella; tu vecina; tu diosa; la mujer de tus sueños».

De repente oigo una voz muy cerca de mi oído que interrumpe mis pensamientos incitándome a dar el paso:

—Es tu momento, no lo dudes, tío. Hazlo. —No sé decir de dónde viene, pero le voy a hacer caso.

Trago saliva. «Ahora o nunca», mi mente empuja a mi cuerpo, y mi boca se abre para formular una pregunta que arde en mis labios:

—¿Bailamos?

5
¿Bailamos?

Tina, la vecina huidiza



—¿Bailamos?

—¿Qué…? —Mi cara parece un semáforo, estoy segura.

Noto cómo me sube y baja la temperatura a tal velocidad que paso del blanco al rojo, y todas las tonalidades que hay en medio, en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya sabes, balancear el cuerpo y mover los pies al mismo ritmo —dice con la voz ronca más seductora que oído nunca; claro que tampoco es que haya oído muchas.

—Yo… —balbuceo.

—No hace falta saber bailar, solo déjate llevar —sugiere con un guiño de ojo como si me estuviera leyendo la mente.

—Llevar…

«¿A dónde? Ah, sí, al país de mis sueños», me pregunto y me respondo en menos de un segundo, pues mi mente viaja a la velocidad de la luz mientras yo me quedo inmóvil, memorizando su rostro como si no lo hubiera visto nunca y el mundo se acabase dentro de un minuto.

Me roza con el dorso de los dedos las manos, buscando mi permiso; que yo acepte ese gesto y entrelace mis dedos a los suyos. Un gemido sale de mi boca con ese suave contacto que estremece todo mi cuerpo y me hace tambalear.

Cierro los ojos para magnificar esa sensación. Estoy soñando, no cabe duda. Es otro de mis sueños eróticos con él, y cuando despierte desaparecerá como el humo de un cigarro cuando sopla el viento. Suspiro porque mi imaginación es inmensa, y siento su voz cada vez más cerca. Casi puedo oler su perfume; uno amaderado y glacial, fresco como el aire de la montaña y a la vez calienta más que una estufa de leña.

Por Dios, qué imaginación tengo. Si podría ser escritora, dado que me estoy excitando solo de pensarlo. Parpadeo y los abro, necesito volver a la discoteca, a la realidad. Cuando lo hago, mi sorpresa es colosal, pues lo veo sonriendo frente a mí esperando una respuesta.

—Vamos, sígueme. —Y lo sigo. En mi nube, flotando en el aire del ambiente, con la música de fondo y más ligera que una pluma.

Su mano derecha agarra fuerte la mía, la izquierda se desliza por mi cintura y su sonrisa me mantiene en esa hipnosis, en ese limbo donde no sé bien si estoy viva, o he muerto y estoy en el cielo con mi ángel particular.

Suena *Al filo*, de Tutto Durán cuando mueve mi cintura y me dejo llevar. Me balancea como el perfecto bailarín de una danza imposible extremadamente sensual. Las luces se alejan y en esa oscuridad visible, me pierdo en sus ojos verdes que sonríen más que su boca. Con su luz mi alma brilla, mis sentidos enloquecen y mis pies se mueven solos, mientras Tutto sigue cantando:

Al filo, haciendo el amor con ruido
Despertando un corazón dormido
Volviste a soñar conmigo, conmigo.

Soñar sí, cada día con los ojos abiertos a través del cristal y cada noche abrazando mi almohada pensando que es su cuerpo desnudo.

Parpadeo de nuevo y sigue ahí. Me alza en el aire y me pega a su cuerpo. Voy bajando centímetro a centímetro tan cerca de su rostro

que quema; tan cerca de su boca que la rozo y nuestros jadeos se tocan. Mi pecho, que sobresale como dos burbujas de jabón de mi escote, acaricia su torso duro y mi bajo vientre se estremece, al notar otra parte de su cuerpo tan excitada como yo. Gimo. Gruñe. Y solo es un baile.

La canción termina y comienza *Quieres* de Aitana, Emilia y Ptazeta. Me pega a él y vamos moviendo los pies con su pierna entre las mías y moviendo la cintura de una forma que desconocía que sabía hacer. No sé bailar, tengo dos pies izquierdos, y no sé cómo no le he pisado todavía. Siento que me falta el aire, y a la vez que respiro a través de su aliento. El corazón golpea fuerte en mi pecho, que turgente clama que acorte la distancia entre los dos; como si eso fuera posible; como si hubiera más milímetros que recortar. Y, por si eso fuera poco, en este interminable y fogoso baile, no hemos desviado la mirada ni un segundo.

No hablamos. Simplemente bailamos diciendo todo con nuestros movimientos tan apasionados como tiernos. Tan sensuales que tiemblo, que sudo y me inundo con esos sentimientos. Mojo las bragas y creo que hasta el suelo de la pista, porque no es sudor lo que cae en ella por mucho calor que tenga.

—¿Cómo te llamas? —pregunta pegando aún más su cuerpo al mío.

—Tina… —consigo decir en un hilo de voz perdida en sus ojos—. ¿Y tú?

—Rafa. —Se relame los labios y jadeo.

—Rafa… —repito su nombre grabándolo así en mi memoria.

—Tina… —repite el mío… sobre mis labios.

Pierdo un latido y tras él se van el resto. Su boca presiona la mía, cuando comienza a cantar Manuel Turizo ft Valentino su canción *Bésame*. No profundiza, solo la roza y quema. Me abrasa por dentro y por fuera.

Bésame, háblame al oído
y ven, mátame
Recorrer tu cuerpo es un placer
Todo de ti quiero conocer,
atrévete y bésame

Y nos besamos. Suave y lento. Estremecedor, caliente y abrumador. Un beso que sabe a gloria; a poesía; a hogar; a sueños inconfesables y a anhelos imposibles de controlar. Un beso interminable que me inunda de pies a cabeza, que me ahoga en un mar de deseo por su forma de arrasar con su lengua todo lo que alcanza. Incluso se está llevando la poca cordura que me queda. Solos, él y yo, entre la multitud de cuerpos sudorosos que danzan espontáneos e impredecibles.

Su boca sigue sobre la mía, nuestras lenguas peleando en una dura batalla por saber quién es la ganadora. Por cómo vuelo entre sus brazos, diría que yo ya he perdido el combate, que me voy a dar de bruces en cuanto llegue al suelo. La humedad de su boca, el calor de sus labios, todo él es una hoguera y las llamas nos rodean.

La canción termina y nos separamos unos milímetros para respirar, para vernos y demostrar que ha sido real, porque yo al menos sigo flotando en una nube de humo y colores. Alguien lo empuja y mi cabeza se estrella en su pecho. Me quedo en él. Me abraza tan fuerte que oigo el ritmo acelerado de su corazón. Por un instante, me pierdo en esa sensación reconfortante, pero al segundo después las dudas me abruman, me falta el aire de nuevo y un ataque de pánico invade mis pensamientos noqueándolos a casi todos. Deja solo uno: «Corre antes de que se arrepienta, antes de que las luces se posen en ti y te vea cómo eres en realidad, y no la imagen que le muestra el alcohol y la música».

Un amigo le habla con tono jovial, bastante chisposo:

—Así me gusta, que aproveches la noche y te diviertas, tío. —Rafa gira la cabeza al oírlo.

Me suelto, las piernas me tiemblan y el miedo a que la magia se rompa, a que haya sido parte del hechizo del momento, tal vez de la canción, me hace salir corriendo a lo Cenicienta mientras él atiende a ese hombre.

Huyo como el Correcaminos cuando el Coyote lo persigue, o como el gato tras el ratón; como alma que lleva el diablo para no caer en la tortura de esos besos otra vez.

¿Por qué?

Porque sí. Porque no estoy preparada; porque no sé si soy lo que él busca; porque soy yo, la que a sus casi veintiocho años nunca ha tenido novio, ni siquiera una relación corta. Corro por miedo a no ser nada, o tal vez a ser algo más.

Quizás porque él es mucho para mí y no sé si soportaría ser solo un beso fugaz.

No lo sé. Simplemente corro, y Ruth al ver que soy yo quien va escurriéndose entre la multitud, viene detrás.

Me escondo en el cuarto de baño y mensajeo a Marga pidiendo auxilio mientras Ruth me frota los hombros para tranquilizarme.

—¿Quién te ha hecho daño? Dímelo y le arranco algo más que los ojos. Son dos, pero abultan y joden más.

—No es eso… No me ha hecho daño.

—¿Ha sido el tío macizo que te estaba metiendo la lengua hasta el hígado?

—Sí. Y solo me ha besado. Bueno, también me ha hecho volar, danzar entre sus brazos como si fuera una bailarina experta.

—Entonces, ¿por qué lloras y tiemblas, alma de cántaro?

—Porque me ha gustado.

—Ese no es un motivo para llorar y pedir auxilio a tu amiga, más bien para gritar y saltar a horcajadas sobre ese atractivo hombre de las cavernas.

—Ya, pero es que no quiero ser un beso para él, ni un polvo de una noche. Yo no soy así, y menos con él. —Me tapo la cara con las manos, respiro hondo y me levanto—. Necesito irme de aquí. ¿Hay una puerta trasera?

—A ver, frena el carro, morena. ¿Qué quiere decir: «Y menos con él»? ¿Lo conoces?

—Es…, es el que…

—Es el que, ¿qué? —Gira la muñeca para que continúe, pero me voy hacia la puerta.

—Es mi vecino. El hombre con el que sueño cada noche y al que venero cada día. Con él no quiero jugar, lo quiero todo o nada.

—Y has decidido no tener nada antes de arriesgarte a tenerlo todo. Por eso has salido corriendo. —Ante la certeza de esa

afirmación bajo la cabeza y abro la puerta cuando Marga aparece con el rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Me agarra de los brazos con fuerza, me toca la cara, el pelo y me da un repaso de arriba abajo.

—Ha besado un sapo y ha salido corriendo antes de saber si se transformará en príncipe —contesta Ruth irónica a la vez que entra Manu, que al vernos abrazadas se une a nosotras.

—¿A quién hay que arrancar las pelotas y jugar al golf con ellas?

—A nadie. Solo soy yo y mis miedos, que siempre me acompañan —respondo avergonzada.

—Joder, nena, ¿no puedes ser una mujer normal como todas? —dice Marga apartándose unos centímetros.

Levanto la cabeza, las miro y se echan a reír contagiándome al instante. No sé cómo, pero paso de la risa al llanto en un segundo.

6
Los sueños, sueños son

Rafa, el vecino descolocado



La cabeza me va a explotar. ¿En qué momento he pasado de estar en un sueño a estrellarme contra la cruda realidad? Joder, si la tenía en mi pecho; si la acunaba entre mis brazos como si yo fuera el único que pudiera reconfortarla; si su corazón y el mío estaban bailando su propia danza, su canción, la que solo ellos oían.

¿Cómo ha podido huir así? ¿Por qué? ¿He hecho algo que no debería?

No lo entiendo. Si apenas hemos hablado, ¿cómo he podido cagarla tanto para que salga corriendo entre empujones? A lo mejor ha sido eso, tenía que haber intentado conocerla antes de besarla. Joder, se habrá pensado que soy otro gilipollas más, otro baboso que solo quiere tirársela y ya está. Mierda. Maldita sea mi suerte y maldito Cobos y su inoportuno comentario, que me ha distraído.

—Lo siento, tío. Solo quería darte mi apoyo, no pensé que…

—Déjalo. No pasa nada. Los sueños, sueños son.

—¿Qué quieres decir?

—Que esos minutos con ella han sido otro sueño más de los tantos que he vivido en mi mente. Por un instante la he tocado y sentido, me ha revolucionado el cuerpo y nublado la mente hasta el punto de no saber si estaba en la discoteca o en una isla desierta, solos ella y yo. Pero… luego tu voz me ha devuelto a la cruda realidad. No somos nada, solo un instante que no volverá, por no haber aprovechado mi oportunidad. —Pido un *whisky* doble sin hielo, necesito pasar el nudo que me oprime la garganta.

—No jodas. Dime que no era ella.

—Da igual. —Me acabo el líquido ambarino que me he pedido de un tirón, pago y me voy.

No puedo más, necesito salir de este atolladero en que se ha convertido el antro, y la gente que se arrima sin mirar, que grita a mi alrededor contenta feliz por ser libres de hacer lo que quieran, me está agobiando aún más.

—Te acompaño a casa. —Se levanta mi amigo del taburete, preocupado por el modo en que me he bebido el vaso, e imagino, que también por el tono amargo de mi voz.

—No. Prefiero caminar.

—Te he jodido la noche. Tu noche con tu…

—No te preocupes, Jose, mañana volverá a salir el sol como cada día —añado con resignación dirigiéndome hacia la salida—. Despídeme de Simón.

Cuando abro la puerta me giro notando su mirada en mi espalda, pese a las numerosas personas que nos separan. Allí está mi compañero, en el mismo lugar donde lo he dejado con los hombros caídos y el morro arrugado. Nos hemos fastidiado la noche mutuamente por lo que veo, porque dudo que se enrolle con nadie con esa cara de acelga que se le ha quedado.

Respiro hondo y me voy en dirección a mi apartamento. Agradezco el aire fresco del exterior que me azota el rostro, meto las manos en los bolsillos y pienso en lo sucedido. Son varios kilómetros, pero no me importa, me servirá para aclarar mis ideas, para entender su comportamiento.

O no. Veo pasar en mi retina como diapositivas de un Power Point, el brillo de sus ojos grises, su timidez al mirarme, sus dudas al

acercarme, y, sin embargo, el deseo de que lo hiciera. La turbación cuando rocé sus labios, cuando la alcé como una pluma sobre mi cabeza, la deslicé por mi cuerpo hacia abajo y tropezó con el bulto de mis pantalones. Cómo abrió las piernas para encajar en él, y casi se me escapa con los saltos que dio. Estaba tan excitada como yo.

Entonces, ¿por qué huyó después? ¿No le gustó el beso? Porque a mí me desarmó entero. Me la puso tan dura que creía que reventaría el pantalón o incluso que me correría con un solo beso como un adolescente en su primera vez. El cóctel de sensaciones que he sentido mientras profundizaba en su boca me ha afectado más que si me hubiera bebido media botella de *whisky*.

Emborracharme de ella es fácil; de sus gemidos; de su olor… Si estuviéramos juntos, me haría alcohólico el primer día.

Joder, quién es el valiente que olvida eso ahora y se centra en su vida, después de pasarse meses anhelando ese contacto. Ese beso largo, húmedo, dulce y apasionado a la vez. Ese roce que me ha provocado una erección desorbitada en cuestión de segundos.

«¿Por qué, Tina?, ¿por qué te has ido?», me pregunto mirando al cielo, a esa estrella que brilla más que las demás. «Quisiera saber tantas cosas de ti, conocer cada línea de tu piel, contar tus lunares y aprender el significado de tu nombre. ¿De dónde viene?».

Maldita sea, diablilla, te has metido bajo mi piel, no solo bajo mis sábanas cuando duermo.

«¿Y ahora qué hago para volver a tenerte así, a dos centímetros de mí?: ¿Te busco en el supermercado?, ¿llamo a tu puerta y entro arrasándolo todo como un cavernícola?». Yo no soy así, y tampoco soy un ligón para saber cuál es la estrategia más acertada para acortar nuestras distancias.

«¿Qué hago, joder?», me repito una y otra vez sin darme ni una respuesta acertada.

Tan cerca y tan lejos. Vecinos del bloque de enfrente, desconocidos que se desean; porque digas lo que digas, por mucho que corras y te alejes de mí, sé que te gustó el beso. Lo sentí, noté ese anhelo en tu boca y la excitación en tu cuerpo.

Eso no lo he soñado. No esta noche. No en ese momento.

Miro hacia arriba y busco su ventana antes de entrar a mi portal. Si pudiera entrar por ella, la convencería de que somos más que un beso, a pesar de que no sepamos nada el uno del otro. Somos fuego en el alma, ese que se expande por todo el cuerpo y que solo lo puedes apagar con las manos, la boca y esa parte de ti que se complementa.

Somos todo si nos arriesgamos, y nos convertiremos en nada si no lo intentamos. Yo quiero hacerlo, pero ¿y tú?

¿Qué quieres tú?

7
Borrar el pasado

Tina, la vecina inocente



Cuando mi amiga me dijo que en esa sala de fiestas trabajaba un amigo, no pensé que sería su ex, el único que ha tenido; David. Un chico no muy alto, pero fuerte y con un atractivo singular, ya que su boca es enorme y cuando sonríe le cubre media cara.

Al llegar nos dio el mejor lugar de la sala, nos puso dos *Sex on the beach* gratis y sus miradas se cruzaron más tiempo de lo normal. Sin duda el tema no se había acabado entre ellos, por muy separados que estuviesen. Después de hablar con mi amiga por señas, los dejé solos al ver que me había vuelto invisible, y me fui a bailar con Manu, Ruth, y Corina; una compañera del club que se une a veces a nuestro grupo, y que me cae muy bien. Porque, aunque descarada a la hora de cantar, en la intimidad con los hombres no es tan lanzada, aunque le guste coquetear. Sin embargo, no es de las que se va con cualquiera; tiene las ideas muy claras y antes de liarse con un tipo desea conocerlo, conversar con él, y si le gusta, ir un paso más allá.

Como yo. O como quiero ser yo en algún momento de mi vida, cuando me atreva a dar ese paso. O como hubiera sido mi yo, antes de conocer a Rafa.

Rafa…

Hasta el nombre le pega con esa piel dorada y esos ojos… Qué mirada. Qué fogosidad. Qué…

No sé explicar lo que siento sin parecer una desquiciada. Sé que quiero repetir ese beso y doscientos más, que quiero perderme en sus brazos y montarme en esa noria de emociones de nuevo hasta marearme, y echar la primera papilla que me comí. Me gustaría repetirlo cada noche antes de acostarme y cada mañana al despertar y, si me apuras, lo haría también entre la comida y la cena; quizás como merienda.

Nunca he deseado tanto que alguien me besara, o ser más atrevida.

¿Estoy arrepentida de mi huida en plan *Novia a la fuga*? No.

Sé cuáles son mis sentimientos, me conozco y sé perfectamente lo que quiero. Lo malo es que no sé lo que quiere él, y no soportaría que jugara conmigo.

Como podréis comprobar no he tenido mucha suerte con los hombres. Cero. Nula, diría yo. Y si os soy sincera, me falta valor para probar a ver si tengo más fortuna.

Ruth, Manu, Marga y hasta esa mujer que solo he visto dos veces; Corina, me miran con comprensión. Aunque creo que en su interior me están dando una paliza verbal por idiota, por perder la oportunidad de cumplir lo que hace seis meses que me tortura de placer en mi subconsciente. Sí, puede que fuera solo un polvo. Un buen polvo por cómo besaba, por las mil cosas que me ha hecho sentir en esos minutos; imagínate lo que haría si le dejo bajar hasta el escote o más allá. Tal vez sería la protagonista de mi propia película romántica. O tal vez no.

Igualmente, qué sé yo de hombres, de sexo, de amor y de nada. Mi experiencia es tan transparente como el agua, tan invisible a la vista que no es.

Hemos salido de la discoteca hacia el puerto y nos hemos sentado en un parque. No hace frío, tampoco calor, pese a que

cuando llevas un rato, por muy arropada que esté con esos abrazos que me dan, se nota que no son horas de estar con un simple vestido de manga larga.

—Comprendo tu postura, tesoro. No le des más vueltas. Si ha de pasar, pasará, y si no se quedará en un simple recuerdo, una anécdota más que contar —me aconseja Ruth al verme abstraída en mi mundo.

—No lo entendéis. Sé que es una locura, pero no me atrevo a sentir. Me da miedo querer a alguien que no me quiera. Yo… Yo… —Me muerdo el labio, más roja que un teléfono de Londres, porque sé que cuando lo diga pareceré una pueblerina tonta e ingenua, pero algún día se tienen que enterar, así que ahí va.

—Espera, no serás virgen, ¿verdad? —suelta Manu con una mano en la cintura y la otra en la boca.

—No exactamente. Aunque… como si lo fuera. —Suelto el aire poco a poco a la vez que repaso el rostro de cada uno, que parece haberse convertido en piedra—. La primera vez que lo hice fue en uno de los cuartos de baño del instituto y me dolió tanto que me mareé. Estuve dos días sin salir de casa, con la excusa de que la cena me había sentado mal. Incluso vomité varias veces.

—¿Te violaron? —preguntan los tres a la vez.

—No. Pese a que yo… —Suspiro, cierro los ojos y me voy a esa mañana infernal en la que mi carácter cambió—. Yo quería estar ahí; ese chico me gustaba y yo le gustaba a él. Nos estábamos besando como siempre, pero de repente, todo se aceleró. La pared se volvió más fría, sus besos más invasivos y sus movimientos demasiado posesivos. Intenté apartarme, pero…

—Él siguió sin tu permiso —termina por mí Ruth.

—Eso es violación, nena —afirma Marga.

—Llevábamos varias semanas quedando a escondidas para besarnos, a pesar de que jamás me pidió de salir —continúo mi historia—. Habíamos hablado de hacerlo alguna vez, pero sin concretar nada, ya que yo no estaba muy convencida. Ese día, como tantos otros comenzamos a besarnos; sin embargo, su actitud cambió después de un par de minutos. No tenía espacio para moverme y hubo un momento en que sentí repulsión. Le insté a que

parase, pero no le dio importancia. Me dijo que me gustaría, que lo estaba deseando igual que él y yo…, no tuve el valor de hacerle parar. Entonces, él… Fue todo muy deprisa, muy precipitado. No tuvo mucho tacto conmigo, y yo… No sabía lo que tenía que hacer.

—Te la metió y punto —pronuncia Manu con mala leche—. Por eso te dolió tanto.

—Sí, algo así. Sangré, me asusté y salí corriendo avergonzada. —Me froto las manos nerviosa, ya que jamás se lo he contado a nadie y todavía me cuesta recordar aquello, sin que se me haga un nudo en la garganta.

—Menudo cabronazo. —Esa es Ruth, que mira a Marga y cierra la mano dando con el puño en el banco.

—A la semana estaba saliendo con otra, y yo decidí no salir con chicos hasta la universidad. Me gradué, y como fiesta de celebración me emborraché con mis amigas. Había un chico rubio muy guapo con el que había conversado varias veces en la biblioteca durante el curso. Era muy simpático y ese día se unió con dos de sus amigos a nuestro grupo. Bebimos mucho, me lo estaba pasando genial. Recuerdo reírme sin parar, bailar y saltar hasta dolerme los pies, y luego besarnos. Tanto que supongo que me llevó a su coche. El caso es que despertamos al día siguiente medio desnudos, entrelazados y…

—No te acuerdas de lo que ocurrió —termina la frase Marga dando una patada al aire.

—De nada. Lo tengo todo borroso. Es cierto que hay retazos de momentos besándonos en mi memoria, de reírnos con bromas tontas, pero lo que es el acto en sí… No sé si me gustó o no, si fue bueno o malo. Si hicimos algo o nos quedamos dormidos de la pea que llevábamos encima.

—¿Y no le preguntaste?

—Sí, él tampoco recordaba nada. Nos vestimos, me abrazó, me pidió perdón por no saber lo que habíamos hecho, pese a que lo que recordaba le había gustado mucho. Hasta me pidió volver a intentarlo, esa vez sobrios. No obstante, yo me iba al día siguiente. Volvía a casa y, aunque deseaba volver después del verano, no tenía

ni idea de cuándo volvería. Imagínate, al final tardé más de tres años en salir de mi pueblo, como para esperarme.

—Chica, menuda historia. ¿Y desde entonces no…? —Niego con la cabeza a la pregunta de Manu, avergonzada.

—Sabía que algo no me cuadraba, que con el idiota aquel solo hubo un par de besos; el muy cerdo que se fue con otra a la que lo dejaste solo un momento —gruñe Marga—. Lo sabía. Maldito cabronazo. Joder, que tienes veintiocho años, lo normal es que hayas disfrutado del calor de una pareja en la cama. ¡En la cama! No en un lavabo público o en el asiento trasero de un coche.

—Con el engreído de aquella noche solo hubo un beso horrible y un intento de meterme mano. Me dio tanto asco que le dije que iba al baño, y cuando salí se lo estaba montando con otra. —Me encojo de hombros y me aparto el pelo, que con el viento me viene a la cara—. Por eso ahora me he asustado al ser el beso tan diferente. Tan ardiente, arrollador…

—Joder, y yo me quejo de mi suerte con el amor. —Se quita una lágrima que le caía del ojo, disimulando para que no la veamos. Ruth, la diva de las canciones sensuales, la que eriza la piel con sus movimientos es muy extrovertida y directa, pero luego es la más sensible de todas.

—Os invito a unos churros con chocolate. Vamos, necesito comer algo para pasar este mal trago e idear un plan para que alces el vuelo de nuevo con el vecino buenorro. —Manu se pone serio y nos insta a levantarnos.

—Cari, ¿te das cuenta de que solo es la una de la mañana? Hasta las seis no abren la churrería —le comenta Ruth, agarrándolo del brazo para que se detenga.

—Sé que no es lo mismo, pero tengo unos churros en el congelador que con el chocolate que hago tan bueno, están para chuparse los dedos. —Manu convence a Ruth con su labia y el resto los seguimos.

Ese morenazo con tacones de doce centímetros y unos labios rojo putón que hacen juego con el vestido y los zapatos que lleva, es un trozo de pan. Sus zapatos son muy parecidos a los míos, la diferencia es que yo más de tres centímetros acabo rodando por el

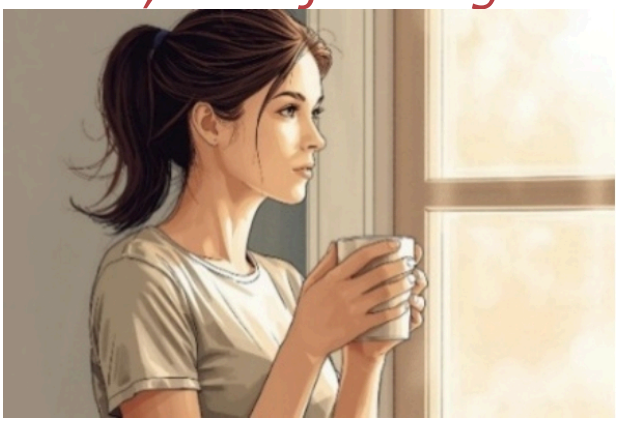
suelo como una croqueta, mientras que él los lleva con un porte, que ni Naomi Campbell en sus mejores tiempos.

¡Qué envidia! ¡Qué seguridad en todo lo que hace!

Ojalá yo fuera como él.

8
Son mis amigos

Tina, la mujer insegura



Nos dirigimos a su casa, que está a un par de manzanas de aquí. Marga no se separa un segundo de mí y yo le pregunto por David para distraerme.

—Recuérdame por qué no estáis juntos —indago rememorando cómo se alejó sin dejar de mirarla y cómo ella lo repasaba embobada de pies a cabeza, quedándose algo más en su culo.

—Nos estábamos enamorando y ninguno de los dos quería sufrir por amor, así que lo dejamos antes de que fuera demasiado tarde.

—Tiene sentido —ironizo—. No queréis sufrir y lo dejáis cuando estáis disfrutando de lo más bonito de estar juntos. Por eso ahora os coméis con los ojos y echáis de menos lo que tuvisteis, o como mínimo vuestra mirada, que os ha hecho una radiografía de todo el esqueleto. Diría que no os habéis dejado ningún hueso. —Abro los ojos con asombro y luego los achico pensando en lo tontos que son; claro que tampoco soy yo la más indicada para hablar—. ¿En serio

no os dais cuenta de que estáis sufriendo por no sufrir? Sé que parece un trabalenguas, pero me has entendido perfectamente.

—¿Y me lo dices tú que acabas de besar a tu hombre perfecto y has salido corriendo más que un galgo?

—Es diferente, vosotros os queréis.

—Y vosotros no lo sabéis, ya que por lo que cuentas no ha sido un simple roce.

—Han sido dos bailes y un morreo. Largo, intenso, adictivo. Aun así, un beso, nada más. Y no te puedes enamorar en cinco minutos.

—Sabes que no han sido cinco minutos, más bien seis meses y cinco minutos. ¿Y si él lleva el mismo tiempo que tú observándote tras el cristal?

—Estás loca. Eso es imposible, me habría dado cuenta.

—Dices que ayer cruzasteis miradas en el apartamento cuando nos íbamos, que luego lo viste en el supermercado y hubo otro breve contacto visual, y como si alguien os hubiera movido cual marionetas en un teatro de medio metro, por la noche os chocáis por casualidad y se produce esa conexión táctil que tanto habéis anhelado. Dime que no es una coincidencia, que no es una señal del destino y que ese hombre no te mira igual que tú a él.

—Estás desvariando.

—Seguramente. Pero ¿y si no lo estoy? ¿Y si es verdad lo que digo? ¿Vas a dejarlo pasar por miedo a sufrir como David y yo hicimos? ¿Por miedo a no sentir o por sentir demasiado? ¿O por creer que no eres suficiente?

—Pues…

—Olvida el pasado, Tina, lo que has vivido antes de él. Cierra los ojos y mira en tu interior, en lo que quieres de verdad. —Marga se detiene un segundo, casi diría que emocionada—. Lucha por lo que tu mente clama y haz caso a lo que tu corazón te pide. Sin miedo, sin prisa, sin dolor. No te arrepientas de vivir, hazlo de no sentir lo que tienes delante.

—Escúchame, bonita —Manu se acerca a mí—, tienes miedo a sentir más que yo lo tuve a vivir, hace muchos años. Necesitas ayuda como yo en su momento, y como me caes bien, te la voy a

dar. Eso sí, tienes que abrir tu mente. Mucho. Si lo haces, estoy convencido de que merecerá la pena.

—¿De qué estás hablando? —indago al ver cómo saca una tabla de ouija del armario.

—Siempre me ha gustado vestirme como una mujer, no te creas que es de ahora. Soy un hombre sí, soy consciente de mi genética, pero me encanta vestirme de mujer. Con seis años le robaba los zapatos a mi madre, las faldas y los *foulards*. Cuanto más llamativos más me fascinaban. Un día mi padre me vio pintándome los labios, llevaba puesto un vestido fucsia y unos zapatos negros con tacón de aguja que me quedaban de muerte. El guantazo que me dio me hizo girar la cabeza y las huellas de sus dedos estuvieron plasmadas durante dos días con sus dos noches en mi mejilla. —Las tres boquiabiertas escuchamos atentas lo que nos cuenta mientras prepara la mesa con unas velas, la tabla ouija y Charles Aznavour de fondo.

—Tu padre era un gilipollas —dice Ruth bebiendo un sorbo de la taza de chocolate caliente—, perdona que te lo diga.

—Lo sé. Mi padre era un cabrón supremacista y tenía a mi madre amedrentada. Ella lloraba cada vez que me pegaba, pero no hacía nada por evitarlo. Al principio me afectó mucho, tanto que me encerraba en mi cuarto y me tiraba días sin salir, pero me obligaban a ir a la escuela; a rastras si era necesario. No quería jugar al fútbol. Nunca me gustó correr tras una pelota, lo encontraba un juego estúpido. Tampoco me gustaba el baloncesto ni correr maratones, por lo que no me integraba mucho con los niños de mi edad. En cambio, me gustaba hablar de cine, música y moda.

—Eras diferente, ¿y qué? A mí no me gusta cocinar ni planchar. Sin embargo, el baloncesto me vuelve loca —comenta Ruth medio enfadada.

—En mi familia eran muy… «clásicos», por así decirlo. Cuando mi madre se arreglaba para ir a alguna fiesta o reunión de amigos con mi padre, yo la miraba a escondidas deseando ser ella y poder maquillarme igual. Pasaron los años y me fui desarrollando, pero mis ideas fuera de lo que la sociedad considera normal seguían siendo las mismas. Esperaba a que se fueran y me vestía a escondidas con

su ropa. Mi padre registraba mis cajones y cuando encontraba algún pintalabios, se sacaba el cinturón y me «enseñaba» a ser un hombre.

—¡Hijo de puta!

—Un día me sorprendió una voz en mi cabeza cuando me miraba al espejo. Esa mujer me dijo que estaba muy guapo, que no me avergonzara nunca de mis decisiones, que mi vida era mía y podía vivirla como quisiera, siempre y cuando fuera yo el único que tomara esas decisiones. Yo y solo yo, podía elegir qué quería hacer con ella.

—¿Una voz en tu cabeza? ¿Te refieres a tu conciencia? —sondeo, asombrada por lo mal que lo ha debido pasar.

—No. Me refiero a mi abuela, la única persona que me acompañó al final de mi infancia, que me ayudó a soportar la adolescencia y me mantuvo vivo hasta que fui adulto, y comprendí que ser diferente no era algo malo, que cada uno es como es. Lo importante es ser lo que uno desea sin hacer daño a los demás.

—Menos mal que tuviste una persona en la que apoyarte.

—Sí, ella me salvó la vida dos veces. Su voz siempre estaba a mi lado. A pesar de las palizas, de los imbéciles que se metían conmigo en el colegio y en el instituto, y de la indiferencia de mi madre. Lástima que no pudiera abrazarla.

—¿Por qué? ¿Vivía lejos? —pregunto intrigada.

—Sí, en otro mundo. Murió tres meses antes de que yo naciera.

—¿Qué?

—¿Estás diciendo que hablabas con tu abuela muerta? —Miro la ouija y comienzo a entender lo que está haciendo.

—¿Como esos niños que tienen un amigo invisible? —interroga Ruth igual de atónita que yo.

—Entonces, cuando te pillo hablando solo, ¿no es porque se te ha caído un tornillo, es porque estás hablando con un muerto? —indaga mi vecina rubia—. Guau, conozco a Melinda Gordon, en versión Jason Momoa

—Nena, tú estás mucho peor que yo, aunque no escuches voces, ni siquiera la de tu conciencia. Y no, no es como tener un amigo invisible. Mi madre sabía que su madre tenía cierto don, y cuando murió se dio cuenta de que tenía razón todas esas veces en que le

avisó de que su marido no era trigo limpio, que acabaría haciéndole daño y rompería su familia. Ella nunca tuvo valor de enfrentarse a él, pero sabía que mi abuela sí lo haría, así que la llamó de la forma que le había enseñado desde que era niña y le dijo que yo estaba en peligro.

—¿Con la ouija? —decimos las tres a la vez.

—Exacto. Úrsula siempre ayudaba a todo el que se lo pedía. De hecho, se ganaba la vida con ello. No porque cobrara, según ella era un don y jamás podría pedir dinero a cambio de sus «favores», pero tampoco podía negarse a aceptar la gratitud que le ofrecían sus clientes.

—¿Tu abuela era una bruja?

—¿Habéis oído algo de lo que he dicho? —Manu pone los brazos en jarra, algo molesto por nuestro interrogatorio.

—Sí, precisamente por eso. —Señalo con los brazos la tabla, argumentando de ese modo mis palabras—. ¡Quieres que hagamos espiritismo!

—A ver, concentración chicas. Ella no hacía hechizos ni conjuros, solo usaba la escoba para barrer o cantar canciones de su cantante favorito. —Me guiña un ojo y sonríe—. Tenía un don, el de escuchar a las almas atormentadas a un lado y al otro, aprendió a comunicarse con ellas y siempre que podía las ayudaba. A mí me salvó la vida dos veces y a su hija también. Eso no quiere decir que fuera una bruja.

—¿Salvó a tu madre? Entonces, ¿consiguió enfrentarse a tu padre? —pregunta Ruth intrigada.

—No. Mi madre se atiborró de pastillas cuando me fui de casa y juré no volver a pisarla nunca más. Al día siguiente la encontraron tumbada en la cama con una sonrisa en la cara. —Me levanto y le acaricio la mandíbula, luego le doy un abrazo largo, silencioso, que lo dice todo.

—Lo siento mucho, debiste pasarlo fatal. —La verdad es que su historia daría para una novela, algo triste, pero con suerte seguro que tiene un final feliz.

—En realidad, yo no. Es el mejor final que pudo tener. Ahora está con mi abuela y son muy felices. Por desgracia, yo no conocí a

Anabel Soto, sino a Anabel Brugada. Dicen que eran completamente distintas. Yo creo que nunca la quise, no me dejó hacerlo, pese a que de algún modo ella sí me quiso a mí. Aunque jamás me lo demostró. —Le aprieto la mano con fuerza—. Pero ese no es el tema que nos ocupa, niña, si te he explicado la historia de mi vida no es para que llores ni sientas compasión por mí, es para que conozcas a Úrsula, para que te fíes de ella y te dejes aconsejar.

—Créeme, no me hacen falta sus consejos, yo hace tiempo que me fui de casa y ahora soy feliz en mi independencia.

—Cariño, cada uno tenemos nuestros demonios: rojos, verdes o azules, da igual del color que sean; están ahí y no nos dejan pasar página. Los tuyos son enormes, como lo fueron los míos en su momento. Te impiden relajarte y ver más allá de esos peligros, han construido un muro frente a ti que no eres capaz de escalar, y ella te va a dar las herramientas suficientes para que puedas derrocarlo. Hazme caso.

Pone su mano sobre la mía y me hace poner la otra sobre la de Marga, esta a su vez sobre la de Ruth y ella sobre la de Manu de nuevo. Cierra los ojos y comienza la sesión con *La Bohème,* de Charles Aznavour, de fondo. Marga me mira, alucinando igual que yo. Abrimos un ojo y lo cerramos; abrimos el otro, y repetimos la operación hasta que Manu nos riñe por comportarnos como crías. Tres minutos más tarde la madera triangular de la ouija se mueve.

—Bienvenida, Abu. Quiero presentarte a unas amigas, una de ellas necesita tu ayuda. —La madera lo guía hasta deletrear mi nombre y yo intento separar la mano muerta de miedo, pero no me dejan ninguno de los dos. Manu sigue preguntándole y ella le dice que tengo que darle permiso para entrar, si no, no podrá conectar conmigo.

—Solo di que sí, que quieres que te aconseje. Una vez aceptes, cada vez que tengas miedo a dar un paso adelante, que te encuentres tan vulnerable e insegura que solo quieras llorar, ella te ayudará a no temer al futuro ni tampoco a los hombres. Porque ese es tu mayor temor, que te vuelvan a hacer daño.

—Yo… —Trago saliva, no sé si esto es real o no, si me está tomando el pelo o lo está diciendo en serio, cuando la madera se

mueve de nuevo:

«Ramón no es el problema, ni tú tampoco».

—¿Cómo…? ¿Has sido tú? —Miro furiosa a Manu.

—Nooo. ¿Se llama así tu vecino?

—No. Así se llamaba el chico del instituto, con el que lo hice la primera vez —bramo enfadada.

—Cielo, cuando nos lo contaste no dijiste su nombre. —Ruth tiene razón. Los miro y miro la ouija, respiro hondo y sondeo al espíritu.

—¿Cómo sabes su nombre? —le pregunto a la tabla.

«Sé muchas cosas, Agustina», deletrea la madera y echo la silla hacia atrás con el culo.

Se me saltan las lágrimas sin querer. Nadie sabe mi nombre real, me lo cambié antes de empezar la universidad con la esperanza de cambiar mi vida con ese gesto. Todos me miran esperando a que diga algo, pero alterada por sus palabras, tardo unos segundos en reaccionar.

—Está bien, ayúdame a superar mis prejuicios. Sí —acepto temblorosa.

«Busca recuerdos nuevos que te hagan borrar los pasados. Aprende a bailar y a sentir con tu presente para crear un futuro. Cuando lo hagas, ya no estarás sola nunca más».

9
Nos vamos de excursión

Tina, la vecina atónita



Estamos a jueves, y mi mente sigue anclada en aquel baile hipnótico que protagonizamos a lo Patrick Swayze y Jennifer Grey: jadeantes, temblorosos, expectantes; sin perder detalle el uno del otro. Me aprendí las motitas oscuras de sus ojos que se agrandaban cuanto más aumentaba su deseo, su tic en la mandíbula que parecía moverse cada vez que me acercaba a él. Memoricé las líneas de su rostro, y ahora no hago más que dibujarlo en mis descansos en vez de corregir exámenes.

Llevo casi una semana sin verlo y estoy que me subo por las paredes. Es muy raro, pues desde que me instalé en el piso, no recuerdo haber estado más de treinta y seis horas sin ver su escultural cuerpo, aunque fuera de forma fugaz. ¿Y si la abuela de Manu lo ha alejado de mí con la intención de que lo eche de menos? De que aclare mis sentimientos por él, como si yo no supiera que lo deseo más que un niño un caramelo, o un fumador un cigarro. Demonios, no sé qué pensar, puesto que ya lo he pensado todo.

Desde esa noche no hemos coincidido ni diez minutos en el apartamento, y eso es por un motivo. Pero ¿cuál?

Posiblemente, no sepa que yo vivo en uno de los pisos de enfrente, y mucho menos que lo busco cada día, así que mi huida no es la razón. No creo que le preocupe mis ganas de verlo y dudo que sea correspondida, porque de nadie es plato de buen gusto que lo dejen tirado tras un beso incendiario. Y aquel beso lo fue, como los dos bailes que lo precedieron. Por eso me extraña tanto que no hayamos coincidido en más de cuatro días. No sé. ¿Y si ha tenido un accidente?

Si le ha ocurrido algo malo, yo no sé qué haría.

¿Debería preguntarle a Úrsula como está?

¿Y cómo me pongo en contacto con ella? Está claro que por teléfono no. Madre mía, me estoy volviendo tarumba. Maldito Manu, que me mete esas chorradas en la cabeza y yo me las creo a pies juntillas.

Ni que tuviera doce años. Igual lo hizo para que dejara de pensar en él; en Rafa. Aunque, visto lo visto, no ha tenido mucho éxito.

«Tina, estás desvariando de nuevo», me amonesto por las mil dudas que me asaltan, por mi extensa imaginación y el momento tan inoportuno de usarla. Pero es que hoy me cuesta concentrarme, no me preguntéis por qué.

La cuestión es que tampoco nos hemos cruzado en el supermercado, ni siquiera por la noche viendo alguna serie como la de *Crimen en el Paraíso* que tanto nos gusta.

Puede que sea una señal del destino para que lo extraiga de mi memoria. A lo mejor se ha ido de vacaciones o se le ha acabado el contrato de alquiler que tenga. Claro que tampoco he visto maletas ni cajas de mudanzas.

Miro mi reflejo en el cristal de la ventana de la clase, que, al estar cerrada, aunque distorsionado se puede apreciar, y pienso que estoy fatal: «Qué pena doy, estoy para que me encierren y tiren la llave en el fondo del mar».

Suspiro y alzo la mirada a mis alumnos para vigilar que ninguno se levante, mientras pido silencio para que acaben los ejercicios, y así yo tenga tiempo de corregir el último control que les hice. El

problema es que mi cerebro divaga y se va a aquellos minutos en que me sentí la bailarina central de un *ballet* ruso, y él, ese hombre esbelto, hermoso que me alzaba por el aire para deslizarme después por su cuerpo, con todo lo que eso representaba.

Jamás me he sentido tan deseada como en ese momento ni tan excitada. Dios, qué sensación tan indescriptible, tan emocionante.

Sí, ya lo estoy volviendo a hacer, mi mente regresa como un bumerán al mismo sitio una y otra vez, como si fuera el único lugar en el mundo donde estuviera a gusto, donde quisiera estar. A ver quién es el valiente que le dice a mi cerebro que eso no sucederá más.

«Tú te fuiste, tú la cagaste, ahora no te arrepientas. No quieras volver atrás en el tiempo porque no se puede, y no creo que él quiera repetir la experiencia de que lo dejen tirado como a una colilla», me recrimino a mí misma, pues en realidad no sé lo que haría si lo tuviera delante.

Para qué engañarnos, probablemente saldría corriendo otra vez, porque no tengo ni idea de cómo tratar a un hombre más allá de cuatro frases con un amigo; y él no lo es. Sé dónde vive y cómo se llama, pero no sé quién es ni de qué trabaja. Sé que le gusta vestir cómodo, en chándal o en tejanos, leer libros de historia y mitología. No obstante, eso no es suficiente para saber si alguien es buena persona, si es un hombre capaz de enamorarse de una desconocida que lo venera como un Dios, y que ha tenido la suerte de tropezarse con él y acabar hundida en su pecho. Tampoco sé si tiene hermanos, familia o novia; he de entender que no cuando me besó así: dulce, lento, saboreando cada movimiento de su lengua con la mía.

Igualmente, no puedo hacerme ilusiones porque como me repito mil veces, no lo conozco y, por si eso fuera poco, hay una mujer que viene a veces a su casa, que la abraza y se ríen con confianza y complicidad, pese a que ahora haga tiempo que no la vea. ¿Y si ha vuelto con ella? Tal vez después de ese beso, ha comprendido que su lugar está a su lado. Para mí ha sido abrasador, pero para él puede que haya sido revelador.

Con la suerte que tengo, será lo más probable.

Lo cierto es que, aunque sepa sus gustos culinarios, el perfume que usa y las películas que ve, no sé nada de él. Tal vez sea un mercenario, un asesino a sueldo y haya tenido que viajar por un contrato exprés. Suena exagerado, pero ¿qué sé yo?

—Tina, ¿puedo ir al lavabo? —Alza el brazo Lía, una de mis peques.

—Sí, cielo. ¿Te duele algo?, ¿quieres que te acompañe?

—La tripa. Tengo ganas de vomitar.

Guardo los papeles en la carpeta y me voy con ella al cuarto de baño, no sin antes mandar callar a mis alumnos por el murmullo que ha generado su comentario. Por el pasillo me encuentro a Eva y le pido que les eche un ojo, ya que ella no tiene clase ahora.

—¿Ya te han avisado de la excursión de esta tarde? —Sonríe contenta.

—No. No tengo apuntado nada en la agenda.

—Porque ha sido una sorpresa. El profesor de Educación física está con una pasa de gastroenteritis, y como la íbamos a hacer el miércoles que viene, la han adelantado a hoy.

—Vaya. —Miro la cara descompuesta de mi alumna y le aguanto el pelo.

—Uf. Voy a vigilar la clase, ya veo que tienes para un rato.

Le froto la espalda a Lía y le digo que no se preocupe. Tras unos minutos de arcadas y malestar la ayudo a limpiarse, tiramos de la cadena y, con un poco de papel y mucho esfuerzo mental para no vomitar yo también, limpio los bordes del inodoro. Luego voy a Administración y aviso de que vayan los de la limpieza para darle un repaso y echar algo de ambientador, pues algo me dice que va a haber un nuevo virus en el colegio y que no será la primera vez que venga a ayudar a un alumno.

La mañana se pasa rápido y me encuentro con Eva en el parque de enfrente para comer. Abrimos en el banco las fiambreras, como cada día, y nos contamos lo que hemos hecho, los nuevos rumores o lo que nos preocupa, depende del humor que tengamos.

—Cuéntame más sobre esa repentina excursión.

—El otro día pillaron a un niño de quinto con un mechero en la mano, estaba quemando los cartones de zumo que habían echado

otros críos al cubo de reciclaje. La directora llamó a los padres y lo expulsó dos días, pero no dejó de darle vueltas a la cabeza.

—Normal, se podía haber liado una muy gorda.

—La verdad es que sí.

—Menos mal que los maestros que había en el recreo se dieron cuenta.

—De hecho, fue un grupito de niñas las que dieron el aviso, ya que, en ese momento, uno de los profesores se tuvo que subir a un árbol para coger una de las pelotas de fútbol que los de sexto habían lanzado, y el otro estaba vigilando que no se rompiera la crisma.

—Uf, menuda mañanita, menos mal que me libré. La última vez que me tocó fue bastante tranquila.

—Por fortuna, días así son muy puntuales, de esos que se pueden contar con los dedos de una mano. El caso es que la directora, que ya me conoce desde hace tiempo y sabe que estoy casada con un bombero, en un descanso, me preguntó si podía hablar con él para visitar el parque de bomberos, y que les explicaran a los niños los peligros del fuego. A estas edades, todo se lo toman como un juego o un experimento y hay que aleccionarles para que sepan protegerse ante las llamas.

—O como mínimo no provocarlas —bromeo un poco, dado que el tema es bastante delicado.

—Exacto, y de camino, darles clases básicas de seguridad tampoco está de más. Incluso les haría una demostración de lo que podría pasar si no hacen caso. Nada demasiado complicado, lo justo para que se asusten y se les quiten las ganas de tocar lo que no deben.

—Pues es muy buena idea. Estoy segura de que tu marido sabrá cómo convencerlos.

Las dos nos reímos, al imaginar a Andrés explicando a los alumnos las normas de seguridad como si fuera un profesor más de la escuela, y lo cierto es que no se le daría tan mal.

—Iban a empezar por quinto y seguir bajando hasta segundo, ya que los de primero son muy pequeños para comprender las explicaciones, pero al faltar el profesor de gimnasia…

—Han decidido empezar por tercero.

—Sí, hoy irán los dos terceros, mañana los dos cuartos y la semana que viene el resto. Andrés dice que si los enseñamos desde más pequeños es mejor, porque así cuando crezcan serán más responsables.

—Eso es cierto. Cuanto antes inculques los conocimientos, sean los que sean, más fácil los aprenden y hacen conciencia de lo que está bien y lo que está mal.

—Hola, chicas.

—Hola, Quique —responde Eva—. ¿Ya has comido?

—Sí, iba a tomarme un café. ¿Os venís? —comenta jovial.

—Yo prefiero quedarme, se está bien al solecito. Últimamente es difícil verlo, así que hay que aprovechar. Pero ve tú si quieres —me anima con el brazo a que vaya—, sé que no puedes vivir sin café.

Sonrío y me levanto, la verdad es que ha sido una mañana caótica y necesito despejarme. Quique es muy agradable. Como buen profesor de Historia le encanta conversar y se puede hablar con él de cualquier tema, pues siempre tiene una respuesta para todo, e incluso a veces te contesta con otra pregunta, lo que te hace dudar y caer en lo disparatado de tu comentario. Siempre me hace reír con sus bromas y su sarcasmo, aun cuando no tengo ganas, con ese humor peculiar que en determinadas ocasiones roza el cinismo. Aun así, me gusta oírlo porque ha viajado mucho y conoce muchas culturas. No como yo, que lo más lejos que he viajado ha sido a esta hermosa ciudad: Barcelona.

¿Lo envidio? Probablemente.

¿Sería capaz de pasarme la vida viajando como él? Lo dudo.

Es de esas personas que trabaja un año en su profesión y con lo que ahorra, el siguiente se va a cualquier país del mundo y, si lo contratan, ejerce de profesor allí. Cuando se gasta el dinero, vuelve; o cuando se cansa. Está otro tiempo en Barcelona y después se va de nuevo. Tiene treinta y cinco años y ninguna atadura familiar, pues no es hombre de quedarse en una ciudad lo suficiente para sentar la cabeza.

Como dice mi madre: «Un culo inquieto».

—¿Ya tienes planes para el fin de semana?

—Si cuentas ir a comprar comida para la semana que viene y ayudar a maquillar a unos amigos antes de ir a trabajar, sí. —Me río por mi rutina semanal—. Ah, y salir a caminar el domingo por la mañana con mi amiga Marga. Te diría a correr, pero a los cinco minutos ya estoy con la lengua fuera; mi capacidad pulmonar es escasa. —Se me escapa una risilla tonta y me tapo la cara, cuando la levanto noto que me mira como si fuera una flor rara, extinta, y la acabase de encontrar en medio del campo.

Giro la cabeza algo incómoda por esa expresión que me descoloca en este instante, pensando en que es un hombre singular. No es guapo ni feo, o al menos nunca me he fijado en él de ese modo, pero ahora que me fijo, la verdad es que no está nada mal.

—Eres una caja de sorpresas, Tina.

—¿Por qué lo dices?

—Viajo mucho, es cierto, no obstante, no suelo encontrar mujeres tan naturales y sinceras como tú. Es difícil ver reír a alguien de la manera que tú lo haces, con esa frescura y… —Se moja los labios con el café para no terminar su frase.

—Ah… pues no sé qué decirte… —Me sonrojo sin querer, no sé dónde mirar y miro el reloj del móvil buscando una excusa para irme. Se ríe y paga la cuenta, pese a mi negativa.

—¿Sabes? Yo suelo ir a correr los domingos al parque de la Ciudadela, si vas por allí podemos quedar, te enseñaré a coger resistencia. Es solo cuestión de buenos hábitos más que de capacidad pulmonar.

Su tono es de lo más natural y espontáneo, me habla de los estiramientos que hay que hacer primero y al final, de lo que puedes o no puedes comer antes de hacer ejercicio, y lo escucho embobada. Sin duda es un orador nato, y apuesto a que un gran seductor, aunque ese no sea su objetivo.

Nos despedimos y me voy a mi clase, ya que en pocos minutos suena la sirena y tengo que pasar lista antes de salir. Estamos todos menos Lía; imagino el motivo. Eva me guiña un ojo y sonrío pensando: «Nos vamos de excursión, así que será una tarde tranquila».

Salimos de la escuela y andamos los novecientos metros que nos separan de la estación de bomberos. Lo que para mis niños es una excursión alegre y divertida con sus amigos, para mí es una ráfaga de aire fresco que me sirve para aclarar las ideas y charlar un rato más con Eva.

Cuando llegamos, Andrés la está esperando en el garaje frente a uno de los camiones de bomberos. Los niños gritan de emoción pues les habíamos dicho que era una salida sorpresa, sin especificar a dónde íbamos. La parejita se sonríe sin decir nada, aunque sus miradas lo dicen todo. Luego él se dirige a los niños que miran el camión y al capitán alternativamente con la boca abierta.

—Chicos, soy Andrés, vuestro guía personal de hoy en la estación. Si tenéis dudas sobre alguna de las cosas que os explicaré, solo tenéis que levantar la mano. ¿Entendido? —Los críos asienten con la cabeza y nosotras nos miramos sonrientes.

Los seguimos a distancia, el marido de mi amiga les presenta a su capitán que les explica muy resumido lo que van a ver en la próxima hora y que les aconseja que estén muy atentos, porque van a aprender cómo usar un extintor, qué objetos son los más peligrosos y cómo prevenir un incendio. Un «Oooh» gigante sale de sus bocas.

Se abre una puerta en el lado derecho y aparecen dos bomberos más, por lo que todos giran la cabeza; nosotras también. Ahora soy yo la que abre la boca de par en par al fijarme en uno de ellos.

Su cara no tiene precio, supongo que al igual que la mía. Su pelo castaño claro y esa mirada verde como el césped del parque, con una mano en el bolsillo que extrae al verme y la otra que no sabe dónde poner, clavamos nuestras miradas como estacas, fijas la una en la otra. A los dos parece que nos hayan caído kilos de hormigón encima de los pies porque no nos movemos ni un centímetro.

Eva continúa andando mientras yo sigo congelada hasta que se da cuenta de que continúo en la entrada del parque, embobada, mirando al hombre que me acelera el corazón.

Mi mente se va a aquel beso, al baile, a sus manos en mi cintura, a la facilidad con la que me hacía volar sin separar mis pies del suelo, y siento como mi piel arde. Entonces, me doy cuenta de

dónde estoy y de la fuerza de su mirada. Una pregunta atraviesa mi mente con letras mayúsculas y luces de neón: «¿Es bombero?».

Joder, eso sí que es una ironía.

«Madre mía, si me calentó de aquella forma con un beso, ¿qué hará si…?». Ese pensamiento me pone del color del camión que hay a pocos metros de mí. Resoplo en un intento vano de refrescar mis ideas. Sin embargo, mi cabeza sigue dando vueltas en esta noria de emociones en la que me he subido y no sé cómo bajar.

«Uf, estás alucinando, nena. No está ahí, eres tú quién lo ha traído». Sigo negando en mi interior lo que mis ojos me muestran.

Parpadeo, pero no se mueve. O sí, puesto que se relame los labios, nervioso.

—¡Rafa, vamos! —Su compañero le da un codazo para que se mueva.

Carraspea, rompe esa conexión que nos ha dejado KO durante un momento, pues tiene que ayudar a Andrés y al otro chico.

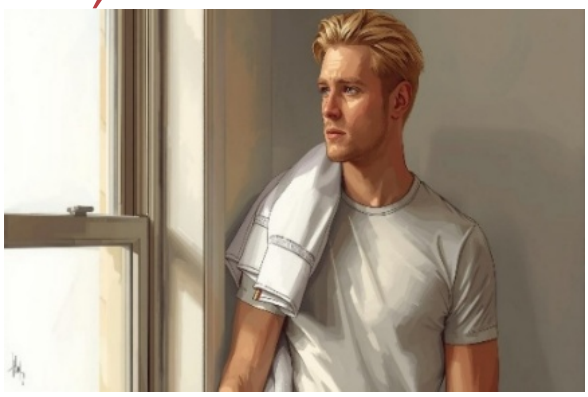
«No puede ser», me repito una vez más. Se gira y me pilla mirando su espalda y, por qué no decirlo, también la parte donde acaba tan firme y bien moldeada. Apurada, el color de mis mejillas sigue aumentando. Sonríe de medio lado al notar mi agitación, calcinándome las pocas neuronas que me quedan, que excitadas no dejan de pasearse en mi cabeza asimilando su presencia.

«Es real. Mi guapo vecino, el hombre que se apodera de todos y cada uno de mis sueños, es bombero».

«Al final va a tener razón Marga, y es un bombero pirómano, porque estoy a punto de convertirme en cenizas y ni siquiera me ha tocado».

10
Quiero verte

Rafa, el vecino nervioso



Cinco días; cuatro, si consideras que era medianoche cuando nos besamos. Tal vez fuera porque era la hora de las brujas, seguro que tiene un aquelarre, y, por si aún no me tenía suficientemente hechizado viendo su silueta tras el cristal, con aquel beso terminó por enloquecerme del todo.

Desde entonces no he hecho otra cosa que pensar en esos suaves y melosos labios. Joder, si aún noto su boca presionando la mía, y oigo el rítmico movimiento de su corazón junto a mi pecho: Bum. Bum. Me duermo con ese sonido y me despierto empalmado sintiendo las huellas de sus dedos en mis hombros, con su aliento calentándome la cara al decir mi nombre con esa voz tan… sensual.

Dios, me he vuelto un completo gilipollas desde entonces. Sin tenerla, sin nunca haber sido mía, sin haber hablado ni una simple conversación con ella y, en cambio, nadie puede imaginar lo que la he echado de menos estos días; lo que he anhelado conocerla y que me conozca.

Pero tenía que irme. No podía esperar a verla, a invitarla, aunque fuera a un café. Lo deseaba, iba a hacerlo, quizás así no saldría corriendo la próxima vez que me acercara. Pensaba plantarme en la puerta de su casa y esperar a que saliera, luego hacerme el encontradizo y pedirle de ir a tomar algo. Lo sé, no tengo mucha imaginación, y puede que cuando la tuviese delante se me olvidase la poca que me quedara.

De todas formas, ya no me enteraré. Es muy probable que después de todo este tiempo, crea que me he olvidado de ella, que estoy enfadado o que solo buscaba sexo de una noche. Como dice la señora Antonia; mi casera: «El tren pasó y yo no estaba en la estación».

La vida es así, es lo que hay, pero no me arrepiento, mi hermana es la primera mujer de mi vida, o lo era hasta hace cuatro días.

Me llamó el domingo por la mañana desde el hospital de Santa Tecla, estaba dilatada de seis centímetros y la iban a dejar ingresada. No hay mucho trayecto hasta Tarragona, pero no quería perderme ni un minuto de ese nacimiento, así que salí disparado y llegué antes de que Luna asomara la cabeza. Ahora soy tío de una hermosa bebé de pelo rubio como su madre y ojos grandes y oscuros como su padre. Lástima que no pueda verla, seguro que hubiese llorado como yo.

—Ey. ¿Cómo está el tío del año?

—Cansado de estar cuatro noches sin dormir. —Las carcajadas retumban en las paredes mientras dejo la mochila con mi ropa sucia en la lavadora. Ni siquiera me ha dado tiempo de pasar por el apartamento o llegaría tarde a trabajar, y el capitán odia la impuntualidad, por lo que he venido directo al parque de bomberos.

Les enseño a mis compañeros la única fotografía que me he hecho con Luna y se les cae la baba igual que a mí. Todos me felicitan y me hacen bromas que yo traslado a mi cabo, ya que es el único que está casado o con pareja estable. Bueno, y el capitán, pero a ver quién le saca los colores al jefe.

Pasamos la mañana limpiando el camión y las instalaciones, ya que nos han dicho que tenemos visita esta tarde. Solo ha habido una salida desde que empezamos el turno, y ha sido por una mujer

mayor que por ir detrás de su gato, se ha quedado enganchada entre los barrotes del balcón. No ha sido muy avispada al calcular la distancia entre los hierros y casi pierde la pierna por su imprudencia. Parecía una película de risa, pues no hacía más que chillar para que alguien cogiera a su gato, y maldecir porque todo el mundo la miraba como si estuviera loca.

Después hemos comido y me he echado un rato la siesta, hasta que el impaciente de Andrés me ha despertado, porque Eva lo ha mensajeado diciéndole que venían de camino. Blanco me he quedado al abrir la puerta y verla frente a mí con una piara de niños. Su pelo oscuro cambiando de lado cuando una ráfaga de aire se ha atrevido a tocarla, sus ojos grises fijos en mí, igual de sorprendidos que los míos. Temía pestañear por miedo a que desapareciera y fuera solo una ilusión de mi mente; una de tantas, porque no es la primera vez que la veo en mi cabeza y luego desaparece.

Pero no, Valdés me ha dado un codazo y cuando creía que se iba a desvanecer, la visión de su rostro continuaba ahí, paralizada a unos metros de mí, tan hermosa como la recordaba. Se mordía el labio apretando con fuerza. Si no fuera porque no creo en los milagros, diría que igual de nerviosa que yo.

Pero ¿por qué iba a estar nerviosa? Ella salió corriendo, no quiso continuar ese mágico momento entre mis brazos y yo…, yo no supe cómo actuar. Incluso dudé de si había sucedido, hasta que Cobos me lo confirmó.

Ahora no sé qué hacer, si decirle algo o callar, si querrá hablar conmigo o saldrá huyendo de nuevo.

—Hay numerosos factores que pueden provocar un incendio. Por ejemplo, si dejáis una botella de vidrio al sol mucho tiempo, o si tenéis enchufado el ordenador más horas de lo necesario, puesto que podéis provocar un sobrecalentamiento y que salten chispas.

—Ah, ¿sí? Pues mi hermana lo deja enchufado toda la noche —dice uno de los chicos.

—Yo dejo la Play Station enchufada a la luz —responde uno de los niños de la clase de Eva.

—Pues no os lo recomiendo. En invierno, si tenéis estufa o chimenea, debéis cercioraros de que estén bien apagadas, y si se va

la luz o soléis encender velas, igual. Toda precaución es poca si queréis evitar un fuego.

—Y si veis cómo se propaga uno, en casa siempre debe haber un extintor cerca o en la escalera de vuestra comunidad. —Ahora soy yo quien habla—. Hoy os enseñaremos a usarlo.

—¡Qué guay!

—Moola.

—Ya verás cuando le diga a mi hermano que sé apagar un incendio. Ja, para que luego se meta conmigo —contesta uno de los críos más altos, contento de poder fardar ante su familiar; imagino que mayor que él por el entusiasmo con que lo ha dicho.

—Estad muy atentos, y así podréis explicárselo a vuestros padres o cualquier otro pariente, como él. —Sonrío—. Seguidnos.

Van detrás nuestro, sonrientes, y Eva coge de la mano a mi vecina sexi, arrastrándola a un rincón para hablar.

—Confiesa. ¿Por qué te has quedado alelada mirando a Rafa? ¿Te gusta? Es guapo, ¿eh? —indaga con ímpetu mi amiga y el corazón me da un vuelco.

—Sí, no está nada mal. —Escucho decir de su boca y me enciendo como esa cerilla a la que acaban de frotar con la caja.

—¿Quieres que te lo presente? Es muy simpático y no tiene novia.

—Ah ¿no? —Arqueo una ceja.

¿Eso querrá decir que ella tampoco tiene a nadie? Bueno es saberlo, porque todavía me pregunto por qué salió huyendo de esa forma.

Mis miedos atacan de nuevo como los malos de cualquier película de acción que se precie, solo que yo no soy Denzel Washington ni un superhéroe, y pierdo contra ellos en cada batalla. Bajo la cabeza y suspiro, Eva parece leerme el pensamiento y la interrumpe.

—Rafa es un buen tío. Lo conozco desde hace cuatro años, fue el padrino de mi boda y muy pronto lo será de mi… —Se calla de golpe y la observo, se ríe tímida y algo nerviosa.

Asombrado, comprendo de pronto su rubor y me río al pensar en mi amigo, pues me he percatado de la cara que ha puesto esta mañana al ver la foto de Luna. Le encantan los niños, y después de

tres años de matrimonio, estoy convencido de que está deseando ser padre. Cuando se entere, la va a hacer volar por los aires.

—¿Estás embarazada?

—Shhh, no grites, insensata. Andrés todavía no lo sabe.

—¿Y por qué no se lo has dicho? —sondea, tan natural como siempre, la mujer que me roba el descanso.

—Porque me he hecho la prueba esta mañana, después de vomitar el desayuno. No sé por qué no he caído antes en que llevaba dos semanas de retraso, y como soy una «ansias», no he sido capaz de esperar a la noche para hacérmela con él. —Mi vecina me tortura con su espontánea risa. Le aprieta la mano con fuerza, entusiasmada y vuelve a sonreír.

Deliciosa. Es tan perfecta que no puede ser real. Me ciega de un modo que no entiendo, porque sé que la perfección no existe y las diosas las creó una mente superdotada, para que el resto de la humanidad no perdiéramos la fe; para que cualquier mortal pudiera adorar a una.

Y la mía es ella, estoy convencido.

Por otro lado, la noticia de Eva me alegra tanto que le daría un abrazo. El problema es que tengo que disimular hasta que lo anuncie, y, por supuesto, atender a mi superior; su marido, que me está fulminando con la mirada por prestarles más atención a ellas que al curso.

Valdés también se ha dado cuenta de que estoy más pendiente de las maestras que de los alumnos y me guiña un ojo, lo que quiere decir que me prepare, porque luego me van a llover bromas típicas de su especial sentido del humor.

Las explicaciones continúan, ahora toca el turno de bajar por el tubo de descenso del parque, el momento más esperado por los chavales. Sonrío al ver sus caras de felicidad.

—Andrés dice que vayamos, que vamos a servir de maniquís para hacer unas pruebas —le comenta Eva a mi obsesión, no muy lejos de mí.

—¿Yo? ¿Qué pruebas? —sondea agitada.

—Creo que de vestuario. Ya sabes, cómo ponerse los trajes, las máscaras para protegernos, las bombonas de oxígeno que siempre

estén llenas; todo lo que alguien responsable debe saber sobre normas de seguridad y prevención de incendios.

—Claro, es lógico —admite con la boca pequeña. Por su repentino nerviosismo, algo me dice que no le gusta ser el centro de atención.

—Ahora os vais a sentar aquí, y vais a fijaros bien en cómo se debe poner el traje ignífugo antes de entrar a un fuego. Siempre. Repito: siempre, hay que ir bien preparado o no podremos salvar vidas y la primera que perderemos será la nuestra. —Todos asienten con la cabeza. Tras ello, la invito a que se ponga a mi lado con la mano, a la vez que Andrés hace lo mismo con su mujer para comenzar la explicación.

Traga saliva, un tic comienza a formarse en su ojo derecho que se mueve solo con pequeños espasmos. Me humedezco los labios, respira con dificultad y mi corazón decide dar saltos al poner la mano sobre la de ella. La descarga que me da recorre todo mi cuerpo, centrándose en una parte en concreto que se eleva excitada por la corriente eléctrica que ha recibido. La vista se me va a su boca, a su rigidez, a lo tensa que está; como mi mandíbula que empieza a moverse sin control.

Cierro los ojos, cojo todo el aire que puedo y respiro profundo. Vuelvo a repetir la operación al abrirlos un segundo después. Debo aprovechar la oportunidad que la vida me ofrece y hacer que se relaje; claro que también tengo que calmarme yo o perderé este minuto de oro. Porque eso es para mí, un tiempo precioso para estar cerca de ella.

—Tranquila, confía en mí. —Las palabras tal y como salen de mi boca le mueven el pelo y le erizan la piel. Otra vez noto mi miembro dar tumbos bajo el pantalón.

Le pongo la chaqueta. Continúa paralizada, dándole con su expresión la vitalidad a mis órganos que aumentan su presión con solo un roce de su piel con la mía. Mil ideas pasan por mi cabeza y en todas acabo abrazándola, pegándola a mi cuerpo como aquella noche. Ahora la tengo frente a mí, atravesándome de lado a lado con la mirada. Mi corazón ya no salta, directamente vuela a un ritmo vertiginoso, intenta huir de mi cuerpo y trasladarse al suyo. Cojo el casco y se lo coloco con los cierres de seguridad, luego le pongo la

máscara y rozo levemente su rostro. Se moja los labios y, con ese gesto, mi pecho sube y baja como un ascensor. Continúo con mi trabajo y señalo con el dedo las posiciones que tiene al mismo tiempo que mi compañero lo explica. Ella sigue mirándome, repasando cada línea de mi cara y poniéndome como una moto solo con ese gesto.

Llega el turno de las bombonas de oxígeno, del nivel que deben tener, de los cierres y de cómo respirar en caso de necesidad. Eva la mira y luego a mí, pues mi cara debe parecer un semáforo, dado que cambia constantemente de color, según la distancia que haya entre mi vecina y yo.

Matemáticas o Física, no sé muy bien cuál era la que no se me daba muy bien. Lo que está claro es que de Química voy a aprender, porque cada vez que se acerca, mi cuerpo experimenta con el suyo, y pone a hervir toda la tabla de elementos cual laboratorio a pleno funcionamiento.

El tiempo pasa, se quitan la ropa y me la devuelve. Nuestras manos se tocan de nuevo provocando otra chispa aún más grande que la anterior. Inhalo y exhalo, repitiéndome que debo calmar a mi cuerpo o explotaré por combustión espontánea. Doy un paso atrás y dejo la ropa en su sitio. Vuelvo a la entrada del parque, la clase ya ha acabado y se preparan para irse. Pide que hagan la fila, cuenta a los niños y se despiden de nosotros, que por unas horas hemos sido sus maestros en Seguridad, mientras ellas les advierten que harán un control de este tema para comprobar que han estado atentos.

No lo pienso y antes de que cruce la línea de salida le vuelvo a agarrar de la mano. Me voy a aficionar a ese contacto, aunque me abrase al hacerlo.

—Tina… Espera. —La miro a los ojos alterándome de nuevo. Me mira y se me corta la respiración—. Quiero verte —suelto sin más. Podía haber dicho otra cosa, pero es lo único que se me ha ocurrido.

—¿Verme? —dice con voz temblorosa.

—Sí. El sábado. ¿Un café…? —Mierda, debería haber dicho una comida. Un café es poco tiempo, necesito más para convencerla de que soy una buena opción, de que podemos ser algo más que un beso.

—¿No crees que esté loca por salir corriendo la otra noche? —pregunta moviendo los ojos inquieta.

No sé qué parte de mi cara está mirando, pero yo solo veo sus labios, que de tanto mordérselos se va a hacer sangre y… Joder, no sé si seré capaz de no bebérmela si sigo mirándola así.

Contrólate, Rafa, por favor. O huirá de nuevo y no volverás a tener otra oportunidad.

—Tal vez el loco sea yo, por dejar que te escaparas. —Sonríe y da un paso hacia mí. Casi puedo oír su corazón, aún más acelerado que el mío.

—¿Estás seguro?

—¿De que estamos locos? Puede. Aunque lo que sí sería una locura es no intentarlo. —Un tic se instala en mi mandíbula, tensándola como las cuerdas de una guitarra.

Su incertidumbre lucha con la mía y no sé cuál de las dos va a ganar.

Eva pasa por su lado y la empuja, emite un leve carraspeo sumado a tres palabras que entiendo perfectamente.

—Ejem. Dile que sí. —Mi sonrisa se agranda. Mi mano sigue unida a la suya calentándome la sangre y las ideas.

—Bien —dice casi en un susurro, por lo que me acerco un poco más para asegurarme de lo que he oído.

—¿Bien? —repito muy cerca de su cuello y ese olor a melocotón me vuelve a inundar las fosas nasales como aquella noche.

—Vale —confirma arrastrando un jadeo con la palabra.

—Genial —respondo con fervor.

—A las diez… en el… ¿Sweeties? —titubea y sonrío por su rubor.

—Allí estaré. —Me aparto feliz por conseguir lo que quería.

—Genial. —Se aleja más roja que el camión de bomberos.

11
Un café entre tú y yo

Tina, la vecina alucinada



Estupefacta, alucinada y atónita, envuelta en una nube de colores esponjosa y con música de fondo de Michael Bolton. *A Love so Beautiful* sonaba como hilo musical en mi cabeza, todo el camino hacia la escuela. Eva hablaba y hablaba, pero yo solo oía la voz de mi bombero sexi paseándose por mi mente como si fuera mi dormitorio, y llevara puesto un bóxer de cuero negro.

Sí, como lencería masculina me resulta bastante excitante, ¿qué queréis que os diga? En mi mente dibujo mis fantasías como yo quiero y, pese a que no me atrevo a realizar ninguna, imaginación no me falta.

Fijaos, que yo creía que iba a ser una tarde tranquila, que al irnos de excursión no tendría que preocuparme de casi nada y me pasaría esas horas de palique con mi amiga. Que sí, que hemos conversado, pero el tema principal ha sido lo bueno que es y está mi vecino y, por supuesto, su inesperada noticia. O al menos, yo no sabía nada de que estuvieran buscando agrandar la familia, por lo que, para mí ha sido inesperada.

Ojo, que me alegro mucho por los dos; conociéndolos serán unos padres excepcionales. Aunque mi mente ahora está en otros derroteros. Se siente como una niña feliz con el bolsillo repleto de monedas en una tienda de chuches, o como una veinteañera en un prado lleno de flores y un hombre guapísimo, vestido informal, sobresale entre ellas con las manos en los bolsillos y una sonrisa que quita el hipo.

Sí, esa soy yo. Aunque esté más cerca de los treinta que de los veinte, y, en mi caso, él viene hacia mí y me pregunta si quiero un café.

¿Cómo voy a decirle que no?, sería idiota si lo hiciera. Claro que el empujón de Eva tampoco me ha venido mal para contestar, pues se me había olvidado cómo hacerlo.

Creo que hasta había dejado de respirar.

¿Se te puede olvidar respirar? ¿El pánico puede hacer eso?

Yo creo que te puede hacer dudar de todo; hasta de preguntarte por qué te invita a tomar un desayuno y no a una comida o a una cena.

¿Querrá ser mi amigo o quiere ser algo más? Y si quiere algo más, entonces, ¿quién es esa chica que viene a verlo a veces?

Ahora hace tiempo que no la veo, pero… Yo qué sé. Se me ocurren tantas preguntas, tantos porqués y no sé las respuestas.

Como… ¿por qué un tío tan bueno no tiene novia?

¿Dónde está la trampa? Porque es evidente que hay una. Está claro que hay algo detrás de esa estupenda fachada y me falta valor para averiguarlo.

Creo que le he dicho que sí muy rápido.

Todo él impregnaba seguridad y a la vez dulzura, con esa amplia sonrisa que gastaba cuando les hacía alguna broma a los niños. Imposible describir con palabras lo que me hace sentir mi vecino de enfrente. No, si ya decía yo que debía ser de algún cuerpo especial, porque no es normal tanto ejercicio.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

—Sí sí, te estaba oyendo… ¡Dani!, deja de meterte con Mauro, por favor —evado una respuesta más larga, al ver cómo el niño más revoltoso de mi clase pincha a uno de los más reservados, y este no

se queja—. O mañana, me vas a hacer una redacción de tres páginas sobre cómo debe comportarse un niño de ocho años cuando va de excursión —digo en tono enfadado.

Mi alumno resopla y me hace caso, no tiene pinta de que le apetezca pasarse horas escribiendo sobre un tema tan monótono.

—No disimules, estabas pensando en alguien que yo me sé, y no es el niño. —Se ríe, la miro y me río.

—Lo reconozco, me ha sorprendido.

—Ya. Pues cuando lo conozcas te impresionará más.

—¿Qué pasa, que eres su mánager?

—¿Por qué lo dices?

—Porque me lo estás vendiendo demasiado.

—No, soy su amiga. Alguna noche se ha quedado a dormir en casa, después de beber más de la cuenta Andrés y él; a veces necesitan esa desconexión después de un duro día de trabajo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que la vida es buena maestra y te da experiencia, pero te cobra caro, y a Rafa le ha hecho pagar más de lo que a cualquier ser humano que conozco. Quizás por eso, teme acercarse demasiado a las personas.

—No te entiendo.

—Cree que tiene mala suerte; que, si baja la guardia y se acerca demasiado a alguien, puede hacerle sufrir o acabar sufriendo él. Por eso nunca ha tenido novia ni la busca.

—¿Es supersticioso?

—No. Sin embargo, su trabajo es peligroso; nadie mejor que él lo sabe. Arriesgan sus vidas muchos días y ven más desgracias de las que me cuentan, pero ayudar a las personas les hace sentirse bien, ver el mundo y la sociedad desde otra perspectiva. Incluso les da un motivo para reír y levantarse cada mañana. Andrés, además me tiene a mí, pero Rafa no tiene a nadie.

—Os tiene a vosotros. Y tendrá familia, ¿no?

—Perdió a sus padres y a sus tíos en un incendio cuando tenía diecinueve años. Consiguió sacar a su hermana y a sus dos primos antes de que ardieran ellos también con la ayuda de dos bomberos;

uno de ellos ahora es su capitán. Por él y por la familia que perdió, se hizo bombero.

—Uf, tuvo que ser…

—¿Duro? Mucho. A eso me refería cuando he dicho que nadie mejor que él lo sabe.

—No me lo puedo ni imaginar.

—Su hermana tenía diecisiete años y sus primos dieciséis. Él se hizo cargo de todos. La casa que se incendió fue la de sus tíos, así que vivieron en la suya con el dinero que les quedó de herencia un tiempo. A la semana siguiente se apuntó a la convocatoria que había en esta zona para ser bombero de la Generalitat, y meses más tarde comenzó a trabajar mientras el resto estudiaba. Andrés y él comenzaron el mismo día, por eso están tan unidos.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Para que le des una oportunidad. Sé que tu vida tampoco ha sido fácil, aunque no me la hayas contado; vi el miedo al rechazo en tus ojos el primer día que empezaste en el colegio; los nervios que te entran cuando un hombre se te acerca; tu vergüenza cuando alguien te halaga o tu escasa vida social. Soy profesora, sé contar.

—Vaya. Soy como un libro abierto. —Me he quedado a cuadros con su análisis y no sé qué decir. Las dos estamos en la puerta de las clases dejando pasar a los niños que recogen sus mochilas para irse a casa.

—Andrés es ese toque picante y dulce, ese punto excitante que hace que el sol brille más cada día. Nos encontramos de casualidad en la playa; él me salvó de ahogarme cuando una ola me arrastró lejos de mis amigas, porque estábamos tonteando y yo salí mal parada. —Sonríe rememorando ese recuerdo en su mente—. Desde entonces, no soy capaz de vivir sin él.

—Me alegra saber que el amor existe, que no es un mito o un cuento de hadas —bromeo para quitarle importancia a su tono serio.

—Sin embargo, Rafa lo único que ha hecho ha sido cuidar de los demás. Lleva tanto tiempo haciéndolo, que cuando se independizaron su hermana y sus primos, no supo qué hacer con su vida, por lo que no hizo nada. Simplemente, respira, come, trabaja y duerme; nada más.

Nuestras miradas en silencio durante unos segundos hablan más que nosotras.

—Tómate ese café con él, saborea la conversación y atrévete a escuchar lo que tu corazón diga. Si como creo, saltará de alegría cuando lo vea, no des marcha atrás, no te alejes de esa sensación de estar flotando a un metro del suelo, pese a estar sentada en la silla. Deja que fluyan las palabras, que el tiempo se pare en vuestras miradas. Si vuela, sé un pájaro y si no ocurre nada, si es un caracol en una carrera de galgos, entonces vete y mira hacia otro lado.

—Hasta luego, chicas. ¿Nos vemos el domingo, Tina? —Quique pasa por mi derecha y me guiña un ojo. Miro a Eva que alza un pelín la comisura de sus labios, lo mira y se gira de nuevo hacia mí.

—Tú decides, pero vive en primera persona, no lo hagas a través del cristal; eso no es vida.

—Sí, ¡claro! —Levanto el brazo recordando la charla con Quique en la cafetería, luego pienso en mi cita del sábado y respiro hondo. ¿He quedado con dos hombres este fin de semana?

Miro a Eva, que se aleja sin esperar que le conteste a lo que me ha dicho. No le he contado que Rafa es mi vecino, que me gusta desde que lo vi la primera vez a través de ese cristal que ella ha nombrado, y que paradójicamente no es tan metafórico como imagina, sino que, en mi caso, es bastante real. Pero es tan cómodo y tan seguro ver la vida pasar desde mi posición detrás de esa ventana, desde ese lugar donde nadie puede hacerte daño, que me he acostumbrado a ello.

Vuelvo a casa hecha un lío, ahogándome en ese mar de dudas que me ha dejado mi amiga, cuando entra como un vendaval Marga al apartamento. He abierto con la llave y antes de pasar yo, ella ya lo ha hecho.

—Hola a ti también. ¿Quieres tomar algo o solo invadir el piso?

—Me ha llamado.

—Interesante. ¿Me vas a decir quién o lo tengo que adivinar?

—¡El Premio Nobel de Literatura! ¿¡Quién va a ser!? —grita con exageración moviendo los brazos.

—¿¡Y yo qué sé!? Tengo la cabeza que me echa humo, como para pensar en quién te ha podido llamar hoy. —Dejo el bolso en el

recibidor y busco a mi hombre entre los huecos de su apartamento.

No lo encuentro. Supongo que su turno aún no ha acabado, ya que sus jornadas, como dice Eva, son más largas. Así que me centro de nuevo en la bomba que se ha sentado en mi sofá con las manos en la cabeza, y que no hace más que resoplar a punto de estallar.

—David, Tina. David me ha llamado.

—¡Ah!, el camarero que no te importa y por el que ya no sientes nada.

—Exacto.

—¿Y por eso tu cara parece un arcoíris?

—Eso es mentira. Hoy hace demasiado calor y estoy sudando, nada más. Lo que ves en mi cara es el sofoco de venir corriendo, y también preocupación, porque he quedado con él para comer el sábado y no sé si voy a ir.

Me río por la casualidad, ya que las dos tenemos una cita, pasado mañana. Aunque la suya será más larga, porque, ¿cuánto puede durar un café?

—¿Y tú por qué te ríes tanto?

—Porque la vida es una película de suspense, y todos tenemos miedo a descubrir lo que sucederá en la siguiente escena —respondo medio riéndome.

—Yo no tengo miedo a nada ni a nadie, pero no me gusta que me toquen los ovarios más de una vez; y él me los tocó hace tiempo.

—¿Y por qué le has dicho que sí? —indago arqueando una ceja.

—Supongo que ha sido su voz, el tono que ha puesto al pedírmelo.

—Claro, su voz.

—Me ha dado la impresión de que lo estaba pasando mal, de que necesitaba hablar y, no sé, Tina, ¿qué quieres que te diga? Soy débil. —Se encoge de hombros y descruza las piernas dando un sonoro suspiro.

—Débil. Ya.

—No me saques de quicio tú también, bastante tengo con mis neuras y el atontado de Manu que no hace más que picarme.

—Bueno, él os conoce a los dos y la relación que tuvisteis, es normal que ahora se divierta viendo cómo reaccionáis a vuestro encuentro de la semana pasada.

—Solo nos desahogamos. Siempre encajamos muy bien en la cama y…

—Vamos, Marga, ¿a quién quieres engañar? Sientes algo por él todavía, y lo sabes. Es por la única persona que perderías tu independencia y serías capaz de saltar en paracaídas aun teniendo vértigo.

—Eso es mentira, yo no haré eso por nadie. Ya no.

—¿Estás segura? Porque la otra noche os echasteis de menos con la mirada, imagino que vuestro cuerpo también recordó lo que antaño tanto os gustaba. —Preparo unos zumos y me siento al lado de ella.

—Para no saber nada de hombres ni de sentimientos, hablas demasiado.

—Ya. Mi vecino cañón es bombero.

—¿Que qué?

—Y he quedado con él a tomar café el sábado a las diez en el Sweeties.

—¿Cómo? ¿A tomar café? ¡¿Qué mierda de cita es esa?!

—Ya. Eso pensé yo, pero ya le había dicho que sí y…, después salí corriendo.

—¿Otra vez? Joder, nena, ni que fueras Forrest Gump.

—Vaya dos chifladas; una que no quiere ir a su cita, y la otra que no sabe qué esperar de ella.

—¿Y cuál es cuál? —Nos miramos y nos echamos a reír a carcajadas deseando que llegue el sábado para descubrirlo—. Al menos estaré cerca para ver con claridad qué quiere ese tipo de ti. Si es un psicópata, lo calaré a la primera.

—Entonces estoy salvada, si mi heroína está cerca no hay peligro. —Volvemos a reír y a abrazarnos al mismo tiempo. No sé qué habría sido de mí sin ella en esta ciudad, tan desconocida para mí como cualquiera de sus habitantes.

¡Qué razón tuvo Antonia cuando me vio, y qué agradecida le estoy de que nos presentara!

* * *

Todo llega. O eso dicen: lo bueno, lo malo y lo que no te esperas. Pronto averiguaré cuál de las tres es la mía.

Sentada en mi rincón favorito, me muerdo las uñas mientras veo la gente pasar. La puerta se abre y observo impaciente quién entra, hasta que se cierra y la decepción me nubla la vista. Bajo la cabeza y suspiro. Un minuto más tarde, el ruido del carrillón de metal que hay sobre la puerta suena de nuevo y, por instinto, vuelvo a mirar. La señora Eugenia me sonríe y le devuelvo la sonrisa avergonzada. Esto de llegar pronto, más que una virtud es un defecto, que me provoca taquicardias cada vez que levanto la cabeza. Debo ser fuerte o saldré pitando antes de que se haga la hora.

En el piso ya no podía estar, se me caía encima desde las nueve de la mañana, y aquí ya me estoy agobiando. Aun así, recito repetidas veces los cinco motivos por los que he venido, por los que deseo comprobar si es tan bueno como dice Eva y si es diferente a los demás hombres que he conocido:

El primero, es bombero y le gusta ayudar a los demás; el segundo, todavía noto el calor de sus labios en mi boca; el tercero, Úrsula dijo: «Aprende a bailar con tu futuro», y él demostró ser un gran bailarín; el cuarto es que también dijo: «Busca recuerdos nuevos que te hagan borrar los pasados», y si aquel beso es el mejor recuerdo que tengo en años, tal vez con una buena conversación tenga para hacer un álbum. Y, el último, pero no menos importante, no quiero estar sola ni ser una vieja aburrida con once gatos.

A la cuarta vez que lo repito con la cabeza mirando a la mesa, dibujando círculos invisibles en ella, aparecen unas deportivas grises frente a mí, seguidas de unos tejanos oscuros y una camiseta básica del mismo color que el cómodo calzado. Continúo el recorrido por el amplio cuello, y me detengo en esos labios gruesos cuando mi corazón decide estrellarse contra el pecho. Entonces, abro la boca para coger aire, o temo que no acabaré mi revisión.

Antes de que pueda decir nada veo cómo sonríe y se presenta.

—Hola, soy Rafa. ¿Puedo sentarme a tu lado e invitarte a un café? —De pie con el brazo alzado para estrechar mi mano, lo observo boquiabierta. Es increíble lo guapo que es al natural, con el pelo húmedo y esa sonrisa radiante que da luz a este día plomizo.

Acepto la invitación, pese a que ya me he bebido uno antes de que llegara. Él también me repasa y una manada de lobos aúlla en mi interior, dejándome paralizada por semejante alboroto. Ay, madre, que creo que me está dando un infarto, que se me están cerrando las vías respiratorias y me va a tener que asistir aquí delante de todo el mundo. Vaya espectáculo voy a dar en la cafetería como me haga el boca a boca.

No, Tina, no. Sepárate de él, no puedes hacer el ridículo de esa manera.

«¿Qué hago?», me pregunto con la mirada fija en sus ojos, que sin darme cuenta se desliza de nuevo hacia su boca.

—Yo… Yo soy Tina. —Le doy la mano y la descarga me abrasa la piel, me funde las neuronas y me inunda la entrepierna.

Dios, no llevo ni un minuto con él y ya estoy ardiendo. No puedo llamar a los bomberos porque ya están aquí y son los culpables de que las llamas prendan mi piel.

«¡Que alguien traiga el café, por favor!», grita mi cerebro antes de colapsarse y, como si me leyera la mente mi querida amiga, pone las tazas humeantes en la mesa con una sonrisa resplandeciente.

Lo observa con descaro un segundo y él sonríe ante el escrutinio, para mi sorpresa, divertido. Marga me guiña un ojo, satisfecha con su revisión y, entiendo con ese gesto, que da su aprobado.

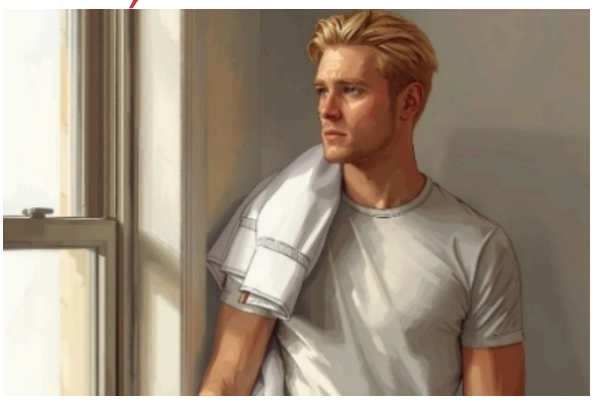
—Ahora que hay un café entre tú y yo, y que tu amiga me ha dado el visto bueno, dime, Tina, ¿quién eres?; además de una guapa maestra que sale corriendo cuando la besa un extraño.

Y mi boca se descuelga de mi mandíbula, tropezándose con la mesa hasta estrellarse con el suelo.

¿Ha dicho una guapa maestra?

12
De desconocidos a amantes

Rafa, el vecino cañón



Menudo idiota estoy hecho. ¿Qué frase de mierda es esa?:

«Ahora que hay un café entre tú y yo, y que tu amiga me ha dado el visto bueno, dime, Tina, ¿quién eres?; además de una guapa maestra que sale corriendo cuando la besa un extraño».

Lo que no sé es cómo no ha salido como un bólido cuando me ha oído. ¿Así pretendes seducirla, que caiga rendida a tus pies? Serás mameluco. Cobos y Valdés se partirían de risa si me vieran por un agujero, incluso Andrés o el capitán Vilanova con lo comedido que es conmigo.

Me revuelvo en la silla incómodo ante mi poco tacto. No sé tratar con mujeres; nunca lo he hecho, más que para un simple desahogo. Y para eso, con sonreír me ha bastado, no había que enrollarse demasiado. Claro que tampoco tengo una vasta experiencia; ni siquiera en eso. «¿Cuánto hace que no besas a una mujer, tío? Si no cuentas a tu sexi vecina, claro», indago en mi memoria mientras bebo del café, que pese a estar más caliente que yo, no me quema.

Lo cierto es que he estado muy ocupado durante años para pensar en mis necesidades, en lo que yo sentía o quería sentir, y cuando por fin tengo algo de tiempo para pensar en ese aspecto, el destino o la casualidad hizo que Juanma perdiera la vida bajo un árbol, destrozando a mi hermana y a la familia que iban a formar.

Maldita Dana y todo lo que destrozó a su paso. Tantas ciudades, tantos hogares… El de Silvia también cuando pasó por el sur de Tarragona, pues él y su furgoneta fueron contra corriente hasta acabar aplastados por ese viejo árbol. Mi hermana se sintió culpable todo el resto del embarazo porque, cuando perdió la dirección del vehículo estaba hablando con ella. No sé si Silvia lo superará algún día, pero a mí me descolocó totalmente.

Seis meses después ha nacido Luna, esa hermosa niña fruto de un amor breve e intenso, y como tal dejó huella en el mundo. Cuantas veces tuve envidia de sus besos, risas y arrumacos. Era sana, y, aun así, ahora sé que esa envidia era porque yo jamás me he acercado tanto a una mujer, como para sentir algo parecido a lo que ellos tenían.

En cambio, aquel amor se lo llevó el viento y la lluvia, y ahora volvemos a estar solos a cien kilómetros de distancia.

Espero que me haga caso y se venga a vivir conmigo. No solo me haría compañía, también le ayudaría a criar a Luna, que necesita a un hombre en su vida. En realidad, no sé qué hago aquí ni por qué me he presentado ante ella si mi futuro está atado a mi hermana.

Dudo de si pagar la cuenta e irme, porque, ¿qué mujer va a querer una relación con alguien que está solo y a la vez acompañado?

Pero después la observo y lo imposible es obviar esa mirada que cuando me repasa me pone a cien. A mil. A tanta velocidad que supera la barrera del sonido, que me traslada a otro planeta donde la gravedad no existe. Donde solo existe ella, sus ojos, su boca; aquel beso que me calentó más que cualquier fuego en el que haya entrado, que me hizo revivir recuerdos y temblar con ellos paralizándome un instante. Uno eterno, pues cuando quise ir tras ella ya era demasiado tarde.

—Soy… —dice interrumpiendo mis pensamientos— una mujer normal, sencilla, que no habla con desconocidos. —Da un trago a su café, respira hondo pensando en sus siguientes palabras, mientras yo me quedo anclado en esa línea marrón que se ha quedado pintada sobre su labio superior, y que me encantaría limpiársela con mi lengua.

«Rafa, no me jodas y céntrate, o la asustarás de nuevo por parecer uno de esos tíos que buscan meterla y nada más». «Tú no eres así. No eres casto, pero tampoco un gigoló, así que compórtate según tus principios y guarda la manguera en un lugar seguro. Protégela de ti mismo si es necesario», me ordena mi conciencia, e intento disimular la turbación que me provoca tocarla con lo primero que me viene a la cabeza.

—Estás hablando conmigo, aquí y ahora. —Tengo la mano apoyada en la mesa y, ante su rubor y ese nerviosismo creciente, decido arrastrarla hasta rozar con mis dedos la punta de los suyos. Ese breve contacto que se suponía que le iba a dar la confianza que le falta para abrirse a mí, hace dar un brinco a varios órganos de mi cuerpo, exaltándome al hacerlo.

—Y me está costando lo indecible. —Mira mi mano, yo sus ojos pidiendo permiso para cogerla y apretarla a la mía. Se moja los labios y trago saliva, no me atrevo ni a pestañear por no perderme un segundo de esa fascinante imagen—. ¿Qué quieres de mí, Rafa?

Me encanta cómo suena mi nombre en su boca, pese a que siento el miedo en su voz, y me gustaría entender por qué. Algo me dice que no es por mí en concreto, que hay más historia en esa pregunta y dudo de que sea bonita. Lo que me hace desear conocerla aún más.

—Buena pregunta. —Y me lanzo al vacío respondiendo sin pensar —. Quiero mirarte a la luz del día, tocarte como ahora, sentir tus nervios abrazando los míos y calmarnos juntos con ese gesto. Un beso, tres o veinte, ya decidiré en el momento. —Inclino mi torso hacia adelante acercándome más a ella.

Abre la boca para coger aire o para detener mi repentina verborrea. Se me seca la garganta, no sé si me estoy echando tierra encima o me estoy despejando el camino. Noto un tirón de su mano

y no me detengo. Si me estrello no me levantaré en diez años, pero si alcanzo mi propósito seré feliz el resto de mi vida.

Pongo mi dedo índice sobre sus labios, por temor a que se niegue a escucharme y se acabe esta noria de emociones en la que me he subido. Llamadme loco, pero no quiero que pare. Nunca me he sentido tan vivo como cuando la miro, la toco, imaginaos a las revoluciones que iba mi cuerpo cuando nos fundimos en aquel beso la otra noche. Así que voy a seguir intentándolo, aunque sea lo último que haga.

—Por querer, quiero que me cuentes tu vida mientras me enseñas la ciudad.

—¿La ciudad? Yo… —pregunta humedeciéndome el dedo al mover sus labios y emito un gruñido sin querer. Entrecierro los ojos, ahora sí para intentar relajarme o reventaré los pantalones, y me explico.

—Últimamente no salgo mucho, dedico muchas horas a estudiar, a prepararme y mi vida se encierra en dos viajes: de casa al trabajo y del trabajo a casa. Me gustaría pasar más tiempo contigo y me parece una buena forma de poder hacerlo.

—¿Conmigo? ¿Tú y yo? —Arruga la frente, incrédula.

—Si tú quieres —insisto.

—No puedo. Yo…, no soy esa mujer que creíste ver esa noche.

—Sé lo que vi. Lo que veo en este momento y, lo que me gustaría seguir viendo si me dejas.

Le acaricio la mano con el dedo pulgar y ella lo observa hipnotizada. Después, fija sus ojos en mí y me desarma una vez más con su timidez, con ese brillo en sus pupilas que delata la inquietud de dar ese paso hacia mí. Y no puedo evitar preguntarme por qué.

«¿Qué te han hecho, pequeña, para que te dé angustia que te toquen, aunque lo estés deseando?».

—Te repito que soy muy normal, que mi vida es muy sencilla. Soy esa vecina de enfrente; la que no esperabas encontrar en la pista de una sala de fiestas porque no sabe bailar. Nunca le han enseñado y por eso sale corriendo, porque teme ser un beso más ante alguien que le importa. —Se aparta unos centímetros, empuja con el culo la silla hacia atrás y se levanta avergonzada.

Temo que se aleje y no vuelva a tenerla así, tan cerca que tiemblo con pensarlo. Así que me pongo en pie yo también y la agarro más fuerte del brazo, tirando de ella hacia mí.

—¿Muy normal? No, qué va. Eres tan especial que tu mirada contradice a tu boca.

Espera, ¿ha dicho que le importo? ¿Y que es la vecina de enfrente?

Ha sido una comparación, ¿no? No era literal.

¿Sabrá que la miro desde mi ventana? ¿Y si piensa que soy un…?

No, no. No puede ser. Me niego a que salga huyendo de nuevo, no ahora que he conseguido que me vea, que me escuche.

—¿Has oído lo que he dicho? —Se suelta y anda deprisa hacia la puerta.

Cuatro ojos detrás de la barra nos miran embelesados queriendo saber el final de esta escena tan rocambolesca. Menos mal que solo hay dos mesas ocupadas en la cafetería, y tienen bastante con su conversación para fijarse en la nuestra. Aunque la verdad es que no me importa, porque salgo a la calle tras ella. El viento me mueve el pelo, pero no las ideas.

—No soy especial, Rafa, soy…

—La mujer que deseo conocer más allá de un café, de un baile o de un beso. Esa vecina de enfrente que me gustaría ver cada mañana a dos centímetros de mí.

Hala, lo solté.

Se sonroja y una sonrisa nerviosa, ladeada, se dibuja en mi cara. Eso significa que duda, ¿no?, que no está todo perdido. A lo mejor le gusto lo suficiente para dar ese paso y alargar el café hasta la comida, los postres y, desplegando todos mis encantos; los que tengo y los que buscaré en el fondo de mi alma hasta que los encuentre, incluso llegar a la cena.

—Eso se lo dirás a todas. Eres bombero, ligarás mucho, pero yo no.

—Te sorprendería saber el porcentaje de mi éxito con las mujeres.

La he desconcertado, lo suficiente para mantenernos la mirada, fijos el uno en el otro, intentando averiguar si es cierto lo que digo.

Doy un paso hacia ella, completamente decidido a hundirme en su boca de nuevo y llegar hasta su corazón, si lo reblandezco quizás consiga el resto del cuerpo.

—Mírate, por Dios, y luego, mírame —dice con la voz agitada, con un volumen más bajo de lo normal, indecisa, pero sin separar sus pupilas de las mías.

—Créeme, estoy memorizando cada peca de tu cara. —Alzo la mano y acaricio con el pulgar esas pequeñas manchitas que la adornan—. No son muchas, pero están estratégicamente colocadas para hacerla única. Cada una de un tono haciendo que resalte aún más el color blanquecino de tu piel.

—No hagas eso…

—¿El qué? —Sus ojos bailan y se deslizan hacia mi boca zarandeando mi cuerpo con esa luz que desprenden.

Me agarra de la muñeca para que aparte mi mano de su cara, y me resisto al notar cómo me hierve la sangre con el calor que emana. Salivo.

—No me hables así, no me conoces. —Quiere bajar la cabeza. Se lo impido cogiéndola del mentón, aproximándome más a su boca que tiembla de anticipación.

Uf, qué sensación de vértigo, sentirla así marea más que cualquier atracción de feria. Insisto una vez más en nosotros, en este coche de Fórmula 1 en que se ha transformado mi corazón que corre hacia ella sin frenos.

—Eres una profesora dulce, pero estricta, alegre y tímida al mismo tiempo. Alguien que se muere por amar y ser amada con los ojos cerrados, pero no se atreve cuando los abre. Y yo soy un simple bombero que dedica su jornada a proteger a los demás, y desde que te vi por primera vez, desearía dedicar cada minuto de mi día a enseñarte a bailar.

No sé lo que he dicho, pero me alegro de haberlo hecho, ya que se ha lanzado sobre mi boca con ansia, con desesperación. Tras la sorpresa inicial, me adentro en ella demostrándole las ganas que le tengo. No pienso en que estamos en la calle, en mitad de la acera y delante de la cafetería. No pienso en nada y pienso en todo. En un posible nosotros, en qué ocurrirá después de este beso salvaje que

me está poniendo cardiaco, en mis manos que no saben qué parte de su cuerpo tocar porque quieren tocarlas todas.

Jadea. Gruño. Gime y presiono su espalda contra mi torso, haciendo que sus senos parezcan globos a punto de explotar sobre mi pecho. Joder, esto es el paraíso, el éxtasis de cualquier drogadicto. Todo mi cuerpo está tenso, alborotado, con ganas de subir un nivel más en esta fiesta improvisada.

Pese a ello, todo tiene un límite y yo he llegado al mío hace rato, pues me estoy poniendo febril y estamos en medio de la calle. Necesito respirar, dejar de besarla o moriré de excitación por no poder desahogarme dentro de ella.

—Puedo bailar contigo hasta el amanecer tres días seguidos si me dejas, pero en este momento he de dejar de hacerlo, o mojaré los pantalones como un adolescente imberbe con su pareja en un banco del parque. Si sigo pegado a ti… te juro que no respondo. —Se le escapa una risilla, e igual de alterada que yo se recompone pasando las manos por sus caderas y muslos, alisando unas arrugas invisibles en la ropa.

Miro hacia el cielo pidiendo clemencia, entrelazo mi mano con la suya y comienzo a caminar deseando que se termine esta tortura, lo malo es que mi parte perversa vuelve a mirar sus muslos deseando ser yo quien los repase centímetro a centímetro.

Cojo aire y lo suelto poco a poco. Unos metros más adelante, muy cerca de su portal me detengo.

—Soy muy bueno bailando, si confías en mí, Tina —repito ya que le ha gustado la metáfora.

—¿Por qué insistes? ¿Por qué yo?

—Porque tu razón y tu cuerpo no se ponen de acuerdo, porque oigo al mío gritar sin descanso y ya no puedo acallarlo más, porque te he probado y ahora no quiero otro sabor en mis labios que no sea el de tu boca. —Cojo su mano y la pongo en mi pecho para que vea que no miento, suspira al percibir el ritmo acelerado de mi corazón. Con su permiso pongo mi mano en el suyo donde puedo apreciar cómo tamborilea ese órgano igual de exaltado—. Y, por lo que veo no es el único. Danos una…

«Oportunidad», termino de decir dentro de su boca, sorprendido por su iniciativa al poner su mano sobre mi mandíbula y sus labios presionar los míos con intensidad.

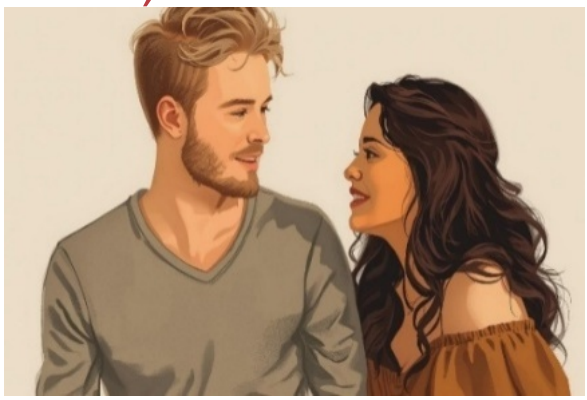
Cómo describir lo que ha pasado por mi mente al recibir esa energía inmensa, que ha provocado su lengua al saludar la mía, al buscar su roce.

No quiero que acaben esos minutos de gloria, esos besos con sabor a café, por lo que me separo unos milímetros al notar las gotas de sudor deslizándose por mi frente. Miro hacia arriba, luego hacia el lado y me aventuro. Ahora o nunca.

—¿En tu casa o en la mía?

13
¿En tu casa o en la mía?

Tina, la vecina sexi



Casi me ahogo con mi saliva al oír la pregunta. Sin embargo, la tos ha ido a peor cuando tras ella he oído la voz de Úrsula en mi cabeza, diciéndome:

«Para aprender a bailar tienes que seguir los pasos sin mirar atrás. Sé valiente, déjate guiar y danza la melodía al ritmo que marque tu corazón».

Miro hacia los lados, pero no hay nadie. Está claro que solo ha sonado en mi cabeza y, para que no se me olvide lo vuelve a repetir, descolocándome aún más, por lo que me pongo la mano en la sien mientras sigo tosiendo azorada.

Su mano en mi espalda, la preocupación en sus ojos al verme toser, el olor de su cuerpo tan cerca del mío; todo hace que mi corazón vuele a un ritmo frenético sin tener ni idea de cómo detenerlo. Así que cierro los ojos, respiro profundo y dejo de luchar contra el viento que me arrastra a sus brazos.

No sé de dónde saco el valor y decido hacer caso a esa mujer que no conozco, pero que ha elegido ayudarme desde la distancia.

Si a Manu le funcionó y pudo pasar página, yo también podré lograrlo. Podré superar ese miedo a sentir; a que me vuelvan a hacer daño, me rompa en mil pedazos y no haya pegamento en el mundo que pueda volver a unirlos.

A lo mejor ella sabe cosas que nosotros no, dado el lugar en el que está, y por eso es como un faro en la oscuridad que nos guía en el camino a nuestro destino.

Respiro profundo y contesto con determinación.

—La mía está más cerca.

—¿Cómo lo sabes? —ronronea de nuevo en mi boca.

Demonios, ¿cómo ha llegado hasta ella tan rápido?

—Porque la tienes delante —respondo casi sin aire, sudando más que si estuviera en un horno y a la vez mirando a la puerta de hierro que hay a nuestro lado.

Sonríe y asiente. Giro la cabeza y abro el portal, estiro el brazo y lo invito a entrar. Su mirada traviesa me estremece de pies a cabeza. El viaje en el ascensor lo pasamos entre jadeos y besos sonoros, incapaces de alejarnos el uno del otro. Ni en mis sueños era tan fogoso.

Al abrir la puerta de mi piso y dejar el bolso en el colgador, lo veo entusiasmado mirando todo a su alrededor. Entro en pánico al ver que se dirige a la ventana mágica; donde a través de ella creas mil historias, donde se hacen realidad mis fantasías cuando entro en su mundo, y sueño que es el mío. Como hoy. En este maravilloso instante que se asemeja a una de esas películas que me he formado en mi mente mil veces, y que por fin voy a protagonizar de verdad.

O eso espero.

O eso quiero creer, si no me acobardo y lo espanto.

—Desde esta posición parecerás una diosa observando a la humanidad desde las alturas —comenta fascinado por las vistas de la ciudad—. ¿Imaginas sus vidas desde aquí? ¿Alguna vez te has preguntado, si podrías formar parte de ellas por algún imprevisto milagro? —Se da la vuelta y camina hacia mí, que estoy inmóvil en medio del salón deseando que no se arrepienta de haber subido.

—Las he imaginado cientos de veces, y he deseado estar más de mil en alguna. Aunque eso es… —Me froto las manos con el

pantalón, inquieta por sus preguntas, por lo que piense de mí—. Los milagros no existen, y yo no soy una…

—¿Diosa? —Me desnuda con la mirada y tiemblo de nuevo.

Me atrapa con su sonrisa de medio lado y me levanta el ánimo. Casi diría que me siento eufórica al comprobar que continúa con el mismo anhelo en sus ojos, que antes de mirar tras el cristal.

De repente, me sube la adrenalina como si fuera esa diosa a la que quiere venerar, como si un poder enorme emanara de mí cuando me toca con esas manos tan grandes que enmarcan mi rostro. Sonrío y me besa. Me agarro a su cintura y entro en su boca deleitándome de ese fuego, que, para ser un bombero experto, no consigue apagar.

Me da miedo hasta dónde puede llegar ese incendio que se expande entre los dos. ¿Deseo que lo apague? Mi cuerpo no, pero mi cabeza…

—Eres más que eso, Tina. Eres un titán que no sabe que lo es, ni la fuerza que tiene sobre los demás.

Fuerza no sé si tendré, pero acabo de perder la batalla con ese beso. Me acaricia con las once manos que le han brotado en el último minuto; una se va hacia mis nalgas que las amasa como el panadero más experto una bola de harina; otra se va hacia mi nuca que la masajea haciéndome vibrar con su mano; una tercera me agarra ahora de la cintura y la cuarta busca mi mano entre besos húmedos y ruidosos.

—Ven, vamos a empezar tu primera clase. —Mis ojos se van hacia su entrepierna que parece una tienda de campaña y sonrío orgullosa de causarle ese efecto.

—¿Estás seguro? —interrogo sin dejar de mirar semejante bulto y a la vez temiendo que la fiera se escape de su jaula.

—Segurísimo.

Me guiña un ojo y busca música en su móvil. Conecto a Alexa y él pone el Bluetooth. La voz de Il Volo con *Grande Amore* magnifica el momento aumentando mis sentimientos hacia él, cuando me insta a seguir sus pasos.

—No dejes de mirarme, *amore* y te llevaré al cielo. —Y lo hace. Vuelo de nuevo con nuestras manos entrelazadas sin despegarnos

del suelo.

Las paredes se llenan con la voz de los artistas, la pasión de sus palabras en nuestros movimientos. Su sonrisa se desliza por mi cuello excitándome sin tocarme. Jadeo al oír su voz cómo me tienta, pese a no decir nada que no sea los pasos que debo dar y cuándo los debo dar. Aun así, gimo de placer por la sensualidad con la que habla.

—Mantén los hombros firmes, rectos, a la altura de mi pecho, yo continuaré llevándote hasta que me pidas que pare.

—Te he pisado dos veces.

—Tengo los pies grandes y gruesos, no se romperán con tu peso.

—No me pongas a prueba, puedo ser muy insistente. Sobre todo, si estoy nerviosa.

—No lo estés. Yo manejo este barco y por mucho que te marees no te dejaré caer.

—Pero es que… tú eres quién me pone nerviosa. —Endurece su mandíbula. En realidad, todo él está duro y eso es lo que me altera más que nada.

—Lo que deseo es todo lo contrario. Relájate, mi diosa, y disfrutarás más de la clase.

—¿Más? Eso es imposible, profe —digo entre dientes y asoma una risilla tonta, de esas que no controlas, pues todo lo que sucede en este instante se mueve por impulsos, y estos los genera ese hombre tenaz que me devora con los ojos y me tranquiliza con la boca.

La canción cambia. Ahora es una ranchera de Ana Gabriel, *Eres todo en mí* la que pinta el apartamento de color y nos inunda de la pasión que brota de la voz de la cantante. Su mano se hace la dueña de mi cintura y me zarandeo con los ojos entrecerrados paladeando cada letra de la canción, mientras con la otra mano acaricia mi mandíbula bajando hasta mi cuello, y tras ella, continúa su aliento, que no su boca. Me mueve como una pluma. Hace que gire sobre él, que me abrace a su cuello y mueva mis caderas sobre las suyas. Un grito muere en mi garganta cuando me da la vuelta bailando con su pecho en mi espalda. Sus manos corren hacia mi cintura, luego suben por mis brazos y los elevan de nuevo apoyando

su barbilla en mi cuello. Mi gemido se mezcla con la voz de la artista mientras él sigue haciéndome gozar con esta sensual melodía.

Un paso atrás, otro a un lado, su aliento en mi cuello, un giro y vuelta a empezar. Sus manos en mis caderas que se mueven al mismo son, que hacen parar el tiempo en esos pasos, estremecerme, inundarme de placer con esa suavidad que enloquecería a cualquiera. Jadeo y murmura algo que no entiendo con la respiración agitada. Caldeados, nos miramos durante segundos, hasta que me gira de nuevo pegándome la espalda a su pecho. Noto su erección en mis nalgas y nuestros gemidos hacen eco en el salón. Lágrimas resbalan por mi cara sin llamarlas. ¿Se puede llorar de placer?, ¿de excitación?

La canción acaba y me abraza. Tiemblo en su pecho perdida en mis emociones, sintiendo todo lo que nadie me ha hecho sentir en mis veintiocho años de vida solo con dos bailes. Entonces me pregunto qué hará sobre la cama, esa donde nunca he estado con un hombre. El pánico me abruma y me ahogo en mi propio llanto. Él no dice nada, pero su abrazo aún más intenso lo dice todo.

Me peina el pelo con la mano y va moviendo poco a poco los pies acunándome con la música de Christian Castro y su canción *Por amarte así.* No sé si sueño despierta, si es real o una broma del destino, pero continúa ahí calmando mi llanto.

—¿Confías en mí? —susurra en mi oído turbándome con esa mezcla de voz ronca y suave. Me separo unos milímetros para mirarlo a los ojos.

—Sí —respondo sincera.

—Bien. —Pone sus manos por debajo de mis rodillas y me alza en brazos. Me abrazo a su cuello y me dejo caer en su pecho otra vez.

Una vez en el dormitorio se tumba conmigo en la cama, vestidos, abrazados en silencio hasta que calmo completamente mi sollozo. No sé si por el sonido de sus latidos que tienen un efecto calmante, o por la ternura de sus caricias que dibujan letras en mi espalda.

Me he perdido en el tiempo, en su voz, en esa dulzura que transmite con su presencia. ¿En qué momento hemos pasado del fuego al agua? ¿De las llamas de la pasión a la tranquilidad de ese

mar en calma? ¿Cómo puede una persona quemar y sanar con la misma intensidad?

—Lo siento, yo… Me he emocionado —intento explicarme para que no crea que estoy loca. Sé que en algún momento debo decirle, lo que me impide soltarme el pelo y disfrutar de toda esa tormenta de emociones que me hace sentir—. No estoy acostumbrada a bailar con nadie, a esa intimidad, a…

—Yo no lo siento. Me gusta bailar contigo, Tina. Aunque no lo creas, la música realza los sentimientos de las personas. Invita a desahogarte, a expresar lo que piensas y lo que deseas.

—Tenías razón, eres muy bueno. Un gran bailarín.

—No soy nada sin la pareja de baile adecuada, y tú eres la perfecta para mí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Me lo has demostrado hace unos minutos. Nuestros cuerpos encajaban en una danza que iba más allá de la melodía. Tú y yo éramos uno, y te lo puedo volver a demostrar cuando quieras.

—Aún no me he recuperado de esta clase, pero no descarto repetir en otro momento el mismo baile. —Me tapo la cara avergonzada.

—No es la canción, es quien la baila, lo que ves a través de tu acompañante, y yo he visto realmente quién es la mujer que tengo delante.

—Ah ¿sí? ¿Y quién soy, según tú? —Me incorporo y me siento frente a él, intrigada, con mis piernas sobre las suyas.

—Eres una mujer hermosa que no sabe que lo es. Herida por la vida y fuerte por naturaleza. Dulce y amarga; alegre y melancólica; valiente, aunque comedida, que por una extraña razón que me gustaría averiguar, carga un peso muy grande en su espalda y que, si te arriesgas a conocerme, sé que te puedo ayudar a liberarlo. —Coloca su mano en mi mandíbula y luego su frente sobre la mía—. Solo te estoy pidiendo una oportunidad de entrar en tu vida, y con algo de suerte, conquistarte y quedarme en ella.

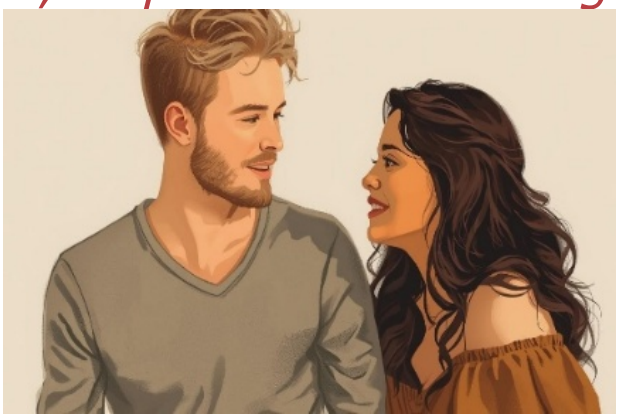
Conquistarme. Ja. Si él supiera que lo hizo hace meses, que mi corazón es suyo más que mío; que late cuando lo ve y se detiene si no lo hace. Suspiro, todavía apoyada en su frente intentando

recomponerme de sus palabras, de lo bien que ha resumido mi pasado con unas pocas frases.

¡Rayos!, ¿tan fácil soy de leer, que con dos bailes y una hora ha sabido entrar en mí de esa forma? En cambio, yo no sé quién es él; aparte de un bombero cañón que hace mucho ejercicio y estudia en sus ratos libres. Sí, le gusta ayudar a los demás, pero, algún defecto debe tener, ¿no?

14
Eres todo para mí

Tina, la que no cree en milagros



Me armo de valor, trago saliva y pregunto:

—Y tú, ¿quién eres, Rafa? ¿Por qué quieres conocerme? ¿Acaso soy un reto para ti?

—Un reto… Sí, es posible. —Sonríe a un centímetro de mi boca—. Como la canción que tan vulnerable te ha hecho sentir al igual que a este pobre diablo, puesto que no has sido la única a la que le faltaba el aire, eres todo para mí. Todo lo que siempre he buscado en una mujer sin saber que lo necesitaba: sencillez, sinceridad y… sensualidad. —Su dedo dibuja un corazón entre mis senos y la clavícula, su respiración tan cerca de la mía me provoca un escalofrío que me recorre el cuerpo y me humedece la entrepierna—. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que apareciste en mi vida cuando más solo me encontraba, aunque no lo supiera. Y ahora que lo sé, no quiero que te vayas.

Le acaricio el rostro y me paseo por su tez dorada, su mandíbula ancha, rasposa de varios días sin afeitar. El brillo de sus ojos verdes

me atraviesa entera, me quema su naturalidad, que me abra las puertas de su corazón y de su alma. Sé que es un hombre casero y familiar, que es todo lo que ha dicho. O eso creo. Aun así, tengo miedo a salir de mi jaula y volar libre por su cuerpo.

¿Y si no estoy a la altura de las circunstancias?

¿Cómo le digo que no sé qué debo hacer, cuando lleguemos a ese paso? Las novelas te enseñan y la teoría la conoces, pero no sé nada de sexo, mucho menos de amor.

¿Y si le dejo entrar y me hace daño?

—No me tengas miedo —dice como si me leyera el pensamiento.

—No me asustas tú, sino yo. No sé. —Suéltalo ya, Tina, así el que saldrá corriendo será él, no tú—. Me gustas. Mucho. Siento tantas cosas por ti que no las puedo contar y mucho menos explicar. El problema es que jamás he sentido nada igual, que mi experiencia con los hombres es muy… corta; escasa… Casi nula.

—La mía con las mujeres tampoco es muy extensa. —Bajo la cabeza y le doy la espalda, así no veré cuando se vaya.

—Yo… Solo he estado con dos hombres en mi vida; con uno no me acuerdo, y con el otro… tenía los ojos cerrados. —Me agarra del hombro con suavidad y me gira para que lo mire.

—Yo nunca he tenido novia, Tina, y se pueden contar con los dedos de una mano las veces que he estado con una mujer. Puedo entender tus reticencias, pero…

—No, creo que no has comprendido lo que quiero decir, Rafa. No he tenido novio ni relaciones esporádicas. Solo esas dos veces.

—¿Por eso te alejas cuando nos aceleramos? —pregunta, asombrado sin comprender mi tristeza—. No eres virgen y, aunque fuera así, no me importaría.

—Como si lo fuera.

—No te entiendo. —Me retuerzo las manos, respiro hondo y empiezo a contar:

—Mi primera vez fue en el instituto. Tonteaba con un chico, pese a que no éramos nada, pero a veces nos besábamos en algún rincón del patio y me gustaba. Un día me convenció para que nos besáramos en otro lugar más íntimo donde nadie nos viera, y nos fuimos a los baños. No íbamos a hacer nada, solo besarnos, por lo

que no me negué, pero no sé en qué momento se me fue de las manos, y, aunque no quería que siguiera; aunque me apartaba, el lugar era tan estrecho que me volvía a besar. Sus manos iban más rápidas que mis pensamientos y, al final, cerré los ojos y le dejé hacer. Fue tan doloroso que me costó mantenerme en pie, y cuando lo conseguí esperé al cambio de clase, le dije a la profesora que me encontraba mal y salí corriendo de allí.

—Maldito cabrón. ¡Te violó!

—En realidad no, puesto que yo no me negué.

—Tampoco te preguntó. Con tu rigidez y tus intentos de apartarte debería haber captado la indirecta. No lo hizo, no porque no lo supiera, más bien porque lo único que le importaba era descargarse.

—Ni siquiera me miró a la cara cuando se bajó los pantalones.

—Porque fue un cabrón egoísta que te veía como un recipiente donde vaciar lo que le sobraba. No le importaba si querías o no, y eso se llama violación.

—Probablemente, ya que en menos de una semana lo estaba intentando con otra.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Tenía diecisiete años. Se lo conté a mi mejor amiga y, aunque me creyó pensó que exageraba, que no había sido para tanto, pues me había pasado una semana tonteando con él, besándome en varios lugares del pueblo. Así que…

—Lo siento —dice después de levantarse, dar la vuelta a la cama y sentarse a mi lado.

—Me convencí a mí misma de que no necesitaba a nadie. Me concentré en estudiar y hasta que no me licenciara, no quería saber nada de chicos ni fiestas. Mis padres no hacían más que buscarme novios, pero yo solo pensaba en sacarme la carrera.

—Es lógico, te pusiste una coraza alrededor para protegerte. —Me atrae hacia él sin dejar de mirarme.

Suspiro. Me abraza. No sé los minutos que pasamos en silencio, yo anclada en su pecho y él perdido en sus pensamientos. Cuando la bola que se me había formado en la garganta desaparece, continúo relatándole mi pasado sin miedo a que salga huyendo.

—Los años pasaron, me gradué en la universidad y salimos a celebrarlo varios compañeros de clase con los que había hecho migas. En la discoteca, coincidimos con un chico muy agradable con el que había estado hablando en la biblioteca durante el curso. Bebimos, reímos, bailamos como locos, o más bien saltamos hasta bien entrada la noche. Estábamos tan borrachos que a la mañana siguiente nos despertamos medio desnudos en el asiento de atrás de su coche. Ninguno nos acordábamos de nada.

—Ya, no es la primera vez que oigo una historia así. Por desgracia, es más normal de lo que crees. Y digo por desgracia, porque cuando sucede eso, estás a un paso del coma etílico y si llegas hasta ahí, es muy probable que no salgas.

—Vaya, no lo sabía.

—De hecho, la semana pasada una de las salidas nocturnas que hicimos en el turno fue para abrir un coche; una pareja se había quedado encerrada después de una noche incierta. Ninguno se conocía, no recordaban cómo habían llegado hasta allí ni lo que habían hecho. Sin embargo, estaban completamente desnudos y la ropa fuera del coche.

—Nosotros no llegamos a tanto, nuestra ropa estaba en el asiento de al lado. Al menos la mitad, la otra la llevábamos puesta.

—¿Le preguntaste a él qué pasó?

—Sí. Pasamos media mañana intentando hacer memoria. Desayunamos juntos y repasamos todo lo que hicimos hasta que se nubló nuestra visión, pero ninguno supo aclarar cómo llegamos al coche ni lo que sucedió después.

—Puede que no ocurriera nada.

—También lo pensamos. Yo le gustaba y quiso salir conmigo en serio, el problema es que yo volvía al día siguiente al pueblo. Mi vida en la ciudad se había acabado y no iba a tener una relación a distancia, por lo que nos despedimos esa mañana. Después… me pasé tres años y medio trabajando sin descansar, llegaba tan agotada a casa que no tenía ganas de salir de fiesta. ¿Para qué? ¿Para no acordarme al amanecer de lo que había hecho? Mi vida era el trabajo, ahorrar dinero para irme de ese maldito pueblo y vivir mi sueño. Esos cinco años estudiando en Barcelona fueron los mejores

de mi vida. Era libre de hacer lo que quisiera, de ir donde y con quien me apeteciera y de trabajar. Incluso trabajé de canguro para sacarme un dinero extra.

—Al final lo lograste.

—Sí. Hace seis meses me llamaron diciendo que tenía una plaza en un colegio de Barcelona y no lo dudé. Hice la maleta en una hora y me fui de esa cárcel, en la que se había convertido la casa de mis padres, sin mirar atrás. Desde entonces hasta ahora, no he tenido tiempo ni ganas de buscar compañía. Tú eres el único al que he abrazado mirándolo a los ojos, el que ha mirado a través de mí como si fuera un vaso de agua. El primero que…

—Soy el primero que te hace sentir placer de verdad. —Asiento y me recompone el pelo con una dulzura extrema. Luego me abraza de nuevo.

—Estoy rota, no mereces a alguien que no sabe si será capaz de amar.

—No estás rota, y si fuera así, no me importaría ser el pegamento que recompusiera cada pieza de tu cuerpo. Pero no te equivoques, no eres un objeto. Eres un ser humano que puede hacer lo que desee cuando desee.

—Estoy en ello. Voy lenta, me cuesta un mundo dar un paso, y a veces creo que cuando lo doy, retrocedo tres. Aun así, lo intento.

—No dejes que el pasado condicione tu futuro, Tina. Vive el presente como quieras y decide el futuro que mereces. Tú eres la única que puede bailar la banda sonora de tu vida, y decidir si deseas hacerlo sola o acompañada.

Se levanta para irse y un gélido vacío se apodera de mi cuerpo y se expande por la habitación. Lo alcanzo antes de que llegue a la puerta, y con los ojos vidriosos exclamo desde algún lugar de mi corazón:

—Quédate conmigo. Enséñame a bailar. —Estiro mi brazo y toco su mano. La mira y asiente.

Mis sentidos, todos ellos, saltan de un lado a otro tropezándose con rincones de mi cuerpo que desconocía haciéndolos vibrar de alegría o de alguna otra sensación que no sé explicar con exactitud, pero que me inunda de felicidad.

—¿Estás segura de que quieres bailar conmigo?

—Sí. ¿Cuestan mucho las clases? —sondeo inocente.

—Depende del tiempo que les dediques.

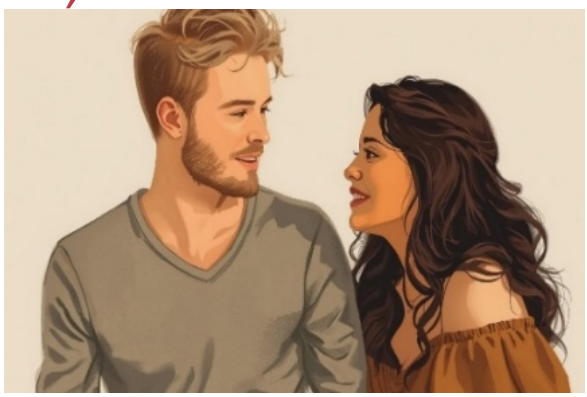
—¿Cuánto tiempo tienes?

—¿Ahora? —Asiento con la cabeza y una sonrisilla. Tira de mí y me estampa contra su pecho, casi diría que feliz—. Cuatro días.

Y mi corazón da un triple salto mortal hacia atrás. ¿Cuatro días?

15
Enséñame a amar

Tina, la bailarina inocente



Una vez me he repuesto del beso que me ha absorbido la mitad de las neuronas y la otra mitad las ha dejado temblando, me voy al cuarto de baño con la excusa de que tengo pis, cuando lo que quiero es refrescarme y separarme de ese león hambriento.

—Explícame entonces, ¿por qué un hombre de esta época sabe bailar así? —indago desde donde estoy, oyendo sus pasos que se acercan a la puerta sin intención de entrar.

—Así ¿cómo? —pregunta, divertido.

—Con esa dulzura y sensualidad —menciono al abrir la puerta y verlo allí, relajado, mirándome a los ojos—. ¿Bailas muy a menudo con la gente?

—Si te refieres a con gente tan sexi como tú, no. Mis compañeros son muy feos y no mueven las caderas o la cintura, de esa forma tan… ¿sugerente? Además de que… —Se rasca la nuca y busca un punto donde poner su mirada, incómodo porque no encuentra las palabras exactas para que, después de lo que le he explicado, no me ofenda.

Lo que no sabe es que me gusta. Pese al temor que tengo de no cumplir con sus expectativas, mi entrepierna se encoge cuando está cerca y vibra con cada beso o roce de su cuerpo contra el mío.

—¿Bailas este estilo de música con tus compañeros? —Desvío el tema un pelín, me gusta saber lo que hace cuando está en la estación de bomberos.

—No exactamente el mismo. —Ríe con ganas y salivo por su naturalidad—. En nuestro tiempo libre, cuando ya hemos terminado nuestras obligaciones y no hay ninguna emergencia, nos divertimos. Aprendí a jugar al póker con Valdés, el compañero que hacía de refuerzo conmigo para ayudar a Andrés con las explicaciones a los niños el otro día. Y yo fui quién enseñó a bailar a mi cabo bailes de salón, gracias a ello conquistó el corazón de Eva, además de poder bailar los valses en su boda sin hacer el ridículo.

—Me hubiera gustado verlo —añado sonriente imaginándome la escena. Voy hacia la cocina, por hacer algo, pues estar tan pegada a él me desequilibra mentalmente—. ¿Quieres una cerveza? Puedo preparar unos espaguetis a la marinera si te gustan, ya que va siendo la hora de comer. —Alzo la vista hacia el reloj de la cocina, después lo miro buscando una respuesta.

—Me encanta la pasta. —De una zancada, tal vez dos, se pone a mi lado y comienzo a sudar de nuevo sin saber por qué—. Te puedo ayudar, si quieres.

—¿Sabes cocinar? —pregunto haciéndome la tonta, ya que lo veo con delantal a veces desde la ventana.

—Sí. A eso nos enseñó la mujer del capitán que hace unos estofados fabulosos.

—¿La mujer del capitán?

—Ella y nuestro jefe se compenetran de maravilla, y nos dieron clases de cocina el primer año.

—Eso sí que es curioso. —Sonrío—. ¿Y quién te enseñó a bailar? —indago, recelosa, imaginando que también fue una mujer. Tal vez su primer amor.

Sí, lo sé, ha dicho que nunca ha tenido novia. Aunque eso no significa que no se haya enamorado antes, sino que no ha sido correspondido o que no salió bien.

—Mi padre. —Elevo las cejas al cielo. ¿Su padre? El mío solo me enseñó a gritar y a salir corriendo—. De ese modo sedujo a mi madre.

—Vaya. Igualito que el mío —digo con ironía más alto de lo que pretendía. Rafa ignora mi comentario y me explica ese recuerdo feliz que le cambia la expresión a una más nostálgica.

—Salían a bailar todos los domingos por la tarde a un centro cívico que hay en el barrio. Formaban una pareja excelente. No solo encajaban como anillo al dedo, sino que se complementaban el uno al otro con sus defectos y virtudes. —Su mirada se vuelve melancólica. Por un segundo envidio ese recuerdo; ojalá yo pudiera decir lo mismo.

La vida es injusta. Ellos eran una familia unida y cariñosa, lo tenían todo y lo perdieron de una forma drástica, mientras que mi familia es una farsa, una patraña de cara a la gente; en cambio, sigue en pie manipulando a todos los que están a su alrededor sin importarles el daño que les hacen.

Ya han pasado seis meses de mi huida y no han dicho ni mu. Les importa una mierda lo que yo quiera o desee, si no es cumplir con lo que ellos planeen para su conveniencia.

El tiempo pasa, ponemos la mesa entre risas y una buena conversación, al tiempo que él se bebe una cerveza y yo una copa de vino blanco. Poco a poco, me va contando su vida sin yo preguntarle y yo narro retazos de mi rutina diaria en el colegio. Los minutos vuelan entre tenedor y tenedor. La música ha cambiado, las baladas *rock* de los años noventa se han adueñado del apartamento, y aunque no le prestamos mucha atención, de vez en cuando lo veo tocar un punteado de guitarra imaginario o tararear un estribillo.

Es tan fácil sentir a su lado cualquier emoción: plenitud, deseo, alegría. Incluso seguridad y, ¿amor…?

Nos sentamos en el sofá y ponemos una película en Amazon prime: *Más allá de la vida* de Matt Damon y Bryce Dallas Howard. Los dos en silencio mirando la televisión agarrados de la mano de forma casual, sin pretensiones. Las horas se hacen minutos a su lado sin movernos, sin hablar más que cuatro cosas sobre según qué

escenas, sin necesitar hacerlo porque con nuestra presencia lo llenamos todo.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos al notar cómo su pulgar acaricia el mío con una suavidad que me deja sin aliento, que me lleva a un mundo donde me lanzo a su cuello y lo beso. Y tras beso y beso lo desnudo, lo poseo como ese espíritu que se mete dentro de otro para adueñarse de sus pensamientos.

Yo quisiera dominar los suyos, saber qué piensa de mí. Si soy una aventura, un paseo para recordar o una historia que inventar cada día. Deseo saberlo todo antes de hacerme ilusiones, de que el sueño se esfume antes de empezar a vivirlo.

Entonces, una voz en mi cabeza que, aunque entrañable suena enigmática, me confunde más todavía:

«Arriesga tu presente para disfrutar de tu futuro. Tina, no amas a alguien porque sea perfecto, lo haces a pesar de que no lo sea. Y tú, mi niña, no eres un simulacro, eres su fuego».

Después de escuchar esa voz cálida, entrañable, pidiéndome que sea valiente y siga la luz de mi corazón, muevo la cabeza y lo miro clamando en mi interior que sea sincero.

—Rafa, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Y tres también. —Sonríe, y suelto el aire muy despacio cogiendo más confianza en mí misma con ese gesto.

—¿Qué ves cuando me miras?

—¿Qué veo?

—Sí, y no me refiero al envoltorio, sino a todo el conjunto.

—Veo una flor peculiar que nadie ha mirado, pese a que muchos han pasado por al lado. Sin embargo, a mí me gusta observarla, olerla y, si pudiera, tocarla.

—Eso no es una respuesta.

—Sí lo es. Solo tienes que analizarla.

Su penetrante mirada me hace bajar la mía, sorprendida por su fogosidad y el efecto que tiene sobre mí. Jamás he sentido palpitar mi centro de esa forma. Entonces, me doy cuenta de la presión que hay en su pantalón y noto una nueva descarga. No sé por qué, no puedo apartar la mirada de su miembro.

—Puedes tocarlo si quieres. A lo mejor se mueve si lo haces, pero yo no lo haré.

—Prefiero no hacerlo.

—Tina, te prometo que no me moveré si no me pides que lo haga, por mucho que lo desee.

—No debería, Rafa. Yo…

—No has tocado ninguno, lo sé. —Me acaricia la cara, el pelo y susurra—. Solo es un músculo más, uno que se mueve a su aire y que se excita si lo que tiene delante le gusta. Y créeme cuando te digo que tú le gustas mucho. Aun así, no te voy a obligar a nada.

—No creo que pueda.

—Mírame. Tú eres la guía en esta excursión, cuando decidas parar, para.

—¿Y si…? —Miro el bulto que parece haber aumentado mientras hablamos.

—¿Me excito? Sería imposible no hacerlo. Mirarte sin poder tocarte ya es un suplicio, cuento con que si me tocas me quedaré sin aire, o pareceré un camaleón porque me cambiará el color de la cara según el movimiento que hagas.

Me echo hacia atrás, cohibida, no sé qué estoy haciendo ni por qué me lo planteo. Va a acabar mal, estoy convencida, pero creo que debo dar este paso para poder subir de nivel.

Si no soy capaz de tocarlo, ¿cómo voy a dejar que me toque?

Uf, creo que acabo de hacer un trabalenguas.

—No te preocupes, supongo que podré aguantarlo. O eso espero. —Sonríe con una ternura que me enloquece y me lanza a esa piscina sin flotador, esperando no ahogarme.

Cuando Marga habla del «Manolo» lo dice por su consolador azul, al que le puso nombre cuando se separó de David; decía que así no lo extrañaría tanto. Más de una vez me lo ha dejado. Obviamente, no lo he utilizado ninguna; no sabría ni por dónde empezar. No me entusiasman mucho las máquinas, pues son demasiado frías, y si no soy capaz de tocar uno real, dudo mucho de que me guste uno que funciona a pilas.

Prefiero ver películas con escenas *hot* o leer novelas eróticas. La cuestión es que, por mucho que te sepas la teoría, la práctica es otra

historia. Y yo de eso cero.

Me muerdo el labio, inquieta. Me mira, coge mi mano y la apoya sobre su paquete al verme indecisa. Lo miro y la aparto, avergonzada, acalorada, más roja que una guindilla y con pensamientos igual de picantes. Sonríe y la vuelve a poner con toda naturalidad. Me entra una risa nerviosa y me tapo la cara con la otra mano.

—En serio, no va a ocurrir nada. Mira todo lo que quieras, desabrocha el pantalón y pregunta lo que necesites. No sé si seré un buen maestro en estas lindes, pero lo intentaré.

—No soy una niña pequeña —protesto como si lo fuera.

—No. Eres una niña de veintimuchos años que necesita crecer sexualmente. Una Peter Pan que para dar un paso adelante, antes tiene que ver el suelo que pisa y así sentirse segura. Yo pretendo ser quien te enseñe a amar tu cuerpo y el mío.

Me tiemblan las manos, las piernas y hasta las ideas que se tropiezan en mi cerebro, cada cual más absurda a ver quién de ellas sale primero. Les doy un empujón mental y las separo de mi misión concentrándome en ella. Trago saliva, respiro hondo y desabotono el tejano. Lo miro por si quiere echarse para atrás. Con esa sonrisa traviesa y terriblemente seductora me incita a seguir, así que bajo la cremallera y continúo la búsqueda de mi lanza sagrada, que aparece casi firme dentro del bóxer. Un sudor invisible cubre mi frente, mis manos y tras un sonoro suspiro me seca la boca, que por inercia se me abre. Él levanta el culo del sofá y se baja el pantalón hasta los tobillos, yo cojo aire de los pulmones y lo suelto de golpe.

—Necesito una copa de vino.

—Necesitas tranquilizarte.

—Prefiero el vino.

—Y yo besarte.

Me agarra el mentón y acorta distancias. Nuestros labios no se tocan, pese a que no cabe un alfiler entre ellos.

—Tú decides, Tina. ¿Qué prefieres? —Soy humana, puede que una humana rara, pues tengo un bombero cañón a mi lado medio en pelotas y me da vergüenza tocarlo, pero el calor de sus labios en mi boca no hay quien lo resista ni con un traje ignífugo.

Me adentro en su boca. Su mano viaja en mi espalda arriba y abajo, la mía no sabe a dónde ir y acaba yendo hacia su miembro endurecido por el beso. Gimo ante la abrumadora sensación. Su otra mano se posa en mi mandíbula y se dirige a mi nuca para luego volver por el mismo sendero hacia mi garganta. Jadeo y comienzo a mover la mano pues no sé muy bien qué hacer con ella. Gruñe. Se levanta y me alza en brazos por encima de su cabeza para bajarme muy despacio hasta que noto su miembro casi horizontal tocar mi centro. Un segundo, quizás tres, hasta que me deja en el suelo, jadeante. No me ha dado tiempo ni a gritar cuando ya me ha puesto el dedo índice en la boca.

—Voy a bajarme el bóxer, y me voy a quedar quieto. —Pone las manos abiertas delante de mí, luego con dos dedos se quita el calzoncillo y se queda como su madre lo trajo al mundo; camiseta incluida. Y yo… yo boqueo como un pez.

Como si de un hechizo se tratara, la observo cómo se mueve en círculos: grande, vigorosa, una auténtica pieza de museo. Al contrario de lo que siempre creí no me da grima, no me parece fea, aunque tenga esas venas gruesas alrededor. Doy ese paso adelante y la toco con un dedo. Él no deja de observarme, aunque el brillo de sus ojos delata su excitación. Sumo un dedo más a la leve caricia, un pequeño paseo por esos casi veinte centímetros de músculo; más o menos, tampoco voy a sacar el metro ahora.

Rafa no dice nada, se ha puesto las manos sobre la nuca entrelazadas, después de poner *Falling In Love With You* de Gary Moore en el móvil, y me deja hacer. Respiro hondo y continúo mi revisión.

Descubro que el tacto suave de la piel no me disgusta precisamente, al contrario, me hace salivar. O tal vez sea la música la que expande mis emociones y las libera. Los dos dedos ahora son la mano entera que baja hasta los testículos, esas dos bolas amorfas que cambian de lugar cuando las tocas y que casi están más calientes que el miembro que las acompaña. Levanto la mirada y observo su tez dorada, sus ojos cerrados y ese tic en la mandíbula que baila según el movimiento de mi mano. Me acerco a ella y la beso, un beso corto, suave.

—Mmm… No es una buena idea —dice con voz grave.

—Lo sé, pero es tan tentadora que… —Esta vez lo beso en el mentón. Un poco más largo, húmedo, casi un mordisco.

—Tina… Una cosa es tocarme, y otra muy distinta tocarme y besarme al mismo tiempo —protesta con la voz entrecortada por mi impulso.

No me acordaba de que seguía acariciando sus partes, las redondas. Estaba tan concentrada en su rostro que había olvidado lo a gusto que estaba sobándolas, lo natural que me parecía acariciarlo, como si fuera mi piel y no la suya.

—Tienes razón. Lo siento, yo…

No me deja disculparme, abre los ojos y pone su mano en mi cara, sujetándola, tierno y excitado a la vez.

—No me importa que lo hagas, pero el final no será el mismo si continúas. Puedo resistirme a tu mano, a tu mirada, sin embargo, si sumas tu boca, ya no hay Dios quien me pare. Así que no fuerces la cuerda, *amore*.

To Love Somebody de Michael Bolton suena metiéndose en mi mente invadiendo el espacio que ocupaban las dudas, llenándolo de la pasión de sus ojos y el frenesí de los míos.

—Enséñame a amar, Rafa, a querer con la mente lo que desea mi cuerpo. Enséñame a sentir mi piel sobre la tuya, a tocarte y disfrutar cuando me toques.

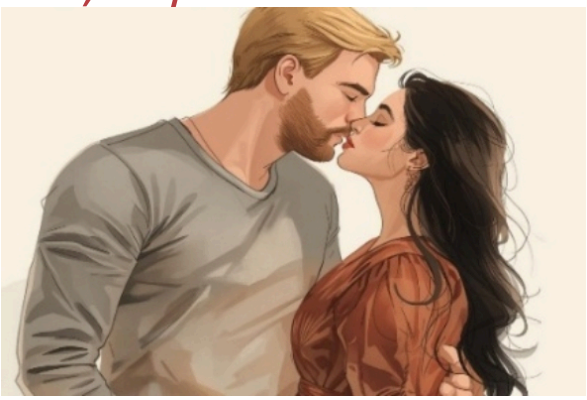
—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—Tus deseos son órdenes para mí.

16
La aprendiz

Rafa, el profesor de baile



Lo reconozco; estaba deseando que me lo pidiera desde el minuto uno. Desde ese roce de dedos en la cafetería, desde que se ruborizó cuando le dije que quería sentir sus nervios abrazando los míos. Quizás un beso; tres; cientos de ellos. Eso lo pensé, aunque de mi boca solo salieran unos pocos.

Por un segundo deseché la idea. Me dije a mí mismo que era una locura, que era nuestra primera conversación, a pesar de «conocernos» la semana anterior. Sin embargo, ese beso incendiario en plena calle a las once de la mañana lo cambió todo. Mi percepción de cómo afrontar mis decisiones, mi comportamiento con ella, mi caballerosidad, todo se fue a la mierda en el instante en que la probé de nuevo. Y esta vez no había bebido, el alcohol no magnificaba mis sensaciones.

Eran reales, como lo era ella y ese momento en plena luz del día. De ahí a que me armara de valor y le preguntara, si en su casa o en la mía. Lo que no imaginaba es que me diría que sí.

A partir de ahí, el deseo que sentía por ella fue en aumento, y la idea del baile la mejor que he tenido en mi vida.

Ese destello que vi en su mirada cuando le dije que era bueno bailando, que podía enseñarle si confiaba en mí. Cómo se lanzó a mi boca en la calle al oírlo, me hizo enloquecer, cambiar el rumbo de mis deseos y seguir jugando a ese juego indecente. Poner la música y hacerle el amor sin apenas tocarla, sentir sus caderas, el balanceo de su cuerpo al compás del mío. Dios, los latigazos de fuego en la piel me estaban dejando unas marcas que ni en cien años las perdería. Pero lo que de verdad me atravesó el alma fue su llanto, sus lágrimas y su cabeza hundida en mi pecho. Unos minutos de oro que guardaré en un frasco de recuerdos como mi mayor tesoro.

Lo que no me esperaba es que su dolor, su inseguridad fuera por un motivo tan devastador. Eso me descolocó. No porque yo fuera a pensar diferente sobre ella; la deseo igual o más, sino porque sus cicatrices son más profundas.

¿Cómo luchar contra un gigante tan grande como lo es la inseguridad?

Soy una persona paciente, cabal y me gusta meditar bien la estrategia a seguir cuando tengo un objetivo claro. Después de pedirme que me quedara y de conversar con ella, de comprobar la frescura de su carácter, lo inteligente que es y sus aficiones, comprendí que debía cambiar mi táctica para deshacerme de mi enemigo: la timidez; la vergüenza; el pánico a no saber si sería capaz de cruzar esa línea.

No soy psicólogo, pero sé que lo más importante en estos casos es la confianza, pero también la iniciativa. Así que debía ser ella quien diera el siguiente paso.

La música es un gran afrodisiaco; uno de los mejores y, aunque hasta hoy no se me había ocurrido utilizarlo con nadie, ya que nunca me había afectado tanto la cercanía de una mujer, hoy he decidido emplear todas mis armas de seducción en ese aspecto con ella; las que conocía y las que me voy inventando por el camino según responde a mis impulsos.

Siempre me gustaron las rancheras y la voz desgarradora de Ana Gabriel; una de las cantantes favoritas de mi madre y, a partir de

hoy, también mía. Pero como Michael Bolton no hay nadie, para que esa persona que te tiene absorbido el cerebro descubra el placer que puede brotar de lo más hondo de su ser.

—Enséñame a amar, Rafa, a querer con la mente lo que desea mi cuerpo. Enséñame a sentir mi piel sobre la tuya, a tocarte y disfrutar cuando me toques.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí.

—Tus deseos son órdenes para mí.

You Can Leave Your Hat On de Joe Cocker ameniza el momento. Otro de los grandes para llegar a lo más hondo de una persona, o por lo menos de alguien con quien tienes una conexión que traspasa las fronteras de la lujuria y se dirige al corazón como una moto GP; tan deprisa que apenas veo cómo lo hace, solo me da tiempo a sentirla como si fuera ya una parte más de mi cuerpo.

Casi se me cae la baba de anticipación, pues, aunque sea Spotify quien elige las canciones aleatoriamente, la elección no podía ser más oportuna.

Sonríe dispuesta a bailar. Sonrío porque va a hacer más que eso.

—¿Has visto la película?

—Sí.

—Pues la realidad supera a la ficción. —La giro con una mano y la abrazo por detrás mientras voy balanceándola suavemente—. Ahora voy a besarte el cuello y deslizar mi lengua hacia tu hombro, un par de círculos y te desabrocharé un botón de la blusa para tener mejor acceso. Después continuaré con el otro botón y saborearé el otro hombro. Suave, despacio —susurro entre su oído y la nuca apartándole la melena oscura. Jadea.

—Yo también quiero besarte.

—Luego. Tú ya has gastado tu tiempo de caricias con mis partes, ahora es mi turno.

Me queda un botón que desabrocho con una mano, ya que la otra está ocupada bordeando el sujetador de encaje negro. Gime de nuevo. Le acaricio un pecho, la blusa cae. Le acaricio el otro a la vez que Joe Cocker canta:

Raise your arms up in the air
And now shake'm
You give me reason to live

Me estremezco al notar cómo mueve su culo frotándose sobre mi miembro erecto, sonriendo, emitiendo sonidos que me cortan la respiración. Se mueve y se mueve con los ojos cerrados y yo creo que voy a morir de placer con ese sensual baile.

—¿Puedo tocarte ya?

—Lo estás haciendo, y he de decir que muy bien.

Ríe, casi perversa diría yo, por lo que viendo su descaro me aventuro a desabrocharle el pantalón, bajar la cremallera y con mucho tacto dejarlo caer. El tanga negro que porta me deja KO unos segundos que ella aprovecha para girarse y contonearse frente a mí.

—Eres una alumna brillante. —Me relamo los labios y abarco sus senos con mis manos. Son grandes, puntiagudos, tersos, espectaculares. Perfectos para esta boca que se deshace al probarlos.

La alzo y coloco sus piernas en mi cintura. Me adentro en ellos con sumo cuidado, degustándolos como el caviar más sabroso que pueda comer el ser humano. Gruño. Gime. Camino con ella en lo alto, a la vez que cojo aire para continuar. La dejo como una pluma sobre la cama y disfruto del paisaje un instante.

—¿Y ahora qué?

—Ahora voy a seguir besándote.

—¿No vas a…?

—No tengo prisa.

—Pero…

—Hay diferentes formas de tener sexo con una persona. No es solo meterla en el agujero, querida alumna, la que vas a aprender hoy, es la de unir dos cuerpos en uno paladeando cada beso, cada roce —cuento al tiempo que recorro con mis dedos su ombligo, su vientre y me detengo en el tanga que deslizo hacia abajo hasta quitárselo—, cada gesto sensual que nos provoca que la piel se erice así. —Noto su estremecimiento al pasar los dedos índices por sus ingles, y sonrío travieso. Su voz jadeante es la nota perfecta que me

hace continuar con esta melodía de lo más erótica—. Un buen profesor debe conseguir que su alumna no quiera terminar la clase, que esté tan concentrada que no vea nada más que sus ojos, que no oiga más que su voz ni desee otra cosa que, que continúe con la lección.

—Estoy muy atenta a todo lo que explica, pero yo también quiero salir a la pizarra, dibujar alguna fórmula en su torso que le haga gritar mi nombre, y así recuerde a su mejor alumna.

Me gusta como suena y me gusta este juego.

Me gusta ella desde la punta de los pies al último rincón de su cuerpo. Como aprendiz sé que puede superar al maestro si se lo propone, dado que sin saberlo ya está despejando más de una incógnita en su cerebro. Se está dejando llevar por lo que experimenta, y esa es la mejor solución a su problema.

Abro sus piernas y tarareo la canción de *Amarte es un placer* de Luis Miguel sobre su pubis. Un pequeño grito sale disparado de su boca por la sorpresa o por la turbación, e intenta cerrar las piernas.

—Cierra los ojos y disfruta. Ya has visto lo que sé hacer con la lengua, por lo que no te voy a hacer daño.

—¿Me lo prometes?

—Si no te gusta, te reto a que hagas lo mismo conmigo.

—¿Y si me gusta?

—Repetiré hasta saciarme de ti. —Le guiño un ojo y continúo cantando, moviendo esos pelos rizados con mi aliento.

—Eso suena a amenazaaaa. —Hasta que meto la lengua y juego con el clítoris y alarga la última palabra, enardecida.

Está tan caliente y húmedo que, tras un breve contacto, sin que se dé cuenta meto un dedo y lo masajeo. Unos gritos chocan en la pared, pero no me frenan, todo lo contrario, sigo lamiendo y frotando, buscando su punto G. Movida por la excitación arquea la espalda, se mueve a un lado y a otro. Grita mi nombre con tal desesperación que miniRafa salta de la emoción.

Se incorpora hasta donde puede y me araña la espalda como una gata salvaje. Río dentro de su centro y mordisqueo ese botón que me vuelve loco hasta que vuelve a pronunciarlo exaltada, gimiendo, respirando fuerte y entrecortada. He encontrado lo que buscaba.

Exultante, me bebo ese elixir ardiente que sale por primera vez de su sexo y me empapo de esa sustancia saboreando cada gota. Cuando termino me incorporo y la observo recuperar el aliento.

—¿Te he hecho daño? —Sus ojos se agrandan.

No sé si está furiosa o agotada, si quiere besarme o estrangularme, pero es tanta la satisfacción que me corre por las venas que aguantaría sus azotes si me los diera, sin protestar y sin dudar, si me deja volver a repetirlo en algún momento del día, la noche o la vida.

—Sí. Y quiero castigarte por ello.

—¿Sí? —Mi frente se arruga de preocupación. No dura mucho, pues veo su sonrisilla maliciosa al acercarse a mí, cuando se pone a cuatro patas sobre las sábanas y viene contoneándose como una pantera.

Su cabello negro le cae a los lados, su boca se agranda y atrapa la mía dejándome sin respiración y con el mástil izado, tan duro que creo que se va a romper en cualquier momento. Joder, con la alumna, lo rápido que aprende. Me levanto, se cuelga de mi cuello, le amaso el culo y se escapa de mi boca.

—Ah no. La aprendiz ha tomado apuntes de la lección y quiere hacer los deberes, a ver si el maestro la aprueba. —Y su mano va hacia mi erección, la agarra con fuerza y la mira—. Entonces, la fórmula secreta es lamer y tocar al mismo tiempo. ¿Y ya está?

—En esta clase sí. En la próxima puede ser otra cooosa. —Alargo la vocal al sentir su lengua sobre la punta.

Baja la mano hasta los testículos, lame a un lado y a otro y no puedo evitar soltar un gruñido. Yo sigo de pie mientras ella juega con mis partes nobles dentro de su boca.

Mi plan ha funcionado, el de conocer nuestros cuerpos y lo que podemos hacer con ellos en las puertas del infierno. El infierno de su boca, de esa carretera con curvas tan peligrosas que temo perderme en ellas y no poder salir, de perder el control entre sus pechos o en la delicia de su sexo.

Dios, dame paciencia para enseñarle a amar; cordura para no enloquecer antes de que su mente se abra y conecte con su cuerpo, aunque torture mi alma.

Sus manos se mueven ágiles, ligeras haciéndome convulsionar hasta llegar al orgasmo. Uno brutal que no quiero echar sobre su boca, no la primera vez.

—Será mejor que te salgas, no puedo aguantar más.

—Tú has bebido de mí. No sé cómo lo has hecho, pero quiero darte el mismo placer.

—Tina, es tu primera vez, tenemos más días. —Me mira, sonríe, y se la vuelve a meter en la boca sin compasión. Incluso diría que con más ganas que antes, y como es evidente, exploto.

Una arcada la echa hacia atrás, aun así, ya se ha tragado una buena parte de mí. El brillo de sus ojos me atrapa en una espiral de emociones que no sé describir.

«¿Dónde te has metido, Rafa? Esa mujer va a ser tu perdición», me riñe mi conciencia.

Le peino el pelo con las manos, la coloco frente a mí y le digo:

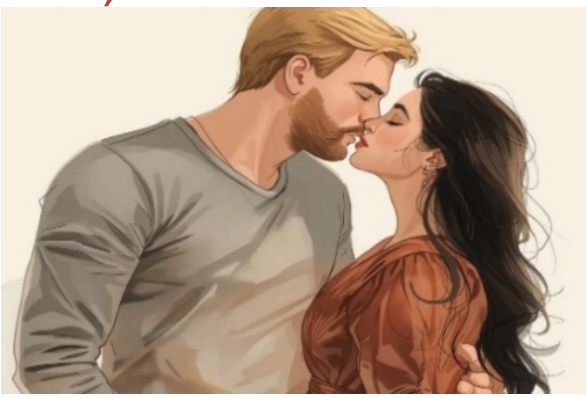
—Has sacado un excelente en el primer examen.

Ríe a carcajadas con una gracia que asusta, que rompe el iceberg más grueso de la Antártida, que me encoge los huevos y el corazón, pero, sobre todo, que arrasa con todos los cimientos que aguantan mi cuerpo.

Esta mujer es única y, en este instante, es mía.

17
¿Sueño o realidad?

Tina, la alumna novata



Impresionante. No tengo palabras para describir lo que ha ocurrido en la habitación. No hemos tenido sexo, tampoco hemos hecho el amor; o no como yo lo imaginaba, como yo creía que se hacía.

No me ha hecho daño y tampoco ha entrado en mí. De hecho, ni siquiera lo ha intentado.

Sin embargo, ha sido apoteósico. Ha habido una tormenta eléctrica en mi interior, y cada descarga era un rayo que arrasaba mi vientre mojando mis piernas. Puede que haya sido porque me ha dejado libre como un pájaro para que sobrevolara esa zona desconocida a mi antojo, y de ese modo, me he sentido más segura. He marcado mi propio ritmo, y en ningún momento me ha instado a cambiarlo. Bueno sí, cuando me ha pedido que me apartara de su erección y no le he hecho caso; su cara ha sido un poema de lo más erótico que no me importaría volver a ver.

No me arrepiento de esas caricias, de haber tocado esa parte que tanto miedo me daba, y que, después de todo, no me ha resultado

tan horrible, aunque haya estado a punto de vomitar.

Esta lección ha sido interesante, especial por el tornado de emociones que me ha inundado y diferente a todo lo que había vivido en sueños, a lo que creía que sería mi primera vez. Al menos la que yo eligiera sin ningún tipo de coacción.

El teléfono suena y me aparto de su pecho a desgana; se está tan bien que me quedaría a vivir en él. Pero no, descuelgo al ver el nombre de Marga en la pantalla y recuerdo que tenía una cita con David, lo que significa que no ha ido bien, que hay un aviso de terremoto nivel siete a escala Richter en el mundo de mi rubia peligrosa.

Rafa me entiende con la mirada y se levanta para ir al cuarto de baño dejándome espacio para hablar con mi amiga; me gusta el hecho de que, sin hablar nos entendamos. No sé cómo llamar a esa sensación que me envuelve como una manta y me da ese calor que hasta ahora no me ha dado nadie, ni siquiera mi familia. Es curioso como un desconocido puede entrar en tu vida y desmontarla en unas pocas horas, sea con una mirada, un gesto, algunas sonrisas, caricias que tocan el alma y esos besos que igual te elevan al cielo como te hacen descender al infierno en un parpadeo.

—¿Dónde estás? —indaga Marga.

—En casa.

—Necesito una reunión de urgencia. Voy camino del Euphoria para maquillar a las chicas, ¿te paso a buscar y me ayudas?

—¿Ahora?

—No, la semana que viene. —Ruedo los ojos, siempre la misma frasecita—. Es que…

—Ve con ellas. He estado más de treinta años sin ti, puedo esperar unas horas para tenerte de nuevo. Eso sí, luego no te me escaparás. —Coge mi mano y la pone en su pecho, noto el golpe de cada latido, acelerado, moviéndola al mismo son.

Sonrío. Se humedece los labios, los abre y me pierdo en ese mundo de posibilidades que alberga su boca mientras un gemido se cuela entre nosotros.

—Estoy deseando conocer nuevas fórmulas de amar contigo. No tardaré, pero si lo hago, espérame. —Pongo mi cara más inocente.

—No te preocupes, tengo que pasar por mi apartamento y hacer unas compras, pero volveré con más ejercicios para que practiques. —Mira su ropa, luego me mira y se señala con las manos—. No es que me importe ir desnudo todo el día, pero ¿qué pensarán los vecinos si me ven paseando por tu piso como un recién nacido? No tienes cortinas. —Me guiña un ojo y nos reímos a la vez, lo que me recuerda que le tengo que contar mi indiscreta afición.

—O te has fumado un estanco entero o hay un hombre en tu casa. —He tapado el teléfono para que no lo oyera, aun así, la jodida tiene un oído muy fino cuando quiere—. Ay, madre, no jodas que el bombero cañón está en tu casa y desnudo. Ah, ¡serás diablilla!

—No. No pienses lo que no es. En cinco minutos bajo.

—Ya, lo que no es, dice. El beso de esta mañana ha atravesado los muros del edificio y se ha colado en tu cama. Me alegro, tía. Ya va siendo hora de que vueles alto.

—Tampoco te pases que, si vuelo muy alto, más grande será luego la caída —discrepo por lo bajini, no quiero que mi bailarín tergiverse mis palabras.

Por mucho que flote en una nube ahora mismo, soy consciente de que puede ser un espejismo, una fuerte conexión entre dos personas, que una vez se choquen las dos partículas y se fusionen en una, se desharán o se dispersarán en el aire, y adiós sueño erótico hecho realidad.

—Sé positiva, nena, sé positiva —dice mi amiga, como si pudiera meterse en mi mente y leer lo que pienso.

—¿Lo eres tú con David?

—Es diferente.

—Claro, porque con él tuviste una relación.

—Nos vemos en nada. —Meneo la cabeza resignada, ya que cuando no le interesa el tema, siempre lo corta.

Saco un top de manga larga oscuro y un pantalón chino color crema. Noto la mirada de Rafa inspeccionando el conjunto y los zapatos de tacón negro que me estoy poniendo.

—¿Da el visto bueno, profe? —bromeo por su repaso más extenso de lo normal, pues el top se ajusta a mi torso pronunciando

más mi voluminoso pecho.

—Muy bueno. —Sonríe y me roza los labios en lo que no llega ni a un beso, después pasa un dedo por el escote perfilándolo como si fuera un lápiz y estuviera haciendo un boceto mental de mi cuerpo.

No puedo describir el latigazo que me da la parte baja de mi vientre, pues casi me corta la respiración.

¿Qué coño tiene en los dedos para que cuando me roza me electrocute?

—Tardaré un par de horas, supongo. Este es mi número de teléfono, si no he aparecido en ese tiempo me llamas y vengo —añado medio sofocada, esperando que no se dé cuenta de la flojedad que me ha entrado con su caricia.

—No me hará falta.

—Ah ¿no? —sondeo a la vez que me doy un par de vaporizaciones en las muñecas y otro par en el cuello. Me agarra de la cintura, alza mi brazo derecho y lo olisquea como un perrito a su dueño, erizándome la piel con ese gesto.

—Tengo buen olfato.

Su mirada lobuna me hace suspirar, desear quitarle la ropa y repetir la experiencia. Para ser mi primera clase, me ha dejado con la boca abierta, y un «mono» por sentir ese chute de adrenalina que casi roza la desesperación. Es cierto que es un buen maestro, y puede que yo me haya esforzado bastante, pero lo que no se puede eludir es la cantidad de energía que sale de cada ejercicio que hacemos.

No sé por qué todo este tiempo he tenido miedo a sentir, a vivir en la realidad lo que siempre he deseado en sueños. Sentir no es malo si es con la persona correcta, y él tiene muchos números de que lo sea.

Bajamos con las manos entrelazadas, la sonrisa en los labios y anhelo en la mirada. Una marabunta de hormigas campa por mi piel buscando refugio en cualquier lado. No sé si a él le ocurre lo mismo, no tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza, pero su eterna sonrisa en los labios y sus ojos en mi escote, me sugieren que está deseando empezar la segunda clase.

«¿Cómo será?», me pregunto cuando el grito de mi amiga desde el asiento del conductor de un Renault 5 antiguo, me distrae de mi pensamiento.

—Nos vemos luego, «pequeña saltamontes».

—Nos vemos luego, «maestro Saolín».

Soltamos las manos sin dejar de mirarnos, cruza la carretera y se dirige al final de la calle.

Entonces, recuerdo sus palabras al despedirnos: «Tengo que ir a comprar algunas cosas», y supongo que no se dirige a su apartamento por eso.

Suspiro por el vacío que me deja su marcha, inquieta por esas ganas de volver a estar a su lado, y expectante por lo que vendrá cuando lo consiga.

—¿Vas a entrar al coche o te vas a quedar ahí plantada como un árbol?

Tendré que esperar unas horas para averiguarlo, ahora otros temas requieren mi atención.

18
El sexo no es amor

Tina y las chicas



Miro a Marga que, nerviosa, repiquetea con los dedos en el volante, después vuelvo a mirar en la dirección donde se ha ido Rafa y su silueta ya ha desaparecido.

—¿Queda mucho para que entres o pretendes echar raíces?

—Voooy. ¡Qué pesada eres! Faltan dos horas para que empiece la actuación.

—Tenemos reunión de urgencia antes, ¿recuerdas? Y no sabemos el tiempo que nos llevará.

—¿Tan mal ha ido la comida con David?

—No. Lo cierto es que ha ido demasiado bien.

—¿Y eso es un problema?

—Sí, porque no quiero caer en su tela de araña otra vez. Es una viuda negra con cuerpo de hombre diez, y no me puedo permitir el lujo de ser débil con él y comportarme como una chiquilla inexperta de veinte años.

—O de veintiocho. —Giro la cabeza hacia la ventanilla y resoplo.

—No me refería a ti, y lo sabes.

—Puedes ser inexperta a cualquier edad, pero eso no quiere decir que lo hagas mal, o que lo que estés viviendo no sea real.

—Puede ser una realidad sugestionada por la ingenuidad. Yo tengo treinta años, y, por desgracia, sí me he enamorado y sé de sobras lo que es la decepción de no ser lo suficiente para esa persona; de que te abandonen como un perro cuando más lo necesitas —dice dando un portazo al coche.

Salgo airosa del vehículo, pues no sé cómo convencerla. Mi experiencia es inexistente, y ella lleva viviendo sola tanto tiempo que ha olvidado lo que es que alguien te quiera de verdad.

—Marga…

—A estas alturas de mi vida, no busco ser parte de un cuento con final feliz, Tina, solo busco ser feliz sin tanto cuento —manifiesta dando dos golpes con los nudillos en la puerta de atrás del bar musical.

—Perdona, bonita, pero eres demasiado joven para rendirte, te quedan aún muchas batallas que librar y guerras que ganar. Eso que lo diga yo, a mis cuarenta y pocos años, que todavía no he encontrado al amor de mi vida; aunque tampoco es que lo haya buscado, vale. Pero tú, aún eres una pipiola —alega Corina sacando humo por la boca mientras con un dedo, tira la ceniza del cigarro en el suelo, luego contempla con descaro el mosqueo en las muecas de sus caras y niega con la cabeza.

—Veo que voy a tener que cambiar el repertorio de canciones de Whitney, Adele y Celine por el de las grandes divas de la historia: Gloria Gaynor, Aretha Franklin, mi querida Mónica Naranjo o la plastificada Cher; parece que van más acordes con vuestros ánimos hoy —indica Ruth con un tono sarcástico, sumado a un exagerado suspiro—. Vamos, entrad, panda de debiluchas. ¿Se puede saber qué os pasa a todas?

Caminamos por el pasillo hasta el camerino y al cruzar la puerta nos encontramos a un Manu lánguido, derrotado, sin ánimo ninguno de salir a trabajar.

—¿Y esa cara de uva pasa, Manuel Brugada? —sondeo mencionando su nombre y apellido como él hace cuando quiere reñirme o aconsejarme. Curiosa, ya que desde que lo conozco no ha

habido un día que no estuviera bromeando por casi todo, le levanto el mentón para que me mire.

—Vaya, yo también me alegro de verte, niña. —Aparta mi mano con suavidad, sentado frente al espejo con los hombros caídos y el cabello despeinado, luego mira hacia arriba de nuevo y me olfatea como un perrito—. ¿Has echado un polvo? Hueles a sexo desde un kilómetro.

—Noo —respondo más colorada que un tomate maduro ante las miradas expectantes de todos.

—No mientas, que he visto salir al bombero cañón de tu casa muy sonriente —confiesa mi traidora amiga abriendo el maletín de maquillaje.

—No me he acostado con él. No como vosotros creéis, al menos.

—Acostado, de pie, en el sofá, encima de la cocina… Da igual dónde sea, querida, lo importante es disfrutar del orgasmo que te regale con su manguera —suelta Corina con una gracia increíble detrás del biombo mientras se cambia de vestido.

—Anda, a ver si hacéis milagros con esta cara —Ruth nos reta a Marga y a mí, agarrando de la mandíbula a Manu, moviéndola como si fuera un muñeco sin vida. Él no protesta—, porque hoy vas a necesitar todos los colores de la gama Titanlux para que parezca un artista con encanto.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? No me digas que el hombre del traje gris ha vuelto —pregunta Marga como si supiera algo que las demás no sabemos.

—El mismo que viste y calza.

—¿¡El hombre del traje gris!? —exclaman Ruth y Corina a la vez.

—Ayer estuvo toda la noche mirándome sin decir nada, y al final decidí enfrentarlo. Me acerqué a él y le pregunté qué quería de mí.

—¿Y qué te respondió? —sondea mi vecina, intrigada.

—Que lo quería todo.

—¿Quée? —gritamos las tres perplejas por la respuesta.

—Coño, ¿y qué hiciste? —indaga Ruth—. ¿Y dónde estaba yo que me lo perdí?

—Boquear. Ahogarme en mi propia estupidez. Y respondiendo a la segunda pregunta, morrearte con el pelirrojo en el baño. —Se

cruza de brazos medio enfadado, no sé si con él o con Ruth.

—Ah sí. Menudo tío. —Sonríe traviesa y todas giramos la cabeza hacia Manu de nuevo.

—Explícate —dice Marga.

—Me quedé de piedra. Una estatua de Miguel Ángel con un elegante vestido rojo de tirantes y una raja en el lado, con la que se me veían hasta los pensamientos.

—¿Y ya está?, ¿no hiciste nada? —pregunta incrédula Corina.

—Pagó la bebida y se fue, y yo continué con la boca abierta diez minutos más.

—Pero el maniquí de Armani le dejó una tarjeta con un número de teléfono —explica Ruth extrayendo el cartón del bolsillo de Manu, al ver cómo movía la mano dentro de él y suponiendo lo que escondía.

—Pues llámalo, alma de cántaro —exclama Marga señalándole con la brocha del colorete.

—No me fío. No sé quién es —gruñe nuestro morenazo de ojos oscuros como la noche, hoy más melancólicos de lo habitual—. Si ni siquiera pude verle bien la cara, entre el cubata que me bebí casi de un tirón para envalentonarme y decidirme a hablarle, lo oscuro que estaba el rincón y los nervios que me aprisionaban.

—¡Pero le gustas! Quiere algo contigo y hace un siglo que no mojas el churro. Espabila antes de que el pájaro vuele a otro nido —lo riñe Marga pinchándole el pecho con el lápiz de ojos.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor se lo dice a todos —replica él.

—A mí no me lo ha dicho —agrega Ruth.

—Y a mí tampoco. —Esa es Corina con los brazos en la cintura, imponente con ese vestido dorado de brilli brilli que realza su piel oscura.

—A ver, niñas, centraos, que no estamos en el patio del colegio. Hace tres semanas que viene todos los viernes por la noche con su traje gris, se bebe tres *whiskies* y me atraviesa con la mirada sin decir absolutamente nada. Siempre observa desde la misma mesa, al lado de la columna donde los focos no llegan, como si se escondiera de algo o de alguien.

—Me parece que estás un poco paranoico —insiste mi vecina.

—¿Paranoico? Alucinado es lo que estoy —alza la voz y nos mira a las cuatro—. Tres palabras han salido de su boca y me han mandado al mismo infierno de cabeza, ¿qué queréis que haga?

—Joder, que lo llames. Si quiere seducirte de esa forma, deja que lo haga. A lo mejor le gusta jugar antes de follar —espeta Corina.

—¿Y si quiere matarme? ¿Y si es un psicópata que le gustan los hombres que se visten de mujeres? Hay mucho loco suelto por ahí, nena.

—Vale, te lo compro. Puede ser uno de esos raritos que les gusta la carne y el pescado, que tienen dinero y se van a bares de ambiente para ligar a escondidas y que su familia no se entere. Tal vez, incluso esté casado y por eso se siente en esa parte del bar, a oscuras. Pero también puede que sea un hombre discreto, reservado, que se sienta atraído por ti y quiera conocerte. Si te gusta, si te pone a cien, ¿qué pierdes por seguirle el juego?

—¿La vida? Si es un asesino en serie con algún tipo de trauma, puede que hasta los huevos. Y los quiero mucho, aunque apenas los use. —Se enfrenta a la rubia quisquillosa con la mirada.

—Estoy de acuerdo con Manu —añado después de oír su argumento.

—Lo dice la mujer que no se atreve a caminar por la cuerda floja por miedo a caerse —rebate mi orgullosa amiga.

—Contesta la mujer que le da miedo reconocer que está colgada de su ex más que las lámparas del techo —contraataco con el rímel en la mano, amenazante.

—El sexo no es amor, cariño, métetelo en esa cabeza tan peliculera que tienes. Encajamos bien y ya está —dispara apuntándome con un pintalabios Lifter Plump.

—Es evidente que el amor es algo más que sexo. Es entenderte con una mirada, hablar un idioma que no necesita palabras. Es pensar en el otro antes que en ti y que a la vez tu corazón palpite en tu sien, en tu pecho y en tu entrepierna. Sí, Marga, sé lo que es el amor y, aunque no entiendo mucho de sexo, hoy he aprendido a sentir con las manos, la lengua y esa parte de mí que se inunda cuando me besa. —Mi posición de guerrera la hace dar un paso

atrás—. Y no, no me la ha metido. Aun así, por lo visto, hay muchas formas de hacer el amor sin entrar la manguera en el fuego.

Las chicas me aplauden. Yo me seco las lágrimas que han saltado en plan kamikaze con mi oratoria dejando ver mis sentimientos, que no mi vulnerabilidad, pues me siento más fuerte que nunca; una Atenea entre simples mortales.

Sí, una diosa como asegura Rafa que soy, y al acordarme de ese comentario suyo, sonrío.

Manu, emocionado por mi discurso, se levanta, me abraza y llora como un niño con la barbilla apoyada en mi pelo. Mi vecina se ha quedado muda, Ruth se siente orgullosa de mí y Corina sigue aplaudiendo como si fuera mi fan número uno.

—Dale recuerdos a mi abuela, veo que su luz te guía con acierto. Dile que la extraño, que a veces la necesito y la busco, perdido en este mundo cruel.

—A lo mejor no estás perdido, solo tienes la visión borrosa y no ves bien lo que tienes delante. No es seguridad lo que te falta como a mí, Manu, es amor. Que alguien te abrace y te quiera, que te escuche al final del día y te dé besos con sabor a café al despertar.

—¿Y si solo es eso, cariño? —le dice Ruth—. Déjate querer, Manuel —le aconseja con la mano apoyada en su hombro—. No todos los hombres son iguales, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—No me conoce, ¿por qué me quiere?

—¿Estás seguro? —deja caer Marga con cara de haber sido iluminada por una nueva idea, seguramente, tan retorcida como ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor fue compañero tuyo en tu anterior trabajo. Dices que hace tres semanas que viene al club, las mismas que hace que te fuiste de Technology Sistems. ¿Y si es uno de tus compañeros? —La mirada dorada de Manu se pasea por cada una de nosotras, incrédulo ante la teoría de la rubia.

—Eso es imposible.

—Piénsalo bien. Según has explicado más de una vez, trabajabas en una oficina con más de treinta cubículos, y tú eras uno más. Apenas conocías al que tenías al lado y solo hablabas con tres o cuatro delante de la máquina del café, con los que tenías más

confianza porque siempre has sido muy selectivo a la hora de elegir tus amigos.

—Selectivo no, precavido más bien. Es lo que tiene la experiencia.

—¿Ibas con traje a trabajar? —Ruth arquea una ceja.

—Había días que sí. Solíamos tener reuniones los martes y los viernes con los socios capitalistas, en las cuales teníamos que mostrar nuestros proyectos en una exposición oral. Vamos, vender nuestras ideas para mantener nuestro puesto —puntualiza exasperado.

—No es tan descabellado que alguno de tus desconocidos compañeros te hubiera echado el ojo, y por temor a tu negativa o a que lo pillaran flirteando en el trabajo, no se haya dejado ver hasta ahora —afirma Ruth con elegancia, apoyando su culo en el tocador.

Manu ladea la cabeza y se echa hacia atrás en la silla, intrigado. La teoría no es tan desorbitada como parecía en un principio, ya que, según él, había un cartel enorme en la entrada que prohibía liarse entre empleados.

El brillo de sus ojos cambia la expresión de su rostro. Nos miramos y sonreímos, pues la duda le hace pensar en la posibilidad de que sea cierta, y un pequeño aliciente brota en su mente abriendo paso a la opción de llamarlo.

—Muy bien, vecina. Ahora solo falta que te apliques el cuento, y busques un motivo para llamar a David y repetir lo de hoy —le digo con el tono más convincente que tengo.

—Eso no va a suceder. Yo sí lo conozco y sé que solo quiere sexo, que echa de menos lo bien que encajábamos… en la cama.

—¿Te lo ha dicho?

—No. Aun así, estoy convencida —reitera, aplicando la máscara de pestañas a Manu que ya se ha secado los ojos y mira la actuación de la noche desde otra perspectiva.

—Ilumínanos. ¿Qué ha sucedido exactamente en la comida? —indaga Ruth guiñándome un ojo. Sonrío por su picardía y continúo difuminando sus ojeras con el corrector.

—Me ha comprado un ramo de rosas rojas, hemos ido a comer a mi restaurante favorito, paseado por el Rompeolas y comido helado

en La Jijonenca. Después me ha dicho de veinte formas distintas que me echa de menos, me ha besado como solo él sabe hacerlo y hemos acabado en su casa, en la habitación que yo decoré y que sigue estando igual que entonces, incluidas las fotografías que nos hicimos.

—Interesante. ¿Sigue guardando las fotos con los marcos? —pregunta Ruth sorprendida.

—No están guardados, están en el mismo lugar donde yo los coloqué. Pero ¡si hasta el sofá en miniatura con forma de labios que le compré en el museo Dalí, continúa en la misma posición!

—Eso sí que es un delito —comenta Manu, con lo que parece una sonrisa.

—Créeme, es un crimen al buen gusto. Nunca lo ha tenido, por eso es tan estrafalario vistiendo.

—Ahí te voy a dar la razón, si le gustas tú, es que no tiene ni pies ni cabeza. —Ruth se lleva un manotazo y todos reímos. El ambiente tenso se ha relajado, las lágrimas ahora son de risa y los comentarios ya no pinchan, no duelen, son pura magia y fantasía.

Todos necesitamos amigos, alguien que te diga dónde estás cuando te sientes perdido, que te encienda la luz cuando estás a oscuras, pues hasta el más valiente flaquea y el más cobarde cree en sí mismo por un día.

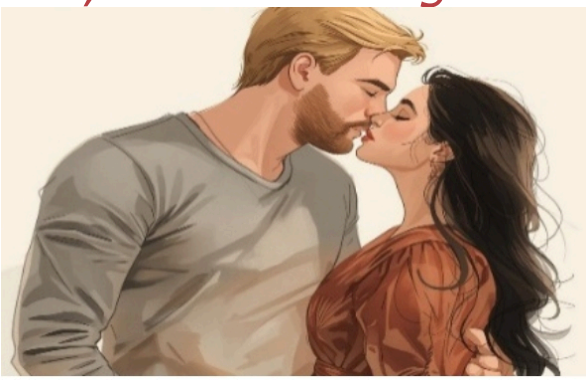
No es malo desahogarte, caerte rendido a tus miedos si con ayuda te vuelves a levantar.

Quizás con más fuerza. Quizás tambaleante, pero de pie seguro.

Lo único que necesitamos es ese empujón que dan los amigos para creer que todo es posible, que los sueños se cumplen, solo hay que luchar por ellos sin rendirte a mitad de camino.

19
Viviendo mi sueño

Tina, la alumna exigente



Nos esperamos a ver actuar a Manu, movidas por la curiosidad de averiguar quién es el tipo que lo descoloca, que le hace dudar de su fortaleza, del poder que tiene su simpatía y le regresa a esos tiempos donde no se atrevía a soñar; a ser libre de complejos; a amar y ser amado. Esos años donde la vulnerabilidad cubría su cuerpo y su mente y le impedía respirar con seguridad, porque eso es lo que nos pasa cuando nos sentimos solos.

Tras la cortina, las tres nos empujamos por obtener la mejor panorámica del público. Hoy la sala está llena, como la mayoría de los sábados por la noche. Parejas, grupos de hombres o de mujeres, personas que solo buscan divertirse viendo un gran espectáculo.

—Yo no veo ningún tío con traje.

—Yo sí, aquel de la americana a cuadros y la corbata marrón. Es marrón, ¿no? —pregunto achicando los ojos para centrar más la vista.

—Niña, ese hombre parece sacado de una máquina del tiempo, si Manu está tan distraído y dubitativo, es porque el maniquí está para mojar pan, el churro o la pastelería entera. Y con ese no mojaría ni el meñique —se queja Ruth mirándome como si me hubiera salido un cuerno en la frente.

—¿Y si nos pedimos algo en la barra? Desde allí, veremos mejor —añade Marga.

—Yo he quedado, ya me contaréis como acaba la telenovela —concluyo, temiendo que me atrapen en su búsqueda del vellocino de plata. Porque para ser de oro, debería llevar un traje amarillo, ¿no?

—Es cierto; que el bombero deportista repite ejercicio esta noche. Le van a aumentar de peso las articulaciones con tanto correr. —Marga y Corina estallan en risas mientras que Ruth y yo negamos con la cabeza.

—Nena, esta tiene envidia, porque ella ha sido tan tonta que por no dar su brazo a torcer, va a dejar escapar al camarero empotrador que habita en sus sueños, pese a que no le haga hueco en su realidad.

—Lo que no sabe es que no la va a esperar toda la vida —gruño entre dientes, pues sigo sin entender el motivo que le hace rechazarlo.

Estoy convencida de que hay gato encerrado y habrá que esperar al siguiente capítulo para que salgamos de dudas.

—Ay, cielo, que lleve cuatro años ya me parece un siglo, más sería una eternidad —comenta Ruth, mirándola desde su posición—. Y, sinceramente, aunque el corazón grite otro nombre para que la mente lo imagine, el cuerpo gozará lo que tiene delante. Los humanos son animales y se rigen por instintos, por mucho que quiera evitarlo, al final cederá a la tentación de la mujer que se lo trabaje.

—Yo no sé cómo terminará su historia, pero la mía acaba de empezar y estoy viviendo mi sueño. Así que ya me contaréis si el hombre del traje gris es un lobo o un cordero. —Me despido con la mano y un beso al aire.

—¿Te vas a ir andando? —grita mi vecina desde donde está, ya que con la música apenas la oigo.

—Ahora pido un Uber. —Arruga el morro, poco convencida de que me vaya sola y le quito importancia con el brazo, no quiero estropearle la diversión. La conozco y sé que es una cotilla, aunque luego no le gusta que se inmiscuyan en sus amoríos.

Tras una primera carrera inicial hasta el cruce donde he quedado con el conductor, el trayecto se me hace corto, y ya estoy entrando por la puerta de mi piso. Enciendo la luz, voy hacia la ventana y lo busco por cada rincón de su apartamento. No lo veo.

Repito la búsqueda deteniéndome en las sombras, repasando hasta el último metro que me alcanza la vista y nada. Me agito entera, ya que no tengo su número. No sé cómo contactar con él, y presentarme en su puerta sería delatarme antes de tiempo. No quiero estropear lo que quiera que sea esto, así que es mejor que busque el momento adecuado para decírselo sin parecer una enferma mental.

Suspiro, me descalzo y me voy hacia la ducha. Pienso en él, en esos momentos de intimidad que hemos vivido y que deseo repetir con toda mi alma. El agua caliente corre por mi cuerpo resbalando por esas curvas que hace unas horas él conducía de forma magistral. O eso creo, puesto que es la primera vez que me tocan así; al menos que yo me acuerde.

Me sonrojo, y mi bajo vientre siente un latigazo de placer al recordar sus dedos. Al son de *Soy yo* de Luis Miguel, me vienen varias preguntas a la cabeza, pero una destaca más que las demás:

«¿Por qué me siento así?».

Solo ha sido una vez. Una, y no puedo dejar de pensar en ese erótico baile, en su manera de tocarme, en que quisiera saber más de esas lecciones que ha prometido darme. Aprender a amar desde su perspectiva, acariciar ese cuerpo vigoroso, varonil y sensual.

Cierro el grifo sin tener aún las cosas claras, preocupada por no encontrar el modo de contactar con él. Me anudo la toalla debajo de las axilas, me seco el cabello con otra que cojo del armario, y me echo la crema hidratante en la cara para que no me queden escamas como a los lagartos. Al salir, me dirijo al comedor de nuevo con la esperanza de verlo en su apartamento. Me acerco más a la ventana, dado que está todo oscuro y repaso cada metro con

precisión. Irónico, porque si lo viera tampoco podría decirle que estoy en casa.

¿Cómo iba a hacerlo?, ¿con señales de humo? ¿Saltando como si me hubiera poseído el diablo?

El diablo no, pero el bombero cañón ha hecho una hoguera con mis entrañas, y todavía no hemos empezado el curso sexual. Según dicen las chicas, lo mejor está aún por venir.

Suspiro, me paso la mano por la cabeza resignada a esperar un milagro del cielo, y cuando me dirijo a mi habitación para ponerme algo más cómoda, oigo unos leves golpes en la puerta. Arrugo el entrecejo y el pulso se me acelera.

«Por favor, que sea Rafa y no la loca de mi amiga», me repito varias veces en mi mente.

—Vaya, esperaba que me recibieras con una sonrisa y ganas de cenar —dice alzando el brazo para enseñarme las bolsas que porta —, pero desnuda, mojada y enseñándome esas piernas tan hermosas, también me vale, si luego me dejas quitártela, claro. — Otra vez esas pupilas dilatadas me radiografían como la máquina más precisa, todos los ángulos de mi anatomía.

—La verdad es que no sabía que eras tú. Pensaba que era la pesada de Marga —digo con una sonrisilla, cohibida por la imagen que le estoy dando. Ríe disfrutando de mi pudor.

—¿No estabas con ella? —Arquea una ceja y mira mis labios.

—Sí —digo algo nerviosa—. Pero con la loca de mi vecina nunca se sabe, es tan impredecible como una ráfaga de viento. —Me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja y aspiro la fragancia de su piel, es obvio que él también se ha duchado porque huele de maravilla, pese a que no sé definir a qué—. Pasa —balbuceo, turbada por su cercanía—. Voy a ponerme algo de ropa y enseguida vuelvo.

—Por mí no lo hagas. —Una pícara sonrisa me deslumbra y me detengo en su boca más tiempo del que debería. Da otro paso acortando la distancia y me acaricia la mandíbula, posando sus labios sobre los míos—. No me mires así, «pequeño saltamontes», todavía no estoy preparado para la segunda clase.

—Ah ¿no? Vaya —pongo cara de niña buena y me relamo los labios—, yo ya había sacado la libreta. —Con la respiración agitada pongo dos dedos en su pecho y los voy deslizando hacia abajo—. Y si es por el bolígrafo…, tengo uno cerca. —Le toco con precaución el bulto que empieza a asomar bajo el pantalón de chándal que se ha puesto, excitada por lo que pienso y deseosa por lo que transmite su mirada.

No sé si me estoy pasando, si va a creer que soy una desvergonzada.

No me conoce. No lo conozco y, sin embargo, le entregaría con los ojos cerrados todo lo que me pidiera.

—Uf. ¿La aprendiz quiere superar al maestro en una clase? —Atrapa mi labio inferior, luego el superior y un gemido escapa de mi garganta.

Se adentra en mi boca tan despacio que me crea ansiedad. Jadeo, notando cómo se va calentando mi cuerpo. Gruñe al oírme, imagino que sintiendo ese fuego expandirse también dentro de él. El beso se vuelve sonoro, húmedo, ardiente, hasta que lo corta de golpe. Respiramos con dificultad, frente con frente. Asombrado por mi iniciativa, sonríe y me sonrojo. Sus ojos casi han cambiado de color, pues ese verde prado se ha transformado en un verde bosque: oscuro, profundo e intimidante.

—Creo que debo ir a cambiarme —sugiero con timidez, ya que no sé cuál es el siguiente paso que debo dar.

Ríe con fascinación, después pasa su lengua por mi oído y me susurra poniéndome todo el vello de punta.

—Eres una buena discípula y me alegra que aprendas rápido, pero no provoques así al maestro o la segunda clase será una auténtica penitencia para ti.

—¿Me vas a castigar por hacer bien mis deberes? —digo con retintín, después ladeo la cabeza con media sonrisa fingiendo inocencia. Sin embargo, continúo firme ante mi atrevimiento masajeando la zona que aumenta de tamaño con mis caricias.

—Puedes apostar que sí. —Mira hacia sus partes o a mi mano, y rio juguetona—. Aunque antes quiero cenar. A no ser que quieras que te coma a ti para cenar, en cuyo caso lo que he traído lo puedo

desayunar. A mí no me importa, ¿y a ti? —Abro los ojos como platos, anonadada por el brillo de sus colmillos que me muestra sin reparo, amenazante, a la vez que con la yema de sus dedos recorre el nacimiento de mis pechos.
Jadeo por la suavidad con que lo hace y lo calientes que están sus dedos.

¿O soy yo la que arde?

Me doy la vuelta antes de que vaya a más y salgo corriendo a la habitación. Oigo sus carcajadas que retumban en el salón, en mi cerebro y mi corazón, que lo hacen saltar totalmente descontrolado. Unos minutos después, suspiro, ya más relajada al salir de la habitación vestida con unas mallas oscuras y una camiseta de tirantes ancha, que espero no sea demasiado provocativa, a pesar de que es pura tentación oírlo gruñir cada vez que me contoneo o inclino mi busto hacia él.

Ya ha puesto la mesa: una fuente de almejas en salsa verde que dispone en dos platos; otra con salmón en salsa de mango y un bol de frutas con chocolate y nueces. Dos copas de vino blanco y unas margaritas amarillas decoran el resto. Se me escapa una exclamación, pues es la primera vez que alguien cocina para mí y me regala flores al mismo tiempo.

—Espero que sea de tu agrado. No sé exactamente lo que te gusta de beber y algo fresquito me ha parecido lo adecuado, ya que, para calentarte, me ofrezco voluntario. —Me invita a sentarme con el brazo apartando la silla con caballerosidad.

Me río de sus ocurrencias y me cuelgo de su cuello. Lo beso muy despacio, saboreando cada milímetro de su boca, adentrándome en ese espacio tan sofocante como dice y sin querer soltarlo hasta que desgaste mi nombre de tanto usarlo.

—Gracias. Gracias por hacer de este día el mejor de mi vida, el más lento y a la vez placentero, el que he vivido más intensamente, pese a parecer un sueño.

—Créeme, si pudiera vivir el día de la marmota en tu cuerpo, lo repetiría los trescientos sesenta y cinco días del año y jamás me cansaría.

—Eres un exagerado. Aun así, me gusta escucharte.

—Es un lujo para mí descubrirte, enseñarte las mieles del placer y ser el primero que te muestre lo que puedes hacer. No soy un experto, pero me haré *suma cum laudem* en la asignatura de tu cuerpo. Me matricularé en tus gustos si me dejas, y mi tesis de fin de grado será sobre las mil maneras en que puedo seducirte.

—Dime que eres real, que no eres un producto de mi imaginación, y mañana cuando despierte ya no estarás.

—Me estás tocando y besando, no hay nada más real que eso. —Me besa la punta de la nariz, la frente, la mejilla y la boca. Su pulgar acaricia mi mandíbula y riega con besos mi cuello—. Dime si tu estremecimiento es real, si se te eriza la piel cuando te rozo o se te contrae la entrepierna con mis caricias, porque mi miembro salta solo con verte, imagina cómo se pone cuando, además, te toco.

Por Dios, esto no es normal. Sentir tantas cosas con su voz, con su aliento en mi pelo o su boca en mi cuello, no es normal. Es un tormento, una agonía, y, aun así, no quiero que termine.

—Antes de hoy era un muerto viviente, un robot que hacía su rutina por inercia. Puede que tú estés aprendiendo a sentir lo que tu cuerpo es capaz de dar, que haya nacido una parte de ti que no sabías que existía, pero no eres la única. Yo nazco de nuevo cada vez que te beso, me sonríes o me tocas. Me siento vivo cuando me miras y agonizo cuando no te veo. Eres cielo e infierno, aunque te pasas la vida en el limbo y tu cuerpo está pidiendo a gritos que alguien lo saque de ahí. Estás viva y llena de una fuerza abismal.

Me lanzo a su boca. Tras un tiempo indefinido jugando con nuestras lenguas como niños con su juguete favorito, bajo la mirada sofocada.

—Mírame, no somos profesor y alumna, en realidad, somos dos estudiantes de la misma materia.

No sé qué decir después de eso, y sonrío. Coge una almeja y me la da. Hago lo mismo con otra y se la doy. Bebo vino de su boca; bebe salsa de la mía, y entre beso y beso comemos, y entre mordisco y mordisco nos besamos. Cada beso sabe a esperanza, a miles de posibilidades, a un futuro lleno de realidades.

It must Have Been Love de Roxette retumba en las paredes del salón y nuestras miradas cantan la letra, mientras nuestras manos

siguen ese juego irresistible de comer de nosotros.

—Creo que la segunda clase ya ha empezado para los dos.

—¿Ya? ¿Cuándo?

—En el momento que he comido de tu boca y tú de la mía. —Sonríe travieso y me deshago por dentro.

—Entonces, ¿si bebemos el uno del otro también es parte de la clase? —Abre los ojos como un búho y me mira embelesado.

Se levanta, se quita la camiseta, agarra el bol de frutas con chocolate y nueces, y me coge de la mano. Sonrío excitada. Rauda, alcanzo las dos copas de vino que antes había rellenado y me las llevo a donde quiera que vayamos.

—¿Confías en mí?

—¿Lo dudas?

Sonríe malicioso y deja la comida en la cómoda. Lo imito y con una lentitud pasmosa me quita un tirante con un dedo, se va hacia el otro y traga saliva. La camiseta cae, no llevo sujetador y se relame los labios. Hace el mismo proceso con las mallas hasta que tocan el suelo. No dejamos de mirarnos hipnotizados por el momento.

—Eso no es justo, tú aún llevas los pantalones —protesto poniendo morritos, cruzándome de brazos para tapar mis senos, pese a que así suben como la espuma, e igual de sensuales que ella a los ojos de mi maestro bombero.

—Eso es porque yo voy a comerme el postre primero. Túmbate boca arriba y disfruta.

Obediente, y expectante por lo que pueda hacer, me estiro sobre el colchón. Coloca fresas y nueces peladas alternativamente sobre mi cuerpo, rocía con el chocolate formando una línea recta entre el pecho y mi pubis, luego hace lo mismo sobre mis senos. El contraste de la fruta fría en mi piel ardiente hace que me contraiga, que suspire de anticipación ante su endemoniada mirada.

Su lengua se pasea por los bordes tanteando la comida sin tocarla, mi pecho sube y baja y mi pulso se acelera. Coge con los dientes la nuez que hay sobre mi pezón, gotas de sudor perlan mi frente. Sus manos secan lo que su boca moja y me remuevo extasiada por lo que esa acción me provoca.

—Tienes razón, si comes hay que beber un poco para tragar la comida. En cuanto me coma esta fresa de tu ombligo, me saciaré de tu sexo.

—¿Qué?

—Que ya noto ese elixir salir de tu centro. —Mete dos dedos y los saca humedecidos con un líquido espeso casi blanco.

Mi cara de espanto no tiene precio.

¿Cómo puede hacer eso conmigo si todavía no he hecho nada con él? Si solo estamos jugando, ¿no?

No puede ser.

No es lógico, si aún no lo he tocado, y apenas me ha acariciado él a mí.

Ay, madre, que a esta clase no sobrevivo, que voy a morir calcinada y sin haber practicado el acto sexual.

Por qué esto no es sexo.

¿O sí?

20
Dos extraños que se aman

Rafa, el bombero pirómano



La canción de *Strangers in the Night* de Frank Sinatra envuelve de magia el dormitorio. Tan grande que parecía cuando la veía durmiendo sola, y tan pequeño que se ve ahora con su cabeza entre mis piernas.

Pasan los minutos y el juego ha cambiado, ahora es su lengua la que chupa mi torso y lo saborea como si fuera un helado en agosto. Disfruta serpenteando su lengua sobre cada línea de mi abdomen y, cuando creo que no puedo sudar más del calentón que llevo, me hace tiritar igual que si estuviera desnudo en la cima del Everest, con la misma sensación de vértigo al agarrar con sus manos mis huevos, frotarlos como Aladino la lámpara y a la vez pasear mi miembro por sus tetas, riendo divertida. Ella sola juega con lo que tiene sin preguntar, sin saber si está bien o está mal.

Contemplarla cómo pierde la vergüenza poco a poco, es lo más erótico que he visto jamás, y siento que estoy perdiendo el norte cada minuto que pasa. Mi brújula se ha estropeado en esta segunda clase de cómo aprender a experimentar con los cinco sentidos.

Quería que aprendiera amarse a sí misma antes que a los demás, y resulta, que el que está cursando un grado superior de cómo amarla soy yo, que memorizo cada uno de sus movimientos, de sus impulsos incontrolables, según la zona a la que le dedico más atención. Soy yo, el que desaparece en su mirada lasciva y se ahoga en esta corriente de sentimientos.

Después de un orgasmo brutal; otra vez en su boca, la diosa de la sensualidad sonríe feliz. Sin palabras, perdido en esa risa libertina, la observo bailar delante de mí tras haberse limpiado los signos de mi excitación. Desnuda, se va hacia la ducha cantando *Yo no te pido la luna* de Daniela Romo, y yo, alelado por el meneo de su trasero, desearía bajársela y ponérsela en los pies.

Me voy hacia la cocina y me echo un vaso de agua. Observo las fiambreras llenas de comida, todas con notas de los días de la semana en que se debe comer. Sonrío por la organización tan minuciosa. Abro los armarios y veo que todo está igual, hasta los productos de limpieza. Sale de la ducha y entro yo, ni el agua me despeja de la bruma que cubre mi mente. No sé si es idiotez o atontamiento, pero no consigo ver más que su nombre y su cuerpo en mi retina.

¿Qué coño me pasa?

Voy a buscar mi ropa para vestirme cuando oigo su voz pausada a un volumen más bajo de lo normal, y la veo tumbada en la cama bostezando.

—¿Duermes conmigo?

—¿Vas a dormir así? —Solo se ha puesto la camiseta de tirantes; que sí, que es ancha, pero blanca, y apenas le tapa el culo.

—Sí, no tengo frío. Además, tú estarás a mi lado, ¿no?

—Claro. —Trago saliva, me pongo el bóxer y apago la música.

Los primeros rayos de sol atraviesan el cristal y se posan en su cabello negro, iluminándolo como la crin de un purasangre del más bello corcel, que imagino cabalgando sobre mí hasta hacerme desfallecer.

No he pegado ojo en toda la noche. Imposible bajar mi erección si a cada minuto movía su culo pegándose a mí como una lapa. Y si no, cuando ponía su brazo en mi torso apoyando su pecho, que

sobresalía de la camiseta como dos globos llenos de aire a punto de explotar en mi costado. Mis ojos se perdían en ese desierto cálido que parecía su piel, y mi miembro saltaba a la comba con cada cosa que mi mente deseaba hacerle.

Al fin abre un ojo, luego otro y me remuevo incómodo cuando su mano baja despacio hasta el inicio del bóxer, esperando que no siga hasta el final del camino. Mentira, lo deseo desde lo más hondo de mi ser, pero no sé si es pronto para llegar a la meta de esta carrera de fondo.

—Mmm…

—Buenos días, Blancanieves.

—Buenos días, enanito grandullón —dice asomando una sonrisa traviesa al rozar con un dedo mi excitación.

Respiro hondo y ruedo los ojos pronunciando en mi mente la lista de los reyes Godos, para dejar de sentir esos espasmos involuntarios que me provoca ese roce.

—Eso es una contradicción —apunto queriendo empezar un pequeño debate, a ver si así me enfrío un poco.

—Bueno, Blancanieves tiene siete enanitos, yo tengo uno, pero vale por siete. Por lo tanto, es un grandullón para ser enanito. —Su argumento es tan retorcido como su risa malvada.

Al comprobar mi estupefacción se acerca más a mí, que ya no sé dónde colocar las manos, porque quisiera ponerlas en mil partes de su cuerpo, pero no me atrevo a introducirla en la que más deseo sin que crea que solo ambiciono una cosa de ella. Y no es así, anhelo conocerla en todos los sentidos de la palabra.

—¿No quieres besarme? —protesta poniendo morritos, como si conociera las dudas que pasean por mi mente desde que se ha despertado.

Mentira otra vez. Más bien desde que busca mi calor inconscientemente con su cuerpo. Lo que no sabe es que yo me estoy quemando con el suyo, y deseo con todas mis fuerzas encender la mecha que expanda mi fuego sobre esas montañas, que muero por escalar con mi lengua.

—¿Me huele mucho el aliento? ¿Por eso no me quieres dar un beso de buenos días?

—El olor de tu cuerpo es más fuerte que el de tu boca y me confunde mucho más —replico con la voz ronca fruto de la excitación que siento.

—¿Me estás sugiriendo que me vuelva a duchar porque huelo mal? —indaga confundida acercándose más a mí, y reviento.

—No. Te estoy diciendo que quiero hacer mucho más que eso. —Tenso mi mandíbula expresando mi tormento con la mirada clavada en su boca.

—¿Y por qué no lo haces? —sugiere posando sus labios en los míos muy levemente.

—Porque si empiezo… no sé si podré parar. Y no sé si estás preparada para el examen final.

—Lo estoy, Rafa.

El brillo de sus ojos me ciega, me nubla el pensamiento y parte en dos mi fuerza de voluntad; que no es muy grande; que cuanto más la miro, más mengua.

—¿Estás segura?

—Tanto que probaré suerte desde lo que he aprendido.

Un beso, tres, nueve… yo qué sé, perdí la cuenta cuando sacó al enanito y lo masturbó entre beso y beso. Jadeante, dirijo mi mano a su centro y entro con dos dedos. Lo masajeo con ganas, sin prisa, pero sin pausa. Gime, convulsiona, me muerde el mentón, le amaso el culo, y cuando creo que va a estallar, me pongo encima. Le acaricio los senos, alterno cada uno en mi boca y jadea. Le pellizco los pezones con cariño, con sutileza, pero con pasión. Arquea la espalda y sonrío.

Es el momento, por lo que acerco la punta a su entrada y la muevo jugueteando en esa zona, sin acceder a ese paraíso que anhelo más que respirar.

—Empieza el examen final de cómo enseñarte a amar. Es el más importante porque no debes sentir dolor, sino placer; aunque al principio notes una presión en tu interior, una invasión de tu espacio y te contraigas por la molestia. Créeme, voy a ir tan despacio que me vas a suplicar que corra, y hasta que no lo digas, no lo haré.

—Tú eres el maestro. Se muerde el labio, ansiosa por descubrir lo que sucederá y al mismo tiempo temerosa de lo que pueda pasar.

Y entro. Rompo la barrera del silencio con su grito que, pese a que es alto y fuerte, no es desgarrador, no es de los que te oprimen el pecho, sino más bien de asombro. Me muevo lento, conociendo lo que deseo con toda mi alma que sea mi nuevo hogar: caliente, húmedo, amplio, perfecto para mí.

Sus ojos ya no están abiertos y desencajados, poco a poco se van cerrando delirantes, brillantes como dos lunas grises.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—No. Solo el primer empujón, quizás el segundo, pero a partir del tercerooo, no es precisamente dolor lo que siento. —Le levanto una pierna, después la otra y las coloco sobre mis hombros—. Aaaah.

—¿Te he hecho daño?

—Noo. Me… gusta. Mucho… Bastante —dice enrojecida.

—Me alegro, porque a mí me encanta. Eres… Uf —murmuro notando cómo se me perla la frente de sudor.

—Soy… ¿Uf?

La beso de nuevo, jadea. Gruño, porque este ritmo lento me está volviendo loco. Sonríe. Gime y por fin, oigo esas palabras que anhelo escuchar desde hace varios minutos.

—Más deprisa, Rafa, por favor.

Y acelero. Le acaricio el cuello, y ella me lame un dedo. Gruño. Estoy a punto de reventar cuando oigo su lamento.

—Rafa, creo que me estoy meando. Yo… Lo siento, pero se me está escapando y… —Estallé. Estallamos; yo fuera, al darme cuenta en el último minuto de mi descuido, y lamentándome por ello.

«Mierda, ¡el condón! Compré una caja de preservativos cuando fui al supermercado y siguen en la bolsa. Joder, ¿cómo he podido olvidarlo?», me amonesto con los ojos cerrados mientras intento recuperar la respiración.

Sonrío, pues Tina ni siquiera se ha percatado de ello con el tornado de emociones que nos ha envuelto y decido no asustarla.

Le explico que eso que ha sentido no es que se le haya escapado el pis, sino que ha sido su propio orgasmo el que lo ha provocado. Se ríe, se tapa la cara y continúa riendo hasta que me contagio de su risa. Nos miramos como si fuera la primera vez que nos vemos,

cohibidos por ese batiburrillo de emociones que reflejan nuestras pupilas, durante tanto tiempo, que dejo de existir. Me desvanezco en sus ojos, en su mundo o en el mío. Puede que en uno donde solo existimos los dos.

No hay noche ni día, cielo ni infierno, solo nosotros.

La abrazo y nos quedamos en silencio en esa postura, un minuto o una hora. Un día entero estaría así, aspirando su olor, impregnándome de ella. El ruido de nuestro estómago nos extrae de este sueño con los ojos abiertos.

Prepara una ensalada de pollo, conversamos sobre nuestros gustos culinarios, a dónde viajaríamos y lo que nos gustaría probar. Me habla de su familia, de que hace más de seis meses que no habla con sus padres; desde aquel día en que decidió su destino, y casi cinco con su hermano, ya que lo llamó ella para preguntar cómo estaban. Ninguno entiende por qué vive sola en una ciudad que no conoce.

Me explica los sermones de su padre, los gritos de su madre y la indiferencia de su hermano, lo sola que se sintió siempre en su casa. Las amigas del pueblo, que más que amigas eran personas que la acompañaban porque en realidad nunca se preocuparon por ella. Las inseguridades que siempre tuvo en el colegio, en el instituto y que intentó superar en la universidad.

Allí fue donde por primera vez se dio el lujo de respirar, de creer que algún día podría ser lo que quisiera y vivir cómo le diera la gana. Pero cinco años no son nada, vuelan como pájaros en el aire y el cielo azul se volvió gris en cuanto volvió a casa. Y con él, también regresaron sus complejos.

Yo le cuento mi día a día en el parque de bomberos, mis turnos, las rutinas de limpieza, los constantes cursos de seguridad que implantamos en fábricas, escuelas, institutos o empresas. Todo el mundo debería saber unos mínimos de protección y extinción de incendios. También le narro cómo pasamos nuestro tiempo libre con esas clases culinarias, de baile o de defensa personal, que a menudo también hacemos como complemento al ejercicio diario.

La tarde pasa y llega la noche, y con ella el cansancio del día, que, aunque placentero, también ha sido agotador. Terminamos de

recoger la mesa después de una cena ligera. Ella desea ver una película, pero yo la deseo a ella y, egoísta rodeo con mis manos su cintura, pongo las suyas en mi cuello y comienzo a bailar. Muevo las caderas animándole a que me siga.

—No hay música.

—No la necesitamos.

—Ah ¿no? ¿Y cómo encontramos el ritmo?

—Escucha a tu corazón: Bum. Bum. Bum. Yo sigo al mío.

Abre la boca atónita por mi respuesta y se la cierro con la mía. Suave, lento, dulce como la miel y como esta, me pego a ella. Segundos, minutos hasta que oímos llover y los dos miramos al exterior. Apago la luz del techo y dejo encendida la lámpara que tiene en un rincón. Con una sonrisa lasciva pone su lista de Spotify y continuamos donde lo dejamos, pero esta vez mirando a la ventana; a la calle; al cielo; a ningún sitio y a todos. A esas gotas de lluvia que bailan en el cristal acompañándonos a nosotros.

La abrazo por detrás y se deja llevar por mi balanceo. La cortina de agua cae en la calle mojando el suelo mientras la música de Chayanne y Vanessa Williams, recordando aquella clásica película: *Baila conmigo* y su *Refugio de amor* nos empapan a nosotros.

Mis manos mueven sus caderas, las suyas recorren mi nuca dejando la marca de sus dedos en ella acercándome a su espalda, sintiendo cada centímetro de su cuerpo, de sus sinuosas curvas que marean mis sentidos. Dos pasos hacia adelante, dos hacia atrás, la giro y su boca se arrima a mis labios. Su aliento baila con el mío una danza sensual que grita en silencio lo mucho que nos deseamos. Es pura magia lo que nos envuelve, un fuego arduo el que nos recorre, y, sin embargo, ahí estamos moviendo la cintura y los pies al ritmo de nuestro corazón, de la salsa y la imaginación que nos llena el pensamiento con cientos de formas de hacernos el amor.

Gruño, gime extasiada con cada giro sabiendo que al final acaba en mis brazos, jadeo anhelando que se funda conmigo y termine entre mis piernas. Como si oyera lo que grita mi mente, abre los ojos.

—Ámame de nuevo. Enséñame a querer con el alma, el cuerpo y la mente. A no desear otra cosa que no sean tus brazos, tus piernas

y a ese enanito gruñón.

—¿Ahora es gruñón?

—Siempre acaba quejándose y escupe, el muy maleducado. —Me rio en su boca por la ocurrencia, se ríe y me muerde por la inconsciencia de saberse la protagonista, de este viaje a lo desconocido en el que nos hemos embarcado.

Tras memorizar esos puntos erógenos que vamos descubriendo por el camino, lamerlos, subrayarlos con los dedos y regarlos con la boca para que crezcan esas llamas que nos rodean, nos fundimos en uno. Vuelvo a entrar en ella, esta vez con la funda puesta y una sonrisa en su rostro que me ilumina el camino al paraíso, a ese universo que me gustaría atravesar cada noche y cada mañana al despertar. Sus gemidos chocan con los míos provocando la melodía perfecta. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir y sigue ahí, con la boca abierta, bañada en sudor y jadeante.

—Podría acostumbrarme a esta sensación.

—No sabes lo que has dicho. —La beso suave, lento, dándole con ese beso la poca energía que me queda.

El cansancio nos puede y nos dormimos entrelazados, soñando que no es un sueño, que es una posible realidad. De mañana no pasa que le cuente mi verdad, que estoy enamorado de ella hasta la médula, no por este fin de semana espectacular, sino desde el primer día que la vi a través de la ventana.

* * *

No sé la hora que es, cuando despierto con una voz sensual tarareando *La fuerza del corazón* de Alejandro Sanz. Sonrío con un ejército de hormigas subiendo por mi cuerpo, rodeándolo hasta acorralarme con sus movimientos. Suspiro porque no sé qué significa esa sensación.

Me incorporo, ando sigiloso hasta la cocina y la observo sin que se dé cuenta, escondido como un niño. Vuelvo a sonreír, sintiendo cómo esas hormigas crecen en mi interior transformándose en

gatos, que por muy silenciosos que van, me arañan cada rincón de la piel por donde pasan.

Voy hacia el cuarto de baño, me echo agua en la cara y me miro en el espejo.

—Te ha idiotizado, tío. No sé si es el perfume que usa o son sus movimientos los que te hipnotizan, pero viendo cómo te han crecido los colmillos después de probarla, está claro que ya no eres el mismo —susurro a mi reflejo para que no me oiga, no quiero que piense que se me ha ido la olla por hablar solo.

Me visto con rapidez y la sorprendo por detrás con un reguero de besos sobre su cuello. Ronronea como uno de esos gatos que no dejan de correr de un lado para otro sobre mi cuerpo, que como siga frotándose con mi pantalón se convertirán en rinocerontes y moriré por la presión de ese sentimiento.

—¿Café?

—Si es en tu boca, lo que quieras —respondo medio alelado.

—Podemos probar, pero puede ser complicado. —Hace ademán de pensarlo mientras rodea mi cuello con sus brazos, y se sube a mi cintura tan rápido que se me escapa un latido, y antes de que pueda reaccionar ya está invadiendo mi boca.

El beso se hace largo y profundo, húmedo, sonoro y doloroso, pues mi dureza no deja de dar golpes en el pantalón pidiendo salir y participar en esta fiesta improvisada.

No pienso, no razono, mi cerebro se ha perdido entre las llamas que he provocado al besarle el cuello. Allí, sobre la mesa del comedor la hago mía, la poseo con delicadeza, o toda la que me permite la alta temperatura de mi cuerpo. Mis manos cubren sus tetas, mi lengua repasa su vientre hasta el inicio de su ropa interior, que sustraigo de un tirón.

—Lo siento, te compraré unas iguales.

—Ooh —dice jadeante—, jamás pensé que fuera tan excitante ese gesto.

Me río al comprobar su rubor, cómo se muerde el labio y sigue gimiendo con mis caricias. Dios, es deliciosa. El tacto de su piel es sublime y ese triángulo de placer, el mejor manjar que pueda tener

un hambriento; y yo ahora mismo lo estoy. Lo reconozco, soy un mendigo de su cuerpo.

La como a besos, devoro su entrada hasta que exprimo todo el jugo que puede darme. Grita mi nombre tan fuerte que retumba en mi corazón y hace eco en mi mente. Es hora de apagar el fuego que yo mismo he provocado, y me adentro en ella tan hondo que me hierve la sangre. No sé si es fiebre lo que tengo, porque estoy alucinando. Tiemblo con cada empellón, sudo como nunca y deliro extasiado, cuando sus manos me azotan los glúteos hechizada por la pasión.

Ahora soy yo quién grita su nombre y ella ríe orgullosa entre convulsiones. Cuatro, seis, diez veces, puede que más cuando al fin el orgasmo nos deja sin fuerzas, sin respiración y sin habla.

Nos vestimos en silencio hasta que su grito me deja medio sordo.

—¡Llego tarde!

—¿Qué?

—Madre mía, madre mía. Que son las ocho y media y voy a llegar tarde al colegio por primera vez.

—¿Te llevo?

—¿A caballito? No, eres capaz de distraerme de nuevo y llegar cuando suene la sirena. —La carcajada sale de mi boca y vuela hasta la suya, que la contagia y se ríe también mientras se peina con las manos, coge las llaves y me da palmadas en el culo para que salga del piso antes que ella.

Nos despedimos con un beso fugaz y muchas prisas sin quedar en nada: Ni un hasta luego, ni un llámame, aunque pienso hacerlo.

Es lo único claro que tengo en estos momentos, que quiero más; mucho más.

Seré su bombero pirómano. Así me llamó esta mañana y, lo cierto, es que no me importaría cruzar al lado oscuro, ser esa mecha que provoque múltiples incendios, si son dentro de ella.

Mientras tanto, aprovecharé que tengo el día libre para estudiar y terminaré un trabajo de Teoría del Arte. Espero que el reloj funcione, que corra más que Usain Bolt y llegue pronto la hora de adentrarme en ese universo de luz y color que brota de su piel, que se expande

por mi cuerpo como el incendio más impredecible, sofocante y extenso.

21
¿Mariposas o elefantes?

Tina, la vecina inquieta



La mañana pasa y sigo flotando en mi nube de colores, con un optimismo que da miedo, que asusta por sus niveles desproporcionados, ya que he dejado que dos alumnos me griten y otro se burle de un compañero sin hacer nada. Tengo que volver de mi mundo de Yupi, porque, aunque he apuntado el acto en sus notas de comportamiento, eso no está bien y debería castigarlo. Pero es que se está de maravilla en ese mundo ideal, ese que tanto he anhelado vivir en sus brazos, que no quiero bajar y ser la sargento que exige una disciplina a sus soldados. Son niños, se merecen un descanso de vez en cuando.

Me siento libre por primera vez en mi vida. Esa tensión que se acumulaba en mis hombros ha desaparecido, ahora sopla aire fresco en mi mente y pillo al vuelo las moscas, que comienzan a aparecer en las aulas con el aumento de la temperatura. Hasta he pedido hora para ir al ginecólogo y que me mande una de esas píldoras

anticonceptivas, o algún otro método para que no te quedes embarazada.

La verdad es que jamás me he preocupado de obtener información sobre ese tema, ya que no tenía relaciones con nadie, pero hoy eso va a cambiar. Le voy a pedir a Rafa que sea mi novio, mi pareja o como lo quiera llamar. No quiero que sea un encuentro fortuito, un sueño cumplido y ya está. No. Tampoco busco una aventura apasionada que se centre solo en ese despertar de los sentidos, lo que deseo es ponerle nombre a esta sensación que me envuelve como un tornado, y que me gustaría que nos llevara a los dos en la misma dirección.

Suena la sirena y ordeno a los niños que salgan en orden, para que no haya atropellos sin sentido en el camino a la puerta. Quince minutos más tarde, Eva y yo nos miramos resoplando porque ya queda menos para que el lunes acabe. Con una sonrisilla en los labios, nos vamos con nuestras bolsas-neveras al parque a disfrutar de un merecido descanso mientras hablamos.

—Estoy agotada. ¡Qué energía traían hoy los críos! —añade Eva después de emitir un bufido, luego se recuesta en el banco con lentitud.

—¿No será por el embarazo?

—Puede ser. Últimamente parezco un perezoso, todo el día durmiendo y bostezando.

—¿Se lo dijiste a Andrés? —fisgoneo sonriente—. ¿Cómo se lo tomó el futuro padrazo? —Sonríe y le doy un empujoncito con el hombro. Me mira y me cuenta feliz.

—La verdad es que me sorprendió su alegría, pasó de la risa al llanto en menos de un minuto, y luego me hizo girar en el aire como una peonza.

—Para haceros una foto. Sería como esas que están en los marcos que compras en alguna tienda de decoración.

—Ya te digo. Y encima, me invitó a cenar a una Trattoria que me encanta. ¿Y tú? ¿Qué tal tu cita con Rafa? —Me atraganto con la comida. A ver cómo le explico que no nos hemos separado más que tres horas en casi cuarenta y ocho, y fue por una emergencia en el club.

—Pues…, muy bien. Tomamos café, hablamos y… nos conocimos de una forma especial. —Mi cara parece un semáforo, cambia de color rápidamente al recordar sus besos, su voz y esa forma de bailar tan sugerente.

—Cuenta, cuenta. —Si hay un adjetivo que define a Eva es perspicaz, y pilla mi rubor al momento.

—Hola, chicas. ¿Puedo unirme al club de los hambrientos?

—Claro —decimos las dos a la vez.

La miro y me comprende al instante. Quique me cae bien, es agradable conversar con él, pero no le voy a contar mis descubrimientos sexuales; no somos tan amigos para eso. Me cuesta confiar en las personas, y actualmente, solo hay tres que ostenten ese título en mi mente: Marga, Manu y Eva, aunque Ruth y Corina casi siempre estén ahí en esas reuniones improvisadas, y, por ende, acaben enterándose de mis desvaríos mentales.

La comida transcurre entre risas con los chistes malos de Quique y sus desventuras cada vez que busca un libro en la biblioteca, o las veces que ha ido a la fuente a beber agua y ninguna funciona, pese a que media hora antes sí lo hiciera.

Suena la sirena y volvemos a las aulas, yo deseando que el reloj vuele y no se detenga, ya que echo de menos a mi bombero y su manguera. No sé qué ha hecho conmigo, que he pasado de ser casta y pura, a una obsesa que solo piensa en masajear sus pectorales y tatuar mi nombre en esa zona velluda, para que sepa que es mi juguete; mío y de nadie más.

Debo hablar con él. Contarle, antes de que sea demasiado tarde, que lo observo en secreto, que cuando no puedo dormir, lo busco y cuando duermo, lo sueño. Así que me dirijo a casa decidida a explicarle la verdad, y si se espanta y huye lo entenderé, pero si se queda, si decide apostar por mí, que sepa que mi corazón es suyo desde esa mañana que lo vi por primera vez a través de la ventana. Sin embargo, cuando salgo del ascensor, me encuentro a Manu en la puerta de casa.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Le toco el hombro, me mira y, pese a su altura, su incipiente barba oscura y esa corpulencia de gladiador romano, su rostro se

asemeja al de un adolescente indefenso.

—Sí. Todo lo bien que se puede estar después de ligar con un tío que está buenísimo y que, según él, lo habré visto mil veces y ninguna lo he mirado; todavía no entiendo por qué.

—A veces estamos tan ocupados en ver y hacer lo que quieren los demás, que no vemos lo que tenemos delante y, mucho menos, lo que queremos hacer nosotros.

—Es tan bueno que no parece real. —Me mira entre alegre y asustado—. El sábado conversamos un rato. No me acordé de preguntarle si habíamos trabajado juntos, su boca y su voz grave me desconcentraron dirigiéndome por otros derroteros.

—Creo que me imagino cuáles.

—No es solo atractivo, nena, es inteligente.

—Genial, porque tú también lo eres. Seguro que os llevaréis bien y haréis una pareja increíble.

—Ay, ojalá, pues al final nos dimos un piquito. Ese roce me dijo más que mis diez últimas citas, así que hemos quedado el miércoles para tomar algo a dos calles de mi casa.

—Eso es bueno, ¿no?

—Supongo. A no ser que sea un asesino en serie, entonces estaré *caput* al final del día —subraya haciendo el ademán de cortarse el cuello con el dedo.

—Y dale. —Ruedo los ojos por esa manía que tiene de que ese hombre no es un tío normal que se siente atraído por su físico. Igual está enamorado de él desde hace años y ahora que no trabajan en la misma empresa, se ha decidido a dar el paso.

—Pero esta tarde no vamos a hablar de mí, es la loca de tu vecina la que ha pedido una reunión de urgencia. Niña, ¿no miras el móvil?

—Tenía prisa y no me he acordado del teléfono. Tengo el volumen alto, si alguien llama me entero, sin embargo, los mensajes y las notificaciones no los tengo activados mientras trabajo. Me encojo de hombros y abro la puerta—. Tú mismo, estás en tu casa.

—Madre del cielo, ¿has estado follando todo el fin de semana? Joder, ¡¿y con el bombero!? Por Dios, quiero conocer a ese

monumento nacional que ha conseguido abrir tu cinturón de castidad.

—¿Cómo narices lo haces? —sondeo, intrigada sin comprender sus dotes olfativas—. Nunca mejor dicho. —Alzo los brazos sin comprender esa perspicacia que tiene para según qué cosas, y casi por inercia, se me van los ojos a la ventana.

No veo a mi maestro Saolín y me decepciono un poquito, luego pienso que quizás haya salido a hacer algún recado. Suspiro, me muero de ganas de hundirme en su pecho y que tenga que lanzar una cuerda para rescatarme.

—No hace falta ser un lobo ni un lince para ver que la fiesta se ha expandido por todo el apartamento. —Señala los dos posavasos de la pequeña mesita que hay al lado del sofá, luego la mesa del comedor que tiene los pocos objetos de decoración en un lado.

Me doy una palmada en la frente, pues he salido tan deprisa esta mañana que no lo he colocado todo en su sitio de nuevo.

Se dirige al dormitorio y lo freno, ya que tampoco he hecho la cama. Rafa fue el último que salió y ese abrazo, los besos y el calentón que vino después me hizo salir zumbando como las abejas para no llegar tarde al trabajo. Lo cierto es que no hace falta que venga el CSI para deducir que la lujuria ha invadido el comedor.

—Está bien, tienes razón —confirmo su suposición dándome por vencida.

—¡Síi, mi niña por fin se ha estrenado y ha sido por todo lo alto! —Me abraza y me hace reír, por los dos besos supersonoros que me da en las mejillas.

—Bueno, en realidad ya…

—Después de once años, creo que el himen volvió a su sitio —bromea en mi oído mientras me estruja como una toalla entre sus brazos. Y me gusta. Me gusta que me abrace con tanto cariño porque me hace sentir querida. Querida de verdad, aunque no sea de su familia y haga unos meses que nos conozcamos.

—A lo mejor fueron menos —le recuerdo mi día de amnesia.

—Ya. Yo digo como la gran Thalía: «Si no me acuerdo, no pasó». —Me da un golpecito con el dedo índice doblado, casi una caricia en

el pómulo como si fuera realmente una niña y vuelvo a reír; esta vez con más ganas.

—¿Quieres una cerveza mientras esperamos a la loca de la colina?

—Prefiero un vinito. Ahora que he ligado necesito mantener el tipo y el vino engorda menos, no vaya a ser que se arrepienta y salga corriendo cuando vea mi barriga.

—¿Qué barriga si eres como Jason Momoa pero en guapo?

—Nena, no sabes lo que dices. Ese hombre es un Dios y el resto de mortales lo veneramos. Ya quisiera yo parecerme a ese portento.

—Mírate al espejo, Manuel Brugada, tú estás mejor que Jason y todos los dioses juntos. Además, la cerveza no engorda, el que engorda eres tú. —Las risas traspasan la puerta y Marga se queja a gritos tras ella.

—¿Me vais a abrir, o vais a pasar de mí mucho rato?

—¿Y a esta qué mosca le ha picado? —regruño por el temperamento de diva que se le ha puesto a la rubia.

—Una abeja, nena. Y tiene alergia, porque hace un rato me ha echado de la cafetería y me ha exigido que te esperase en la puerta de tu casa. Estaba roja como un cangrejo, y seguro que sus brazos se han convertido en pinzas que te pueden dejar marca como te acerques. Así que cuidado, que pincha.

—Sí, pincho, pellizco y muerdo.

—¿Quieres una cerveza? ¿O prefieres también un vinito? —disimulo para que se calmen los ánimos o el huracán Marga arrasará con todo lo que poseo.

—Quiero que dejen de acosarme. —Bufa con un mosqueo del quince. No, del treinta o cuarenta.

—¿Tienes un acosador? ¿Un admirador secreto? —indago muerta de curiosidad.

—Ah ¿sí? ¡Cómo mola!, yo quiero uno también.

—Muy secreto no es. Lo conocen todos los clientes de la cafetería, porque el muy capullo se ha tirado dos horas esperando que tuviera un descanso para hablar.

—Vaale. ¿Y qué problema hay en que «alguien» quiera conversar contigo? —indaga nuestro hombretón dándole un trago a su vinito.

—Que ese «alguien» debería quedarse en su casita, en el bar o en la otra punta de España. Menos en la cafetería, donde quiera.

—Vamos a ver, princesa de un reino lejano que no quieres que nadie conozca, ¿por qué tratas así al pobre David si estás deseando tirártelo como la última vez?

—Porque es un idiota, y como no quiero quedar con él, viene a buscarme al trabajo —escupe rabiosa.

—¿Y eso qué tiene de malo, reina? Te mueres por sus huesos —insiste Manu mientras yo observo el partido de tenis atónita.

—Y una mierda.

—Pues a mí me parece romántico que te espere dos horas, eso quiere decir que le importas. Al menos habrás charlado con él, ¿no? —Pongo cara de asombro, decidiéndome al fin a hablar, ya que es capaz de haberlo echado sin ni siquiera oírlo.

—¿Es que no lo entendéis? —Camina por el comedor de un lado a otro, dando más viajes que un pizzero en su moto un viernes por la noche—. No me quiere. No está colgado de mí como creéis, lo hace por remordimiento. Y yo, yo ya no puedo confiar en él.

—¿Por remordimiento? ¿De qué hablas? —pregunto descolocada. ¿Qué me he perdido?

—Joder, mierda, joder. Aaaah. —Levanta los brazos, desquiciada. Manu y yo nos miramos, después giramos la cabeza hacia ella, preocupados—. Pues que…

—¿Quéee? —gritamos a la vez.

—Que cuando nos separamos, no fue por… —Se pasa la mano por el pelo, se muerde el labio y se pone la mano en la cintura, indecisa de si contarlo o no.

—¡La hostia!, desembucha ya o te estiro de la lengua hasta que lo sueltes de carrerilla. ¡Me va a dar un infarto, nena! Ten compasión, por Dios.

—Que no fue por miedo a enamorarnos, que yo estaba embarazada de dos meses, quise tener el bebé y él no.

—¡¿Embarazada?! —volvemos a gritar los dos a la vez.

—Sí, embarazada.

—Ahora sí que me has matado —suelto sentándome de golpe en la silla, del bajón que me ha dado.

—Decía que su trabajo como camarero no daba para mantener una familia y yo —respira hondo y continúa—, llevaba tres meses trabajando en la cafetería. No estaba fija, así que lo más probable era que cuando se enterasen de que era un Kinder sorpresa, me echasen a la calle.

—Madre mía, ¿y qué pasó con…? —sondeo con el vello de punta y el corazón encogido, imaginando lo mal que lo debió pasar.

—Lo perdí tres semanas más tarde.

Abrimos la boca y los ojos a la vez, desencajados por la noticia.

—No sé si fue del estrés, del dolor que me provocó la ruptura, o tal vez fuera porque hice horas extras para ganar más dinero y poder mantener a mi pequeña.

—¿Era una niña? —Manu se pone las manos en la boca, tan perplejo como yo.

—No lo sé, no llegué a verla, aunque siempre quise que lo fuera. Una mujer valiente como su madre, de las que no se rinden ni se dejan pisar por nadie por mucho que lo quieran. —Su fragilidad nos atraviesa el alma, así que nos levantamos con los ojos vidriosos y la abrazamos con miedo a que se rompa—. Ser de cristal y parecer de hierro siempre fue mi superpoder, por eso ahora, después de tanto tiempo, cuando ya casi lo había superado, no entiendo por qué vuelve a atormentarme.

—Ay, nena, porque él no lo ha hecho. Porque te ha vuelto a ver y se le ha caído el mundo encima. —Marga solloza en silencio dentro del círculo protector de nuestros brazos.

Esos de oso amoroso, dulces, confortables, llenos de esperanza. Minutos eternos que nos llenaron de paz a los tres, que nos hicieron reflexionar sobre nuestras vidas, el rumbo que les hemos dado y al que nos gustaría que fueran.

Asomo la cabeza un instante y miro hacia la ventana, la oscuridad ha envuelto el cielo, la calle y el piso de mi vecino bombero. Resoplo, algo alicaída al seguir sin noticias de mi Patrick Swayze.

Nos separamos despacio, conmovidos por el ambiente triste que se ha creado, cuando Manu salta con una frase de las suyas.

—Pero entonces, tú que sientes por él, ¿mariposas o elefantes? —Nos reímos, Marga entre hipidos, después de darle un manotazo, que nuestro hombretón aprovecha para abrazarla aún más fuerte.

—Mejor pregunta qué no siento por él, porque lo siento todo. Un momento lo estrangularía con mis propias manos, y al siguiente me hundiría en su pecho hasta hacerle un agujero tan grande que no cupiera nadie más que yo.

—Entonces, escúchalo, las personas cambian. Hasta el capullo integral número uno, es capaz de caer de su pódium y alcanzar un discreto top treinta o cuarenta. No será un ángel ni un demonio, solo un hombre más como tantos, con sus cosas buenas y malas.

—Perdonar es de sabios, pero olvidar es de gilipollas, y yo no me considero ni una cosa ni la otra, así que no sé qué hacer.

—Lo que te dicte el corazón —digo volviendo a mirar a la ventana. Tras un segundo de decepción, sonrío y pregunto—: ¿Ensalada o sándwiches?

Me miran igual que a un mono con tres cabezas y tentáculos, pero yo me río con indiferencia y voy hacia la cocina.

—Son casi las nueve, habláis como cotorras y absorbéis la bebida como esponjas, y no precisamente vuestro amigo Bob. Digo yo que habrá que cenar, ¿no? —respondo a esas miradas.

—Por supuesto, este cuerpo serrano no se alimenta de aire —dice el único hombre que nos demuestra su amor cada día sin pedir nada a cambio.

Y así pasan dos horas más mezclando risas con gotas de melancolía y algo de vino. La amistad es esa ráfaga de aire fresco que necesitas cuando estás enterrado en tu desdicha. Suerte que al menos tenemos eso.

Se van, cierro con llave y miro una vez más por la ventana antes de acostarme. Sigo sin ver nada.

«¿Dónde estás, Rafa? ¿Por qué no me has llamado?».

Me encantaría poder decirte que lo que yo siento no son mariposas, es una manada de elefantes, rinocerontes y media sabana africana corriendo asustados por mi cuerpo en busca del tuyo, pero yo te di mi teléfono, tú tienes que dar el siguiente paso. La pelota está en tu campo.

Una voz en mi cabeza me habla dejándome aún más confundida:

«Niña, no llores. El cielo se nubla, pero recuerda que el sol brilla entre las nubes».

—¿Y eso qué quiere decir, Abu?

22
Si juegas con fuego, te quemas

Rafa, el vecino invisible



Paso la mañana con el cuerpo en la silla, la cabeza en el portátil y la mente entre las sábanas de mi vecina sexi. El reloj, aquel que quería que corriera, es mi peor enemigo: lento, despiadado, torturándome cada cinco minutos, pues el muy cabrón no se mueve por mucho que se lo pido cada vez que lo miro.

Mi cerebro se dispersa buscando nuevas formas de enseñarle a amar, de que desee mi cuerpo tanto como yo el suyo, pero que también aprenda que no solo el fuego nos une, que el cielo está a un paso de distancia cuando hablamos, cocinamos o desaparecemos en el tiempo abrazados viendo una película.

No lo he soñado.

Miro hacia su ventana y la veo bailando desnuda dirigiéndose a la ducha, riéndose, cantando embrujada por el hechizo de esa canción y mi mirada lasciva acariciando su piel sin tocarla. Sí, eso puede ser que se haya grabado en mi retina y tatuado permanentemente en mi corazón, pero no ha sido un sueño, aunque ahora no esté en su

apartamento. Lo he vivido en mis carnes cuando me rozaba su aliento o me hipnotizaba su risa, que contagiosa me obligaba a reírme de cualquier tontería.

Entrecierro los ojos y resoplo frustrado, me preparo algo de comer y pierdo el tiempo haciendo una cena para dos. Pongo Whitesnake de fondo mientras corto las verduras y su canción *Bad Boys* me da energía, la que luego me quita el reloj por ir tan lento, ya que los minutos pasan tan despacio que los adelanta una tortuga coja y con reuma.

Está claro que quien juega con fuego se quema, y yo estoy ardiendo desde que la besé en la calle frente a la cafetería.

¿O fue en aquel baile en la discoteca?

Vuelvo a mirar por la ventana después de guardar la cena en fiambreras y meterla en bolsas, ya creo que falta poco para que llegue a casa, aunque no lo sé con seguridad, dado que a veces se queda hablando con Eva y sus compañeros al salir de clase. O eso dice Andrés. Quiero darle una sorpresa, prepararle un baño especial, romántico, de esos que salen en las películas como algo exótico, sensual y provocador.

¿Para qué negarlo?, estoy deseando verla, abrazarla y hundirme en las profundidades de su cuerpo hasta desaparecer en él.

Mi imaginación comienza a construir castillos en el aire, con muchas torres y aposentos donde disfrutar de su compañía. Sé que no puedo prepararle nada hasta que no esté ella, pero inventaré cualquier excusa para entrar al cuarto de baño y que no se imagine mis intenciones.

Aún no ha llegado, así que me voy a la ducha.

En cinco minutos estoy listo y me enfundo en unos pantalones de lino claros. Antes de ponerme la camisa, salgo a por la máquina de afeitar, ya que me gusta que me dé esos tímidos mordisquitos en la mandíbula. Notar sus labios húmedos en ella es un delirio para mi subconsciente y mi entrepierna, que ya se vuelve loca cuando está a tres metros y la contemplo; al tocarme directamente, se desquicia.

Mis ojos ya se saben el camino hacia su ventana y se van sin permiso, con la esperanza de que me dé tiempo a llegar a su puerta

antes que ella. Entonces, un bloque de hormigón me cae en los pies y me deja anclado en el suelo como una figura de cemento armado.

Un hombre alto, corpulento y guapo a rabiar, le da dos besos con un entusiasmo exagerado. Se recrea en el abrazo y ella ríe sin apartarse. Es más, se sonroja feliz por el detalle que ha tenido.

Me restriego los ojos y vuelvo a mirar sin creer lo que estoy viendo y, al momento, le acaricia la cara con un cariño especial. Ella no se queja, al contrario, se la ve radiante. Ríe a carcajadas y, por cada una de ellas siento un pinchazo en la sien, y el mazazo con el que me ha golpeado en la cabeza se refleja en mi pecho. Cuando consigo moverme, me falta el aire. Me ahogo igual que si estuviera a tres metros de profundidad, en medio del océano, con unos grilletes en los pies y unas bolas de hierro de treinta kilos cada una.

Huyo a mi habitación, me pongo una camiseta, unas deportivas y escapo de esas cuatro paredes que me oprimen, porque sé que si sigo allí volveré a mirar por la ventana. Volveré a ver esa escena, tal vez aún más cariñosa y perderé los estribos.

No. No puedo hacerlo. No puedo verla con otro, si cuando cierro los ojos, aún noto su lengua recorriendo zonas que hace años que no visitaba nadie, que palpitan todavía aceleradas con su recuerdo.

Llamo a Cobos y quedamos en diez minutos en el bar de su hermana. Desanimado, con la bomba de Hiroshima estallando en mi cabeza, que sin piedad arrasa con todos mis sentimientos e ideas que pueda tener de por qué he visto lo que he visto, me veo sentado con mi amigo y su hermana en la barra tomando unas cervezas.

—¿Qué te pasa, tío? Parece que te hayas comido un limón y se te haya quedado la acidez en la cara.

—Muy gracioso.

—Será mal de amores —dice Carol, y tras ello aumenta su tono sarcástico—. Los hombres cuando no entendéis a una mujer, que suele ser el noventa y nueve por ciento de las veces, ponéis esa cara de estreñidos. Luego tenéis otras a cuál más divertida: está la de recién cagados; cuando vuestro equipo de fútbol gana, y también la de Cristiano Ronaldo; esa en la que estáis recién follados y os sentís los mejores del mundo; los más guapos y sexis, aunque haya cien

más como vosotros por ahí que no han tenido la suerte de meter el palo en el agujero.

—Ya habló la experta —digo con muy malas pulgas.

—Puedes apostar que sí, lo veo cada día durante catorce horas. —Señala con el brazo las mesas que un lunes por la tarde están prácticamente llenas.

Hay de todo: parejas acarameladas, tiernas como los cruasanes que se están comiendo; grupos de amigos, haciendo bromas chocando sus botellines, pavoneándose por el fin de semana espectacular que han pasado. Luego la madre que resopla mirando el reloj y a los niños alternativamente, o las mesas del rincón donde puedes comprobar las diferentes caras que ha nombrado Carol, en seis hombres maduros que charlan entre cervezas y refrescos.

—Hay que ver qué ojo tienes. —Estallo en carcajadas casi sin querer al comprobar su acierto. Unas risas amargas que salen de alguna parte de mi ser que no reconozco y que me hacen acabarme la cerveza de un trago.

—Es la experiencia. —Se encoje de hombros y bebe un sorbo de su cerveza—. También te digo que lo que tiñe una mora, otra verde lo decolora. Así que no desesperes que, si esa chica no ve lo que sientes por ella, hay más flores en el campo, y mi jardín está lleno. —Me guiña un ojo, y aplasta con una sutileza que abruma su boca en la mía; suave, apasionada y mordaz.

Me sorprendo por su inesperado ataque. No le devuelvo el beso, aunque tampoco me aparto. Sin ningún tipo de pudor ni reparo, se va a trabajar, han llegado clientes nuevos y tiene que atenderlos.

—Recuérdalo cuando te sientas solo. Ya sabes dónde encontrarme.

Cobos le recrimina que está delante, que es su hermano mayor y que se corte un poco. Ella ríe y le saca la lengua, sabe que está de coña. En cambio, yo, la observo como si la viera por primera vez.

Lo cierto es que no está nada mal. Tiene curvas, es simpática y desde luego arrolladora, mi problema es que mi cabeza se quedó entre las piernas de mi aprendiz, y mi corazón al lado del suyo bailando lentos, sudorosos y jadeantes.

Le pido otra cerveza y antes de coger el botellín para llevármelo a la boca, el teléfono suena con la melodía inconfundible de la única mujer que me quiere con toda su alma. Sin engaños ni mentiras.

—Hola, tata.

—Rafa… —Su voz temblorosa me alarma.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Es Luna, no deja de llorar. Da igual lo que haga o cómo la ponga: bocarriba, bocabajo, de lado… es igual. No come; no duerme, solo llora.

—¿La has llevado al médico?

—Voy camino de Urgencias, pero…, tengo miedo, tete. ¿Y si está enferma, si la pierdo a ella también?

—No la perderás, Silvia. Será un cólico de esos que decía mamá, o…, yo qué sé. Voy para allá.

—No. No hace falta.

—No trabajo hasta mañana noche y me necesitas. Silvia, no te dejaré sola. Te lo prometí, y lo que prometo lo cumplo.

—Lo sé. Envidia tengo de la mujer que te robe el corazón, porque será la ladrona con más suerte del mundo.

—A lo mejor ni se da cuenta de que el mayor tesoro no es lo que crees que has robado, sino lo que te regalan sin pedir nada a cambio. —Por un segundo me quedo sin aire, me cuesta respirar, tragar el nudo de la garganta que cuanto más hablo más grande se hace—. En una hora estoy allí.

—No corras, por favor. Te voy a esperar igual, vengas a la hora que vengas.

No sé si corro, vuelo, o simplemente conduzco. No veo la carretera, solo veo esos dos besos, el brillo en los ojos del hombre, la sonrisa enorme de Tina. Mi corazón estrellándose contra el suelo y un dolor punzante en el hueco que ha dejado.

Maldita sea mi estampa. ¿Por qué? ¿Tan borracho de deseo estaba que no he visto su falsa inocencia?

¿Será mentira todo lo que me ha contado?

Entro en la sala de Urgencias como un vendaval, mensajeo a Silvia para que me explique dónde está, y tras un corto pasillo, la encuentro.

—¿Dónde está?

—Hace un rato que le están haciendo pruebas. En principio no parece grave, pero creen que puede habérsele formado una hernia de tanto llorar. —Le seco las lágrimas que mojan su rostro sin permiso.

—Es tan pequeña que desaparecerá en cuanto le den el tratamiento adecuado para el dolor. Comerá, dormirá y la hernia se irá por donde ha venido. No te preocupes, ya verás como todo va a salir bien.

Pongo su cabeza en mi hombro y le acaricio el pelo, igual que cuando era una niña y se quedaba dormida a mi lado en el sofá, mientras nuestros padres veían la película que daban en la televisión, entre besos y arrumacos.

Nunca he anhelado nada para mí; no desde que murieron mis progenitores y mis tíos; no desde que me quedé a cargo de tres adolescentes huérfanos, con tanto amor como odio para dar. Me volqué en que ganara el cariño en esa batalla, y creo que lo logré, pero la vida no hace más que retarme, estirar de esa cuerda que cada vez es más débil provocando una desgracia tras otra.

No odio a nadie, sin embargo, me parece muy injusto que siempre sufran los mismos, que cuando creo que un resquicio de luz ilumina mi oscuridad, se apaga como una vela sin cera, como una hoguera sin troncos.

* * *

Toda la noche en el hospital, sentados en esas butacas frías, duras y ese olor a medicamento que se pega a la ropa y traspasa la piel. El agotamiento se refleja en nuestro rostro y nuestros ánimos.

—Vuelve conmigo, Silvia. Necesitas ayuda para criarla y ella necesita una voz masculina que la duerma, que le cuente cuentos y la tranquilice las noches de tormenta. Déjame ser ese hombre hasta que encuentres a alguien que llene ese espacio vacío.

—Dudo que me enamore dos veces. Yo tuve la fortuna de conocer al amor de mi vida y fui muy feliz mientras duró. La vida me

lo arrebató cuando apenas estábamos saboreando la idea de esa familia que íbamos a crear juntos, pero al menos me dio la oportunidad de conocerlo. Ahora eres tú el que tiene que luchar por lo que quiere.

—¿Cómo sabes que quiero algo?

—Porque soy tu hermana y lo llevas escrito en la frente, en mayúsculas y con unas luces de neón fluorescentes que parpadean continuamente.

—Pues esas luces se fundirán en cualquier momento y dejaré de querer lo que no es mío.

—Si la amas no la dejes escapar.

—¿Y si se ha ido ella sola? ¿Y si no siente lo mismo y solo he sido una clase de baile?

—Quien baila con fuego es porque le gusta jugar con las llamas, si no, sales corriendo en sentido contrario.

—A lo mejor solo estaba experimentando, probando antes de declararse a otro. Quizás a su prometido o a un novio que espera de ella lo que de cualquier mujer de su edad. Puede que no se atreviera a contarle su corta experiencia y haya decidido tener una aventura antes, y yo he sido el cabeza de turco.

—Y puede que las salamandras vuelen o las codornices naden en el río, en vez de ahogarse sin remedio. Por amor de Dios, Rafa, ¿se lo has preguntado?

—No, pero vi…

—Los ojos mienten.

—Las palabras también.

—El corazón no. Los gestos, las muecas de la cara, los ojos vidriosos… Hay muchas maneras de saber si esa persona dice lo que siente o siente lo que dice. No es lo mismo, aunque suene parecido.

—Entonces, ¿te vienes a vivir conmigo? —Cambio de tema o el que al final romperá a llorar seré yo, y no soportaría que mi hermana pequeña me vea tan destrozado. Se supone que soy yo el que tengo que protegerla, no ella a mí.

Asiente con la cabeza y sonríe, mira a Luna que hace rato que recibe decenas de besos de su madre, y me la da para que la coja en brazos.

—Alguien tendrá que cuidarte, porque es obvio que tú no sabes.

Arrugo la frente por su comentario. «Llevo haciéndolo años, digo yo que no me ha ido tan mal», discrepa una vocecilla en mi interior.

La veo colocar la ropa de las dos en una maleta y la ayudo en lo que puedo con el brazo que tengo libre, al tiempo que ella recoge los productos de higiene, pañales, toallitas, mochila y mil cosas más que necesita un bebé de apenas quince días. Horas más tarde, después de avisar a su casera de que se va, de que en una semana volveremos a por el resto de las cosas, arranco el motor, pongo las manos en el volante y conduzco hacia su nuevo hogar; el mío; el nuestro; el que siempre estará ahí para ella mientras me quede un halo de vida.

Llego justo a tiempo para subir los trastos: el carrito, la cuna móvil, el balancín y la maleta. Lo demás tendrá que esperar a mañana, pues me quedan veinte minutos para empezar a trabajar. Le doy un beso en la frente a mi hermana, acaricio los cuatro pelos de mi pequeña Luna y poso mis labios en la punta de su nariz. Las miro con todo el amor y ternura que me queda, la que no me ha exprimido mi vecina; la bailarina; la que sueño despierto y a la vez me quita el sueño.

Una vez más caigo en la tentación de mirar hacia su apartamento, de buscarla en el sofá, en la cocina o en la cama. Nada, ni rastro de ella.

¿Estará con él?

23
Miradas perdidas

Tina, la vecina descolocada



Después de una noche en vela, intentando averiguar el motivo de su desaparición sin éxito alguno, me levanto temprano y me pongo a cocinar. Miro hacia su ventana y mi pena aumenta al no verlo en la habitación ni en el salón, por lo que me voy a la ducha.

Me preparo la ropa y pongo la radio, no quiero que mi lista de música me recuerde a él. Tal vez se haya arrepentido de amarme o de seducirme. Porque es lo que ha hecho con sus caricias, su sonrisa y esas miradas profundas que me hipnotizaban. Miradas perdidas, si en dos días ya no valen nada.

Mi corazón insiste de Jean Carlos Canela se pega a mi cuerpo y me nubla la visión, ni el agua caliente es capaz de calmar el llanto que estalla en mi interior, que arrasa mi mente y me destroza el alma.

¿Por qué? ¿Por qué no me llama? ¿Por qué no está en su casa ni en la mía? Después de toda la noche esforzándome porque no salgan las lágrimas, la inseguridad regresa a mí como el perro más fiel y al final me derrumbo.

Mi cuerpo se desliza hacia el suelo, doblo las rodillas y me abrazo a ellas. No sé el tiempo que pasa, solo que estoy arrugada, sin fuerzas, que Ana Gabriel aparece como el vapor del agua para castigarme con su voz, y otra canción que me recuerda a él: *Obsesión*. Está claro que es eso para mí: una dulce obsesión que ha despertado a mi cuerpo, y ahora está perdido sin rumbo esperando oír esos latidos que le marcaban el camino.

El llanto se mezcla con el agua de la ducha, la piel se me eriza con su recuerdo y el miedo me impide ponerme de pie. Mis ojos se quedan clavados en el desagüe viendo como el agua se cuela entre los agujeros y deseando ser como ella, así desaparecería y, conmigo, este dolor que siento.

Soy consciente de que tengo que ir a trabajar, aunque solo desee meterme en la cama y torturarme aspirando el olor de su cuerpo que aún está impregnado en las sábanas.

Toda la casa huele a él.

Manu tenía razón, el piso olía a sexo, a piel húmeda y sudorosa, a besos ardientes y jadeos. Maldita sea la hora en que me quedé pegada en las mieles de su boca, de sus labios y de su encanto. Me engañó como a una idiota para conseguir lo que quería: entrar en mi cuerpo y quedarse en él y, ahora, va a ser imposible sacarlo de ahí sin destrozarme entera.

Un embaucador, eso es lo que es. No un príncipe de cuento de hadas ni un Patrick Swayze, no, es un hombre como los demás. Solo quería una cosa y cuando se la di, se acabó.

Un segundo café me calienta la garganta, que no la ansiedad de mi alma, me seco la cara con las manos y me digo que hoy iré andando despacio al colegio, así el aire fresco de la mañana me despejará las ganas que tengo de verlo.

Me gusta mi trabajo porque los niños son impredecibles, impulsivos e inocentes la mayoría de las veces. Gracias a sus comentarios, su alegría y esos gestos de cariño al verme triste, la mañana se me ha pasado volando. Hoy me ha tocado patio y los rayos del sol han calmado mi angustia, la simpatía de Quique me ha distraído y no he pensado tanto en Rafa, y esa razón por la que no

se ha puesto en contacto conmigo, pese a que me dijo que tenía libre hasta esta noche.

Es la hora de comer y me voy con Eva al parque. Con una risilla dulce me cuenta que ha comprado su primer pelele al bebé en un color neutro, porque, aunque supiera el sexo no cree en los colores ni las etiquetas que la sociedad les pone a los críos, según su género. Algo que me encanta, dado que siempre lo he encontrado una estupidez. De hecho, yo aborrezco el rosa por tantas veces que me lo impusieron en mi infancia.

El descanso acaba y la tarde es corta. Corregimos en la pizarra los últimos ejercicios que puse, entre quejas y morros, ya que muy pocos alumnos han acertado las respuestas y sus ojos expresaban, al igual que sus voces, la decepción del fracaso.

La jornada laboral termina y, algo nerviosa, me voy andando a casa con la esperanza de verlo y que por fin me dé una explicación. No somos novios, ni siquiera amigos. En realidad, no somos nada, solo dos personas que jugaron a un juego, se divirtieron y ahora una de ellas ha salido escaldada.

Y como siempre, esa soy yo.

Tras un breve lamento, maldiciendo en mi interior mi ingenuidad y mi ignorancia en cuestión de hombres, decido ir a la cafetería en vez de a casa. Necesito conversar, distraerme, pensar en otra cosa que no sea él, porque seamos sinceros: estoy asustada. Tengo pánico a perderlo y perderme, a caer en ese abismo de soledad donde he estado tantos años metida. Ahora que empezaba a confiar en las personas, en la vida e incluso en mí misma, no quiero que esa seguridad desaparezca en la oscuridad de mis pensamientos; de mis dudas; de esa falta de cariño.

Jamás alguien se ha detenido a darme ese calor que cualquier persona necesita en determinados momentos de su rutina. Y él, aunque solo hayamos estado juntos cuarenta y ocho horas, me ha dado esa sensación de hogar; de calma después de la tormenta; de paz en tiempos de guerra. Porque así ha sido toda mi existencia, una batalla continua contra las imposiciones machistas, la envidia, la injusticia, la soledad y la inseguridad que me creaba esta última, por

no ser capaz de superar los numerosos obstáculos que se me presentaban.

Sin embargo, desde que llegué, esta ciudad me ha dado a Marga, Manu, Eva y… muy a mi pesar, la esperanza de un amor tras el cristal. Esa luz que quieres alcanzar al final del camino, que andas con pies de plomo para que no se apague y puedas lograr tocarla. Lo malo es que cuando has conseguido entrar y disfrutar de ese candor, de esa fuerza sobrenatural que te zarandea el cuerpo y la mente elevándote hasta el cielo haciéndote flotar, te suelta y caes de nuevo a un agujero oscuro, frío y solitario. Uno donde vuelves a estar sola, pese a las voces que te dicen que no lo estás; que ellos están ahí para distraerte y hacerte sonreír, pero que al final del día se van y la cama está vacía, helada y seca.

Cierro los ojos, separo todos los pensamientos negativos, me pellizco la cara y sonrío. O al menos lo intento, porque mi amiga me pilla al vuelo y me hace que escupa todo el veneno que llevo dentro. Le explico el motivo de mi pesadumbre, lo que me reconcome, y como una termita con la madera, me llena de agujeros por donde entran tantas dudas y desconsuelo que me agotan, pues me quitan la poca energía que me queda. Ella se ríe y menea la cabeza con gracia.

—Vaya dos patas para un banco. Si es que somos únicas a la hora de enamorarnos.

—Yo me enamoré de una ilusión —añado mirando al móvil, buscando esa llamada inexistente—. Al menos lo tuyo fue real. Duro, pero real —alego resignada a haber perdido lo que solo en mi mente he tenido.

—No sé qué es peor, cariño, si enamorarte de una ilusión o de quien te la ha quitado. Anda, refréscate las ideas con un zumo, llora un par de días y luego alégrate, porque al menos te ha ajustado las tuercas y limpiado los bajos.

—Sí, eso es cierto, y la verdad es que lo hizo muy bien. Claro que no tengo con quién compararlo. —Me encojo de hombros—. Espero no tardar once años en volver a pasar por el taller. —Rompemos a reír y nos abrazamos.

Me seco las lágrimas que han aparecido en algún momento, en el cual he pasado de la risa al llanto sin darme cuenta, y calculo los minutos que quedan para que se acabe su jornada. Luego regresamos juntas a casa, me preparo la cena después de cambiarme de ropa y busco esos ojos verdes en algún rincón del apartamento. Pero nada, ha desaparecido como aquella vez después del beso en la discoteca, que tardé cuatro días en volver a verlo.

Después de cenar me siento en el sofá y hago *zapping* hasta que encuentro algo que me gusta, pero el cansancio hace mella en mí y se me van cerrando los ojos. Cuando al cabo del rato los abro para irme a dormir a la cama, vuelvo a buscarlo como si quisiera darle las buenas noches con el pensamiento, ya que con la voz no puedo.

El corazón se me para.

Me restriego los ojos, parpadeo y me los vuelvo a frotar creyendo que he tenido una alucinación, que deseo tanto verlo que lo hago, aunque sea con otra. Pero no, sigue estando ahí. El amor de mi vida besa a otra en la frente, la acaricia y con una ternura impagable la abraza. Un segundo después besa a un bebé y lo acuna en sus brazos.

No puedo explicarlo con palabras, pero una parte de mí muere en ese momento.

24
Más allá del cristal

Tina, la vecina con los ojos vendados



No sé de dónde saco las fuerzas para salir corriendo y meterme bajo las sábanas, y así evitar mirar hacia ese cristal que acaba de convertirse en mi purgatorio particular, pues lo último que deseo es ver su rostro de felicidad al coger al bebé en brazos.

No quiero saber que es padre, que está unido a otra mujer, aunque no lleve un anillo en el dedo.

Dios santo, ¡tiene un hijo! Se ha estado acostando conmigo y acaba de tener un hijo. ¿Se puede ser más retorcido?

¿Qué clase de cabrón hace eso?

Las lágrimas inundan la almohada, mi cara, mis ideas, todas desesperadas paseando de un lado a otro de mi cerebro, intentando encontrarles el sentido a esas imágenes tan nítidas, tan crueles.

La luz del amanecer entra por la ventana y me da esa bofetada de realidad, dado que me he pasado toda la noche llorando, castigándome por mi infortunio. Por ser tan visceral; por creerme todo lo que me dicen como una niña de doce años, inexperta en la vida y el amor.

Porque como dijo Rafa, eso es lo que soy: una niña de veintiocho años a la que nunca le han explicado que el amor es una rosa con más espinas que buen olor. Muy bonita mientras dura, pero dolorosa si te acercas demasiado y la tocas. Maldita palabra, maldita emoción que solo sabe hacer daño, para unas horas de placer me tiro días y días llorando.

Me levanto airada, echando sapos y culebras por la boca, cuál es mi sorpresa cuando al mirarme al espejo veo a esa anciana mujer detrás de mí, observándome con ternura.

—No lo digas, no quiero escucharte —digo con el dedo índice alzado, sollozando de nuevo otra vez.

«Deberías hacerlo».

—No, Abu. Estoy así por creerte. Por pensar que alguien como yo podría ser amada por alguien como él, cuando lo único que he conseguido ha sido desquebrajarme otra vez, solo que esta las grietas derrocarán el edificio.

«Ay niña, no veas con los ojos, ve con el corazón».

—No tengo, Úrsula, me lo han roto.

«Sí tienes, cielo, está ahí. Lo que debes hacer es ver más allá del cristal».

Con un vestido de manga larga de cuello redondo y unas botas marrones a juego con el vestido, me voy con la esperanza de que mis alumnos me quiten esos nubarrones que tengo sobre mi cabeza, pero antes echo un último vistazo a esa ventana, que desde hace meses era al amor, a la esperanza, y hoy es a la angustia de un futuro perdido.

Aun así, masoquista con mi dolor, busco al hombre que me quita el sueño y encuentro a la mujer que se lo ha llevado, jugando con su bebé a la vez que da paseos por el salón. Lo alza en brazos, en plan *Rey león* cuando el viejo mandril levanta a Simba, riendo, besando sus manos y su cara. Suspiro por la escena tan bonita que reflejan la madre y la hija.

En cierto modo, las envidio. Ojalá yo tuviera la más mínima oportunidad de formar una familia con alguien, que un ser de este mundo quisiera una vida conmigo, y llegase a tener algún día ese instante maternal tan dulce como un terrón de azúcar. Luego pienso en Marga, en lo que nos contó a Manu y a mí, y se me caen las lágrimas de nuevo.

Doy un portazo, trago la pelota que se me ha formado en la glotis, elevo el mentón y cojo aire.

«No pienses en lo que no puedes lograr, piensa en lo que deseas conseguir», me repito como un mantra hasta que llego al colegio.

La mañana termina y en nuestro descanso diario, Eva y yo hablamos del mundo, de la sociedad, del futuro y… de Rafa. Me explica lo trabajador que es, que está estudiando Historia del Arte en la UOC.

Me hago la tonta y esquivo el tema.

—Hoy no tengo mucha hambre, creo que estoy incubando algún virus porque me he levantado con grilletes en los pies y las manos, y me cuesta moverme una barbaridad.

—Entonces, ¿no fue bien la cita? Me contaron lo de «vuestro» contacto en el café. —Sonríe picarona y miro al cielo.

Tardo en contestar porque no sé qué decir.

—Fue muy intenso, lástima que demasiado breve.

—¿Demasiado breve? No es lo que me han dicho. —Eleva las cejas con exageración.

—Bueno, quizás sepas tú más que yo, porque yo no sé nada. Creía que sí, que había conexión entre nosotros después de un fin de semana de «varias» conversaciones con sabor a café y vino. Pero quedamos en vernos el lunes y no fue así. Tiene mi teléfono, y después de dos días y medio, no me ha llamado —añado con una pelota enorme en la garganta que me cuesta tragar, y me impide hablar con la seguridad que me gustaría.

—¿Por eso tienes esa cara?

—No, qué va. Ya te he dicho que creo que me estoy resfriando. O tal vez sea la alergia, hay tanto polen volando por el aire que me escuecen los ojos. Ya sabes, las pelusillas esas. —Señalo las motas blancas que sobrevuelan nuestras cabezas, que van de un árbol a

otro y caen cansadas en el suelo de tantas vueltas que dan, formando una alfombra esponjosa.

—Claro que sí, guapi. ¿Pero te crees que me he caído de un algarrobo esta mañana? Que no nací ayer, Tina. Seguro que, si no te ha llamado es porque no ha podido.

—Estoy convencida —comento con ironía.

—Alguna explicación coherente tendrá. Rafa no es así, es un buen hombre, ¿sabes?

—Seguramente, lástima que no me haya dado tiempo a conocerlo.

—Lo es, Tina, créeme.

—Si tú lo dices. —Giro la cabeza y veo a nuestro compañero acercarse a nosotras.

—Uy, qué caras más largas traéis hoy —dice con voz cantarina Quique, al ver cómo Eva me mira, su ceño fruncido y mi fingida indiferencia—. Esto lo soluciono yo rápido. Ya que el domingo te esperé y no viniste al parque, ¿nos tomamos algo el viernes al salir de clase? Así empezamos con buena onda el fin de semana.

—Ya. Lo siento, me distraje con otra persona y no me acordé. Me parece muy bien. Me vendría genial para despejar mi cabeza, que últimamente gira más que una ruleta, y no de la suerte precisamente —añado apuntándome a esa quedada repentina.

Me ha dado un aire, no me preguntéis por qué. De estos impulsos que haces sin darte cuenta, pero que a menudo te sirven para ver las cosas desde otra perspectiva diferente; a lo mejor más real.

—Está bien, yo también me apunto.

—¿Y Andrés? —indago, sorprendida por el ímpetu con que lo ha dicho.

—¿Qué pasa, que porque esté preñada no puedo quedar con mis compañeros de trabajo, o es que solo puedo hacerlo con mi marido? —Se pone la mano en la cintura y me fulmina con la mirada.

«¿Y yo qué sé? Nunca he estado casada ni preñada».

Resoplo por la intensidad de su mirada, por el lío que tengo en la cabeza. Estoy perdida entre la bruma espesa de la incertidumbre y la desgana, sin aliciente ninguno por ir a un lado u a otro.

Simplemente, he dicho que sí por hacer algo, por pensar en otra cosa que no sea en Rafa, en su bebé, o en esa hermosa mujer a la que besaba y abrazaba, pero, sobre todo, en su indiferencia.

No soporto la incertidumbre, el no saber por qué me ignora o por qué me hizo creer que seríamos algo más que un baile de fin de semana.

—¿Estás embarazada? —pregunta Quique, asombrado por la noticia.

Eva se arrepiente al instante, pues no se lo había contado a nadie más que a mí, por si acaso, dado que los abortos espontáneos no solo ocurren por el estrés o el cansancio como le pasó a Marga, hay muchas razones para ello.

La sirena suena. Por fortuna, nos interrumpe la conversación y nos dirigimos a las aulas. Hora y media más tarde, los críos salen corriendo contentos y aprovecho para preguntarle a la profesora de quinto, qué tal le ha ido en el parque de bomberos, tonta de mí, como si me fuera a explicar algo de Rafa.

—Muy bien. Los chicos se han comportado y han hecho preguntas muy interesantes a sus profesores de Normas de Seguridad. Diría que todos hemos hecho alguna, incluida yo. —Se ríe encantada de que se haya programado la pequeña excursión—. Debería de haber más salidas así, son muy instructivas.

—¿Solo por las clases de seguridad o también por los bomberos? —suelta Eva al pasar por nuestro lado, guiñándole el ojo.

—Hombre, por las dos cosas. —Miro hacia el cielo. Era de esperar la respuesta, y ver cómo se ríen del inexistente chiste me pone de mala hostia.

Me despido con la mano y me voy a casa, necesito meterme en la cama y no salir hasta el viernes por la noche que tengo que ir al club, a ver si pillo al hombre del traje gris. Recuerdo que hoy habían quedado Manu y Esteban, que así se llama el chico Armani que lo tiene embelesado, y miro el teléfono por si hay reunión de urgencia.

Pero no, no hay tormenta a la vista.

Claro que acaban de subir al barco y de momento va viento en popa a toda vela. Es pronto, yo también pensaba así el domingo y el

lunes: zas, se nos rompió el amor y no de tanto usarlo; ya quisiera yo que me hubiera dado tiempo a gastarlo.

Cuando abro la puerta de casa y miro hacia mi infierno particular, lo veo ahí, con su hijo en brazos mientras calienta un biberón. Va con una camiseta básica de manga corta, un pantalón de chándal, el pelo mojado como recién salido de la ducha y le habla sin parar.

No puedo. Lo siento, pero no puedo. Acelero el paso y me meto en el cuarto de baño, me encierro con el pestillo y grito. Grito con fuerza, doy golpes en las baldosas, y vuelvo a gritar hasta quedarme sin ella. Pataleo y doy puñetazos al aire recordando de nuevo sus caricias, su forma de mirarme de arriba abajo, pero, de lo que más me acuerdo es de la manera de besarme: lento, suave, ardiente y salvaje, con ese deseo que no he visto en otros ojos.

No hacia mí.

Nadie me había mirado así. Esas miradas fogosas, profundas, leyendo cada línea de mi rostro.

Esas miradas perdidas que ahora solo habitan en mis recuerdos.

25
Corazón loco

Rafa, el vecino decepcionado



La noche ha sido una auténtica movida; cuatro salidas lo confirman. Todas han acabado bien, o como se suele decir, lo mejor posible dentro de lo que cabe: Daños materiales, compañías de seguro que no estarán de acuerdo con mi definición de bien, pero, si contamos las vidas que han estado en peligro y, aun así, no hemos perdido ninguna, diría que ha ido fenomenal. Incluso me ha dado tiempo a dormir una breve siesta por la mañana antes de que vinieran los niños de la escuela de Eva y Tina.

Tina… Mi cruz; mi potro de tortura. Esos latigazos continuos que me arañan la piel y me destrozan el alma, cada vez que me azotan con el recuerdo de sus manos en mi cuerpo. Da igual la parte que sea, todas tiemblan cuando la pienso.

¡Qué iluso he sido!

Cómo me ha engañado con su cara de niña buena y ese cuerpo de infarto que tiene. Cómo he caído en su trampa, en esa mina que ha escondido tan eficazmente bajo esa capa de candidez e inocencia, y me explotó encima en cuanto profundicé en ella. Mi

cuerpo ya no me responde, y mi mente se ha ido con él a ese mundo imaginario donde solo existimos ella y yo y la música de nuestros latidos, que hipnotizados por la melodía nos hace danzar y danzar fundidos uno en el otro, ávidos de deseo.

Joder, la decepción no duele, quema. Me calcina como ese papel en la hoguera de mis pensamientos. ¿Por qué? ¿Por qué me mintió? ¿Por qué me tragué de un tirón todo lo que me dijo? Su timidez, esa frescura y falsa inocencia con que me miraba, su modo de sonrojarse, las caricias que me ponían a cien, aquel baile erótico que fue directo a mi corazón como una flecha al centro de la diana, y ahora no hay Dios quien me la quite. Ni el mejor cirujano del mundo sería capaz de extraer la punta de esa flecha, con todo el veneno que ha dejado en mi interior y que me está matando muy lentamente.

Agonizando estoy ya, de tanto pensar en ella.

Llamadme exagerado, pero han sido más de seis meses soñando tocarla, besarla. Ciento noventa días deseando ser quien estuviera entre sus brazos y no esa almohada insulsa que la tiene todas las noches, y cuando lo consigo, dura un instante. Un momento fugaz que durará una eternidad en mi memoria, aunque desde entonces vague perdido en el limbo de su recuerdo.

Sin duda es una actriz excelente, y eso tiene mucho mérito. O a lo mejor soy yo el fan deslumbrado por su estrella, tan ciego de deseo que no ha visto más allá de las apariencias. Un imbécil más, que piensa con la cabeza de abajo en vez de con la de arriba. También es posible, pues llevo demasiado tiempo sin estar cerca de una mujer y eso me ha hecho ver gigantes donde hay molinos.

Mi turno acabó, hoy no he estado las veinticuatro horas, ya que es miércoles y esta vez descansamos un día menos. No me importa, mi trabajo me gusta y, de ese modo, al no estar en casa no pecaré de nuevo.

Demonios, es que es una tentación muy grande, es pisar el suelo del piso y mis ojos irse hacia su ventana. No preguntan; no avisan; simplemente se van.

La observo comer, ir hacia la cama y hundirse en ella, hasta diría que parece triste. ¿Lo habrá dejado con ese hombre? ¿Le habrá

explicado lo nuestro?

Pero ¿qué es lo nuestro?

No somos amigos ni novios. Solo somos caricias en el aire, dos bailarines desconocidos que danzan al ritmo de los latidos de su corazón. Podríamos haber sido fuego en la piel y agua en el alma; pasión y calma, si no la hubiera visto con aquel tipo, pero por desgracia la vi. Lo que no entiendo ni entenderé nunca, es por qué me dio el número de teléfono si no quería que se alargaran esas clases de amor que estábamos practicando. Parecía estar muy motivada, me seguía el juego mientras yo improvisaba con un entusiasmo fuera de lo habitual en mí. Estaba tan metido en mi papel que no vi que me usaba como herramienta para un fin: aprender a amar para practicar después con la persona que realmente quieres, porque te da vergüenza reconocer que no tienes experiencia y utilizas a un extraño para conseguirla.

Si es que eso fue cierto, porque cómo habéis podido comprobar la lista de dudas de mi cabeza es tan larga como la muralla china, y la primera que hay apuntada es esa historia dura y cruel, que me hizo replantearme el mejor fin de semana de mi vida.

Sin embargo, para este corazón loco, no tiene sentido.

Sigue creyendo en su inocencia, en que tiene que haber una explicación para ese abrazo, esos besos con tanto entusiasmo y esa risa alegre que inundó su rostro de pura felicidad. La verdad sea dicha, si ese hombre fuera su novio, ¿por qué no lo he visto antes?

Otra duda más baila delante de esa bruma incierta que me acosa desde hace días.

Abro la puerta de mi apartamento, y como preveía miro hacia arriba, hacia ese lugar que me dio el placer más grande que nunca he vivido y que mi cuerpo añora con tanta intensidad como mi cabeza. No la veo. La busco entre los rincones del alojamiento con desesperación, con ese «mono» que tiene cualquier adicto a ese subidón que te da lo que más deseas. Desisto, alicaído, después de un par de minutos buscándola y me voy al cuarto a por las otras dos mujeres de mi vida, las que sí me quieren, aunque Luna aún no sepa decirlo.

—Te he preparado la cena por si tienes hambre y quieres comer antes de que venga.

—¿A dónde vas?

—Quiero salir un rato a despejarme, darme una vuelta, tomarme un refresco en una terraza y respirar la contaminación de la ciudad. Lo que sea con tal de salir a la calle.

—¿Sigue llorando?

—Ya no tanto. Esta mañana ha dormido dos horas seguidas y esta tarde una. Aun así, a pesar de que hemos dado un paseo por el barrio, necesito ir sola. Caminar, mirar tiendas, pensar en algo que no sea ella. Volveré pronto, te lo prometo.

—No te preocupes, sabré apañármelas con ella. Entiendo tu frustración, tus ganas de despejarte. —Le doy un beso en la frente, me abraza y le peino el pelo—. Volverás a ser feliz. Las malas rachas siempre pasan, pero no hay carretera sin curvas que atraviese una montaña. Si quieres llegar a la cima y ver el paisaje, hay que tener la paciencia necesaria para circularlas, pues al final, el destino merece la pena.

—Lo sé. Soy consciente de que estoy viva y he de seguir caminando, aunque la carretera no sea una línea recta llena de estabilidad y armonía. Ser joven es una virtud, por eso voy a luchar por mantenerme a flote en este mar rabioso que se ha convertido mi vida.

—Y yo estaré a tu lado para cogerte de la mano cuando estés cansada.

—Y yo también voy a agarrarte a ti, por si te equivocas de camino. En el tiempo que he estado tranquila, he escrito varios currículums y me voy a dedicar a repartirlos por el barrio. Voy a luchar por mi hija y por mí, pero también por ti, ya que te has rendido ante el tuyo.

—No sé de qué me hablas.

—Consejos vendo que para mí no tengo. Te quiero muchísimo, Rafa. He tenido la gran suerte de tenerte como hermano, padre y amigo. Por eso ahora deseo con todas mis fuerzas que también seas hombre, y que esa mujer con la que sueñas cada día sepa lo

afortunada que es; o sería, si se quitase esa venda de los ojos. Los dos estáis ciegos, en cambio, seguís mirándoos.

—Siento decepcionarte Silvia, pero nadie me mira.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Tuve un rollo de dos noches, algo que para mí fue más que para ella. Aposté a una baza, la jugué a sabiendas que podía perder, pues éramos dos desconocidos que jugaban a amarse y, aun así, lo aposté todo a ese sentimiento que nacía en mí. —Alzo los brazos con desgana—. Perdí, Silvia. No todo el mundo tiene suerte cuando apuesta en la ruleta, y yo me arruiné en dos tiradas.

—Tal vez no haya acabado la partida. A lo mejor solo es un descanso, un: necesito hablar con amigos antes de apostar de nuevo.

—Sé lo que vi, hermanita, me pellizqué y dolía. No estaba durmiendo ni era una pesadilla más, la imagen era real como la vida misma, y como tal: cruel, amarga y desgarradora.

—Y a menudo engañosa —insiste.

—Lo que tú digas —me rindo.

No tengo ganas de discutir por algo que no tiene solución. Por mucho que me guste, me niego a ser segundo plato de nadie. Y menos de ella que, si por mí fuera, viviría eternamente en su cuerpo.

—Me voy. Pórtate bien —dice medio en broma. Le doy la espalda para irme a la cocina, cuando de refilón me parece verla mirar hacia mi infierno, quizá buscando a esa diablilla que absorbió mi alma y la encadenó a su casa; mi purgatorio particular.

—Llámame si te pierdes y salimos a buscarte. —Me doy la vuelta y se gira hacia mí.

—El móvil tiene GPS y me sé la dirección de tu casa. Recuerda que soy de este siglo, no como tú, que te pierdes en tu mundo de desamor en plan Shakespeare. —Resoplo con resignación, la única dramática y soñadora que hay aquí es ella, yo lo tengo bastante claro. Precisamente, lo que soy es realista.

26
Secretos que queman

Rafa, el vecino enamorado



Tras un espacio de tiempo indefinido entre la cena, el llanto de Luna, los mimos y abrazos que le doy, las miradas perdidas hacia la ventana y la desilusión que invade mis pensamientos, me quedo dormido en el sofá con mi sobrina encima del pecho.

El jueves pasa sin pena ni gloria. Silvia echando currículums en las tiendas, yo estudiando y controlando a la niña. Mis pies se han aliado con mi mente y, de vez en cuando me sorprendo al lado de la ventana volviendo atrás en el tiempo. A ese fin de semana bailando en su cintura, moviendo sus caderas pegadas a las mías, deslizando mis dedos por ese hermoso y suave cuello o respirando el aroma de su cuerpo, navegándolo con mis manos y mi lengua tan despacio, que duele al recordarlo. Los golpes son tan certeros que me noquean en tres minutos y me alejo. Pero el ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, y yo soy tan idiota que repito unas cuantas más.

Por fortuna, el día terminó y esta mañana me he levantado con ganas de salir a correr, descargar la tensión respirando el aire del

mar.

Me bajo del transporte público y estoy a punto de ponerme a ello cuando el teléfono suena.

—¿Estás en casa?

—No. He salido a correr.

—Vale. ¿Quedamos esta tarde en la puerta del colegio y nos tomamos algo? Eva quiere ir a ver a Luna.

—¿Y por qué no venís a casa directamente?

—Porque así nos tomamos algo antes, ya te lo he dicho.

—Ya. ¿Y no podemos quedar en otro sitio, tiene que ser en el colegio?

—Vamos, hombre, tenéis que hablarlo. No puedes dar por hecho algo sin escuchar la versión del acusado, no eres un juez ni un verdugo. Si sientes algo por ella, y creo que sí, debes oír su alegato antes de dar la sentencia final.

—¿Tú también crees que lo he soñado?

—No sé quién más está de mi parte, pero Eva dice que desde el martes está muy rara. Come como un pajarito en los descansos y ríe sin abrir la boca. Y yo me pregunto: ¿será por qué algún idiota descarriado cree que le ha mentido, pese a que no se han prometido nada?

—No hacen falta promesas, los gestos lo dicen todo. Tú no la viste y sentiste; no hablaste de todo y de nada; no abriste tu corazón a esa desconocida. Sabes que no suelo hablar de mi vida con nadie, que hay algunos compañeros que conocen lo justo de mí.

—Tampoco es que le contaras gran cosa. ¿Acaso le hablaste de tu hermana o de tu sobrina? No. Le explicaste una infancia feliz y un curro de bombero que te otorga muchos días libres, a cambio de una peligrosidad, llamadas de emergencia y turnos dobles. Le contaste tu día a día porque es tu mayor temor; ese de que no quieran ataduras con alguien que pone en peligro su vida por salvar la de otros, pero no le dijiste que la observas cada vez que abres la puerta desde hace seis meses, que la quieres a escondidas cuando nadie te ve. —Trago saliva, bajo la cabeza, doy una vuelta sobre mí mismo y asiento. Joder, tiene razón, no he sido totalmente sincero con ella, solo le he dicho verdades a medias.

Pero ¿qué pensará de mí cuando sepa que es la primera persona que veo cuando me despierto y la última cuando me acuesto, y que entremedias le hago el amor en sueños? Que me quedo embobado cada vez que la contemplo mover el culo con esa gracia única que tiene, o que se me cae la baba cuando lame la cuchara del helado mientras ve una de sus películas favoritas.

Joder, creerá que soy un pirado, un capullo integral que está obsesionado con ella.

—No sé si es muy acertado contarle que la deseo desde hace ciento noventa y seis días. Igual me toma por un loco…

—¿Enamorado? —me interrumpe.

—¿Obsesionado?, ¿peligroso?, ¿un acosador pirado? —rebato aterrado por la imagen que pueda tener de mí, después de mi confesión.

—Eres bombero, tu jornada laboral la pasas ayudando a personas que no conoces, y si ha hablado contigo tres conversaciones, se daría cuenta de que no eres capaz de matar ni una mosca. No me jodas. —Miro al cielo, a dos parejas que cruzan la calle y a unos ancianos sentados en un banco.

—Está bien. —Total, ya la he perdido, peor no puede ir—. Estaré allí a las cuatro y media.

—Ese es mi chico. —Puedo oír su alarido de triunfo al otro lado de la línea; el cabrón tiene una labia que asusta, es capaz de convencer a un ateo de que compre la Biblia—. Sé puntual.

—Sí, mi cabo.

—Tu «leches».

—Pues sí, mi «leches». Con tu permiso, me voy a correr.

* * *

Puntual como un reloj suizo, con las manos sudorosas, la respiración entrecortada y más dudas que arrugas en la frente cada vez que pienso en ella con una sonrisa dulce y colosal saliendo de la enorme puerta que hay en la entrada, busco a mi amigo entre los padres. Al fondo, veo su brazo en alto moviéndose para llamar mi atención.

—¡Qué guapo! —dice cuando me aproximo a él.

—Llevo unos vaqueros de hace cuatro años y una camiseta blanca sin ningún tipo de floritura. No me jodas, capullo —impugno su comentario.

No le pienso contar que es la quinta muda que me he probado antes de decidirme por esa, que he vaciado el gel después de frotarme y frotarme el cuerpo como si tuviera pulgas porque me dijo que le encantaba la fragancia de mi piel, y teniendo en cuenta que nunca me echo perfume, he deducido que sería por el gel de baño. Ya no sé qué más hacer para gustarle, para que se fije en mí y me escuche sin salir corriendo cuando le explique mi comportamiento.

Las vemos salir hablando con un hombre y dos mujeres, y ese órgano que nadie entiende, que igual nos da la vida que nos la quita, palpita acelerado.

—Ya verás la ilusión que le va a hacer a Eva cuando me vea. Siempre me pide que vaya a buscarla en los días de descanso, pero me lío a hacer cosas en casa y lo hago una vez de vez en cuando. —Sonríe pensando en su cara de alegría. Le doy un empujón por la cara de bobalicón que pone y me mira de un modo fraternal—. Ya me entenderás cuando aceptéis lo que sentís y no os separéis más que para trabajar o quedar con los amigos.

Con nuestras bromas, no nos damos cuenta de que han salido del colegio y las perdemos de vista. Nos giramos y entre la multitud de niños, padres y el bullicio que forman no las encontramos. Segundos de desconcierto hasta que al fin las veo.

—¡Allí! Van con aquel hombre conversando calle abajo. Vamos, que se nos escapan —grita Andrés dándome un leve manotazo en el brazo.

—¿Van hacia aquel bar? —dudo por la dirección que toman y Andrés se encoge de hombros. Conozco a Eva desde hace años y no suele quedar a tomar algo sin avisar primero a su enamorado bombero.

—Parece que sí. ¿Qué estará tramando esa cabecita? —Nos miramos extrañados—. Es raro que Eva no me haya comentado nada, si hace cinco minutos me ha enviado un mensaje diciendo lo

de siempre: «¡Por fin es viernes!», y tras él, mi comentario tonto que no te pienso decir cuál es. —Lo miro y nos reímos.

—Habrá sido algo improvisado —comento quitándole importancia.

—Obvio, ya que es ella la que ha insistido en ver a Luna esta tarde.

Nos acercamos al local sin saber muy bien si entrar o esperar a que salgan, pues estábamos a bastante distancia y ya les han servido los refrescos a ellas, y la cerveza a él. Entonces, Eva se levanta amenazando con el dedo al tipo, que se ríe y le guiña un ojo con aires de embaucador. Se va hacia el interior y Tina aprovecha para revisar unos mensajes en el teléfono. Damos dos pasos, cuando nos fijamos en que el tipo acorta distancias con mi querida vecina. Me tenso, no me gusta ese repentino acercamiento.

Andrés me mira al observar cómo le coge la mano a Tina y la mira como un hambriento un trozo de pan, creo que hasta se le cae la baba y todo. Giro la cabeza para irme. Quizás estén tonteando, ya que ella no ha apartado la mano y, si está ligando con él, yo no hago nada aquí. Sin embargo, Andrés me detiene.

—No es oro todo lo que reluce, mira.

La cara de Tina es una tragicomedia en versión cine mudo, pues no abre la boca. Exaltada, se levanta para irse y él la sigue. La detiene en la puerta, le dice algo al oído, ella le contesta y, acto seguido arrima su boca a la de ella, antes de que le dé tiempo a reaccionar.

—La está besando, Andrés. ¿Qué quieres que haga? ¿Me pongo en medio y me uno a la fiesta? —Maldigo en mi interior por mi gilipollez, por seguir dándole vueltas a una historia que no llegó a existir, que fue un oasis en el desierto de mi vida amorosa y el clima tan cálido me abrasó las neuronas, expandiendo el calor hasta zonas que no estaban acostumbradas a esas elevadas temperaturas—. No soy masoquista, tío y no me van los tríos. Me gusta, pero no me arrastro por nadie.

—Eso, cegato. ¿No lo ves? Un beso es cosa de dos, lo otro es abuso.

Tina lo empuja con todas sus fuerzas y le da un bofetón de los que suenan y te dejan huella; no solo en la cara, también en la

memoria.

Él se frota la zona, dolorido e impresionado por su respuesta, pero también confundido como si no se lo esperara.

Mi mirada se desplaza hacia ella, que más que correr vuela y después, miro a Andrés. No sé si salir tras Tina y abrazarla, que me mire a los ojos y entienda que no todos los hombres somos iguales, pese a que en estos momentos tenga argumentos suficientes para pensar todo lo contrario. Convencerla de que me gusta más de lo que quiero confesar, y no es solo por este fin de semana, si no por los meses que hace que la venero desde la distancia como a una diosa. Pero esa vocecilla inoportuna y malévola me recuerda que hay otro hombre en su vida al que sí deja que la bese y la abrace, y sé que no es su hermano.

Sigo la escena inmóvil al fijarme en la expresión de mi compañero, que me da que no va a ser tan benevolente con el imbécil ese, puesto que Eva ha salido a tiempo para ver el incidente y le ha dado otro guantazo al tío. Andrés ha volado hasta allí y yo, no tengo más remedio que ir tras él por si acaso.

Él es mi amigo, mi cabo, y ella y yo…, ¿qué somos?

Le coge del brazo cuando el hombre iba a protestar y a encararse con Eva.

—Ni se te ocurra, o la siguiente mano que se estampará en tu cara será la mía. —Lo reta con la mirada, poniéndose en plan gallito por su altura, aunque la complexión de mi amigo es mucho más fuerte. Carraspeo para hacerme notar, dirige su vista hacia mí, que me acerco más a su altura y resopla.

—Tranquilos. Soy pacifista, ¿vale? Me gusta Tina y creía que ella sentía lo mismo. Nada más, no soy de los que fuerzan a las mujeres. Puede que la haya malinterpretado, pero ella tampoco es una santa. Me reía las bromas y pensé… —Frunce el ceño y menea la cabeza—. Joder, ¿qué habríais hecho en mi lugar?

—¿Preguntarle? —responde Eva furiosa—. Eres un ególatra superficial, Quique. Se te veía venir a una legua, lástima que ella estuviera pensando en otra persona y no se diera cuenta, de ahí su frustración y su huida. —Ahora al que lanza una llamarada es a mí.

El profesor da un paso atrás y se va sin decir nada, alzando los brazos y negando con la cabeza. Cobarde. Menudo patán de mierda.

—¿Qué hacéis aquí? —Ahora nos toca el rapapolvo a nosotros.

—Hemos venido a buscarte. Querías conocer a Luna, y pensé que era un buen momento para intentar un acercamiento. —Me mira y le guiña un ojo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¡Qué inoportunos! —Le da un empujón a su marido, dos manotazos y después, un beso tierno con una sonrisa resplandeciente.

Se miran durante un minuto y yo me rasco la nuca. No entiendo a las mujeres, parecía tan enfadada, un perro sabueso al que le quitas su hueso y sería capaz de morderte si no se lo das. Y de repente, el enfado se desvanece con un beso.

—¿Por qué no me dijiste tú que ibais a quedar con ese chulo de pacotilla?

—Porque creí que podría solucionarlo yo sola, pero el embarazo me agota y eso de ir al baño cada media hora me tiene frita. El sinvergüenza ha aprovechado el instante para intentarlo sin tenerme a mí de carabina. —Andrés le coge de la cintura y le besa la frente —. Se lo dije, Andrés, se lo dije. La avisé, pero no me creyó. Pensó que era una exagerada, una mal pensada, que él solo quería ser agradable con ella. Maldita sea, es tan ingenua en este tema que me horroriza que le hagan daño, y la única persona que podría hacerla feliz está completamente empanado.

Me tocó.

Sus preciosos ojos marrones se clavan en los míos con tanta rabia que no soporto la presión y bajo la cabeza. Algo me dice que me he equivocado en todo.

Pero entonces, ¿quién era ese hombre atractivo con el que compartió esas espontáneas risas?

—Voy a hablar con ella, sé dónde vive. Le pediré perdón las veces que haga falta —digo preocupado, marchándome a paso ligero en su dirección.

—¡No! No ha ido a su casa, Rafa, habrá ido directa al club. Sus amigas cantan allí los viernes y sábados. Marga; la camarera de la

cafetería y ella, las maquillan antes del espectáculo. Así que hasta mañana ya mejor no hablar del tema, porque después de esto…

—Habrá reunión de urgencia —susurro entre dientes y maldigo no haber salido corriendo tras ella antes, pero las jodidas dudas me atenazaron durante esos primordiales instantes.

27
Reunión de urgencia

Tina, la mujer ingenua



Corro tan rápido como las piernas y la visión me lo permiten, que empañada por el agua que cubre mi lagrimal, no me deja ver a la gente que pasa por mi lado, que se cruzan conmigo y me miran como si estuviera loca.

Aunque, no es del todo mentira, pues algo desquiciada sí que estoy.

Joder, ¿qué ocurre, acaso llevo un cartel en la frente que ponga que soy un juguete? ¿Cómo puede ser que solo se acerquen a mí los hombres que quieren sexo y ya está?

Demonios, ¿por qué no intentan conocerme primero?, a lo mejor les gusto. Pero no. Lo que buscan es jugar conmigo, aprovecharse de mi cuerpo, y luego, si te he visto no me acuerdo. Como Ramón en el instituto; como Rafa este fin de semana, y ahora, la simpatía de Quique también resulta que era por eso. No es que yo sea una ingenua, es que todos son iguales. Diferente carácter, distinto procedimiento, pero el final es el mismo: meter el palo en el agujero.

¿Tenía miedo a sentir?

No. Más bien miedo a sufrir, a acabar con el corazón hecho añicos, que es como ha quedado.

Cansada, con las piernas temblando y el corazón encogido, llego a la cafetería. Marga abre la boca al verme la cara desfigurada por la ansiedad y la maratón que he hecho. Debe ser horrible porque mira a su jefa, luego al reloj de la pared, pues faltan diez minutos para que termine su jornada.

—Vete, ella te necesita más que yo. —La mujer le da un golpe en el hombro, y a mi rubia le falta tiempo para quitarse el delantal y salir corriendo a por el bolso.

Me coge de la mano y andamos hasta un parque cercano. El sonido de mis gimoteos se mezcla con el del tráfico y los ruidos ininteligibles, que salen de la boca de mi amiga durante el trayecto sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Qué coño ha pasado? ¿Ha sido el puñetero bombero?

—No. Sí. Son todos, Marga. ¡Todos! —grito alzando los brazos y llorando de nuevo.

—Respira, nena, respira. —Me abraza y me pierdo un par de minutos en ese abrazo entre hipidos.

Más calmada, le cuento las intenciones de Quique. Cómo ha sobrepasado los límites del compañerismo y una posible amistad, y se ha adentrado en un supuesto rollo pasajero de una noche que solo ha visto él. Algo que daba por supuesto que yo querría y que ni siquiera he dado pie; o no he sido consciente de que lo hacía.

Y ahora me diréis que Eva me advirtió de que era un donjuán, un vividor despreocupado, pero no hice caso.

¿Qué queréis que os diga? Todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario. O eso dicen. Lo malo es que al final tenía razón, y yo sigo torturándome mentalmente.

—¿Sonreír y reír sus chistes tontos significa querer liarme con él? ¿En qué idioma? ¿Tan ingenua soy que, por intentar ser simpática y agradable con alguien, se malinterpreta hasta ese punto?

Ahora me siento mal por haber dejado sola a Eva con él; por bloquearme y solo pensar en huir. Llevo toda la vida corriendo, escapando de esas personas que solo buscan hacerme daño, crearme más inseguridades y complejos como si no tuviera ya

suficientes. El problema es que tengo las zapatillas desgastadas de tanto correr; que no soy Forrest Gump; que no solo estoy agotada físicamente, también mentalmente, y ya no puedo más, me ahogo.

Rafa ha sido la gota que colma el vaso, me ha hundido en un pozo sin fondo y no sé nadar. Nadie me enseñó, y ahora el miedo no me deja levantar la cabeza.

—El profesor es imbécil, pero no lo ha hecho por maldad, es así por naturaleza. —Me seca las lágrimas con el dedo y me obliga a mirarla—. Un tío que está aquí y allá, que vive la vida viajando de un lado a otro no se para a pensar en los sentimientos profundos. Lo único que busca es pasar un buen rato con alguien que le gusta. No fuerza a nadie, pero lo intenta con todas las artimañas que tiene a su disposición con esas mujeres que le entran por el ojo.

—Lo sé. Sé que lo ha hecho sin malicia, que no ha sido por hacerme daño. Pero ¿por qué yo?

—Por esa carita que tienes tan mona. Llevas escrito en la frente que tu corazón es puro y tus curvas recién asfaltadas. Eso no lo hace mal tío, sino un vividor, un nómada seductor que acabará solo en algún rincón del planeta habiendo vivido mil vidas y ninguna completa.

Suspiro. Hablar con ella siempre es reconfortante, como un masaje corporal con esos bichos que te chupan el dolor. Ella no lo absorbe, lo escupe; bastante tiene con el suyo para quedarse con el de los demás. Pone la música de *Me gusta la vida*, de Funambulista, que a menudo cantamos después de unas copas en su casa o en la mía. Esa canción siempre nos ha regalado buenos momentos, algunos divertidos y otros que no recordamos por la cantidad de alcohol ingerido.

No penséis que soy una santa, católica y apostólica, no, solo tengo mala suerte con las personas que entran en mi vida. Da igual que lleven mucho tiempo o acaben de llegar, el noventa y cinco por ciento de ellas me decepcionan. Eso sí, el otro cinco por ciento valen más que su peso en oro.

Juntas de la mano caminamos hasta el club. Nuestros amigos aún no han llegado por lo que nos vamos a cenar al restaurante de

enfrente. Veo cómo Marga envía un mensaje al grupo donde pone: «REUNIÓN DE URGENCIA» en mayúsculas.

—A ver lo que tarda Manu en aparecer. —Me guiña un ojo y llama al camarero—. ¿Apostamos?

—Teniendo en cuenta el trayecto de su casa aquí, podrían ser unos… ¿quince minutos? —Le sigo el juego sin mostrar ninguna emoción.

—Yo digo diez, despeinado y sin chaqueta. —Se ríe, la muy bruja, y no puedo evitar pensar que he perdido la apuesta, pues lo conoce mejor que yo.

Manu está tan necesitado de afecto como nosotras, la diferencia es que el mide casi dos metros, pesará casi cien kilos y uno de sus brazos son como mis dos muslos. A él no se le nota la tristeza, a no ser que profundices en su mirada, y desde que apareció el hombre del traje gris, aún cuesta más encontrarla.

Pedimos la cena y tres cervezas. Apenas han mojado la mesa con la humedad del vaso cuando nuestro corpulento amigo entra por la puerta con el pelo alborotado, unos pantalones de pinza y una camisa blanca remangada, abierta del cuello hasta el canalillo. El eco de nuestras risas lo descolocan y nos riñe con esos ojazos oscuros que, en lugar de amedrentarnos agrandan más nuestra risa.

—Muy bonito. Queréis que me dé un infarto para heredar mis bienes. Gracias, «amigas», por ser tan retorcidas. —Se sienta sin darnos dos besos de saludo y se cruza de brazos enfurruñado.

—Noo. Hemos apostado la cena a ver cuánto tardabas en llegar y cuál sería tu apariencia —digo a modo de disculpa, frenando la risa que tanta falta me hacía y que solo ha salido al verlo aparecer, tal y como había vaticinado Marga.

—A ver, niña, si pones reunión de urgencia es para salir corriendo. Si además es en mayúscula, hay que volar, y como el helicóptero lo tengo estropeado, he cogido cualquier cosa del armario a la carrera y me la he puesto en el ascensor.

—Lo siento, grandullón. —Marga le da un beso sonoro en la mejilla colgándose de su cuello como una niña pequeña—. Mi intención era hacerla reír, su cara de zombi me estaba retorciendo el estómago. Soy débil, no puedo verla sufrir.

—Ya. Tú débil, y un cuerno. ¿Quién cojones se ha muerto para que me hayáis hecho esta jugarreta?

—Mi corazón y mi cabeza. Puede que mi cuerpo entero.

Me giro hacia el cristal, fijándome en dos parejas que entrelazan sus manos y conversan felices mientras andan, y la melancolía me envuelve de nuevo humedeciéndome los ojos.

—¿Qué ha hecho el bombero cañón esta vez?

—¿Por qué tiene que ser él? —protesto, retándolo molesta.

—Porque es por quien late tu corazón, y la cabeza lo acompaña poniendo un pensamiento en cada latido. Si ha muerto, he de entender, que el que ha disparado ha sido él. —Se bebe la cerveza casi de un trago y le pide otra al camarero con un plato de espaguetis a la carbonara—. Necesito hidratos de carbono para hacer de sacerdote en un confesionario. A ver, canta, jilguero.

—Pues esta vez no ha sido él, ha sido un profesor egocéntrico que no ve más allá de sus pelotas. Aunque, también es verdad, que el bombero con su disparo me dejó herida de muerte el otro día cuando vi que tenía un hijo. Aun así, hoy ese estúpido órgano que tanto me odia, ha expirado su último aliento con el último macho cabrío que se me ha puesto delante. Y ahora —bebo lo que me queda en el vaso para tragar el nudo que se me está formando en la garganta de nuevo—, ahora soy solo un zombi que vaga por el desierto de asfalto sin rumbo fijo.

—Espera espera. ¿Un hijooo? La hostia, esto es un culebrón de primera. Y, ¿por qué yo veo este capítulo ahora y no cuando lo dieron en *prime time*?

—Porque me enteré el miércoles y no quise fastidiarte tu cita con Esteban. Por cierto, ¿cómo fue?

—Larga y maravillosa, como cierta parte de su cuerpo. —Esa risilla dice más que sus palabras, y estas han dicho mucho.

—¿Te acostaste con él? —indago, sorprendida.

—No, nos pusimos a cuatro patas en el sillón del comedor, pero te aseguro que fue más excitante de lo que recordaba. Claro que, con él, un simple beso ya ocasionaba fuegos artificiales, imaginad el derroche de pirotecnia que iluminó el piso cuando pasamos a escenas de tres rombos. Aunque en estos momentos es más

importante conseguir que dejes de llorar por el hombre de tus sueños, que mi vida sexual con el de los míos —indica mirando mis lagrimones, que por inercia vuelven a bañarme el rostro.

—A ver, viejas del visillo, centrémonos —nos riñe la rubia en como si fuera un general del ejército—. Rafa está colgado de ti, más que Spiderman de su telaraña. Ya te lo he dicho tres veces, a lo mejor es una amiga que tiene un hijo, se ha peleado con el marido y no tiene donde quedarse. Él es un buen samaritano y le ha ofrecido su casa.

—Claro, y llueven pétalos de rosa en Sant Jordi porque es el día del libro; los dragones son bichitos que vuelan y la magia está en las estrellas, que cuando las miras se iluminan al verte. Marga, cariño, que la niña es tonta, pero no tanto.

—No nos olvidemos de que duerme en el sofá, cura de pacotilla. ¿Así es como pretendes reconfortarla?

—En realidad, no lo sé, porque no me quedé a averiguarlo. —Vuelvo a mirar hacia la calle y comienzo a ver movimiento en la puerta del club—. Anoche también me acosté pronto y él estaba en el sofá con el bebé durmiendo en su pecho. Creo que los dos se quedaron fritos, pero la verdad del cuento es que no sé dónde duerme, lo que sí puedo asegurar es que su apartamento tiene una habitación igual que el mío.

—Y ella, hecha un mar de lágrimas corre a la suya y se esconde bajo las sábanas para no ver su lado más tierno con el bebé, que puede no ser suyo, pero no deja de ser una bolita de carne achuchable. —Marga mira hacia el techo y resopla.

—Ay, mi pequeña Correcaminos, qué daño te hizo el mameluco aquel que no llegaba a Coyote. Y no por desvirgarte de esa forma horrible, sino por robarte tu autoestima.

—Si él fuese el único que me ha robado algo. Pero por desgracia, no hay un ladrón en mi vida, hay una organización entera bien distribuida por cada año de experiencia —digo, resignada a mi mala fortuna.

—Todos tenemos un pasado, Tina, lo que debemos construir es un futuro. Uno donde seamos felices y estemos orgullosos de serlo. —Manu me aparta el pelo de la cara—. Siempre habrá cabrones que

ataquen nuestra fortaleza, de nosotros depende que derriben los muros.

Alza el brazo y le hace una señal a Ruth, que con un silbido que traspasa el cristal avisa a Corina y, un minuto más tarde, están sentadas en nuestra mesa. El ambiente cambia a uno más alegre cuando esta última cuenta lo que le ha sucedido subiendo las escaleras del metro. Resulta que un pibón, según ella, le ha piropeado a la vez que tocaba su guitarra, y cuando le ha ido a echar unas monedas para agradecérselo, le ha contestado que mejor le pagase con un beso.

Exultante es quedarse corta para expresar el brillo que luce su rostro.

—Buenísimo. El mozo estaba para tatuarle mi nombre en el cuello con las uñas, y que cada vez que se viera al espejo, se acordara de esta gata salvaje.

—Exagerada —dice Manu metiéndose el último tenedor lleno de espaguetis en la boca.

—Ay, guapo, si lo hubieras visto.

—Hablando de guapos. ¿Hoy viene Esteban? —pregunta Marga.

—Me ha dicho que sí, que no se perdería por nada del mundo mi actuación.

—Menos mal que alguien tiene suerte en el amor, empezaba a pensar que era una epidemia y que nos íbamos a contagiar todas —suelta Ruth con descaro.

—No cantes victoria, que solo llevan dos días —apunta Marga con ese tono escéptico que la caracteriza cuando hablamos de este tema.

Pagamos y nos vamos al club. Entramos por la puerta de atrás como siempre, se cambian tras los biombos y preparamos nuestros potingues para maquillar a las chicas. Marga tiene su propio maletín con el nombre grabado y cerrado con llave, para que no le quiten las pinturas en uno de los armarios del camerino.

La noche empieza con la actuación de Manu que, con una dedicatoria muy especial hacia cierta jovencita que se emociona al oírla, canta *Sobreviviré,* de Mónica Naranjo, a pleno pulmón. Llamadme tonta —es posible que lo sea—, pero me ha parecido un

detalle hermoso y, por más que lo he intentado, las lágrimas han seguido cayendo durante toda la canción.

Es tan oportuna que podría ser la banda sonora de mi vida.

Tras él, Ruth, con su garra inigualable y esa sensualidad que la precede, canta *Baila Casanova* de Paulina Rubio alborotando así el gallinero. Tiene al público a sus pies, a los hombres embelesados y a las mujeres aplaudiendo. Nosotras; Marga y yo, contemplamos el espectáculo desde la barra con un Blue Lagoon en la mano, sintiéndonos orgullosas de ser sus amigas.

No me he cambiado de ropa, ni siquiera he pasado por casa después de lo de Quique, y, aun así, me he fijado en que muchos hombres nos miran, nos repasan de arriba abajo como águilas al acecho. Marga me sonríe, me da un empujoncito y dirijo la mirada en la dirección que me indica. Allí está Esteban, sentado en la mesa de siempre, mirando embelesado a su amor que ahora sale a escena con otro traje y otra peluca, pero igual de imponente que la vez anterior. Esta vez canta con la voz más grave que tiene y bastante afinado, *Solamente tú* de Pablo Alborán.

Deja a todos pasmados cuando baja del escenario y pasea entre las mesas. Se entretiene en las parejas como si fuera una de esas personas que las forman y se la dedicara al otro. Lo felicitan, lo aplauden, se emocionan. Entonces, cruza la mirada con Esteban y el reloj se detiene en ese minuto intenso, donde él lo da todo y el otro lo recibe con un asentimiento de cabeza. Nos morimos de amor cuando se acerca a él y se sienta a su lado, le acaricia la mejilla, el pelo, acaba la canción y se besan. Allí, delante de todos, mostrando su amor sin ningún prejuicio ni pudor.

—Joder, qué intenso —comenta Marga con los ojos vidriosos, limpiándose las lágrimas que se le han escapado.

Yo, igual de emocionada aplaudo entusiasta como el resto de la sala, feliz de saber que mi amiga aún tiene ese corazoncito ahí escondido, en algún lugar de su pecho. Lo que me da esperanzas de que, para ella, no está todo perdido. Quiere a David, lo sé. Y David a ella, pese a esa relación tormentosa que han vivido.

Puede que yo no sea la más indicada para creer en el amor e intentar salvar la poca fe que me queda en él, pero me gusta ayudar

a esa gente que se preocupa por mí, ese cinco por ciento que haría cualquier cosa por hacerme sonreír. Así que, ¿por qué no? Será cuestión de idear una estrategia para que se vuelvan a encontrar, quizás encerrarlos en una habitación y tirar la llave durante dos días.

Una de dos: o se matan o se aman.

Esperemos que gane la segunda o seré cómplice de asesinato.

—Estoy de acuerdo contigo. —Doy un brinco. No sé cómo Manu ha aparecido a mi lado sin que lo viera, ni cómo sabe lo que estoy pensando.

—¿Cómo has hecho eso?

—Abu me ha dicho que necesitas ayuda, y teniendo en cuenta a dónde se dirigía tu mirada, que no era al bombero y su manguera, imagino lo que planea esa cabecita. Por eso, cuenta conmigo.

—Ya. Pues dile a tu abuela que no es tan lista, que se ha equivocado con esta señorita.

«Aunque las dos miremos al mismo lugar, por desgracia no vemos lo mismo si una tiene los ojos vendados. Hazme caso, niña, en la vida no hay errores, hay oportunidades que se pierden. Tú aún estás a tiempo de recuperar la tuya, pero no tardes mucho o alguien se te adelantará», pronuncia una voz en mi cabeza y no es mi conciencia.

28
Lágrimas de impotencia

Tina, la desconocida que lo ama



La mañana del sábado despierto con un nuevo plan en mi mente: conseguir que Marga acepte lo que siente por David y le dé una nueva oportunidad. No tengo el teléfono de ese hombre, y tampoco es que haya hablado con él más que tres frases y dos sonrisas, pero Manu sabe dónde encontrarlo. Conociéndolo, lo tanteará con un sutil interrogatorio, lo amenazará después, si cree que cumple los requisitos que pedimos para hacerla feliz, y por último lo abrazará en plan Tinky Winky; su teletubby favorito.

Los dos hemos vivido en nuestras carnes el malhumor de Marga y sabemos cuáles son sus puntos flojos, así que este ataque por sorpresa que estamos preparando, puede ser muy beneficioso para David, pero más para ella.

A pesar de que no lo reconocerá ni, aunque la torturen, estoy convencida de que desea más que nada en este mundo una persona que la abrace cada amanecer, y le dé un beso en la frente, la nariz y

la boca, antes de dormir. Eso sí, lo negará frente a un juez si hace falta.

Como ella dice cuando vemos una de esas comedias románticas en el cine, de las que terminas suspirando y con el corazón calentito, es una romanticona encubierta.

Mientras él prepara su estrategia, yo pienso en la mía. Debo llevar a Marga hasta esa cabaña en la montaña, donde va a pasar un fin de semana con el único hombre que puede darle el amor con el que sueña cuando nadie la ve, y recuperar lo que nunca debió perder: su futuro, esa felicidad que todos deseamos; que a veces hemos conseguido rozarla y que se nos ha escurrido entre los dedos antes de que pudiéramos saborearla.

Espero no equivocarme, y en vez de devolverles la vida que se merecen, acabe con una de ellas; que la loca de mi amiga puede ser muy bruta cuando se lo propone.

Sin querer o queriendo, no sé cuál es la verdadera razón, pero mis ojos se posan en la ventana, en ese infierno donde me torturo cada vez que lo veo cómo se machaca el cuerpo con el ejercicio, mete la cabeza en el portátil o sonríe a su hijo que lo mira desde el balancín. Le habla, le sonríe, lo columpia un poco y el bebé se duerme.

Desde luego, es igual de tierno, detallista y delicado que cuando me besaba o rozaba mi piel con la yema de sus dedos. Sin duda, todo un padrazo.

Una vez me ha parecido ver que miraba hacia aquí; debe haber sido el humo del café que me ha nublado la vista. A veces lo caliento tanto para que me reconforte con su calor en las manos cuando cojo la taza, que creo ver visiones entre lo que anhelo y el humo que la envuelve.

Realidad *versus* ficción. Esa es la cuerda donde paseo cada día desde las alturas de mi imaginación, sin arnés y sin ningún tipo de seguridad. Por eso, cuando me estrello, lo hago con todas sus consecuencias que, normalmente, me dejan al borde de la desesperación.

Después de mis desvaríos matutinos, de la limpieza semanal del piso y de comprobar que la nevera tiene más hambre que yo, pese a

que he desayunado un sándwich de pavo, me acerco al supermercado. Fruta, yogures, bandejas de pechuga de pollo, muslitos, algo de pavo y algún bistec de ternera. También pescado blanco y sardinas.

Voy llenando el carro con lo que necesito, hasta que me interrumpe una voz aguda, dulce y simpática.

—¿Sabes si son picantes? —La mujer me enseña una bolsa de aceitunas—. Estoy dando el pecho, y dicen que si comes picante le pasa al bebé por la leche cuando mama.

—Pues… —titubeo al comprobar que es ella; la mujer que está con Rafa; su amiga, amante o lo que sea. Entrecierro los ojos, y con toda la calma que puedo reunir, le respondo—: No tengo ni idea. Debería ponerlo en el dorso de la bolsa, ¿no?

—No lo veo. Llevo leyendo un rato, pero entre que la letra es diminuta y que debería ir al oculista, no lo veo.

—A ver, déjame mirar. —Le pido la bolsa, al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de que mi vecino perfecto, no lo sea. Sonríe, me la da y me mira, algo que me incomoda y hace que no vea las letras que intento leer.

—Mi hermano dice que la comida picante es buena para el cuerpo, que acelera el metabolismo y no sé qué rollos. Siempre está haciendo ejercicio por su trabajo que lo obliga a mantenerse en forma, y ahora también lo hace con Luna, mi hija de quince días que pesa casi cuatro kilos. Aunque creo que en realidad lo hace para no pensar en una mujer que lo vuelve loco. Ya sabes, cuando te gusta una persona y no se lo dices por temor a que no sienta lo mismo. —Ríe, inocente, como si lo que hubiera dicho fuese una tontería y, después, me guiña un ojo. Luego suelta la bolsa en el carro y se encoge de hombros.

Mi pulso se ha detenido. No sé si respiro, al menos durante unos segundos, lo que sí puedo asegurar es que no parpadeo, pero al verla alejarse salgo de mi aturdimiento. Las piernas me tiemblan al igual que la voz. Aun así, me arriesgo y la llamo.

—Perdona, ¿has dicho tu…, hermano?

—Sí. Es como mi ángel de la guarda; no sé qué habría hecho sin él cuando mi marido murió.

«¿Qué? Joder, ¿su marido murió? ¿En serio? Y yo quejándome de mi mala suerte», me riño mentalmente.

—Vaya…, lo siento. —Ahora es al revés, parpadeo tan seguido que creo que me voy a marear. Aun así, ella continúa hablando de…, ¿su hermano?

Madre mía, no me lo puedo creer. ¡Es su hermano!

—Se llama Rafa y vivo con él desde hace unos días. Es un cielo, a pesar de que su vida últimamente sea un infierno. Y apostaría a que es por esa mujer a la que adora, aunque ella no lo sepa. Pero para eso está su hermanita pequeña, a la que siempre ha protegido de todos los males de la Tierra, y que, a partir de hoy, le va a devolver la moneda. Lo va a proteger incluso de él mismo si es necesario. —Me mira como si me conociera, y yo no soy capaz de mantener esa mirada.

Me avergüenzo de mí misma y de lo que la he odiado desde el instante en que la vi, y, sin embargo, parece la persona más tierna del mundo; esa hermana que todos quieren tener y muy pocos pueden presumir de ello. Bajo la cabeza y cojo un bote de olivas negras, esas arrugadas que tanto me gustan y la vuelvo a mirar, todavía incrédula.

—Perdona, te estoy contando mi vida en el supermercado. —Hace ademán de irse y la freno.

—No, tranquila. Es que… —Mi cerebro aún está procesando la información. Lo sé, soy lenta también para eso.

—Disculpa, es que no conozco a nadie y, en serio, no quiero entretenerte con mis problemas. —Me parece ver una leve sonrisilla en su cara cuando se da la vuelta, pero como mi procesador sigue recuperando los datos que me ha dicho, no me atrevo a asegurarlo.

—Tu hermano; tu hija…

Cierro los ojos y maldigo mil veces en mi interior al aclararse mi mente espesa. No se estaba abrazando con otra, sino con su hermana. Ese bebé es su sobrina, y él… Él solo está cuidando de su familia. En cambio, yo…

¿Cómo puedo haberla cagado tanto?

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Sí sí, estoy bien. Supongo… Me acabo de acordar de algo. Perdona, pero me tengo que ir. Lo siento, espero verte más por aquí. No me refiero al supermercado, sino, bueno, ya me entiendes.

—Me gustaría. —Sonríe, y mis nervios me hacen salir corriendo de nuevo.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. —La sonrisa que deja entrever me hace dudar de si es pícara o tierna, pero tampoco me paro a analizarla mucho.

Voy a la caja rápida y pago la compra, corro con las bolsas en la mano y voy directa a la cafetería.

—¡Marga! ¡Marga!

—¡Tina! ¿Qué haces aquí? Tengo faena, nena.

—Lo sé, pero es importante.

—¿Qué te ocurre?, parece que hayas visto un fantasma. ¿Úrsula está haciendo de las suyas?

—No. Mucho peor. ¡Es su hermana! La mujer con el bebé es su hermana.

—Te lo dije. ¿Y eso no es mucho mejor? —Deja el trapo en la barra y me agarra el mentón.

—Nooo. Si no está liado con otra y no tiene una situación comprometida, ¿por qué no me llamó por teléfono? ¿Por qué no ha vuelto a quedar conmigo?

—Porque de repente, tiene que hacerse cargo de su hermana y no tiene tanto tiempo libre como antes. O porque es idiota y teme que no entiendas sus obligaciones para con ella. ¿Yo qué sé?

—O, porque solo quería follar conmigo y cuando lo consiguió, se olvidó de mí.

—O a lo mejor, la idiota eres tú que tienes tantos pájaros en la cabeza que no te dejan ver el cielo, y él solo estaba preparando otra velada para seducirte y enamorarte, pero las circunstancias han hecho que se retrase en su cometido. Puede que, incluso tenga más miedo que tú a que no sientas lo mismo que él.

—Eso es imposible. Aunque su hermana ha dicho que…

—¿Por qué es imposible?, ¿porque tú lo dices? Claro, como sabes tanto del amor gracias a todos esos libros que lees y las mil películas

que te has tragado estos seis meses, conoces cómo piensan los hombres.

—Joder.

—Jodida, diría yo. Estás jodida, no porque el bombero te haya puesto los cuernos, sino porque no tienes ni idea de cómo volver a verlo. Bueno, eso sí, mirando por la puñetera ventana.

Vuelve a coger el trapo de cocina y se va, mientras yo me quedo paralizada viendo cómo sigue con su vida sin saber qué hacer yo con la mía. Al menos respecto al amor.

Porque es amor, ¿verdad?

Esta punzada que me oprime el pecho, que me encoge el estómago y lo arruga hasta hacerse pequeño, es más que un deseo de que me abrace, de sentir su calor reconfortante. Esta sensación de que a mi cuerpo le falta una pieza es lo que llaman amor, ¿no?

¿Y ahora qué hago?

¿Cómo se lo digo?

29
Volver a amar

Tina, la bailarina con esperanza



Después de poner algunas cosas en su sitio, pongo música para despejarme, y *Volver a amar* de Christian Castro me atraviesa de lado a lado. Me tienta como su voz al acercarse a mi oído, hace hoy una semana, y termino dejando parte de la compra en el mármol de la cocina para buscarlo en el salón de su comedor, pero no lo encuentro.

Me agarro de la cintura y cierro los ojos. Me muevo recordando sus brazos, su aliento en mi espalda, en mi cuello y mi pelo, mientras la voz del artista me roza por él, estremeciéndome igual con su recuerdo. Emocionada, al percatarme de que estoy bailando con fuego como aquel día, solo que esta vez es en mi pensamiento, sigo meciéndome, imaginando que sus dedos rozan mi piel.

Llegas a mi vida como un sol
Como la suave transparencia del amor
Como el aroma de la brisa en la mañana
Borrando para siempre mi dolor
Volver a amar una vez más

Nacer de nuevo en ti, en tu mirar
Llenando con tu luz las sombras de mi soledad

Las lágrimas mojan mis mejillas, pinchan como espinas y arañan mi alma con el desengaño, con esa sensación de haber perdido algo hermoso, mágico e inigualable. Abro los ojos para enfrentarme a la realidad de esa soledad que me desgarra, y me tropiezo con esas pupilas verdes que me abrasan, me atraviesan de lado a lado quemándome las entrañas. Un segundo, un minuto o una vida entera, pasan por mi retina: la ironía del pasado, mi solitario presente y un futuro incierto que podría haber vivido en sus brazos.

Cómo lo extraño. Cómo quisiera tenerlo frente a mí, y no verlo a través del cristal.

Parpadeo, me limpio las gotas de agua salada que han bañado mi rostro y mi desconocido vecino ya no está. Ha desaparecido, y con él mi esperanza. Voy a la cocina llena de rabia, meto las cosas que faltaban de cualquier manera en la nevera, agarro las llaves y me voy a casa de Manu. Necesito su sabiduría, su experiencia, sus consejos. Necesito un abrazo o una torta que me despierte de esta pesadilla, y Marga está trabajando, por lo que solo me queda él, no tengo a nadie más.

Cuando estoy a punto de llegar pienso en Esteban, en que puedan estar juntos y estropee un momento íntimo. Es la hora de comer, pero según a qué hora te hayas despertado, también puede ser la del aperitivo, y teniendo en cuenta su corta relación, pueden ser ellos el picapica.

Miro al cielo pidiendo un milagro, pues necesito hablar con alguien y no sé con quién. Entonces me fijo en un brazo que se mueve repetitivo a un lado y a otro, saliendo de una tienda de ropa de bebé.

—¿Qué demonios haces aquí, sola y con los ojos hinchados?

Mi compañera de profesión me riñe mientras se acerca a mí, y casi lloro de alegría al comprobar que es ella.

—¿Qué haces tú, preñada y con diez bolsas llenas de compra?

—Andrés ha ido a por el coche. Así que confiesa, suelta por esa boquita lo que te ofusca. Si es por Quique es un gilipollas, que no

merece que derroches ni una lágrima por él.

—No es por él. Me importa un rábano ese imbécil ególatra, que no ve más allá de un día de distancia.

—Pues tú dirás por quién tienes esa cara de zombi cabreado.

—No es por nadie, es por mí. Creo que el problema soy yo, y…

—Has salido corriendo, como siempre. Huir cuando algo te duele no es la solución, enfrentarte a ello y presentarle batalla es el único modo de vencer a tu mayor temor.

—No me atrevo. No es dolor lo que siento ahora mismo, es decepción y odio sentirme así.

—¿Así cómo, Tina?

—Tan insegura y frágil delante de alguien que me importa.

—Pues no lo hagas. Cuadra tus hombros, saca pecho y lucha por ti; por tus sentimientos; por lo que realmente deseas y te mereces más que nadie que conozca.

—¡No puedo, Eva! ¿Qué le digo? ¿Que llevo espiándolo más de seis meses desde mi ventana? ¿Que la hora más feliz de mi día es contemplar su rutina con la boca abierta? ¿Que me encanta observar cómo duerme, y anhelo formar parte de ese sueño que ocupa su mente? ¿O que pagaría mi sueldo entero e incluso pediría un préstamo al banco por volver a tener una cita con él?

—¿De qué estás hablando, cariño? ¿A quién has espiado?

Mi amiga me mira como si estuviera viendo un perro verde. Me da igual, yo ya he abierto el grifo y ahora no puedo cerrarlo, las palabras fluyen de mi boca a la misma velocidad que las lágrimas surcan por mi cara formando una cascada inagotable.

—Tal vez debería decirle, que me cortaría un brazo en este instante si supiera que así volvería a bailar con él, de aquel modo en el que todos mis sentidos despertaron, haciéndome vibrar con cada nota de esa ranchera. Seguramente sería él, el que saldría corriendo, pensando que soy una loca de atar que debería estar encerrada por acoso mental. —Alzo los brazos y muevo la cabeza con un tic sospechoso, que a cualquiera asustaría menos a Eva, que apostaría a que es la madre Teresa de Calcuta reencarnada y le parece entrañable.

—Te juro que no entiendo nada de lo que dices. No sé si hablas de Rafa o te has tragado una tableta de pastillas y estás alucinando, pero relájate, porque todo se va a arreglar y yo te voy a ayudar. —Mi estómago suena, recordándome que no he comido nada. Eva mira a Andrés que ha escuchado mi oratoria final con la ceja arqueada—. Vente a comer a casa, prepararé algo rápido.

—Esperad un momento. ¿Estás así porque observas a alguien desde tu ventana y has bailado una ranchera con esa persona? —interroga Andrés estupefacto.

—¿Ves? —Lo señalo con el brazo—. Cualquiera en su sano juicio huiría de mí, si supiera la verdad.

Su marido intenta decir algo, pero Eva levanta el dedo para impedírselo, pues está en modo sargento y no hay quién la pare.

—¿Y cuál es la verdad, Tina? ¿Que eres una mujer acomplejada por todo lo que ha sufrido en su corta existencia? ¿O que tienes miedo a enamorarte y a la vez a la soledad? ¿Tal vez a que nadie te quiera como tú deseas querer con todas tus fuerzas? —El tono de voz de Eva suena a reprimenda. Y yo no sé qué responder a eso.

La bomba estalla de nuevo, el grifo se abre otra vez y no hay ninguna herramienta que lo ayude a cerrarse; solo existe una y no sabe que hay un escape de agua en mi corazón. Probablemente, ya no se acuerde ni de que existo.

Insisten en que vaya a su casa, pero yo no quiero interrumpir sus quehaceres, sus planes del sábado, así que me excuso diciendo que he quedado con Manu y me voy a dar un paseo sola por la ciudad.

La brisa del mar me despeja lo suficiente para coger aire, apartar mis problemas e intentar reparar los que sí tienen solución. Debemos seguir con nuestro plan de emparejar a Marga y David, ya que por muchas trabas que les ha puesto la vida, siguen enamorados y todavía hay esperanza para ellos. Mi vecina rubia puede ser muy cabezota y no reconocerlo, aunque fuera el último hombre de la Tierra, pero casi dos días dan para mucho, y si no que me lo pregunten a mí.

Recibo un mensaje de Manu, diciendo que ya está el polluelo en el corral, por lo que me dirijo a casa. Cuando entro en el piso me cambio de ropa, pongo un poco de color en mis mejillas y me pinto

los labios. Llamo al timbre y me abre una Marga eufórica con un vestido elegante, largo y escotado de color azul eléctrico que realza su espléndida figura.

—No me lo puedo creer, tía, me han invitado a un complejo de cabañas románticas de *alto standing* para hacer de azafata en una cata de vinos. Y digo invitado, porque a cambio me pagan la estancia en una de esas casitas de madera con *jacuzzi*. No es que me vayan a dar un sueldazo por servir copas de vino con una sonrisa en la boca, pero, si a lo que me den, le sumas las vistas al Montseny y el *spa*, les he dicho que sí al instante.

Sonrío y la felicito con un abrazo corto, ya que no quiere que se le arrugue el vestido. El *show* comienza, y con él mi interpretación.

—Menos mal que te convencí, para que dejaras tu perfil en Indeed y pusieras lo de tu experiencia como azafata en ferias de gastronomía y vinos. Ahora, mira tú por dónde, vas a pasar un fin de semana diferente en las afueras de Barcelona.

—Ahí tengo que darte la razón, estuviste muy aguda. Podría ser una buena oportunidad para mí —afirma mientras se retoca esos rizos tan rebeldes como ella.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Y qué vas a hacer tú luego?

—Aburrirme sin ti y sin las chicas, ya que hoy no tienen actuación. Manu seguro que aprovecha el tiempo en otras actividades, pero yo… Bueno, me iré a caminar por el parque de la Ciudadela como hacía los domingos. O como empieza el buen tiempo, igual me voy a la playa, quien sabe.

—Me refería al trayecto, es casi una hora y después tienes que volver sola.

—Tranquila, me vendrá bien conducir, así me despejo un rato con el cambio de paisaje. Venga va, te espero en el aparcamiento. —Cierro la puerta antes de que rechace mi ofrecimiento. Como actriz soy nefasta y no quiero delatarme o se habrá estropeado el plan.

Cincuenta minutos más tarde, estoy aparcando frente a la recepción del Resort. Me mensajeo con Manu y quedamos frente a la cabaña elegida. Ya ha hablado con la recepcionista para que nos

ayude con el paripé que hemos montado, y con mucha gracia, la mujer interpreta a la perfección el papel.

—Te acompaño a la casita para verla y luego me voy, que no quiero que se me haga de noche.

—Vale, así te daré envidia unos minutos —bromea cuando está a punto de abrir la puerta de su alojamiento—. Mira qué lujazo de estancia. ¡Es preciosa!

—Bueno, te mereces esto y mucho más. —Le guiño un ojo, entra, y antes de que se fije en que hay alguien en su interior, le quito la llave y cierro la puerta.

El grito que pega se oye desde la luna, aunque esta asome solo a medias en el cielo, y supongo que se ríe viendo el espectáculo que estamos dando. Manu, en cuatro zancadas se pone a mi lado en la puerta y así, juntos, hacemos la suficiente fuerza como para que no pueda abrirla. Aun así, la loca de la colina se tira más de diez minutos pidiendo que corramos, porque cuando nos atrape no dejará un hueso de nuestro cuerpo sin romper. Nosotros, lejos de acobardarnos, entre risitas y algún que otro lamento porque sabemos que más de un moretón nos dejarán sus empujones y manotazos, nos tapamos la cara, divertidos.

—Ya verás tú cuando nos pille. —Y así pasamos las horas, sentados detrás de la puerta escuchando las protestas de uno, las disculpas y confesiones del otro; los resoplidos de ella; las promesas de él; el llanto de los dos, hasta que al fin el silencio se adueña del dormitorio.

—¿Ya lo ha matado? —Manu y sus bromas hacen que se me escape la risa.

—¿O se habrá muerto ella de un infarto? —le sigo el cachondeo.

—¿Llamamos a los bomberos? —Lo fulmino con la mirada y se ríe.

—No tiene gracia.

—Eso lo dirás tú. Ya verás como lo haya calcinado con el fuego que echaba por la boca. —Me da un empujoncito con el hombro y se lo devuelvo.

—En serio, no tiene gracia.

—No la tiene, pero, si es cierto lo que me has contado, deberías llamarlo o hacerte la encontradiza.

—¿Tú crees? No sé exactamente en el piso que vive y, tampoco sabría cómo abordarlo.

—No es un barco, es un hombre con más dudas que pelos en la cabeza.

—Ya. ¿Y si…?

—Y si nada. O lo llamas tú o lo hago yo.

—¿Estás seguro?

—No puede ser otra cosa. Hemos repasado lo que hiciste el lunes cuatro veces, y lo único que puede haberlo echado para atrás es que nos viera abrazarnos desde la ventana. Mírame y dime que no puede ser que él también te haya visto, que cuando estuvo en tu casa se diera cuenta de que se veía su piso desde el tuyo, y que después de los revolcones que os distéis, de ese baile que tanto os hizo sentir «a los dos» —recalca haciendo las comillas con los dedos—, no haya estado pendiente de ti para darte una sorpresa el lunes, y al vernos a nosotros conversando y a mí haciendo «Manuletadas», haya pensado lo que no es, se haya sentido engañado, y esté sufriendo como tú hiciste al verlo con su hermana. Si es que todo encaja, niña. Todo.

—No sé. Me parece tan retorcido que…

—La vida es retorcida, Tina, nos pone a prueba a cada instante.

—Puede ser.

—Incluso puede que te observe desde antes, pequeña. ¿Quién te dice que no lo ha hecho tantas veces como tú a él? ¿Que te ha deseado más que un niño un carrito de helados? Eres un bombón de chocolate blanco y ese bombero se relame los dedos cada vez que te ve. Piénsalo, querida, sois dos extraños que se aman, que un día jugaron con fuego y se quemaron, pero que todavía están a tiempo de resurgir de esas cenizas como el ave fénix, abrir vuestras alas al amor y salir volando.

—Me parece que eres un romanticón, pero puede que tengas razón —susurro apoyando mi cabeza en su brazo—. Mañana le confesaré quién soy, qué siento y qué puedo ofrecerle y así secaré esas lágrimas de impotencia que me han bañado estos días. Quizás

saldrán otras más devastadoras, pero al menos habré perseguido ese sueño que deseo cada noche.

—Esa es mi chica. Lucha por tu sueño y gana la batalla real, la que te dará un futuro en el que no te haga falta soñar.

30
Tus deseos son órdenes para mí

Rafa, el extraño que la ama



Creía estar viendo un espejismo, una alucinación en mi cabeza, una imagen distorsionada que mi cerebro me regalaba para flagelarme con más dureza por ser tan estúpido, y dejar escapar a la única mujer que he sentido, como si fuera otra parte más de mi cuerpo. Tan mía, tan absolutamente mía, que me dolía cuando se apartaba y me hacía temblar con un roce de sus dedos. Amarla era tan fácil como respirar.

Y ahora, estaba ahí, bailando con los ojos cerrados, abrazándose a sí misma y reviviendo aquel baile que nos hizo arder como dos troncos en la chimenea. Pero, lo más curioso, es que me he trasladado al salón con esa mirada que nos ha unido un instante y he notado sus caderas pegadas a las mías. He aspirado su aroma como aquel día, y el viento que ha entrado por la ventana abierta, me ha traído la voz de Christian Castro y su canción *Volver a amar*, que me ha hecho estremecer como si estuviera acariciándola de verdad, sintiéndola entre mis brazos, piel con piel. Mi aliento en su

cuello, esos jadeos huyendo de su boca cortándome la respiración, el ritmo de sus latidos tan alborotados como los míos. Ese baile hipnótico, sensual y abrasador que protagonizamos con los ojos cerrados, y que provoca en mí un incendio que por mucha experiencia que tenga como bombero, no soy capaz de apagar.

Hacer el amor bailando es difícil, sin embargo, ese día fue lo que hicimos, y hace un momento lo hemos repetido con el pensamiento. Nuestras lenguas, nuestras manos, fuimos uno durante un tiempo indefinido que durará una eternidad en nuestra memoria.

Me ha costado entenderlo, pero esa imagen no admite duda. Al verla bailar, he vuelto a subir al cielo sin escaleras. Mi diosa me ama como yo a ella, lo he visto reflejado en nuestras miradas ese instante fugaz en que se han cruzado.

Estaba pensando en mí; bailaba y se acariciaba pensando en mí. Y eso me ha hecho volar. No sentía el suelo bajo mis pies, incluso hubiera jurado que el tiempo se ha detenido para que yo me moviera y alcanzara antes mi destino. No obstante, no ha sido así, y por muy rápido que he ido, he llegado tarde. El brazo en la puerta, la cabeza agachada esperando impaciente con el dedo pegado al timbre sin obtener respuesta, hasta mis nudillos han dejado una marca en la puerta de su casa. Aun así, no me ha contestado nadie. La he esperado sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta durante horas, y al final me he ido desolado, maldiciendo mi suerte por no poder decirle lo arrepentido que estoy de no haberla llamado antes.

La angustia me ha invadido todo el día y la noche. La he buscado desesperado tras el cristal hasta el amanecer, cuando los rayos de sol, tenues y apagados intentaban escapar de los enormes nubarrones que dominaban el cielo. Ellos se sentían atrapados en una inmensa jaula de algodón, igual que yo en mi propia casa. No la conozco, no sé dónde puede estar ni con quién, solo sé que la quiero con toda mi alma y que voy a gritárselo en cuanto tenga la ocasión. Si no siente lo mismo, si solo fue una bonita experiencia, me iré sabiendo que he perdido el corazón, pero no la razón, pues he luchado por ella.

Doy un último vistazo a la ventana, exprimiendo la última gota de esperanza de encontrarla en su apartamento. Estaría dispuesto incluso a que me echaran bronca por no empezar puntual mi jornada, si consigo explicarle los motivos por lo que no me he puesto en contacto con ella. No quiero que crea que solo fue una aventura, que con el sexo de una noche me conformo. No. Deseo mucho más que el placer de unas horas, anhelo enseñarle que el roce hace el cariño y yo quiero rozarla cada noche y enseñarla a amar cada día. Aprender juntos la danza del fuego el uno encima del otro, y si nos quemamos, resurgir de entre las cenizas como el ave fénix; más fuertes, más inteligentes, más humanos.

Sigo teniendo su número grabado en mi teléfono, pero ahora mi única posibilidad de redención es explicarle quién soy, qué quiero y por qué la deseo. Y eso solo lo puedo hacer en persona.

Comienzo el turno pensativo, mi cabeza da vueltas buscando el modo de entrar en su mente, a través de esa conexión tan fuerte que nos abrasa la piel al rozarnos. Necesito abrirme a ella, que me vea y me sienta en cada pedazo de su ser. Pero ¿cómo?

—Te veo muy callado hoy.

—Tú en cambio, estás muy risueño —contesto restregando con más fuerza la parte trasera del camión para que quede brillante.

—Sí, hoy tengo la impresión de que va a ser un gran día. —Lo miro intrigado. Cuando Andrés parlotea con la espalda erguida en plan chulesco y dejando las frases a medias, es porque está tramando algo.

—A ver si tienes razón y la noche también lo es —añado pensando en la posibilidad de verla, ya que nuestro turno hoy es de doce horas, por lo que a las ocho de la tarde podré volver a intentar llamar a su puerta. No se me ocurre otra forma de hablar con ella.

—¿Sabes? Esta noche podrías venir a casa a cenar, Eva va a hacer escudella, y teniendo en cuenta la previsión de tormenta eléctrica de hoy, nos vendría bien calentarnos el estómago.

—No sé, tío. Silvia está todo el día sola con Luna —intento excusarme sin quedar mal por despreciar su invitación.

—Ah, ¿que no te has enterado? Han quedado las dos para hablar del embarazo y van a pasar la mañana juntas. Eva está obsesionada

con los síntomas que debería tener y no tiene, y Silvia dice que necesita desahogarse con alguien. Así que algo me dice, que no se van a aburrir.

—¿Eva se encuentra bien? —indago preocupado.

—Sí, de maravilla. Si no fuera porque se pasa medio día en el cuarto de baño, y se ha comprado una talla más de sujetador, no diría que está embarazada; y yo no me voy a quejar porque tenga las tetas más grandes. —Ríe a carcajadas y no puedo evitar sonreír al verlo tan feliz—. No tardes mucho en ducharte que Eva odia la impuntualidad y luego sufro yo sus cambios de humor.

—Pero no te he dicho que…

—No hace falta. No acepto un «no» por respuesta. Además, creo que va a invitar a una amiga a la cena, dice que quiere presentártela. —Ruedo los ojos.

Se marcha riendo, pero a mí me acaba de joder el plan. Aunque era una mierda, era un principio de algo. Improvisar se me da bien, lo importante es conseguir que me abra la puerta.

Ten amigos para esto.

Los truenos retumban en el garaje, se oyen las sirenas de alarma de los coches y nos miramos, la tormenta ya ha empezado. La centralita empieza a echar chispas con llamadas de pánico, pero de momento nada grave.

—Jaque al rey.

—¡Serás mamón! ¿Cómo coño lo has hecho?

—Si estuvieras más pendiente de la partida que de mensajearte con tu nuevo ligue, habrías podido anticipar la jugada —le digo a un Valdés gruñón, pues solo le falta patalear al comprobar que está a punto de perder el juego, que, aunque no ha terminado, se ve claramente quién va a ganar.

La mañana está a punto de terminar cuando la sirena suena y corremos hacia el camión. Nos vestimos en un minuto y en otro ya estamos dentro. Mi cara cambia de color cuando oigo: «Mujer de veintiocho años atrapada en un ascensor», y tras ello el nombre de la calle.

—Rafa, ¿esa no es tu calle? —pregunta Cobos.

—Sí. Y su número, su edad… Joder, que no sea ella. —Me recoloco el casco, doy un puñetazo al aire para acabar mirando al techo del camión. Me cago en la puta.

—¿De quién hablas, colega? ¿Quién es ella? —pregunta Alonso.

—Mi futuro. O el que espero tener algún día si me acepta.

—No jodas, tío. ¿Ella… ella? ¿La bailarina a la fuga?, ¿la causante de tu cara de limón del otro día?

Asiento. Los he dejado mudos, pese a que tampoco podría escucharlos con el ruido atronador de mis latidos, que acelerados y a todo volumen me están dejando sordo. Los nervios mueven mi pierna con insistencia, creo recordar que Tina no llevaba muy bien los espacios cerrados desde que ese chico le hizo…, lo que le hizo. Maldita sea. No sé el alcance de su claustrofobia, pero en este caso puede ser muy perjudicial para ella si no se calma, si la ansiedad gana la batalla.

No, me niego a creer que es ella, será otra vecina de su misma edad. Puede que su amiga; la camarera. No puede ser Tina, no puede tener tanta mala suerte. Si se queda sin oxígeno…

Joder, no puedo perderla a ella también.

—Bomberos, ¿hay alguien ahí? —grita el capitán lo más alto que puede, con la intención de comprobar la distancia, a la altura que está la cabina, y así poder buscar el lugar adecuado para acceder a ella.

—Síí. Soy Tina Casas —chilla y llora aún mismo tiempo. Doy un puñetazo a la pared de la escalera, que por suerte no ve mi superior.

—¿Estás herida? —pregunta mi capitán.

—Creo que me he hecho daño en el pie cuando el ascensor se ha detenido de golpe. No lo puedo apoyar.

—¿Sabrías decir el piso en que se ha detenido? —continúa recabando información para planificar el mejor modo de acceder a ella.

—¿El tercero? Puede que el cuarto… Yo… Por favor, sáquenme de aquí, me ahogo. —El llanto se convierte en súplica. Me voy directo al cuadro eléctrico y corto la electricidad.

—¿Estás sola?

—Sí. La chica de emergencias sigue al teléfono, pero…

—La luz está cortada —aviso al jefe—. Dependiendo de la distancia entre las dos plantas, propongo bajar a la cabina, abrir el techo y sacarla, si no se puede acceder por las puertas de entrada al ascensor.

—Vale. Necesito hablar con el servicio técnico, estos ascensores tienen más de cien años. —Acepta y se dirige al hueco del elevador —. Lo más importante es que mantengas la calma, Tina. Ahora subiremos lo más cerca que podamos de ti, mientras nos asesoran sobre el mecanismo interno. Te sacaremos lo antes posible, te lo prometo.

—¿Rafa…? ¿Rafa, eres tú? —Miro a mi capitán, a Andrés y asienten. Trago saliva y me tenso más que la palanca que llevo en la mano.

—Sí, Tina. Estoy aquí, a pocos metros de ti. —Subo las escaleras buscando el nivel donde se ha estancado el elevador—. No estás sola, *amore* —digo en un intento de calmarla, aun sabiendo que me están escuchando todos.

—Estás aquí… —eleva el tono de su llanto y siento como si me clavaran una aguja en el pecho—. Yo… Me falta el aire, Rafa. No puedo…

—Puedes, créeme —añado buscando el lugar más cercano por el que rescatarla—. Cierra los ojos e imagina que estás en otro lugar. Pon esa canción que tanto te gusta, y piensa en esa persona que quieres que esté a tu lado.

—Rafa…

—¡Lo tengo! —Aprieto el botón del *walkie* para que me oigan—. Está a unos dos metros por encima del tercer piso. Desde aquí es muy difícil acceder, deberíamos entrar por el cuarto. —No espero a que me contesten, me coloco bien las cuerdas en el hombro y subo.

—Cobos y Alonso van para allá con las herramientas, espéralos antes de intentar abrir las puertas.

—Sí, mi capitán.

Respiro hondo, intentando apaciguar mis nervios.

—Estoy aquí, Tina, te escucho. ¿Ya sabes con quién quieres estar?

—Sí. Quiero estar contigo. —Me detengo un segundo, igual que mi corazón. Cuando lo asimila salta tan alto como mi entrepierna, que a pesar de las circunstancias se ha levantado para celebrarlo—. Lo siento… Siento si he hecho algo que no debía, yo… solo quiero bailar contigo.

Tengo que sacarla de ahí o el que se quedará sin oxígeno seré yo. Necesito abrazarla, besarla, decirle que soy un idiota, que los celos arrasaron mi mente y se formó un caos en el resto del cuerpo. Desde entonces, no sé qué hago la mitad del tiempo y la otra mitad lo vivo en su recuerdo.

—Tus deseos son órdenes para mí, y no has hecho nada malo, *amore* —digo turbado por lo que pienso—. Si me das diez minutos, prometo bailar contigo la canción que elijas.

—Con que bailes conmigo me conformo. —Oigo su respiración entrecortada, siento el pánico en su voz—. Esto es muy estrecho, cerrado…

—Dame unos minutos y bailaré contigo el vals de las olas, ese que inventaremos tú y yo bailando muy lento, tan despacio que podremos nadar en nuestros sentimientos.

—Me falta el aire. Yo…, no sé si aguantaré. —Su voz es débil, ahogada.

—Respira. Cuenta hasta tres, coge aire y suéltalo muy despacio.

—Lo intento.

—Sé que me has dicho que te duele el pie, pero para bailar necesito oír la canción. ¿Puedes cantar, o te la canto yo? —sugiero para desviar su atención a nosotros. Si me quiere tanto como yo a ella, le calmará pensar en esa escena.

Tras abrir las puertas del elevador, mis compañeros me ayudan con las cuerdas. El ascensor es antiguo como todos los edificios de la manzana, pese a ello, con las herramientas adecuadas y mucho esfuerzo, consigo abrir la tapa de arriba y ver a mi querida vecina, sentada en el suelo con la cabeza apoyada en la pared del ascensor y los ojos apretados.

—*Bailar pegados es bailar… Igual que baila el mar…* —Resopla, las lágrimas resbalan por sus mejillas y salivo.

Me he distraído un instante, estaba observándola en cuclillas, y no me he dado cuenta cuando una de las cadenas que sostienen el viejo ascensor se descuelga. El ruido y el golpe hace que Tina dé un grito y yo me desequilibre. La impresión de una de las puntas de hierro entrando en mi costado me deja sin aliento y me nubla la visión un instante. Soy consciente de que me he clavado una de las viejas puntas de hierro que sobresalen de la caja del ascensor. Entrecierro los ojos, cojo aire y miro hacia arriba. Mis compañeros se han quedado blancos. Sudo, me agarro a otro hierro y escapo de esa presión.

—Necesitas ayuda. Bajo —menciona Alonso.

Los miro y niego con la cabeza. Entro con sumo cuidado en el habitáculo, con una mano tapando la herida y la otra sujetando la cuerda. Parpadeo, trago saliva y la miro.

Se me desgarra el alma al verla tan asustada con las manos en la cabeza, temblorosa, y a la vez me siento orgulloso de su obediencia, de su intento de luchar contra la ansiedad cantando esa famosa canción de Sergio Dalma, para combatir esa fobia que le araña el subconsciente. Tan frágil y tan fuerte… Joder, me la comería a besos y no saciaría mi hambre. Tal vez si repitiera diez veces…

No, tampoco.

Esas emociones me alteran el pensamiento, y siento cómo sudo más de lo que debería. No tengo tiempo que perder, he de sacarla antes de que las consecuencias de la herida me lo impidan, pues algo me dice que es más grande y profunda de lo que quisiera.

—¿Bailas conmigo, *amore*? —Extiendo el brazo, abre los ojos de golpe al oírme tan cerca y se levanta con tanto entusiasmo, que casi se cae del dolor por apoyar el pie en el suelo.

A pesar de su dolencia se cuelga de mi cuello y llora.

Llora como una niña perdida en medio del bosque, aterrada por la soledad y la incertidumbre. Ahora soy yo el que cierra los ojos y respira tranquilo sobre su pelo, o sobre mi máscara que toca su pelo, húmedo del sudor, de las lágrimas y de la ansiedad.

El ascensor se balancea de nuevo y la sostengo, intranquilo, pendiente de cubrirla para que no se haga daño. Oigo mi nombre en la boca de mis amigos, pero cegado de mi amor por ella, ya que

todavía no le he puesto el arnés, la abrazo. Necesito que se sienta segura, aunque yo no lo tenga muy claro.

—Aguanta, voy a ponerte el cinturón de seguridad y nos vamos. —Respiro hondo, necesito concentrarme, empiezo a ver borroso y eso no es buena señal.

—A la mierda, bajo a ayudarte —dice Cobos nervioso.

—¡No! —exclamo.

—¿Qué pasa? —pregunta entre sollozos Tina sin despegar la cara de mi pecho, me atrevería a decir que aún con los ojos cerrados.

—Joder, te estás desangrando, Rafa. Si te sigues moviendo te desmayarás y no conseguiréis salir —me grita Cobos desde el *walkie*.

—¡He dicho que no! Si baja alguien más, las cadenas no aguantarán el peso, y lo sabes —susurro al aparato con firmeza—. Puedo hacerlo.

El infortunio de clavarme la punta de uno de esos hierros que adornan el elevador en el costado no me impedirá salvarla. Me trago el grito de dolor, no quiero preocuparla, dado que sigue llorando con los ojos apretados por la mezcla de pánico, estrés y alegría.

Miro a mis compañeros, más pálidos que yo al verme sangrar, que expectantes cuentan los segundos para tirar de nosotros. Aguanto como puedo y al fin, estiro de la cuerda para que nos suban.

—Quiero… volver a empezar —murmura en un hilo de voz, insegura, sin apartarse ni un milímetro de mi pecho—. Has dicho que mis deseos son órdenes para ti, así que no me puedes decir que no.

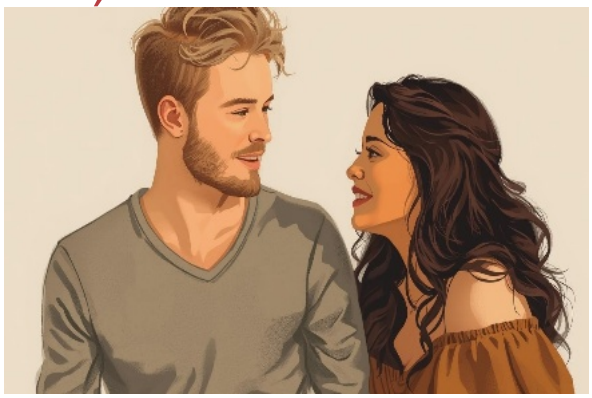
—Todos y cada uno de ellos… *amore* —digo con esfuerzo al poner los pies en el suelo—. Te lo prometo.

—Pues deseo repetir la cita en la cafetería, tal y como sucedió ese día. —Antes de perder la visión, ella se separa al notar el cambio de aire y me mira. Yo me quedo fijo en sus ojos brillando de anhelo, y sonrío feliz.

—Créeme, «pequeña saltamontes», lo estoy deseandooo… —La última sílaba se desvanece en el aire como mi cuerpo en el suelo.

31
Quédate conmigo

Tina, la asustada vecina



Después de una noche en vela, conversando con ese loco enamorado de la vida que es Manu, y conociendo por efecto colateral a su alma gemela; Esteban, regresé a casa con energías renovadas. Tras un silencio prolongado dentro de la cabaña, y después de unos gemidos más intensos de lo que nadie debería escuchar detrás de una puerta, mis amigos me invitaron a la que habían reservado ellos, e hicimos una imprevista reunión de urgencia donde se sumaron Corina y Ruth, a través de videollamada. Entre todos, me convencieron a diseñar un plan para seducir a mi bombero cañón, como ellos lo llaman.

Lo tenía todo planeado, pero la maldita lluvia no solo me jodió el parabrisas del coche, que la goma salió volando en algún momento entre la ronda litoral y la puerta del aparcamiento, también me fastidió el día y mi romántica estrategia.

Terminaba la mañana, no sabía qué turno tenía, pero pensaba esperar a verlo llegar y cuando estuviera en el salón, poner un

corazón de luces led en la ventana al lado de una pregunta: ¿Quieres bailar conmigo?

Si es verdad lo que sugieren mis amigos, en algún momento miraría hacia mi apartamento y yo le sonreiría. Él me devolvería la sonrisa, y diez minutos después aparecería en mi piso. Entonces, yo pondría una bachata romántica y bailaríamos con fuego esa danza sensual que me despertó los sentidos, con la que volví a nacer y a creer en la religión más antigua de nuestra existencia y la que más feligreses tiene; la del amor. Porque, ¿quién no ha creído alguna vez en el amor? Sea el que sea: a la familia, a tu pareja, a tu profesión o a ti mismo. La fe en el amor es inmensa.

Pero la puñetera tormenta eléctrica hizo que me quedara encerrada en el puto ascensor. ¡En el ascensor! Yo, que no aguanto las tiendas pequeñas muy concurridas, que me agobia pasar por un puente estrecho con el coche, que subo al ascensor cuando estoy muy cansada y suelo ir acompañada para que me distraigan. Alguna vez lo he hecho cargada con mil bolsas por no subir seis pisos de altura después de un agotador día de trabajo, y en el trayecto he recitado versos de Pablo Neruda o Gustavo Adolfo Bécquer para entretenerme por el camino, y, aun así, todo el trayecto del elevador he ido con los ojos cerrados y los puños apretados, hasta el punto de hacerme sangre en la palma con las uñas.

Hoy, que quería dormir un poco antes de la pequeña función que iba a interpretar para él, pues hasta pensaba ponerme un vestido sexi y contonearme como lo hace Ruth en su espectáculo, voy y me quedo encerrada poniendo mi vida en peligro y, por ende, la suya.

Sí, ya sé que ese es su trabajo, pero por mi culpa se ha descuidado y yo no lo vi. No me di cuenta de su error hasta que lo vi caer y casi muero del impacto. El grito de sus amigos no me afectó tanto como la sangre que cubría su cuerpo.

Desde entonces, estoy en una nube. No sé si camino o floto, si veo bien o borroso. Escucho voces que no retengo, preguntas que no respondo y palabras sin significado que vuelan a mi alrededor, como pequeños gorriones sobre las ramas de los árboles en primavera. Mi cabeza solo atiende a una razón: Rafa y su sacrificio, pues por estar pendiente de mí, ahora está dentro de un quirófano.

¿Y si muere? ¿Y si ha perdido mucha sangre y no sobrevive?

No, no. No puedo perder a la única persona que ha hecho y sentido algo por mí.

Porque me quiere, ¿verdad? No me ha salvado la vida solo porque sea su oficio. Su mirada me acariciaba igual que sus manos aquel día, su forma de abrazarme y respirar en mi pelo también gritaba lo que sentía por mí. Incluso su modo de hablarme expresaba lo que su corazón sentía.

No estoy delirando.

Por amor de Dios, no me estoy volviendo loca.

Me tapo la cara con las manos sentada en la sala de espera, con el pie vendado y los codos en las rodillas. Desesperada, por la agonía de las dos horas de incertidumbre que me están pareciendo dos días, sin apenas pelo de tantas veces que me lo he peinado con las manos, y grietas en los labios de las veces que me lo he mordido.

Silvia me mira y me toca el hombro.

—Sabía que lo querías tanto como él te quiere a ti, por eso me acerqué en el supermercado. Se me da muy bien hacerme la tonta, aunque se me da mejor calar a las personas —afirma apretando los labios en lo que quiere ser una sonrisa, luego sigue caminando en círculos y mirando el reloj.

Los compañeros de Rafa hablan entre ellos, excepto Andrés, que de vez en cuando, se acerca a mí y me dice que no me preocupe. Eva ha ido a por dos tilas, una para Silvia y otra para mí.

Su hermana intenta reconfortarme, cuando debería ser al revés, debería ser yo quien la abrazara a ella y le dijera que todo va a ir bien. El problema es que el miedo me paraliza, no me deja pensar con claridad. Cuanto más tardan, lo veo todo cada vez más negro, y más cuando me ha explicado que su marido tuvo un accidente, y que después de muchas horas en el quirófano, los médicos le notificaron la mala noticia. Pese a ello está convencida de que su hermano sobrevivirá, porque le ha prometido cuidar de Luna y de ella, y Rafa siempre cumple sus promesas.

—A mí me ha prometido bailar un vals y repetir nuestra cita en el café —susurro con lágrimas en los ojos. Es obvio que hoy voy a

agotar las existencias de agua en mi cuerpo.

—Rafa es un luchador. No os voy a prometer la luna, pero tampoco debéis perder la esperanza. —Eva mira a Silvia—. Sé que para ti es un *dejà vú,* un amargo recuerdo estar aquí, en un hospital y en una sala tan parecida a aquella, pero no decaigas. Cada persona es un nuevo universo por descubrir. Uno que se mueve por impulsos, por instantes, y cada uno es distinto al anterior, pero todos pasan sin que nos demos cuenta.

—Nosotros hemos vivido muchos momentos malos, y todos los hemos pasado juntos. Yo quiero creer que este es uno más, una cicatriz más que tatuar en nuestra memoria. Pero eso no me quita la angustia, la desazón, el temor a que mi hija se quede sin la única figura masculina que le queda para que pueda darle su amor. No. No voy a respirar tranquila hasta que esa puerta se abra y salga el típico doctor de bata verde, diciéndome que está vivo, que no nos va a abandonar, que seguimos siendo esa familia que él rescató de las cenizas. —Señala con el dedo índice, acunando a su hija al mismo tiempo que habla.

No me digáis que no es lo más triste que habéis oído. No puedo ser yo la única tonta que se muerda las uñas y se le encoja el corazón con sus palabras. Por Dios, que es la primera vez que me enamoro, la primera vez que alguien me dice algo bonito, que me tocan como él lo hace. Joder, que siento mi piel arder cuando me acaricia y me convierto en brasas si me besa. No quiero ser tan egoísta de querer que viva por mí, para dejar de sentirme sola; por querer que alguien me quiera como nunca me han querido. No, también lo deseo por ellas.

Maldita sea, ¿por qué me siento culpable de destrozar una familia si se muere?

«Coño, porque es mi culpa. Si no hubiera estado pendiente de mí…». Y vuelvo a escaparme. Esta vez hacia el cuarto de baño; coja, sin fuerzas y desmoralizada. Aun así, necesito desahogarme sin que nadie me mire.

Chillo, doy puñetazos al aire, me echo agua en la nuca, la frente, la cara y, cuando me incorporo, Úrsula me mira tierna desde el más allá.

—Dime que no va a morir —le suplico.

«No lo hará. Tiene mucho que hacer en tu mundo antes de venir al mío».

—Me quiere, ¿verdad? No me ha salvado porque sea bombero, no es solo atracción lo que sentimos. Esto es amor, ¿verdad?

«Solo él puede responderte a eso, querida. Cuídalo, te necesita tanto o más que tú a él».

Me seco el llanto y salgo hacia la sala de espera. Un minuto más tarde aparece el médico y se dirige a Silvia.

—Aunque la herida es profunda está fuera de peligro. Sin embargo, no podremos garantizar nada hasta que no despierte y veamos cómo evoluciona.

—Eso es bueno, ¿no? Vivirá —comenta su hermana.

—En principio, sí. Ha perdido mucha sangre, pero está sano, y ha aguantado como un campeón la hemorragia. No ha afectado a ningún órgano vital, y más allá de una cicatriz grande y fea, no le quedará ninguna secuela. De todas formas, no quiero darles falsas esperanzas. Dejemos que despierte y veamos qué nos cuenta.

—Gracias, doctor.

—Perdone, ¿podremos entrar a verlo? —pregunto ignorante del protocolo.

—Lo mantendremos en la UCI hasta comprobar su estado, luego le haremos pruebas, y si todo está bien lo trasladaremos a una habitación. Mientras esté en UCI solo pueden entrar dos personas, eso lo deben hablar entre ustedes.

El galeno se marcha y me abrazo a Silvia.

—Gracias por dejarme estar aquí, por no odiarme y…

—No puedo odiar a la mujer que mi hermano ama con todo su ser. No es tu culpa que él esté ahí, es su afán de protección. Pensar siempre en los demás es agotador y a veces puede ser una distracción mortal; te lo digo por experiencia. Juanma iba hablando conmigo por teléfono cuando se distrajo en la carretera. Yo le dije que colgara, que podía ir al ginecólogo sola. Se lo repetí varias veces y se negó, porque quería estar en la segunda ecografía de su hija.

Una distracción, sumada a la borrasca que azotó la provincia fue la culpable de su muerte, no yo. Aunque así es como me sentí durante todo el embarazo.

Su confesión me deja sin habla. Ha sufrido tanto siendo tan joven que no sé cómo puede estar tan entera, sonriéndole a su bebé mientras se hace la hora de entrar a ver a su hermano.

Me vuelvo a sentar, no pienso moverme de aquí hasta que no lo vea. Si Úrsula dice que me necesita, me tendrá.

No quería poner en el grupo de WhatsApp: reunión de urgencia, dado que están bastante ocupados con su historia para que yo les amargue con la mía, pero la noche empieza y ya es hora de que regresen, por lo que me aventuro a ponerlo. No soy consciente de lo que tardan en responder, ya que me he perdido en mi memoria reviviendo el momento de agarrarme a su cuello; de sentir su respiración en mi pelo, la seguridad de su abrazo y el calor de su pecho. Ese maravilloso instante que acabó al encogerse con el desgarro, y mi mente perturbada no lo notó.

Quizás podría haber tapado su herida con mis manos, apretar su costado y taponar el borboteo de sangre, evitando con ese gesto que se desmayara. Pero no, ingenua de mí no hice nada. No me fijé en su dolor, lo único que ocupaba mi mente era la ansiedad y no vi más que lo que quise ver; esa oportunidad de decirle que era suya desde ese beso con sabor a café, y si me daba una segunda oportunidad, sería una buena alumna aprendiendo a bailar; a amar o a nadar entre olas de fuego.

El teléfono vibra insistente.

—¿Dónde estás? La señora Antonia está en la puerta, escandalizada porque han tenido que venir los bomberos y la ambulancia.

—Ya. Pobre, tiene que haberlo pasado mal oyendo los ruidos desde fuera.

—No me jodas, Tina. Dime que estás bien o la que te mata soy yo.

—Veo que te ha sentado bien la maratón de polvos aromáticos —bromeo sin ganas para destensar el ambiente.

—De eso ya hablaremos. No creáis que os voy a perdonar la encerrona.

—¿Pero hay historia con David o no? Dime que sí, que me he gastado medio sueldo en tu fin de semana.

—Sí. Aunque no es tan fácil olvidar el pasado, ya veremos lo que dura la tregua. ¿Me quieres decir qué coño ha pasado?

—Estamos en el hospital del Mar.

—¿Qué? ¿Estamos? —Manu me está llamando también y pongo a Marga en espera.

—¿Dónde coño estás, niña? ¿Por qué no contestas los mensajes?

—Hablando con tu prima; la de Zumosol, por la otra línea.

—¿Y ese tono lastimero que tienes? ¿Por qué estoy escuchando esa vocecilla impertinente y desagradable de fondo? No me digas que la reunión de urgencia es en un hospital.

—Tal cual. Os espero en la UCI del Hospital del Mar. No tardéis.

—¿Quée? —Cuelgo sin responderle.

—Era Manu. Os espero en la UCI, no tardéis.

—¿Cómo? —Le cuelgo del mismo modo, al escuchar la voz de la enfermera, diciendo que los familiares de Rafa Ruiz ya pueden pasar.

Andrés y su capitán me miran, yo miro a Silvia que sonríe y me invita a pasar con ella, mientras le deja Luna a Eva que la coge en brazos con una sonrisa.

Tras ponernos el atuendo verde de tela que nos obligan a llevar en la UCI, entramos a verlo. Yo me quedo atrás contemplando la escena tan bonita que me dejan los dos hermanos, y sintiendo una envidia sana por ese cariño que yo no tuve con el mío; no como ellos. Añoro a mi hermano y mis padres, pero no del modo que pensáis, más bien lo que extraño es el calor que nunca me dieron. Esos abrazos que te calman la ansiedad y te alargan la vida son los que echo de menos desde que nací, y ahora que sé que existen, aún más.

Me mantengo en una esquina y los dejo hablar, sin poder frenar las lágrimas recorriendo mi cara al ver los monitores multiparamétricos y el embrollo de cables, conectores y electrodos que porta junto con el vendaje, en su escultural torso. No puedo ni imaginar lo que debe dolerle la herida, pese a la medicación.

Silvia me sonríe con los ojos llorosos y me indica que es mi turno con la mirada. Nerviosa, con mil cosas que decirle en mi cabeza y sin saber cuál soltar primero, voy hacia él tan deprisa como puedo con las muletas y sin apartar mis ojos de los suyos.

—Tengo que contarte algo, pero antes quiero saber cómo estás. —Me río y lloro a la vez. ¿En serio me está preguntando cómo me encuentro?

—Estás en la UCI después de jugarte la vida en un quirófano, ¿y me preguntas cómo estoy?

—Me interesa más tu vida que la mía.

—Deberían interesarte las dos. Me has prometido un baile y una cita, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo, si no pienso en otra cosa desde que he despertado.

—Me alegra saberlo, porque yo… Yo lo deseo desde hace seis meses cuando… Cuando te vi por primera vez. —Bajo la cabeza, me muerdo el labio y suspiro.

—¿Has dicho cuando me viste? —Arruga la frente—. ¿Dónde?

—Desde mi ventana. Cada día, cada noche… —Me detengo a pensar cómo voy a contarle que lo espío desde hace casi doscientos días, que conozco sus gustos, sus hobbies, pero no sus sentimientos ni su vida personal. Abre la boca para interrumpirme y se la cierro con un dedo—. Déjame hablar o no seré capaz de decírtelo, y quiero hacerlo. Si vamos a empezar algo, y espero que sí, no quiero mentirte. Todo lo que te conté en mi casa es cierto, pero también es cierto que, sin querer, me he enamorado de un desconocido a través del cristal, que sueño con él cada noche y despierto soñando con volverlo a ver cada día. Por eso, cuando ese desconocido me besó, sentí miedo y salí huyendo.

—Repite eso, creo que no te he oído bien. —No sé si me tiemblan las manos de los nervios, o por ese beso en mi dedo y esa caricia de su mano al apartarlo.

—Verás, yo… Te observo desde la ventana del salón desde el primer día que llegué a esta ciudad. Luego te vi haciendo ejercicio, y… No conocía a nadie, así que no salía mucho; aunque sé que eso

no es una excusa. Quería decírtelo, pero estaba tan a gusto a tu lado que temí que te fueras corriendo, si te lo contaba.

—Tina, ni puedo ni quiero escapar de lo que siento por ti. —Me agarra la mandíbula y con mucho esfuerzo me acerca a él con esa mano, ya que con la otra no puede—. Si te pedí esa peculiar cita en la cafetería fue porque estaba tan nervioso, que pensé que, si te pedía que cenases conmigo te negarías. Y no podía permitirme el lujo de que salieras corriendo otra vez, cuando lo que deseaba con toda mi alma era volver a bailar contigo, besarte, desnudarte y hacerte el amor como he deseado cada noche durante seis meses.

—¿¡Qué!? —Una leve sonrisa aparece en su cara y su mano me acaricia la mandíbula.

—Que yo también te he soñado todo ese tiempo a través del cristal; que despertaba deseando dormirme de nuevo para tenerte en mis brazos; que buscaba tu silueta entre las sombras anhelando ver tus muecas cuando leías un mensaje, y maldecía al reloj deseando que corriera para verte de nuevo. Controlaba tus turnos sin saber de qué trabajabas para compartir el sofá contigo, la película o la lectura. Incluso el café procuraba tomarlo a la misma hora, excepto cuando tenía turno doble. —Un gemido vuela de mi boca a la suya y nuestras frentes se rozan.

—Piensa en alguien con el que deseas estar: conversando, estudiando, bailando y seguro que, en breve, lo lograrás —susurro, pegada a su boca, rozando nariz con nariz.

—Contigo —responde rozando mis labios—. Quiero vivir dentro de ti, de tu cuerpo y de tu mente, ahora y siempre, «pequeño saltamontes», porque aprender a amar será más fácil si estudiamos los dos.

—Entonces quédate conmigo, en mi cama y en mis sueños —le propongo con convicción.

—Si te metes en mis sueños, no te sorprendas de lo que te haga en ellos, *amore*.

—Si vives en los míos, bailarás a mi ritmo, y ya te aviso que aún no soy una experta por lo que será lento, muy lento —continúo el juego de palabras. El verde de sus ojos se oscurece.

—Mmm… Estoy deseando que empiecen las clases.

—Yo también. Y tengo la canción perfecta para nuestro primer baile. —Sonrío maliciosa.

—Ah ¿sí? ¿Cuál es? —Arquea una ceja, intrigado.

—*Contigo,* de Sebastián Yartra y Pablo Alborán.

Reímos pensando en ese momento, en ese intenso baile con su cuerpo pegado al mío sin cristales que nos separen. Aprendiendo juntos que la vida hay que vivirla sin miedo, sin complejos ni temores, sabiendo que nosotros somos los dueños de nuestro destino, que debemos escuchar a nuestro corazón, pues solo él tiene la llave de nuestra mente.

EPÍLOGO

Rafa, el vecino enamorado

Ha pasado más de un mes desde lo ocurrido en el ascensor, y no se ha despegado de mí ni un solo día. Sus atenciones me han vuelto loco, y saber que mis movimientos eran limitados, que apenas podía abrazarla sin sentir cientos de agujas clavarse en mi interior, aún me enajenaban más. No sé cómo lo ha hecho para estar en todos lados. Mantenía su carácter dulce y fresco en la escuela, no desatendía su apartamento ni a mí, que vivo en su cama, pese a que apenas he podido tocar su cuerpo, y encima, sobrarle tiempo para cuidar de Luna cuando Silvia iba a alguna entrevista de trabajo.

Creo que es una bruja y por eso me tiene cada día más hechizado. También porque a veces la oía hablando con una tal Úrsula, pese a que el teléfono estaba encima de la mesita de noche.

De momento mi hermana no ha tenido suerte, que salgas premiada en la ruleta de los oficios es más complicado de lo que muchos piensan, y pese a las cuatro oportunidades que creía haber tenido, en ninguna ha pasado de la segunda selección.

Pero la esperanza es lo último que se pierde. Y si no, que se lo digan a mi «pequeña saltamontes», que sigue esperando con anhelo ese baile de los cinco sentidos con la misma ilusión que cuando se lo prometí, hace ya demasiados días. Lo que no sabe es que le estoy preparando la mejor noche de su vida, que estoy mejor de lo que aparento y, que antes de lo que imagina bailaremos esa canción que quería: un vals entre olas de fuego; el más caliente que pueda fantasear. Uno donde las llamas nos rodeen y no podamos escapar de ese mundo paralelo en el que, nosotros, no seremos dueños de

nuestros cuerpos. Ellos decidirán el camino, marcarán la noche, el día y todos nuestros momentos.

—¿Todavía no estás vestido? —Me lanza la camisa al torso al ver mi quietud mientras contemplo sus idas y venidas al armario, pues es la primera vez que saldremos juntos y lo haremos al club donde cantan sus amigas.

—Auch —me quejo.

—Vamos, perezoso. Manu se enfadará como lleguemos tarde a su actuación, me ha dicho que hoy va a ser inolvidable. Además, se lo has prometido, ¿recuerdas?

—Sí, enanita gruñona. —Le toco la punta de la nariz con el dedo y termino de abrocharme la camisa.

—Yo, ¿enanita?

—¿No te enfadas porque te diga gruñona y sí porque te llame enanita? —Arqueo una ceja y le doy una palmadita en el culo.

—Reconozco que me pones nerviosa, me altero más de lo normal, y puedo ser muy gruñona si me empeño, pero mi 1,68 cm de altura es bastante decente para la media española. —Me calcina con la mirada y pone esos morritos que estoy deseando lamer hasta el agotamiento.

—Para la media española sí, pero para mí no. Prefiero que te pongas esos tacones rojos para que me retes frente a frente. —La agarro y la aprieto contra mi pecho, le enmarco la cara y la beso antes de que pueda protestar.

Un beso suave, lento, sin intenciones.

O al menos en un principio no las tenía, pero tengo tantas ganas de ella después de verla pasearse medio desnuda sesenta y seis veces delante de mí (sí, las he contado. Me las he tatuado en la retina para soñarla después y hacerle con mi pensamiento lo que no puedo con las manos), que al final me estoy perdiendo en su boca.

—Rafa, para, no soy tan fuerte. Si continuamos el beso no saldremos de casa y el grandullón nos hará la cruz. —Me río por su dramatismo—. Hace demasiado tiempo que no me tocas como yo quisiera y, la verdad, es que casi ni me acuerdo.

—Ay, *amore*, pronto haré que recuperes la memoria. —Le muerdo el cuello, tal vez más de lo que debería. Puede que la pasión me

haya cegado un instante, y le quede una pequeña marca.

—Serás…

—Ya. Lo mejor es que me aleje o Manu tendrá que grabarse en vídeo para que lo veamos.

Su risa al verme ir hasta la puerta me infla el pecho de orgullo, porque esa risa es mía. Soy el único que consigue que su boca se agrande de ese modo y le cubra la cara. Aunque he de reconocer que esas reuniones con sus amigos están llenas de ellas, ninguna es tan colosal como las mías.

Le suena el móvil, mira la pantalla y me la enseña.

—¿Lo ves? El tigre de Gales 2.0 está que trina.

Ahora soy yo el que ríe a carcajadas. Estas últimas semanas he conocido a ese trozo de pan gigante, del que tuve celos un día y me nubló la visión otros cuantos.

¡Qué equivocado estaba! Es tan romántico como peliculero, tan sincero como arrollador, tan leal y sorprendente que, si no estuviera enamorado hasta los huesos de mi adorable vecina, cruzaría a la calle de enfrente. Nunca he conocido a nadie igual. De hecho, él me va a ayudar a hacer que esta noche sea perfecta.

Nos dirigimos al club y, mientras conduce, mis dedos pasean por su ingle apartando el trozo de tela de su vestido blanco que me impide ver el paraíso, en el que pienso perderme antes de que salga el sol. Me mira, sonrío. La toco muy cerca del pubis, me fulmina con la mirada y suelto una carcajada.

—Lo siento, hace tiempo que paso hambre y no controlo mis impulsos.

—Ya veo que estás juguetón. ¿Hoy no tienes dolor?

—Solo una pequeña inflamación abajo que me atormenta un poco. —Señalo con los ojos mi entrepierna porque mis dedos están ocupados en otros menesteres.

—Ya veo. —Se le escapa una risilla que la ruboriza y a mí me enciende todavía más—. De pequeña nada.

Mis dedos llegan hasta sus braguitas y las apartan, su boca se abre como sus ojos y jugueteo con esos pelos rizados. Poco a poco bajo a ese maravilloso lugar que me espera humedecido, y cierro los ojos de satisfacción cuando entro en él.

—Rafa…

—Tina…

—Estamos llegando.

—Lo sé, pero tú llegarás antes que yo.

Muevo mis dedos, tecleando en su interior esa melodía perfecta para que grite mi nombre, acompañando con el delirio de su voz mis movimientos. No sé cómo aparca, pero lo hace. Cuando para el motor se inclina hacia mí y la beso, unos segundos después estalla de placer contra mi boca.

—Pero ¿qué has hecho?

—Empezar a bailar. —Sus ojos brillan y mi corazón se ilumina con esa luz.

Entramos a la sala de fiestas y vemos a Marga y David, que están sentados en dos taburetes que hay al lado de la barra. Él la abraza por detrás y ella apoya la cabeza en su cuello, relajada. Creo que es la primera vez que la veo así, casi diría feliz, aunque los engranajes de su cabeza sigan dando vueltas como una noria.

—Por fin llegáis. Corina ya ha cantado y Ruth también. Esteban ha ido a calmar a nuestro hombretón porque decía que estaba histérico. —Resopla después de reñirnos—. Caray con la profe y el bombero, sabiendo que esta actuación es importante, ya os vale.

—Pero ¿a qué viene tantos nervios? Cualquiera diría que es su primer día en el escenario —protesta Tina, acurrucándose en mi pecho.

—Por lo visto, va a hacer alguna «Manuletada». —Las carcajadas se mezclan con la música.

Nos acomodamos al lado de ellos y pedimos un combinado. Me mira, la beso y empieza el espectáculo. Con las primeras notas de la canción Tina se tensa y la apreso entre mis brazos. David me mira y sonríe. Le devuelvo la sonrisa, luego giramos la cabeza al escuchar los aplausos. Manu comienza la actuación de forma magistral, se mezcla entre el público mirando a todos y a ninguno. Se apoya en una columna y unos segundos después aparece al lado de David, lo mira y este se arrodilla frente a Marga mientras la voz de Manu entona:

Nunca dije: "no te vayas", lo debí decir.
Nunca dije que te quiero, no nos quise herir.
Nunca dije que te espero, pero sigo aquí.
Nunca dije que lo siento y sí que lo sentí.

Cuando estábamos tú y yo que se alargara el día.
Que te iba a perder tan fácil yo no lo sabía.
Este amor pasó tan rápido como esta vida.

Y aquí estoy yo
Rasgándome la voz.
Buscándote y cantando entre la gente
Para que inevitablemente me oigas tú.
Y sepas que soy yo
El mismo que perdiste entre la gente.
El que te quiere para siempre y va a volver

Contigo

De repente, Manu calla y solo suenan los acordes de la música. Entonces es David el que habla:

—Lo único que pido es que pienses un instante compartir tu vida conmigo. —Abre una pequeña caja azul aterciopelada y muestra un anillo de oro blanco con un zafiro con forma de gota de agua—. Me gustaría colmarte de besos y abrazarte tantas veces como lágrimas derramaste. Nunca dije lo siento, pero lo sentí. Nunca dije te amo, y, en cambio, no sé vivir sin ti. ¿Qué dices, rubia? ¿Podrás castigarme cada día y cumplir mi penitencia a tu lado cada noche?

La cara de Marga es un poema. No tengo muy claro si lo va a abrazar o a matar, si le va a decir que sí o saldrá corriendo. La incertidumbre se refleja en el ambiente, que hasta las luces se han detenido en ella, expectantes con su respuesta.

—Tu tortura no va a ser un infierno, va a ser mucho peor —contesta, más colorada que un tomate.

—Creo que la soportaré.

—Ya veremos —responde emocionada.

—¿Eso es un sí?

—Puede. Aunque el anillo me lo quedo. —Sonríe y se lanza en sus brazos.

La besa en la cara, en el pelo, en las gotas de agua salada que bañan su rostro y terminan en su boca. Ya no existe nadie más que ellos, ni los aplausos detienen su alegría. Manu carraspea y continúa la canción.

Vuelvo a tu nombre, vuelvo a la espera.
Vuelvo a dudar, aunque sea un segundo.
La distancia se da contra todo futuro.
Y me quedo mirando el cristal
Creyendo en tu reflejo irreal.
El nudo en la garganta lo deshago.
Si me deja el tiempo volverte a cantar, y

Cuando estábamos tú y yo que se alargara el día.
Que te iba a perder tan fácil yo no lo sabía.
Este amor pasó tan rápido como esta vida.

Después de un breve rodeo por dos mesas cercanas, se acerca a nosotros y ahora soy yo quien se arrodilla ante la mujer de mi vida. Tina abre la boca y se pone las manos en ella. Mira hacia los lados y a Manu, que sonríe travieso mientras continúa su actuación detrás de mí.

Y aquí estoy yo
Rasgándome la voz.
Buscándote y cantando entre la gente
Para que inevitablemente me oigas tú.
Y sepas que soy yo
El mismo que perdiste entre la gente.
El que te quiere para siempre y va a volver

Contigo.
Y siempre va a soñar contigo.
Y cada amanecer contigo.
Daría todo por volver contigo.

—No sé cuándo será, si mañana, el mes que viene o dentro de un año, pero ya no quiero ser ese desconocido que te ama a través de una ventana en silencio. Quiero gritar tu nombre cada noche, y ser ese brillo de deseo en tu mirada cada mañana al despertar. Y tú,

Tina Casas, ¿quieres bailar conmigo cada día y aprender a amarnos cada noche?

—Madre mía, madre mía. ¿Me estás pidiendo…? —Abro una caja roja y admira el anillo de oro que porta en el centro un topacio del color del fuego.

—¿Qué contestas, *amore*? —apremio con la voz temblorosa, pues pese a que tiene los ojos vidriosos de la emoción, es tan impredecible como el viento o el mar.

—Que deseo pasar mi vida contigo, y a ser posible, el resto de mis noches bailando con fuego.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Le pongo el anillo y el público vitorea. Manu se abraza a Esteban, Corina a Ruth, Marga a David, y yo, yo me uno a mi vecina en un baile de lenguas que empieza en la sala de fiestas, y dos horas más tarde termina en su dormitorio, desnudos, con las voces de Il Divo, y su canción *Si tú me amas* de fondo.

Las manos vuelan sobre cada línea de nuestro cuerpo, suaves roces que encienden una hoguera imaginaria. Un paso a un lado, al otro, la hago girar y regresa a mí rozando sus labios con los míos. Dos pasos al frente, otro al lado y giramos los dos para volver como dos imanes que se quedan pegados. Me agarro a su cintura y mi erección empuja con fuerza su culo. Jadea, gruño. La beso y se ríe. Alzo su brazo por encima de mi cabeza, paso mis dedos por el borde de sus senos. Jadea de nuevo y riego su cuello de besos. Se contonea sensual frotando con las nalgas mi entrepierna, y cuando creo que se va a romper de lo dura que está, la agarra mientras baila pegada a mí. La acaricia desde los testículos hasta la punta, al tiempo que masajea con sus tetas mi torso y mi vientre.

La madre que la trajo. Entrecierro los ojos magnificando mis sentidos, aspirando el olor de su piel y saboreando su carne antes de morder. No hablo, solo gimo de placer, de lujuria contenida y de ganas de pasarme la vida amándola.

—¿Vienes? —Me invita con el dedo índice hacia la cama.

—Contigo iría al fin del mundo.

—Me conformo con que te adentres en el centro de mi universo. Ahora que te has comprometido a enseñarme a amar cada día, no

pienso perderme ninguna clase.

—Uf. He creado un monstruo, ¿debo temerte?

—Sí. Nunca subestimes el poder de una mujer.

—Jamás se me ocurriría, aunque yo siempre cumplo mis promesas.

—Entonces, deseo que me hagas el amor hasta el amanecer.

—Mmm… Tus deseos son órdenes para mí, *amore*.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta parte es la más difícil de escribir, pues hay muchas personas que cada día aportan su granito de arena para que no tire la toalla y siga escribiendo, ya que, como todos sabréis, es muy difícil mantenerse a flote en este mundillo. Aun así, voy a dedicar una mención especial a algunas de ellas.

La primera va a ser para mi familia; mi marido y mis hijos, puesto que son los que más sufren cuando me pierdo en mi mundo y, por mucho que me hablen, no los oigo. No es que no quiera oírlos, es que estoy tan concentrada que no retengo lo que me explican, y luego se me olvida lo que me han dicho. No lo hago a propósito, os lo prometo. Por eso y, porque os quiero con toda mi alma, gracias por aguantar mis despistes.

A mi madre; no solo por darme esta imaginación, también por leerme y ser mi fan número uno.

A mi amiga Esther; mi primera cero y la persona que más me anima a seguir peleando por mi sueño de vivir de esta profesión; un lujo al alcance de pocos.

A mis locas: Noe, Clara, Chelo, Isa, Bea y Pili; las que me hacen reír cada día; las que me apoyan contra viento y marea, porque las locas son como Fuenteovejuna, van todas a una.

A mis Gilmorelovers que han hecho de lectoras ARC: @lannah83books, @isaCat7, @bookblaks, @eledarkmidnight, @leyendoaciegas1 y, en especial a @elrefugiodeagueda que me despierta todos los días con su sonrisa y me ha vuelto adicta a ella.

Gracias por tanto.

También a mi portadista y amiga María José Martínez Ruano, por entenderme tan bien, por hacer que mis pensamientos se transformen en maravillosas portadas que expresen esa escena de la

novela que quiero que veáis y sintáis, igual que yo lo hice al escribirla.

Y, sobre todo, quiero agradeceros a vosotros, lectores, que hayáis llegado hasta aquí.

Gracias por leerme y, si habéis disfrutado de la historia, os dejo por aquí otras novelas mías para que les echéis un vistazo.

Las podéis comprar en Amazon o en mi web de autora:
https://hosting165807eu-282866.webempresa.site/
donde encontraréis descuentos y cositas sobre mí.

Que seáis muy felices, nos vemos en la red.
@elisabetgilmore Instagram
@elisabethgilmore5 TikTok
Elisabeth Gilmore Facebook



https://WW:RELINKS:ME/B098XWP292

Una reunión de amigas. Pasan las horas entre juegos, risas e historias. Una de esas historias la narra Isabel y Laura.
Laura quiere pasar unos días con su reciente novio, y juntos planean una cita a ciegas entre Isabel y Pol, compañero de trabajo de Lucas. La conexión entre ellos es perfecta. Sin embargo, por un impulso, las dos amigas hacen una excursión a unas islas cercanas.
Un improvisado, guapo, pero gruñón guía y una caída aparatosa, les cambiarán esos planes arrastrándolas en un tornado de emociones que sentirán por dos hermanos; uno de ellos, el mencionado guía. La leyenda de unos peces mitológicos.
Una noche de juegos.
Las numerosas hormigas que recorren su cuerpo cuando los tienen cerca.
Un beso bajo la tormenta y un incendio...
Días intensos que les inundarán las mentes con un tórrido romance, una amistad que crece y un deseo que no podrán resistir.
Decisiones, sorpresas...
Os seguiría contando, pero prefiero que lo descubráis vosotros mismos entre estas páginas.
Os invito a leer este cóctel de amor que combina: dosis de humor, momentos de acción, giros inesperados y, ¿por qué no?, un toque de

fantasía.

¿Te atreves a probarlo?



https://www.relinks.me/B0B5PNN43B

Raquel odia San Valentín. En su vida laboral como organizadora de eventos ha visto de todo, y si tiene que elegir, prefiere unos polvos mágicos, o un buen revolcón, a caer en las flechas del amor.
Su último cliente es Hugo Blanch, uno de los hombres más adinerados del país; serio, buen orador y con un increíble olfato para los negocios; por eso le llaman el Lobo de las finanzas.
Como en el cuento, el lobo es grande y fuerte, y desde el primer momento quiere comérsela, pero ella no es Caperucita, es una tigresa indomable dispuesta a sacar sus garras si hace falta.
Él es bueno en su juego. Ella también en el suyo.

¿Será el lobo capaz de domar a la tigresa o será un lobo con piel de cordero?
Lee la lucha de estas dos fieras por no caer en la tentación



https://www.relinks.me/B0C7MNM1FM

¿Qué harías si cada noche soñaras con el mismo lugar? ¿Si cada noche te enamoraras de la misma mujer o lucharas las mismas batallas…?

Axel Moray tiene un estudio de arquitectura con su socio y mejor amigo, Nil Ferrer. Harto de vivir esas experiencias tan reales sin salir de su cama, de su apartamento, se liará la manta a la cabeza y programará quince días de vacaciones para encontrar lo que anhela su corazón. Esa llama que lo enciende y prende su cuerpo cada vez que cierra los ojos.

Viajarán por las Tierras Altas sumando, en cada pueblo, castillo o valle, pistas que les introducirán más en ese juego macabro del destino donde no todas las piezas encajan.

Juntos perseguirán un fantasma o una leyenda de las tantas que hay en Escocia, la de una promesa de amor eterno rota por la traición de un desalmado.

Pero ¿pueden separarse dos almas que están destinadas a estar juntas? ¿Y si hubiera una forma de devolverles la vida?

Dicen que, si el amor es puro, su llama es eterna.



https://www.relinks.me/B0CNDBCJT7

Estrella se va a casar en tres semanas con Pedro, pero sus amigas no soportan a ese hombre.

¿Qué harías si quisieras impedir la boda?

Ellas lo tienen claro: una despedida de soltera en el mar. Cuánto más lejos de ese hombre, mejor.
Necesitan un milagro para cumplir sus deseos y los de su amiga: un hombre que la haga vibrar, reír, sudar. Con el que sienta fuegos artificiales con un beso.

Once locas, una extraña mujer, seis mastodontes, el hombre del tren, un oficial y un cocinero, harán de este viaje de placer, una aventura de lo más disparatada.

Si quieres vivir un auténtico desmadre a la española, no olvides las Tena Lady antes de leer esta descabellada historia o te mearás de risa.



https://www.relinks.me/B0DJDV5J81

Once mujeres viajan en el tiempo al leer una carta, que data de 1911. El motivo: salvar al conde de Ravenstein de una muerte segura.
Lo que esas mujeres no saben es que sus chicos; unos formales y otros, solo de pensamiento, también han leído esa carta y viajan, un día más tarde, al mismo lugar.

¿Serán capaces de encontrarlas en otra época, en una ciudad que no conocen y en una sociedad que no soportan?

Risas, magia, amistad, y algún que otro caballero, que hará aumentar la temperatura a las locas, en esas noches frías de diciembre.

Aunque la pregunta que quizás os hagáis es: ¿podrán volver de nuevo a 2024 o se habrán perdido en el tiempo?



https://relinks.me/B0D46PLBSN

Kai es historiador y arqueólogo, además del futuro duque de Kilkenny.
Arlene una cantante irlandesa afincada en Maine.
Ella ha sufrido mucho en su infancia y juventud. Un pasado difícil de olvidar, por lo que su corazón está cerrado sin posibilidad de abrirlo. Y más a él, a su primer amor. Al único hombre que ha amado y odiado al mismo tiempo.

Sin embargo, hay una profecía irlandesa arraigada desde hace siglos que se encargará de unir sus almas a esa tierra que tanto les llama.
El guardián de la llave y la promesa de un nuevo futuro.
La puerta y la llave.

¿Conseguirán conectar antes de que sea demasiado tarde?



https://relinks.me/B0DZ29CBVT

Laia Soler es una teniente del GEI apasionada, intrépida. Una gran rastreadora que no cesa en su empeño de buscar a los cabecillas de una red de narcotráfico y trata de blancas.
Marc García es su capitán, un policía implacable, enamorado de ella desde el instituto, que la protegerá incluso de ella misma.
Un amor imposible: como el sol y la luna. Tan cerca y tan lejos, pues por mucho que se deseen jamás podrán tocarse. ¿O sí?
Dicen que no hay nada imposible, que todo tiene solución menos la muerte. Incluso que el sol y la luna se rocen formando un eclipse por minutos, que dure años en su corazón.
¿Sobrevivirán al contacto?
¿Habrá alguien que se lo impida?
¿Tal vez la extraña muerte de una escritora en una espectacular y peligroso valle de los Pirineos donde Laia va a pasar unos días con su hermano?

Amor, odio, venganza, celos, todo eso lo encontrarás en este thriller lleno de acción y romance.



https://relinks.me/B0FM53CNRN

¿Qué harías si te encontraras unas cartas de amor escritas hace más de treinta años?
Inma lo tiene claro. Bibliotecaria, ávida lectora, impulsiva y curiosa como un gato, tiene un don especial para ver lo que otras personas no ven, y no parará hasta descubrir quién las ha escrito.
En su camino aparece Gael, un arrogante y escultural camarero que la mira como un niño un helado a cuarenta grados a la sombra. Ese engreído alquila una bonita casa frente al mar y ella pronto se va a quedar sin un techo donde dormir.
Cinco minutos les basta para retarse, jugar al póker con sus miradas y apostarlo todo a una carta. En ese contrato de alquiler solo hay una condición: su madre tiene que dar el visto bueno. Lo que Inma no sabe es que Julia vive en una residencia para enfermos de Alzheimer.
Su mirada melancólica baila entre débiles recuerdos de un amor perdido en el mar, y tras ellos, un nombre: Alejandro; el padre de sus hijos.
¿Existió realmente ese hombre, o es el producto de la desesperación y la soledad de una madre soltera?
Inma se verá envuelta en esos dos golosos misterios. Uno; la seduce

con su pícara sonrisa y quiere averiguar qué esconde, y el otro; le pide ayuda desde la distancia. Porque quien te sabe escuchar te siente, aunque estés en silencio.
Sigue las aventuras de Inma Holmes y el equipo Scooby, y adéntrate en ese mar de esperanza antes de que suba la marea.

Y si te apetece algo más navideño…



https://www.relinks.me/B0BPQYCGQV

¿Puede un día marcar toda tu vida?

Abigail Forster es una mujer poderosa, altiva, que odia la Navidad por muchos motivos. Sin embargo, ha de cerrar un contrato que beneficiará mucho a su empresa y viaja a un hotel en Vermont, donde la Navidad, es algo más que una fecha en el calendario. Allí conoce a Matt, un hombre que la desconcierta por su carácter tosco, salvaje. Un leñador en toda regla, que la descoloca cada vez que la mira.

Pero ¿quién es ese hombre que la enciende con tan solo una mirada?

Tal vez, si pides un deseo, lo descubrirás.



https://amzn.eu/d/6baTsrn

Grace debe pedir un deseo que caliente su corazón si no quiere morir congelada antes de su cumpleaños, el veinticuatro de diciembre.
¿Por qué? La culpa la tiene una maldición.
A Owen no le gusta la Navidad. Para él, que es contable, le parece una época de puro consumismo creada por la hipócrita sociedad.
Los dos trabajan en una juguetería, y cuando se conocen saltan chispas. No unas cualquiera, no, sino de las que podrían apagar todas las luces de la ciudad con tan solo una mirada. Si hablan, entonces pueden incendiar los bosques de Alaska.
Anhelarlo es fácil, pues es el hombre más guapo que ha visto en su vida; también el más desconfiado y arrogante.
¿A quién no le gusta hacer o recibir regalos? A él; el hombre de hielo. Imposible enamorarse de alguien tan frío.
Y, sin amor, no hay deseo.
El tiempo corre para Grace y ella va en chanclas, ya que faltan doce días para Navidad.
¿Podría ser Owen quién caliente su corazón? ¿Cómo descubrirlo si lo único que hacen es pelearse'
Tal vez una voz en su cabeza pueda ayudarla.

Viaja con ellos a las auroras boreales de Alaska, y descubre por qué la magia de un deseo está en saber cuánto lo anhelas.



https://www.amazon.es/dp/B0DNKN5VSZ/

¿Odiarías la Navidad y lo que representa si el peor día de tu vida fuera un 31 de diciembre?
La vida de Brooke cambió esa fatídica noche. Cuando todo el mundo reía y pedía un deseo, ella solo quería que no la dejaran sola. Exactamente lo que sucedió.
Dieciocho años después, su hermana se casa ese mismo día y ella es una de las damas de honor.
Vestida de princesa Disney, del color que odia, se tropezará con su destino: un cantante country vestido de pingüino. El padrino de esa boda, donde brindará por un amor en el que no cree, con doscientas personas que no conoce, en la única noche del año que no soporta.

¿Qué es lo peor que puede pasar cuando, sin darte cuenta, estás en la casa de ese pingüino que te mira como si fueras la última cena y él, el Mesías que puede devolverte la fe?

El amor no existe y la magia de la Navidad tampoco.
¿O sí?
